CAROLINA SANS

La Edad del Ibuprofeno

UNA NOVELA SOBRE CUMPLIR AÑOS,
SOBREVIVIR A LOS CAMBIOS Y

Descubrir que la vida con amigas, humor y vino se vive mucho mejor



LA EDAD DEL IBUPROFENO

Carolina Sans

Contenido

Capítulo 1: Cumplir 50
Capítulo 2: Menopáusica pero operativa
Capítulo 3: Trabajo en equipo
Capítulo 4: Ya no estamos para estas cosas
Capítulo 5: El grupo de las supervivientes
Capítulo 7: Las casas del norte
Capítulo 8: El regreso
Capítulo 9: Lisboa
Capítulo 10: Turistas culturales a la fuerza
Capítulo 11: Cincuenta sombras de protección solar
Capítulo 12: El plan de Lucía y otras formas de perder el control
Capítulo 13: La urbanización
Capítulo 14: Urgente antes de agosto
Capítulo 15: Lo que empieza a verse
Capítulo 16: Verano por fin
Capítulo 17: Nadie quiere estar aquí
Capítulo 18: Lo que no se comenta
Capítulo 19: Dentro de 10 días
Capítulo 20: Todo sigue
Capítulo 21: Cuando te paran
Capítulo 22: Todo aparece
Capítulo 23: Gente joven haciendo cosas raras
Capítulo 24: En el fondo de la piscina
Capítulo 25: Firmas
Capítulo 26: Lo que no se cuenta
Capítulo 27: Celebrar algo
Capítulo 28: Contener
Capítulo 29: Después
Capítulo 30: A nuestra edad

Capítulo 1: Cumplir 50

Cumplir cincuenta no duele. Lo que duele es sentarse y que el cuerpo emita su opinión en tiempo real.

Un "ay" discreto. Un pequeño "ay" traicionero que sale del alma, de las lumbares o de algún órgano interno que hasta ahora había permanecido en silencio.

Un crujido educado. Una advertencia biológica con educación británica.

Abrí los ojos a las seis y doce de la mañana completamente empapada en sudor y atrapada entre un mastín de cincuenta kilos y una menopausia que claramente trabaja por turnos.

Thor roncaba encima de mis piernas como si hubiera firmado una hipoteca sobre mi lado de la cama.

A mi lado, el hueco de Álvaro todavía conservaba ese calor insultantemente saludable de las personas que han decidido madrugar por voluntad propia.

Miré el reloj: 6:12.

Eso no es una hora. Es una provocación.

Desde la ventana llegó el sonido de la puerta principal cerrándose con suavidad. Después, silencio. Y luego, unos pasos ligeros alejándose calle abajo.

Hay personas que salen a correr porque quieren estar bien físicamente.

Álvaro sale a correr porque aparentemente lo posee un espíritu olímpico desde 1998.

El cuerpo se lo pide, dice. Sonreí con odio.

El mío también pide cosas: principalmente croquetas, silencio y no volver a escuchar la frase 'su llamada es importante para nosotros'."

Intenté incorporarme, y al hacerlo la rodilla izquierda emitió un crujido extraño que no era humano ni debería estar cubierto por la sanidad pública. Me incorporé lentamente, como una excavadora vieja intentando arrancar en invierno. A cierta edad una ya no se mueve inmediatamente después de un ruido corporal. El cuerpo deja

de ser un vehículo y pasa a ser un comité de expertos opinando sobre todo. Y fui al baño con la dignidad prudente de quien ya no confía en los movimientos bruscos.

Primero evalúas. Respiras. Negocias mentalmente con Dios.

Thor abrió un ojo.

—No me mires así —le dije— tú también roncas como si estuvieras probando motores para la aviación civil.

El perro bostezó enseñando una dentadura capaz de derribar un ciervo. No sabía cómo lo hacía. Thor tenía la capacidad física de expandirse sobre cualquier superficie. Volvió a dormirse ocupando más mundo del que le correspondía por contrato.

Suspiré mientras echaba una mirada rapidita al móvil.

Mensajes del grupo "Urbanización Las Acacias".

A las seis y cuarto de la mañana la humanidad no estaba preparada para ese nivel de actividad moral tan temprano. Nada bueno ocurre nunca en un grupo de vecinos antes de las ocho.

Abrí el chat. Carmen, del número 14: "Por favor, quien esté dejando bolsas de excrementos junto a la pista de pádel debería tener un poco de civismo."

¡Tan pronto y ya discutiendo sobre cacas! Cuarenta y tres mensajes después, la humanidad había resuelto… nada.

La civilización claramente había alcanzado su techo, y si tras cuarenta tres mensajes no se había solucionado nada es porque la civilización moderna es eso: discusiones muy intensas sobre cosas muy pequeñas antes del café.

Dejé el móvil sobre la mesilla y me levanté con la dignidad de una señora que todavía cree que puede ponerse vaqueros pitillo si encuentra la iluminación correcta.

En cuanto apoyé el pie en el suelo, Thor decidió bajar de la cama atropellándome en el proceso.

—Perfecto. Mátame. Total, hoy cumplo cincuenta.

El perro me ignoró y salió del dormitorio con ese trote pesado de mafioso jubilado.

Me dirigí al baño con la prudencia de alguien que ya negocia cada movimiento con su propio sistema musculoesquelético.

Encendí la luz. Me acerqué con miedo al espejo. Me observé en silencio.

El pelo aplastado hacia un lado, la marca de la almohada. Una arruga nueva sospechosamente instalada junto a la boca, que había aparecido sin cita previa. ¿Esa línea estaba ayer?
Y una expresión general de persona que ha sobrevivido a demasiados grupos de WhatsApp.

Encendí la luz grande.

Error táctico. Las luces de baño después de los cuarenta deberían estar prohibidas por la Convención de Ginebra.

La menopausia es fascinante porque convierte a una mujer adulta en detective forense de su propia cara.

Abrí el armario del baño buscando la crema reafirmante de noche, la reafirmante de día o la reafirmante específica para "pérdida de densidad", que es una expresión cosmética elegante para decir: "Señora, se está descomponiendo lentamente."

Ninguna incluye: "aceptación progresiva de la realidad". Siete botes idénticos. Todos caros. Todos inútiles.

Elegí mi kit de supervivencia: base para parecer humana, corrector para parecer descansada, y una crema que juraba devolverme "luminosidad".

Detrás de mí apareció Thor.

Se quedó observándome desde la puerta.

—No empieces tú también.

El perro jadeó.

A veces sospechaba que me juzgaba.

Bajé a la cocina arrastrando los pies mientras la casa permanecía en ese extraño silencio previo a la actividad humana. Mi momento favorito del día antes de que alguien pidiera comida, o me pidiera encontrar unas llaves, o que le diera suelto para gasolina. O peor, Lucía me hablara de "transitar cosas". Puse la cafetera y el borboteo del café empezó a sonar como una promesa de supervivencia.

Entonces apareció Javier, mi hijo de 25 añazos. En calzoncillos. Con el mismo aspecto que un rehén liberado tras meses de cautiverio tecnológico.

—Mamá, ¿queda leche?

Miré la nevera. Llena. Completamente llena.

—No, hijo. Nos la bebimos anoche en una rave clandestina

Javi abrió la nevera igualmente. Los hijos hacen eso.

Preguntan cosas antes de comprobarlas porque todavía creen que las madres somos una especie de Alexa con ansiedad.

Cogió el brick. Dejó dos gotas. Y lo volvió a dejar en la nevera. Como siempre. Porque los hijos adultos nunca terminan las cosas. Las abandonan simbólicamente para que seas tú quien cargue con la responsabilidad emocional del envase vacío.

Muy bien, Javier. Deja el brick con las dos gotas de leche no vaya a ser que entremos en una crisis láctea nacional.

—¿Hoy no trabajas? —pregunté.

—Sí, luego.

"Luego".

La palabra favorita de las personas menores de treinta.

Javier desapareció de nuevo escaleras arriba arrastrando los pies.

Escuché cerrarse la puerta de su habitación.

Seguramente acababa de empezar una durísima jornada laboral basada en auriculares, criptomonedas y mirar pantallas con cara de cansancio existencial.

Me serví un café confiando en que obrara su magia en tiempo récord.

Álvaro regresó de su entrenamiento con las mejillas sonrosadas, la camiseta empapada y una felicidad que yo solo había experimentado delante de una tortilla de patatas.

—Buenos días, cumpleañera.

Se acercó, me besó en la cabeza y abrió la nevera buscando agua.

Ni siquiera sudaba normal. Será cabrito…

Tenía ese sudor limpio y deportivo de anuncio de seguros médicos mientras que yo lo hago como si hubiese escapado de un incendio con pérdidas materiales importantes.

—¿Qué tal la carrera? —pregunté.

—Muy bien. Fresquito fuera.

Lo dijo feliz.

“Fresquito”.

Enero. Siete de la mañana. Tres grados.

La gente deportista vive en otra dimensión térmica.

Álvaro bebió agua directamente de la botella mientras yo lo observaba con desconfianza biológica. A los cincuenta los hombres interesantes desarrollan barriga, coleccionan vinos o se compran un coche carísimo.

Pero mi marido había decidido envejecer de forma atlética. Las canas avanzaban, sí, pero lo hacían a muy buen ritmo cardiovascular.

Me dio un pequeño cachete en el culo al pasar. Refrené el deseo inmediato de pegarle un tortazo. ¡Odio que me toquen el culo! Es un reflejo: tú tocas, yo te atizo. Pero lo dejé pasar.

—Los cincuenta te quedan muy bien.

Lo miré fijamente.

—Tengo marcas del sujetador hasta en las costillas.

—Eso también me gusta.

Qué rabia daba querer tanto a alguien.

Me senté con el café entre las manos mientras el sol empezaba a entrar por la cocina.

La casa seguía oliendo a sueño, perro y tostadas.

Arriba sonó una puerta.

Lucía ya estaba despierta.

Eso significaba que en menos de diez minutos oiría palabras como energía, ansiedad, o mercurio retrógrado.

Le acaricié automáticamente. Y entonces ocurrió. Ese pensamiento.

Cincuenta. Cincuenta años.

Ya estaban ahí. Y, sin embargo, no me sentía acabada. Ni invisible. Ni vieja.

Cansada, sí. Inflamada probablemente también. Pero acabada no.

De hecho, muy en el fondo, debajo del sujetador asesino, las hormonas criminales y las bolsas bajo los ojos…creo que nunca me había sentido más yo.

Thor soltó un pedo monumental debajo de la mesa para luego apoyar la cabeza sobre mis piernas soltando un suspiro dramático.

Y por primera vez aquella mañana pensé que quizá cumplir cincuenta no era una tragedia. Quizá solo era entrar en otra liga. Una con peor iluminación, pero con mejor criterio.

Capítulo 2: Menopáusica pero operativa

Subí al dormitorio para restaurarme, porque a los 20 una se arregla. Pero a las cincuenta una intenta reconstruir la estructura original.

Abrí el armario: negro. Más negro. Y algo ligeramente negro distinto.

Las mujeres maduras no vestimos de oscuro por elegancia. Me decidí por un blazer negro, un pantalón a juego y mi jersey favorito de rayas.

Me encantaban las rayas. Tenían algo entre intelectual francesa y señora que todavía no se ha rendido del todo. Además combinaban estupendamente con las ojeras.

Me maquillé lo justo para parecer descansada y funcional.

Después me miré en el espejo inclinando ligeramente la cabeza y poniendo morritos, que es lo que hacemos todas para negociar con nuestra mandíbula.

Aceptable. No espectacular. Pero aceptable. Y a nuestra edad eso ya cuenta como éxito rotundo.

Bajé lista para enfrentarme a mi circuito diario, un triatlón suburbano mezcla de coche, cercanías, metro y finalmente oficina.

La gente cree que vivir en un chalet del extrarradio significa tranquilidad. La decisión de venirnos a vivir fuera de Madrid fue mucho antes de la llegada al mundo de Javier y Lucía. En su momento la explicamos como tantas otras decisiones importantes en la vida adulta: tranquilidad, espacio, calidad de vida, naturaleza cerca y la sensación de que, en algún punto, necesitábamos dejar de vivir con el ruido constante de todo lo que no es esencial. Un chalet, un jardín, una población más calmada de lo habitual y la idea bastante razonable de que los días podían ser un poco más largos si el entorno acompañaba.

Mentira. Significa pasar media vida desplazándote mientras transportas ansiedad en un bolso grande.

Pero me compensaba.

El metro, de hecho, era uno de mis momentos favoritos del día.

Allí nadie necesitaba nada de mí.

Nadie preguntaba que dónde estaba el cargador, o qué había para cenar, o si había comprado papel higiénico. En el metro yo existía sola.

Me senté, abrí Instagram y empecé mi ritual matutino: cotillear vidas ajenas, mirar campañas, revisar correos, juzgar silenciosamente influencers y descubrir que personas de veintidós años tienen rutinas faciales con más pasos que una misión espacial. A veces veía chicas jóvenes perfectas en redes y pensaba:

"Qué monas."

Y luego:

"Ya hablaremos cuando vuestro metabolismo os traicione, cariño."

Sonó una notificación de Eva. Solo decía: "hoy sobrevives los 50 y luego lo celebramos."

Sonreí.

Entré en Wild a las ocho y cincuenta y siete, tres minutos antes de la reunión de equipo y exactamente siete minutos después de haber sobrevivido a un atasco absurdo, un señor comiéndose un bocadillo de tortilla en el metro a las ocho de la mañana y una adolescente grabándose llorando para TikTok en plena línea 10.

Las puertas de la agencia se abrieron y ahí estaba ese olor tan característico de Wild: café caro, perfume limpio y ansiedad creativa.

La recepción parecía el vestíbulo de un hotel escandinavo diseñado por personas que jamás han tenido hijos.

Todo era a base de cristal, madera clara, plantas gigantes y frases motivacionales discretamente amenazantes en las paredes. Era una agencia de publicidad tan moderna que había reuniones en las que no entendía la mitad de las palabras, aunque al final siempre terminaba solucionándolo todo. Allí sigo formando parte del presente. Era mi conexión con el mundo real, con lo que estaba pasando, con lo nuevo. Y sobre todo, con la sensación de seguir formando parte de algo que todavía se mueve.

Soy la mano derecha de Eva Saldaña, la directora, a saber:

- Ex Miss España.

- Fundadora de la agencia.
- Cincuenta y ocho años de perfección ofensiva.

Eva no envejece. Evoluciona. Siempre impecable. Siempre elegante. Y siempre oliendo a algo carísimo.

Nunca la he visto sudar. Tampoco correr. Ni llevar una pinza en el pelo mientras vacía el lavavajillas.

A veces sospecho que duerme dentro de una cápsula criogénica hidratante.

Y aun así la adoro. Todo el mundo la adora.

—¡Marisaaaa!

Claudia, social media manager, apareció deslizándose hacia mí con un café helado del tamaño de un extintor.

Tenía veintiséis años, piel coreana y energía de cachorro sobreestimulado.

—¡Feliz cumple!

Me abrazó.

Detrás aparecieron Nico, Emma, Gabri, Lucía la otra, dos becarios intercambiables vestidos como DJs europeos, y un influencer que llevaba gafas de sol dentro de la oficina.

Nunca entendía quién trabajaba realmente allí y quién simplemente flotaba por el edificio generando contenido.

—¿Qué se siente al cumplir cincuenta? —preguntó Nico.

Lo miré mientras me quitaba el abrigo.

—Las articulaciones hablan. Y todas dicen cosas feas.

Se rieron.

Eso era lo bueno de los jóvenes: todavía creen que envejecer es una leyenda urbana.

Avancé por la oficina saludando gente mientras sonaban teclados, notificaciones y conversaciones absurdamente modernas.

—Tenemos que humanizar la campaña.

— Necesitamos una historia que inspire, movilice y genere vínculo.

—La marca quiere algo orgánico.

Antes esto era vender yogures.

Ahora parecía que estábamos negociando la paz mundial a través de reels.

Y entonces apareció Eva, como siempre, sin hacer ruido.

Llevaba un traje color crema impecable y el pelo perfecto de las personas que jamás han discutido con humedad ambiental.

—Feliz cumpleaños, cariño.

Me besó en las mejillas y me agarró las manos un segundo.

—¿Cómo estás?

La miré.

—Menopáusica pero operativa.

Eva soltó una carcajada elegante. Ni siquiera las arrugas de expresión se atrevían a aparecer sin su permiso.

—Eso es exactamente lo que necesitamos en esta agencia.

A veces me preguntaba cómo podía seguir siendo tan espectacular sin resultar odiosa.

Pero lo conseguía.

Eva tenía algo raro: hacía que la gente quisiera estar mejor simplemente porque ella estaba cerca. Cuando Eva entra en una sala los clientes sonríen, los becarios se incorporan, y hasta los influencers dejan de mirarse a sí mismos.

Lo más increíble es que nunca me ha hecho sentir mayor sino todo lo contrario.

Con ella me siento brillante. Útil. Actual.

En la agencia estoy rodeada de gente menor de treinta y cinco años que vive pegada al móvil y habla en un idioma compuesto por "engagement, "mood", contenido orgánico, branding emocional, y "esta campaña tiene que sentirse auténtica".

Hace tres años habría querido asesinarlos, pero ahora hasta les tengo cariño. Incluso he aprendido parte de su lenguaje.

El otro día dije "vibra" en una reunión y casi me ascienden espiritualmente.

Y la verdad es que allí me siento bien. Muy bien.

Los chicos me cuentan sus dramas amorosos, me enseñan TikToks absurdos y me preguntan cosas como si yo fuese una mezcla entre madre, psicóloga y directora creativa con menopausia funcional.

Yo los escucho mientras pienso: “No tenéis ni idea de lo caro que es un colchón bueno.”

Pero me gustan.

Porque cuando estoy allí no soy la madre de, o la señora del chalet, o la que compra papel higiénico, ni la dueña de un perro con más pelo que autoestima.

—He bloqueado media hora a las once, haz algo informal con el equipo — me susurró Eva al oído..

—¿Informal tipo “comemos algo” o informal tipo “acabamos borrachos hablando de traumas infantiles”?

—Confío en tu criterio.

Eso era lo peligroso. Eva siempre confiaba en mi criterio

A las once la cocina de la agencia parecía una fiesta universitaria organizada por adultos funcionales.

O eso intentábamos aparentar. Organicé un piscolabis. Nico lo llamó “brunch experiencial” en el que había mini sándwiches, tortilla, hummus que nadie tocó, croquetas, una tabla de quesos carísima, y dos botellas de cava escondidas detrás de unas kombuchas para fingir profesionalidad.

—¡Speech! ¡Speech! —gritó Claudia.

—No hagáis eso —dije inmediatamente—. Tengo edad para emocionarme por el precio del detergente.

Pero ya estaban todos mirándome.

Treinta caras jóvenes.

Treinta móviles sobre la mesa.

Treinta personas que todavía creían que dormir mal se arregla con un smoothie.

Y, sin embargo, me sentía bien allí.

Cogí una copa de cava.

—Solo quiero deciros una cosa —empecé—. Llegar a los cincuenta no es tan terrible.

Todos escuchaban.

—Lo terrible es depilarse con esta luz.

Risas.

—Y otra cosa más… disfrutad vuestro metabolismo mientras podáis. Ese traidor no avisa.

Más risas.

Entonces Claudia levantó su vaso.

—Marisa, eres literalmente nuestra referencia emocional aquí.

Me quedé quieta.¡Referencia emocional!

Hace diez años eso habría significado que necesitabas medicación, pero ahora aparentemente era liderazgo.

Eva me observaba desde el fondo de la cocina con esa sonrisa tranquila suya.

Y en ese momento entendí algo.

Allí no era invisible, ni vieja, ni "una señora". Allí era importante.

Y no sabía si era por mi piel, por mi ropa o por algo tan simple como que llevaba demasiado tiempo en aquel sitio como para fingir que no entendía lo que estaba pasando.

Quizá era eso. Quizá era que, después de tantos años, había aprendido cosas que ellos todavía estaban intentando descifrar entre reuniones, campañas con nombres en inglés y palabras como "narrativa" o "branding afectivo" pronunciadas con una fe casi religiosa.

Y una de esas cosas era bastante sencilla, aunque a veces se les escapaba: que la vida no consiste en parecer perfecta.

Sino en aprender a convivir con el caos sin pedirle permiso a nadie.

Y en una agencia de publicidad, donde todo el mundo fingía tener el control, eso era casi una ventaja competitiva, era sostener el caos sin perder del todo el sentido del humor.

Capítulo 3: Trabajo en equipo

La mañana habría seguido su curso normal si no fuera porque en toda oficina moderna siempre hay un sistema de equilibrio emocional que acaba rompiéndose a media semana.

En Wild ese sistema tenía dos nombres.

Y ninguna de las dos se soportaba: Lucía y Marta.

Creatividad junior contra account manager junior senior intermitente o algo así.

Nadie sabía exactamente sus cargos porque en la agencia los títulos cambian más rápido que las campañas. Lo único fijo era esto: no se podían ver.

Y sin embargo trabajaban juntas. Eso es muy moderno ¿O acaso obligar a dos personas que se odian a "cocrear"no lo es?

La primera en aparecer en mi mesa fue Lucía.

Se dejó caer en la silla como si llevara horas sobreviviendo emocionalmente.

—No puedo más con Marta —dijo sin preámbulos.

Yo seguía con el email abierto.

—Buenas tardes para ti también.

—Es que es imposible trabajar con ella. Todo lo cuestiona. Todo lo ralentiza. Todo es "vamos a revisarlo".

Asentí lentamente. Ese tipo de personas existen.

Y también existen las otras.

No pasaron ni veinte minutos cuando apareció Marta, exactamente con la misma energía, pero en dirección contraria.

—Necesito cinco minutos contigo —dijo.

Se sentó sin esperar permiso.

—Lucía es… caótica. No hay estructura. No hay orden. No hay proceso.

—¿Habéis hablado entre vosotras? —pregunté.

Las dos me dieron la misma respuesta:

—No se puede hablar con ella.

Perfecto. La simetría del conflicto siempre es una mala señal.

En teoría, yo era la "voz de la experiencia". En la práctica, era el buzón emocional de la agencia. Porque no venían a pedirme soluciones. Venían a confirmar que el mundo no estaba bien diseñado.

Y conmigo hacían eso perfectamente.

Lucía siempre hablaba primero, como si necesitara vaciarse antes de que la realidad la alcanzara. Las dos versiones de un mismo incendio.

Yo escuchaba. Asentía.

A veces hacía pequeños sonidos neutros que en psicología avanzada significan:

"sigue, no te voy a arreglar la vida porque no me han pagado para eso".

Lucía salió de mi mesa diciendo:

—Eres la única que me entiende.

Marta hablaba después, más contenida, más racional. Y también más peligrosa.

—Menos mal que puedo hablar contigo, porque si no explotaría.

La paradoja era evidente.

Yo era simultáneamente no solo la única que las entendía, sino también la única que no cambiaba absolutamente nada. Cuando se fueron, Eva apareció detrás de mí, sin hacer ruido.

—¿Conflicto creativo? —preguntó.

— Reconstrucción personal sobre plano —respondí.

Eva sonrió.

—Perfecto. Eso significa que están vivos.

Se apoyó en la mesa. Me miró un segundo.

—No intentes resolverlo.

—No lo hago.

—Bien. Solo escúchalas.

—Eso intento.

Eva asintió como si eso fuera exactamente lo que esperaba de mí.

—Eres buena en eso —dijo.

Me quedé mirando la pantalla con las dos versiones de la misma historia.

Dos personas seguras de tener razón. Y yo en medio sin ninguna autoridad real ni tampoco intención de ejercerla, yo sólo escucho.

Y pensé algo curioso: en casa era la que resolvía. En la agencia era la que contenía. Quizá eso era lo que significaba ser adulta.

No ganar, ni decidir.

Solo evitar que todo explote demasiado rápido.

Y mientras volvía a mi teclado, Lucía volvió a escribir por chat: "Gracias por escucharme 💔 "

Y Marta, dos minutos después: "Eres lo único sensato aquí."

Miré las dos notificaciones.

Respiré y pensé: perfecto, he fallado igual de bien con las dos.

La tarde en la agencia fue bajando de intensidad como esas luces que nadie apaga del todo porque siempre hay alguien que aún cree que va a pasar algo importante en los próximos diez minutos.

A las 18:00, la oficina seguía viva.

Miré el móvil. Mensajes de casa: Javi preguntando si había comida, Lucía enviando un audio "Mamá, el universo me está mandando señales preocupantes. Ven."

En WhatsApp el grupo de la urbanización seguía en guerra. Sonreí.

Casa era caos. Agencia era sentido. Y yo era el puente entre ambas cosas.

Por primera vez en mucho tiempo, pensé que quizá no estaba sobreviviendo a mi vida: la estaba gestionando. Mal, pero con estilo.

A las 18.30 yo ya había dejado de mirar la pantalla con verdadera atención. Contestaba, resolvía, asentía, pero una parte de mí estaba ya ligeramente fuera, como si el día hubiera empezado a despedirse antes que yo.

Eva apareció a última hora, cuando la mayoría fingía seguir trabajando con ese entusiasmo residual que tienen los finales de jornada en las agencias creativas.

Se apoyó en el marco de mi mesa sin hacer ruido, como siempre, como si el espacio le perteneciera incluso cuando no lo reclamaba.

—¿Cómo lo has visto hoy? —preguntó.

—Gestionable —respondí.

Eva sonrió, pero no se fue.

Eso era lo extraño de ella. Nunca se quedaba de más, pero tampoco desaparecía del todo. Hubo un pequeño silencio antes de que hablara otra vez, esta vez con menos capa profesional encima.

—A veces pienso que esta gente cree que todo esto es nuevo —dijo, señalando vagamente la oficina.

No hacía falta explicar a quién se refería.

—Y no lo es —continuó—. Solo cambia el envoltorio.

La miré, esperando el giro habitual hacia lo estratégico.

Pero no llegó. Eva se quedó mirando la oficina un segundo más, como si estuviera viendo algo que yo no veía.

—¿Sabes lo más difícil de llegar hasta aquí? —añadió al final.

No esperó respuesta.

—No desaparecer demasiado pronto.

Me quedé quieta.

No era una frase dramática. Eva no hacía drama.

Era más bien una observación limpia, casi quirúrgica, dicha sin intención de dejar huella… pero dejando exactamente eso.

Me sostuvo la mirada un segundo más, luego se enderezó.

—Vete pronto hoy —dijo simplemente.

Y salió de mi despacho no sin antes lanzarme un guiño. Como si no hubiera dicho nada importante.

El trayecto de vuelta fue más pesado que el de la mañana, aunque no hubiera ocurrido nada especialmente malo.

Ese es el problema de los días largos: no necesitas crisis, solo acumulación.

Metro. Tren. Coche. Madrid de noche tiene algo que engaña. Parece que descansa, pero en realidad solo cambia de ritmo. Yo miraba por la ventanilla sin ver demasiado.

Pensaba en Eva, en lo que había dicho y en lo que no había dicho.

Y en esa extraña sensación de estar exactamente en el sitio correcto, pero no saber cuánto tiempo más iba a durar esa sensación.

Cuando llegué a casa, la luz ya era cálida, doméstica. La puerta se abrió antes de que pudiera tocar el timbre.

Ahí estaba un Álvaro sonriente dándome la bienvenida.

Y entonces vi el centro de flores sobre la mesa. Grande. Perfecto. Pensado.

—Feliz cumpleaños otra vez —dijo.

Había algo distinto en su tono. Más serio. Más lento. Más tierno de lo habitual, como si hubiera decidido que ese día había que hacer las cosas bien aunque no supiera exactamente cómo.

Me entregó una tarjeta: era bonita, nostálgica y estaba llena de esas cosas que suenan bien cuando se mencionan los años juntos, lo vivido y lo que aún queda. Y entonces sacó una cajita y me la dio con una sonrisa triunfante. Cuando la abrí, no supe cómo reaccionar ante su contenido: uno de esos relojes inteligentes que lo miden todo, tus pasos, el sueño, la actividad diaria. La vida, en definitiva. Álvaro estaba ilusionado con el regalo, pero yo lo recibí con el mismo entusiasmo que una citación de Hacienda

—Para ti.

—¿Un reloj?

—No. Tu nuevo entrenador personal, nutricionista, médico de cabecera y conciencia portátil.

—¿También pone el lavavajillas?

—Todavía no. Pero le falta poco. Con esto vas a descubrir una versión mejorada de ti misma.

—Yo estaba bastante contenta con la versión anterior.

—Cuenta pasos, pulsaciones, calorías...

—¿Y por qué querría yo conocer tantas malas noticias de golpe?

—Es como tener un entrenador en la muñeca.

—Justo lo que siempre soñé. Que alguien me vigilara incluso cuando estoy sentada.

—Piénsalo: pequeños retos cada día.

—Yo ya tengo pequeños retos cada día. Se llaman hijos adultos.

—Marisa, quiero que lleguemos juntos a los noventa.

—¿Y para eso necesito un dispositivo electrónico?

—Y algo de voluntad.

—Entonces el dispositivo era la parte fácil. Perfecto. Lo único

que me faltaba era un testigo digital de mi decadencia. Le sonreí y le di un beso.

—Es perfecto, gracias.

Porque eso es lo que se hace con los regalos que no sabes cómo procesar: se agradecen antes de entenderlos.

Entonces aparecieron mis hijos Lucía y Javi con una bolsa, demasiado coordinados para ser casualidad.

—Mamá, te hemos comprado algo —dijo Lucía, emocionada.

Sacaron el regalo: un fin de semana en un parador. Los cuatro. Todo incluido.

—Para estar juntos —dijo Javi, exultante

Y ahí estaba el otro tipo de regalo. El que es bonito de verdad. Porque incluso en la trampa había cariño. Incluso en la dependencia había afecto Incluso en el caos había intención y, al mismo tiempo, una estrategia familiar perfectamente diseñada... para asegurarse comida, descanso y logística resuelta durante cuarenta y ocho horas.

Pero aun así, era bonito pensar que aún querían hacer planes con nosotros. Que todavía éramos un grupo.

Aunque uno de los miembros del grupo fuera un perro de cincuenta kilos que no había sido consultado.

Thor apareció en ese momento, miró la escena, evaluó la propuesta familiar y decidió que aquello no incluía suficiente interés culinario como para implicarse.

Se tumbó en la alfombra ofendido por su exclusión estructural.

Me senté en el sofá con el reloj en la muñeca y miré las flores en la mesa. El reloj me estaba juzgando incluso dentro de la caja. En ese momento, me di cuenta de que llevaba todo el día cambiando de escenario sin cambiar realmente de personaje.

Por un lado estaban las campañas, las reuniones y el desorden creativo de la agencia. Por el otro, los hijos, el perro y la interminable gestión de una vida doméstica que jamás aparece en ningún currículum. Y yo en medio, sosteniendo todo sin que se notara demasiado el esfuerzo.

Miré el reloj. Seguía midiendo cosas.

Y por primera vez no supe si eso me tranquilizaba o me inquietaba. Quizá las dos cosas.

Y quizá eso también era cumplir cincuenta.

Capítulo 4: Ya no estamos para estas cosas

Hay gente que se levanta con energía. Yo me levanto con estrategia. No es lo mismo.

La energía es para personas que aún confían en el mundo. La estrategia, por el contrario, es para mujeres que han sobrevivido a grupos de WhatsApp de urbanización.

Me senté en el borde de la cama mirando a Thor, que ya había ocupado el 80% del colchón.

—Hoy no estoy para tonterías —le dije. Thor bostezó como si él sí lo estuviera siempre.

Hay mujeres que meditan. Yo me lavo el pelo. No por espiritualidad. Por supervivencia.

El pelo recién lavado es lo más cercano que tengo a la sensación de control en esta vida.

El problema es que ese control dura aproximadamente cuatro horas y media, hasta que el mundo exterior lo interpreta como una sugerencia estética y no como un estado real.

Me miré al espejo del baño. El pelo había aceptado colaborar, la cara no estaba tan mal como para preocupar a la familia y la moral seguía en modo actualización, instalándose al 23 %.

Mientras me maquillaba, llegué a una conclusión: el verdadero secreto nunca había sido la juventud ni la belleza. Lo importante era el control. La capacidad de gestionar lo que tienes, lo que pierdes y lo que el espejo decide negociar contigo cada mañana para salir de casa en paz contigo misma. El éxito de mi rutina no dependía de recuperar los treinta años ni de convertirme en una versión mejorada de mí misma. Dependía de algo mucho más sencillo: mantener una sensación razonable de control sobre el conjunto. La juventud es un regalo temporal y la belleza una cuestión bastante discutible. El control, en cambio, era otra cosa. Era la diferencia entre sentir que llevabas las riendas de tu vida o que tu vida te llevaba a ti. Era que el pelo obedeciera, que los pantalones cerraran

y que ninguna crisis familiar estallara antes de las nueve de la mañana.

Bajé a la cocina con el pelo ya en modo "presentable para la sociedad".

Javi estaba allí, en el mismo sitio en el que lo había dejado la civilización el día anterior.

—Mamá, ¿hay café?

—Sí.

—¿Está hecho?

—No. Hoy he querido que participes activamente en la experiencia. Está en el mismo sitio que ayer. A pocos metros de ti. Confío en que puedas completar el resto de la misión sin supervisión adulta

Javi no captó la ironía.

Nunca la captaba antes de las nueve de la mañana.

Álvaro ya se había ido a correr. Por supuesto.

La gente normal desayuna pero Álvaro…Álvaro entrena la existencia , ha firmado un pacto vitalicio con la disciplina deportiva

Me puse la americana negra : mi armadura diaria.

Debajo, un jersey rojo. Con rayas sutiles. Mis rayas de seguridad.

Como si el universo necesitara un recordatorio visual de que aún no me había rendido del todo.

—Me voooooy —dije.

—¿A trabajar? —preguntó Javi sin levantar la vista del móvil.

—No, hijo. Me voy a encontrarme a mí misma en un centro comercial de carretera.

Salí de casa.

El trayecto hacia Wild, como ya comenté, es un sistema de transporte diseñado por alguien que odiaba la estabilidad emocional: Coche. Tren. Metro.

Mi triatlón suburbano sin opción a medalla. El coche es donde una descubre cuánto le ha subido el volumen mental a la vida, en la radio alguien hablaba de productividad como si fuera una religión.

Yo iba intentando recordar si había apagado el horno, respondido a Eva y sobrevivido emocionalmente a mi familia antes de las nueve.

Me dispuse a ocupar asiento en el metro que amablemente me había cedido un chico joven latinoamericano, más atentos que el producto nacional patrio. Primer éxito del día: ninguno claro.

El metro es el único lugar donde la gente comparte tristeza sin hablarse. Se sientan juntos pero solos.

Me gusta eso.

Silencio interior.

Me senté. Abrí Instagram.

El mundo estaba en plena guerra emocional: gente haciendo yoga en playas perfectas, influencers llorando con iluminación de estudio y adolescentes explicando cómo "sanar su niño interior" desde un ático en Malasaña. El mundo estaba lleno de gente perfecta sufriendo en alta definición

Yo solo intentaba que mi rodilla no emitiera opiniones.

Entré en los emails: dos reuniones, una de ellas urgente y tres "feedbacks rápidos" que nunca eran rápidos.

Y un mensaje de Eva: "Hoy tenemos cliente importante. Quiero claridad, no ruido. Hoy necesitas estar brillante."

Sonreí. Eva nunca escribía "urgente". Escribía "brillante", que era peor.

Wild apareció en la siguiente estación como siempre: limpio, luminoso, casi indecentemente joven. El tipo de sitio donde nadie huele a coche cerrado.

Entré.

Y en cuanto crucé la puerta, la energía cambió.

—¡Marisaaaaa!

Claudia vino directa hacia mí con un café frío del tamaño de una crisis existencial.

—Hoy es el día grande, ¿eh?

—Todos los días son el día grande cuando tienes facturas —respondí.

Se rió. Eso era lo bueno de ellos; todavía creen que la vida es una metáfora divertida.

Atravesé la oficina con sus pantallas gigantes como MacBooks abiertos como si fueran extensiones del alma.

Alguien grababa un TikTok explicando "cómo sobrevivir a reuniones tóxicas".

No era irónico. Era el briefing.

Y entonces la vi.

Eva.

Siempre parece que llega antes que la luz.

Con su traje claro y su postura perfecta. Tranquilidad peligrosa. Energía de persona que nunca ha tenido que buscar llaves con prisa.

—Buenos días —dijo.

Y la oficina, sin saberlo, bajó medio tono.

No porque imponga sino porque ordena el aire sin esfuerzo.

—Hoy cliente grande —añadió mirándome a mí.

Eso significaba: "te necesito en modo fino".

Asentí.

—Estoy en modo fino desde 1998.

Eva sonrió y me besó en las mejillas. Siempre exactamente en el sitio correcto. Ni demasiado cercana, ni demasiado distante.

La reunión empezó a las diez. Cliente: marca de cosmética.

Objetivo: campaña sobre "belleza auténtica".

Problema: todos los referentes visuales parecían recién salidos de un laboratorio de inteligencia artificial.

En la pantalla:

- piel sin poros,
- sonrisas sin historia,
- ojos con brillo estadísticamente imposible.

Mujeres perfectas fingiendo ser reales, una ironía que nadie parecía detectar en la sala.

Un creativo de veintiséis años hablaba emocionado:

—Queremos transmitir naturalidad, crudeza emocional, verdad sin filtros…

Asentí lentamente.

—Pues entonces quizá habría que empezar por alguien que no parezca hecho en un laboratorio con aire acondicionado emocional

¿Por qué todas parecen muñecas de porcelana en duelo? —pregunté.

—¿No es más lógico que el objetivo sea: "autenticidad"?

Palabra trampa número uno del día.

Silencio. Los jóvenes siempre necesitan tiempo para procesar el sarcasmo analógico.

Eva me miró de reojo sonriendo. Eso significaba: "bien".

—La gente está cansada de la perfección —continué—. Si quieres vender belleza real, empieza por alguien que haya vivido algo real.

Los jóvenes se removían en sus sillas. Yo veía sus cerebros trabajando a toda velocidad intentando traducir: "experiencia vital" en "contenido".

Y entonces Eva intervino.

—Marisa tiene razón —dijo suavemente—. La belleza no es ausencia de vida. Es presencia de vida. Lo que Marisa quiere decir es que la gente no quiere perfección. Quiere verdad.

Y cuando Eva lo dice, deja de ser opinión.

Se convierte en dirección creativa.

Boom.

Eso era Eva.

Podía convertir una obviedad en una revelación filosófica con solo bajar un tono la voz.

La reunión siguió un rato más. A media mañana, Eva me hizo un gesto.

Salimos a su despacho. Siempre huele distinto allí.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo.

—Hoy he discutido con una modelo virtual —respondí.

Eva soltó una carcajada elegante.

—Eso cuenta como progreso.

Se sentó frente a mí y me observó detenidamente por unos segundos, sin prisa.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti?

—Dímelo y luego me lo creo a medias.

Sonrió.

—Que no intentas parecer joven.

Me quedé callada.

Eso no era un cumplido superficial.

Era algo más.

—Las mujeres como nosotras —continuó— desaparecen solo si deciden hacerlo.

Tragué saliva.

Porque había algo incómodo en esa frase.

Y muy verdadero.

Volví a mi mesa con esa sensación extraña de haber sido leída por dentro.

Claudia apareció con comida.

—Hemos montado un piscolabis para celebrar que hoy sobrevivimos a la creatividad —dijo.

—Eso es literalmente todos los días —respondí.

—Hoy con más queso.

Eso siempre ayuda.

Nos reunimos en la cocina.

Risas. Café. Pantallas apagadas por primera vez en horas. Alguien puso música.

Un becario preguntó si esto era "team bonding".

—No —dije—. Es supervivencia compartida.

Brindamos.

Y mientras miraba a todos esos veinteañeros hiperactivos, pensé algo que me sorprendió incluso a mí.

No quería ser más joven. Eso ya lo había descartado sin duelo y sin Pilates emocional.

Lo que quería era algo bastante más sencillo y, por lo visto, más difícil de conseguir: seguir aquí. Justo aquí. En medio del ruido, del caos, de las prisas ajenas y de las mías, que llegaban siempre un poco más tarde pero con la misma intensidad.

En medio de esta vida que, por alguna razón que rozaba lo absurdo, todavía me quedaba bien. No perfecta, no ligera, no especialmente amable… pero sí suficientemente mía como para no querer cambiármela por la versión de nadie más.

Y con eso, por ahora, bastaba.

Cuando llegué a casa, cerré la puerta sin hacer ruido, como si el silencio también pudiera agotarse si se le exigía demasiado.

La casa estaba en ese punto intermedio entre el orden y el abandono, que es básicamente su estado natural cuando nadie está mirando.

Dejé el bolso en cualquier sitio, como siempre, y durante unos segundos me quedé quieta en mitad del salón, sin propósito inmediato, que a esas horas ya era casi un lujo.

Entré en el dormitorio y comencé a deshacerme del día en capas: primero los zapatos, después la americana, luego ese pequeño ajuste mental que una mantiene en público sin darse cuenta.

Y por fin el sujetador. El soñado momento «free the nipple». El momento exacto en el que el cuerpo deja de negociar.

Suspiré, no dramáticamente, sino con la honestidad tranquila de quien por fin ha dejado de representar ningún papel y se dejó caer un segundo sobre la cama, mirando el techo como si allí hubiera alguna respuesta especialmente bien redactada sobre la vida adulta.

No la había. Solo estaba yo. Y el silencio.

Y el final del día.

Entonces pensé, sin darle demasiada importancia, como quien acepta una verdad sencilla después de demasiado ruido: "La verdadera libertad femenina empieza exactamente aquí."

Y, por una vez, no sonó a frase. Sonó a descanso.

El silencio duró exactamente un segundo.

El tipo de segundo que no llega a ser paz, sino más bien una pausa técnica del universo antes de volver a estropearse.

Oí la puerta abrirse de golpe.

—¡Pues que se vayan! ¡Que se vayan todas a Sicilia y no vuelvan jamás!

Lucía apareció en el dormitorio como una tormenta emocional con bolso.

Traía el móvil en una mano, el pelo recogido de cualquier manera y esa cara específica de indignación moderna que mezcla rabia, ansiedad y necesidad urgente de ser validada por alguien.

Yo seguía medio tumbada en la cama, recién liberada del sujetador y, por tanto, incapaz de gestionar conflictos humanos complejos.

—Hola a ti también —dije.

—No, mamá, de verdad, estoy flipando. O sea, flipando.

Entró y empezó a pasearse por la habitación como si estuviera declarando la guerra a un país pequeño.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Lucía soltó una carcajada seca.

—¿Qué ha pasado? Pues que mis amigas son unas egoístas de mierda con pendientes de aro.

Eso era grave. Cuando Lucía insultaba accesorios, la herida era real.

Se dejó caer en la silla del escritorio.

—Llevamos dos meses organizando el viaje de verano. DOS MESES. Y yo les dije desde el principio que en julio no podía porque tengo el curso de prácticas, ¿vale? Lo sabían todas

Asentí lentamente.

Ya veía venir el desastre.

—¿Y entonces?

—Pues entonces hoy han decidido reservar vuelos igualmente porque "era la única semana barata" según nuestro presupuesto

Hizo las comillas en el aire con violencia sindical.

—¿Para todas? —continuó—. ¡Para todas menos para mí! Pero aparentemente la democracia funciona así ahora.

Yo me acomodé mejor en la cama. Aquello ya no era solo un viaje. Era política internacional femenina.

—¿Y qué les has dicho?

Lucía me miró como si la hubiera ofendido.

—¿Qué les voy a decir? Pues que me parece fatal. Y encima me hacen sentir culpable porque dicen que "entienden mi situación" pero que tampoco pueden adaptarse todas a una persona.

Ahí estaba. La frase. La frase que siempre aparece cuando alguien quiere hacer algo egoísta sintiéndose razonable.

—"Entendemos tu situación" —repetí.

— Exacto. Esa frase ya anuncia una puñalada de las que dejan secuelas, pero expresada con una sonrisa y tres cursos de liderazgo

No pude evitar reírme un poco.

Lucía me señaló indignada.

—¡No tiene gracia!

—Un poco sí tiene.

—¡Mamá!

Se levantó otra vez.

—Es que además ya han reservado el Airbnb. Sin mí. Y han creado otro grupo para organizarlo porque dicen que "para no agobiarme".

—Ah, el grupo paralelo —dije—. La puñalada digital definitiva.

Lucía abrió mucho los ojos.

—¡LO SABÍA! ¡Sabía que eso era grave!

—Lucía, cuando aparece un grupo paralelo ya no hay diplomacia posible. Eso es la ONU abandonando el edificio.

Se dejó caer otra vez en la silla, derrotada ahora de una forma mucho más silenciosa.

Y ahí apareció la verdad de verdad.

No estaba enfadada por Sicilia.

Ni por los vuelos.

Ni siquiera por julio.

Estaba dolida porque el grupo había seguido avanzando sin ella.

La miré unos segundos.

Tan intensa.

Tan joven.

Tan convencida todavía de que las amistades deberían funcionar siempre como una serie de Netflix bien escrita.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo más bajito—. Que creo que yo habría esperado.

Eso me dio un pequeño golpe en el pecho.

Porque ahí estaba toda la diferencia entre los veinte y los cincuenta.

A los veinte te rompe el corazón descubrir que la gente no te espera.

A los cincuenta ya llevas tiempo corriendo para alcanzarlos igualmente.

Me incorporé un poco.

—Escúchame una cosa —dije.

Lucía levantó la mirada.

—Los grupos de amigas funcionan exactamente igual que los gobiernos, las empresas y las comunidades de vecinos: todos hablan de empatía hasta que alguien tiene que cambiar fechas.

Lucía soltó aire por la nariz, mitad risa mitad derrota.

Y justo entonces apareció Javier desde el pasillo.

—¿Todo bien, sister?

Lucía giró la cabeza.

—No, Javier. Nada está bien Sicilia ha muerto para mí.

Javier se quedó quieto dos segundos.

—¿Eso está cerca de donde fuimos en 2008?

Y yo cerré los ojos lentamente. Porque hay hombres que ayudan. Y luego está mi hijo, que entra en las tragedias emocionales como un turista sin mapa.

Álvaro entró seguidamente por la puerta, intentando entender qué nivel de catástrofe requería exactamente aquella energía.

—¿Qué pasa con Sicilia? —preguntó finalmente.

Lucía levantó las manos.

—Nada, papá. Nada. Solo que mis amigas han decidido irse de viaje sin mí porque yo no puedo en julio.

Álvaro asintió despacio, como si estuviera procesando información bursátil.

Y entonces cometió el error.

—Bueno… ya irás otro año.

Silencio. Un silencio absoluto. Pesado. Peligrosísimo.

Yo cerré los ojos un segundo porque reconocí inmediatamente el sonido exacto de un hombre caminando alegremente hacia un desastre perfectamente evitable. Lucía lo miró horrorizada.

—¿Perdón?

Álvaro, inconsciente del daño ya causado, siguió adelante.

—A ver, tampoco pasa nada. Si no coincidís este año, pues hacéis otro viaje más adelante.

Ahí estaba: la lógica masculina.

Ese mecanismo fascinante por el cual creen que los sentimientos funcionan como citas del dentista.

Lucía se levantó de golpe.

—¡No es el viaje!

—Bueno, pero…

—¡NO ES EL VIAJE!

Thor levantó la cabeza desde el pasillo.

Incluso el perro entendió que aquello estaba escalando.

Álvaro parpadeó, completamente perdido.

—Solo digo que…

—¡Ya sé lo que dices! —Lucía tenía ya los ojos llenos de lágrimas —. Lo que pasa es que no entiendes nada.

Yo observaba la escena en silencio, porque después de muchos años de matrimonio una aprende que hay momentos donde intervenir solo empeora la autopsia.

Álvaro intentó una última maniobra.

La peor.

—Bueno, hija, tampoco hay que ponerse así.

Y ahí murió definitivamente la conversación.

Lucía abrió la boca lentamente, como si acabara de perder la fe en la especie humana.

—Increíble —susurró.

Cogió el móvil de la cama.

—De verdad. Increíble esta casa.

Y salió del dormitorio llorando. Dos segundos después:

PORTAZO.

La vibración recorrió el pasillo entero.

Thor levantó una oreja. Luego otra.

Y finalmente decidió cambiarse de sitio por precaución diplomática.

Álvaro me miró.

—¿Qué he dicho?

Lo observé unos segundos.

Tan guapo.

Tan noble.

Tan completamente incapaz de sobrevivir cinco minutos dentro de una conversación femenina compleja.

Suspiré.

—Has intentado apagar un incendio emocional con una servilleta lógica.

—Solo quería ayudar.

—Ya. Ese ha sido exactamente el problema.

Álvaro se quedó pensativo.

—Pues yo sigo creyendo que ya irán otro año.

Lo miré. Luego miré al techo.

Y pensé que gran parte de la estabilidad del matrimonio consiste simplemente en aceptar que hay personas que jamás entenderán por qué Sicilia no era realmente Sicilia.

Capítulo 5: El grupo de las supervivientes

Toda amistad femenina de larga duración acaba degenerando en un grupo de WhatsApp donde conviven los siguientes elementos:

- cariño
- terrorismo organizativo
- fotos de recetas
- diagnósticos médicos no solicitados
- y audios de siete minutos enviados por personas que dicen no tener tiempo

El nuestro se llamaba: **"Que no salga de aquí 💔 "**

Nombre profundamente optimista para cinco mujeres que llevábamos décadas sobreviviendo al matrimonio, las hormonas y la Seguridad Social.

El mensaje apareció a las nueve y ocho de la mañana, justo cuando yo intentaba aparentar interés en una reunión sobre "identidad emocional de marca".

Pilar:

"¿Cena esta semana o seguimos dejando pasar nuestra juventud?"

Pilar siempre escribía como si estuviera a punto de empezar una revolución sexual en Chamberí.

Tres segundos después:

Rosa:

"Yo puedo jueves pero no muy tarde que el viernes madrugo."

Mentira. Rosa no madrugaba .Rosa simplemente vivía cansada en distintos horarios.

Luego Bea:

"Yo prefiero un sitio tranquilo donde se pueda hablar."

Eso, traducido del idioma Bea, significaba: "un sitio donde no sirvan fritanga y el vino no ataque el sistema digestivo."

Y finalmente Lucía. No mi hija. La otra Lucía, la soltera intermitente desde 1997.

“Mientras no sea japonés.” “La soja me inflama.”

Perfecto.

Ya habíamos entrado oficialmente en la fase digestiva de la amistad adulta.

Organizar una cena entre mujeres de cincuenta años requiere más logística que una cumbre diplomática.

Antes quedábamos diciendo: “Nos vemos luego.”

Ahora necesitamos un calendario compartido y cierta previsión intestinal.

El grupo empezó a llenarse de mensajes: Audios, capturas, opiniones, traumas gastronómicos…y así un largo etcétera,

Pilar mandó un audio desde el coche:

“Chicas, yo necesito alcohol y proteínas. Estoy en una etapa de reconstrucción espiritual.”

La reconstrucción espiritual de Pilar llevaba exactamente tres divorcios y dos instructores de pádel.

Pilar era la divorciada renacida. O eso decía ella.

En realidad estaba permanentemente agotada de reinventarse, tras descubrir el Pilates reformer, el vino ecológico, los hombres de treinta y ocho y una peligrosa cantidad de frases sobre energía femenina.

Llevaba meses diciendo: “Ya no necesito un hombre.”

Y luego se pasaba las cenas enseñándonos conversaciones de Tinder como si fueran pruebas judiciales.

Rosa era otra cosa.

Rosa había nacido cansada y luego había tenido hijos.

Su vida consistía en cocinar, preocuparse, limpiar, volver a cocinar, y narrar enfermedades ajenas con una precisión clínica estremecedora.

Vivía convencida de que nadie colaboraba suficientemente en su casa.

Probablemente tenía razón.

A veces decía: “Estoy deseando quedarme sola.”

Para dos minutos después preguntarse. “¿mi hijo cenará bien fuera?”

La maternidad es una secta emocional muy difícil de abandonar.

Bea era la organizada: casa perfecta, pelo perfecto, colágeno perfecto, digestiones perfectas.

Bea era esa mujer que dice: "Yo es que duermo fenomenal."

Y automáticamente despierta instintos violentos en las demás.

Nadie confiaba del todo en su serenidad.

Parecía una persona que doblaba las bolsas del supermercado por categorías.

Y luego estaba Lucía. La amiga eternamente moderna.

La que seguía saliendo, viajando y enamorándose con una energía que ya solo debería permitirse legalmente a menores de cuarenta.

Llevaba años entrando y saliendo de relaciones imposibles con hombres emocionalmente indisponibles pero muy interesantes en blanco y negro.

Siempre llegaba tarde. Siempre espectacular. Siempre ligeramente al borde de una crisis romántica.

Y luego estaba yo: Marisa.

La del medio.

La que escucha.

La que observa.

La que aparentemente tiene más estabilidad mental porque ya no le queda energía suficiente para dramatizar con intensidad olímpica.

El grupo seguía activo.

Treinta y siete mensajes en cuarenta minutos.

Nadie había decidido restaurante.

Pero al menos ya teníamos algo:

- dos intolerancias nuevas,
- tres restricciones horarias,
- una discusión sobre aparcamiento,
- y una amenaza pasivo-agresiva de Pilar diciendo:

"Pues haced lo que queráis." Frase clásica femenina que en realidad significa:

“Como no decidáis lo que yo quiero, voy a quereros un poco menos.”

Finalmente Bea envió un enlace a un restaurante italiano con terraza, luz tenue, carta pequeña y cara, que es como sabemos que un sitio es moderno.

Rosa preguntó:

“¿Tienen tortilla?” . Todas ignoramos el mensaje.

La cena quedó cerrada milagrosamente para el jueves.

Miré el móvil y sonreí sola.

Porque después de tantos años ya sabía algo importante sobre las amistades femeninas: no hace falta que funcionen perfectamente.

Solo hace falta que, de vez en cuando, sigan volviendo unas a otras.

Llegué la primera. Error táctico: las personas que llegan pronto a una cena de amigas descubren que la puntualidad es una forma poco conocida de voluntariado.

El restaurante era exactamente el tipo de sitio que Bea define como “mono” con su luz baja, camareros guapos y ligeramente hostiles, platos pequeños con nombres largos y vino con notas minerales que saben sospechosamente a tierra.

Me senté y miré alrededor. Parejas jóvenes fingiendo no mirar el móvil. Gente haciendo fotos al aperitivo. Dos hombres de negocios hablando de criptomonedas con expresión de divorcio inminente.

Madrid cenando.

Cinco minutos después apareció Pilar.

Abrigo camel, pendientes grandes y cara de haber vivido demasiado en una sola semana.

—Necesito beber inmediatamente —dijo mientras se sentaba.

—Hola, Pilar, qué alegría verte viva.

—Viva sí. Estable no.

Dejó el bolso sobre la silla.

—He bloqueado a Sergio.

—¿Cuál era Sergio?

—El del velero.

—Ah.

Todas las historias de Pilar parecen empezar igual: un hombre, una copa de vino y una decisión claramente equivocada.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunté.

Pilar abrió mucho los ojos.

—Marisa, el tío tiene cincuenta y dos años y usa la palabra "flow" sin ironía.

Aaaah.

Llegó Rosa, parecía agotada. Rosa siempre llega como si acabara de evacuar civiles de una zona de guerra.

—Perdón, perdón, perdón. Mi hijo no encontraba una sudadera.

—¿Y cómo ha sobrevivido finalmente? —preguntó Pilar.

—De milagro. Casi llama a Protección Civil.

Rosa se dejó caer en la silla.

—Os juro que no puedo más. Hoy he puesto tres lavadoras y nadie sabe dónde están sus propias cosas. Creo que viven conmigo como si yo fuera el servicio secreto doméstico.

—Lo eres —dije.

—Pues quiero dimitir.

Apareció Bea, perfecta, naturalmente perfecta, que es todavía peor.

—Perdón por el retraso. He tenido pilates.

Claro. Por supuesto. Bea hace pilates como otras personas respiran.

Nos besó a todas con serenidad irritante.

—Qué monas estáis.

Eso también molestaba un poco viniendo de alguien que parecía dormir ocho horas suspendida en agua termal.

La última en llegar fue Lucía.

Llegó con tacones y labios rojos; es decir, con el caos emocional elegantemente maquillado.

—Chicas, necesito que alguien me quite el móvil.

Se sentó y nos miró con cara de circunstancias.

—He vuelto a hablar con Andrés.

Silencio colectivo.

Pilar cerró los ojos.

—No.

—Sí.

Rosa se santiguó directamente.

—Lucía, ese hombre te dejó por WhatsApp.

—Ya, pero ahora está yendo a terapia.

Pilar bebió vino.

Mucho vino.

—También Ted Bundy tenía hobbies y no por eso volvías con él.

La cena arrancó oficialmente cuando llegó el pan. Las mujeres de nuestra edad ya no medimos la felicidad por grandes acontecimientos, sino que la medimos por un buen pan, silencio en casa y digestiones rápidas.

El camarero empezó a explicar los platos con excesiva pasión.

—La burrata viene sobre una reducción de tomate ahumado con matices cítricos…

Rosa lo interrumpió.

—¿Llena o no llena?

El camarero parpadeó.

—Bueno… es ligera.

—Entonces tráigame más pan.

El vino empezó a circular. Y con el vino llegó la verdad. Siempre llega.

—¿Sabéis lo que más rabia me da? —dijo Pilar—. Que los hombres separados se vuelven todos absurdos.

—Define absurdos —dije.

—Senderismo. Podcasts. De repente todos descubren quiénes son a través de una mochila Quechua.

Lucía asintió.

—Y las fotos.

—Las fotos son gravísimas —añadió Bea.

Pilar levantó un dedo.

—¿Por qué los hombres divorciados se hacen fotos sujetando peces?

Silencio.

Nadie tenía respuesta.

—Porque necesitan demostrar que aún pueden capturar algo —dije.

Las cuatro me miraron.

—Joder, Marisa —dijo Rosa—. Pues ahora que lo dices, creo que tienes toda la razón.

Lucía ya estaba enseñando Tinder.

Eso ocurre siempre.

Las cenas femeninas modernas terminan inevitablemente mirando hombres como si fueran apartamentos turísticos.

—Este tiene cincuenta y siete pero pone "espíritu joven".

—Eso significa problemas lumbares —dije.

—Este otro hace triatlones.

—Eso significa narcisismo.

—Este tiene una foto abrazando a un caballo.

Pilar negó con la cabeza.

—Red flag psicológica.

Rosa bebió otro sorbo.

—Yo solo quiero dormir una semana seguida.

—Eso ya no es un deseo —dijo Bea—. Es un proyecto político.

La conversación saltaba de un tema a otro con la velocidad absurda de las amistades largas: hijos, sexo, mamografías, divorcios, ansiedad, cremas, infidelidades ajenas, infidelidades propias.

Todo mezclado. Todo lo importante durante exactamente cuatro minutos.

—¿Sabéis qué me da miedo? —preguntó Lucía de repente.

Eso bajó un poco el volumen de la mesa.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Hacerme invisible cuando cumpla 50.

Ahí estaba la frase. La verdadera. Nadie habló durante un segundo.

Porque todas entendimos exactamente de qué estaba hablando.

Pilar rompió el silencio.

—Cariño, yo ya me he hecho invisible tres veces y aquí sigo pagando impuestos.

Nos reímos, pero poco. Porque era verdad.

Los postres llegaron cuando ya estábamos todas en ese punto exacto de la noche en el que una mezcla vino, sinceridad y

cansancio con una peligrosísima sensación de juventud recuperada.

Nadie tenía realmente hambre. Pero a nuestra edad el postre ya no era una cuestión gastronómica. Era una forma de alargar la felicidad media hora más.

—Compartimos —dijo Bea.

La mayor mentira colectiva de la gastronomía femenina.

Pedimos cuatro. El camarero dejó la carta sobre la mesa y Pilar, mientras daba un sorbito a su copa de vino, dijo de repente:

—Por cierto, ¿vamos a hablar ya del viaje de los cincuenta de Marisa o vamos a seguir fingiendo que somos personas organizadas?

Levanté la vista.

—No hace falta hacer nada…

Las cuatro me miraron automáticamente con expresión de rechazo.

Porque toda mujer sabe que cuando otra dice:

"No hace falta hacer nada" lo que realmente significa es: "por favor, haced algo pero sin obligarme a parecer necesitada."

Lucía apoyó los codos en la mesa.

—No, perdona, el viaje se hace. Lo hablamos hace meses y luego entre hijos, trabajos y dramas hormonales se quedó muerto.

—Como nuestra musculatura abdominal —añadió Rosa.

—Hablad por vosotras —dijo Bea, insoportablemente serena.

Pilar hizo un gesto de desprecio.

—Bea, tú haces pilates reformer. No perteneces ya al mundo civil.

Y entonces empezó la negociación.

Toda amistad larga necesita periódicamente una discusión absurda sobre viajes para demostrar que el vínculo sigue vivo.

—Yo voto playa —dijo Rosa inmediatamente—. Pero de no moverme. Quiero un sitio donde mi única responsabilidad sea decidir si quiero arroz o pescado.

—Yo necesito algo espiritual —dijo Lucía.

Pilar casi se atraganta.

—Tú lo que necesitas es dejar de acostarte con hombres que tienen menos profundidad que una bandeja de horno.

—Precisamente por eso quiero algo espiritual.

Bea intervino con calma quirúrgica.

—Podríamos ir a un balneario.

Rosa abrió mucho los ojos.

—¿Un balneario? ¿Qué somos, viudas austrohúngaras?

—Perdona, yo firmaría ahora mismo tres días sin cocinar ni escuchar "mamáaaa".

Lucía levantó una mano.

—¿Y si hacemos el Camino de Santiago?

Silencio.

Pilar la miró horrorizada.

—¿Perdón?

—Sí, tía. Algo de reconexión. Caminar. Hablar. Desintoxicarnos.

Pilar dejó la cuchara lentamente.

—Lucía, cariño, yo no me he puesto ácido hialurónico para acabar sudando en una cuneta gallega.

Ahí estábamos otra vez: cinco mujeres incapaces de decidir ni un destino, pero completamente convencidas de que el problema eran las demás.

—Pues algo hay que hacer —insistió Lucía—. Marruecos, por ejemplo.

Pilar reaccionó como si hubiera propuesto viajar a una zona de conflicto armado.

—No.

—¿Qué problema tienes con Marruecos?

—Todos.

—Pero si es precioso.

—No puedo negociar precios en los zocos. Nací para ser estafada con educación.

—Yo igual, El regateo me produce tanta incomodidad que acabaría comprando una alfombra y tres lámparas solo para evitar el conflicto —dijo Rosa.

— Yo tampoco sirvo para regatear. Si alguien me dice que cuesta cincuenta, mi cerebro responde: "Perfecto, ¿quiere sesenta?"—corrigió Pilar.

Bea seguía intentando poner orden.

—A ver, centrémonos. ¿Queremos playa, ciudad o retiro espiritual?

—Yo solo quiero dormir —dijo Rosa.

—Yo quiero ligar —dijo Pilar.

—Yo quiero encontrarme a mí misma —dijo Lucía.

Todas la miramos.

—Pues avísanos cuando la encuentres —dije.

El camarero retiró los platos mientras nosotras seguíamos construyendo un viaje imposible.

Sicilia apareció sobre la mesa. También Grecia. Y Lisboa. Y también un crucero, inmediatamente rechazado. A nuestra edad, la combinación de mareos potenciales, bufés ilimitados y camarotes del tamaño de un armario no terminaba de encajar con nuestro concepto de felicidad.

Y mientras discutíamos, me di cuenta de algo: no importaba realmente el destino, sino que lo que verdaderamente importaba era... que seguíamos haciendo planes.

Seguíamos proyectándonos hacia delante. Seguíamos creyendo, de alguna manera absurda y maravillosa, que aún quedaban cosas por vivir juntas.

Finalmente Bea, la única mujer del grupo capaz de tomar una decisión sin convocar una comisión de estudio, sacó el móvil.

—Vale. Finales de mayo. Cuatro días. Eso queda fijado ya.

—Vale, pero ¿dónde? —preguntó Rosa.

Bea suspiró.

—Eso ya lo resolveremos sin gritar si es posible.

—No prometas cosas imposibles —dijo Pilar.

Pero todas sacamos la agenda. Todas.

Incluso las que cinco minutos antes hablaban de cansancio crónico, inflamación intestinal y ganas de no salir nunca más de casa. Y allí estaba la verdad otra vez.

Puede dolerte la espalda. Puede fallarte el colágeno. Puede darte pereza vivir.

Pero si tus amigas dicen: "nos vamos" el cuerpo, misteriosamente, vuelve a negociar con la ilusión. Yo las observaba mientras hablaban todas a la vez.

Tan distintas. Tan agotadas. Tan divertidas.

Y pensé que quizá las amigas sirven exactamente para eso: para recordarte quién eras antes de convertirte en la persona que organiza lavadoras, revisiones médicas y calendarios familiares. Con ellas todavía éramos nosotras. Más cansadas, más hormonales y mucho más escépticas. Pero todavía nosotras.

Cuando salimos del restaurante hacía frío.

Nos abrazamos en la acera como si fuéramos a separarnos durante años y no apenas durante diez días.

Pilar encendió un cigarro de los de pensar.

Bea pidió un Uber premium como si perteneciera a la diplomacia europea.

Rosa ya estaba mirando si había mensajes de sus hijos.

Y Lucía volvía a escribirle a Andrés, por supuesto.

Yo las vi alejarse y pensé algo muy simple: las amistades femeninas no te arreglan la vida. Pero hacen que el desastre tenga mucho mejor diálogo.

Capítulo 6: Monitorizarse para morir mejor

El reloj llevaba tres días en casa y ya había conseguido algo que ni mis hijos, ni mi marido, ni la Seguridad Social habían logrado nunca: hacerme sentir insuficiente antes de las ocho de la mañana.

Me desperté y allí estaba. En mi muñeca. Silencioso.

Negro.

Observándome como un pequeño supervisor tecnológico enviado para evaluar si merecía seguir perteneciendo a la especie humana.

Lo primero que hizo fue informarme de mi calidad de sueño. Diagnóstico: "mala"

No "mejorable". No "irregular".

Mala directamente.

Como si hubiera pasado la noche bebiendo absenta en un puerto industrial y no durmiendo ocho horas rodeada de un marido atlético y un perro asmático.

Miré la pantalla. "Sueño reparador: 34%" Treinta y cuatro.

He aprobado convocatorias vitales mucho más exigentes.

Álvaro apareció ya vestido para correr, fresco, luminoso y ofensivamente descansado.

—¿Qué tal el reloj? —preguntó mientras estiraba una pierna como si protagonizara un anuncio de seguros médicos.

Le enseñé la pantalla.

—Parece que he dormido como una refugiada victoriana.

Él sonrió.

—Es cuestión de acostumbrarse.

Claro.

Porque los hombres creen que todo en la vida se arregla corriendo, hidratándose, o comprando mejores zapatillas.

Miró su propio reloj. El suyo vibró feliz.

—Mira, dice que mi recuperación física es excelente.

Lo observé unos segundos, tan contento, tan monitorizado.

Tan cerca de que le tirara el café encima.

—Enhorabuena —respondí—. Eres oficialmente una gacela africana.

La mañana siguió normal hasta que el reloj decidió intervenir otra vez.

Mientras me secaba el pelo vibró. Miré la pantalla.

"Es hora de moverte."

Perdón. ¿Moverme?

Llevaba cuarenta minutos levantada. Y en ese rato había puesto café, discutido, discutido con el flequillo, encontrado una mochila, abierto tres grupos de WhatsApp, y sobrevivido emocionalmente a la convivencia familiar.

Pero aparentemente eso no cuenta como actividad física porque ninguna de esas cosas eleva pulsaciones deportivas.

En el metro volví a mirarlo. Error.

Ahora me informaba del estrés: "Nivel elevado."

Gracias, máquina infernal.

También llevo años coordinando una familia, que viene a ser una pequeña empresa con peor organización. Abrí Instagram para relajarme. Otra mala decisión.

La humanidad seguía haciendo yoga al amanecer, desayunando semillas húmedas y llamando "autocuidado" a gastarse doscientos euros en velas.

Miré el reloj otra vez: "Respira."

—No me hables así —murmuré.

La chica sentada enfrente se apartó ligeramente.

En la agencia el reloj siguió humillándome de maneras nuevas e inesperadas.

A las once y cuarto: "Llevas demasiado tiempo sentada."

A las doce :"Tu frecuencia cardíaca ha aumentado."

Normal. Acababa de escuchar a un creativo de veintiséis años decir: "La gente ya no compra productos, compra experiencias".

Llevábamos media hora analizando la experiencia de un detergente.

Eso altera el sistema nervioso de cualquiera.

En un momento de desesperación fui a la mesa de Eva.

—Creo que mi reloj me odia.

Eva levantó la vista del portátil. Y entonces vi que ella también llevaba uno.

Por supuesto.

En su muñeca parecía elegante pero en la mía parecía libertad condicional médica.

—¿También te juzga constantemente? —pregunté.

Eva sonrió apenas.

—La tecnología moderna consiste básicamente en encontrar nuevas maneras de sentirse insuficiente.

Ahí estaba otra vez.

La capacidad de Eva para resumir la existencia en una frase y seguir contestando emails como si no acabara de diagnosticar la civilización.

Me senté frente a ella.

—El mío dice que estoy estresada.

—¿Lo estás?

—Tengo cincuenta años, una familia, una agencia y una hija que cree que Sicilia es una traición diplomática. Haz tú las cuentas.

Eva soltó una pequeña risa.

En Eva las emociones siempre aparecen con presupuesto ajustado.

—Ignóralo un poco —dijo—. Si haces demasiado caso a esos aparatos acabas viviendo como una aplicación.

Eso me gustó mucho. Pero naturalmente no le hice caso.

A las seis de la tarde estaba mirando obsesivamente los pasos: 4.327.

Ridículo.

¿Quién diseña estos objetivos?

¿Un pastor nómada del Paleolítico?

Empecé a caminar por la oficina con excusas absurdas tales como ir a por agua, volver a dejar el vaso, recoger algo inexistente de la impresora, o revisar la sala de reuniones para una reunión que no necesitaba revisión alguna

Claudia me vio pasar por cuarta vez.

—¿Todo bien?

—Perfectamente. Estoy siendo auditada por un electrodoméstico.

Cuando llegué a casa seguía pensando en los pasos.

Eso ya era humillante.

Mientras hacía la cena miraba la muñeca.

Mientras recogía platos miraba la muñeca.

Mientras Thor me bloqueaba el paso en la cocina como un oso doméstico gigantesco… miraba la muñeca.

Lucía lo vio enseguida.

—¿Estás mirando los pasos?

—No.

—Mamá, llevas andando en círculos alrededor de la isla de la cocina veinte minutos.

Me detuve. Tenía razón.

—Solo quiero llegar a ocho mil.

Lucía sonrió.

—Ves como el reloj ayuda.

La miré fijamente.

—Lucía, esto no es ayuda. Esto es gamificación del agotamiento.

A las once y media de la noche me descubrí caminando en pijama alrededor de la cama.

En círculos.

Silenciosamente.

Como una médium cansada intentando invocar el metabolismo.

Thor levantó la cabeza desde el suelo.

Confundido.

Álvaro dormía felizmente a mi lado con respiración de anuncio escandinavo.

Miré el reloj: 7.842 pasos.

Seguí andando.

Y entonces pensé que habíamos llegado a un punto fascinante de la civilización: una mujer adulta, completamente funcional, caminando en pijama alrededor de un dormitorio para que un reloj de cuatrocientos euros le concediera aprobación emocional.

La pulsera vibró: "¡objetivo conseguido!"

Me quedé quieta, respirando. Sudando ligeramente.

Y pensé: perfecto, ya no necesito terapia. Ahora me felicitan las máquinas.

Apagué la pantalla. Thor resopló desde el suelo.

Álvaro seguía dormido con esa tranquilidad obscena de las personas que jamás han tenido una guerra hormonal interna a las tres de la mañana.

Miré el reloj otra vez, que brillaba obscenamente en mi muñeca, esperando seguir evaluándome mañana. Y de pronto me dio pereza.

No física. Existencial.

Me lo quité despacio y lo dejé sobre la mesilla. La piel debajo había quedado marcada.

Una línea pequeña, casi invisible, como todas las cosas que terminan apretándote sin que te des cuenta.

Me tumbé y cerré los ojos. Y por primera vez en todo el día no había nadie midiéndome ni los pasos, ni el sueño, ni el estrés, ni la productividad emocional.

Solo estaba yo.

Cansada. Viva.

Y, sinceramente, eso ya me parecía suficiente estadística por hoy.

Capítulo 7: Las casas del norte

Rosa y su marido Enrique habían sido los anfitriones de aquella escapada a Asturias, pues acababan de firmar una hipoteca para vivir dentro de un documental rural sonoro, aunque la frase, pronunciada ya en el mismo momento en que llegamos, no hacía justicia al nivel de sofisticación arquitectónica del lugar ni al nivel de sabotaje acústico que suponía tener una vaca con cencerro a menos de cincuenta metros de la terraza. Las casas de diseño nórdico parecían salidas de una revista de estilo de esas modernas que parecen diseñadas para Instagram pero construidas para personas que nunca derraman café ni tienen hijos con hambre constante. Sólo que la revista no reflejaba la humedad persistente y el ganado libre.

Bea y Alfonso, su pareja desde hace un par de años, también formaban parte del grupo.

Pilar no pudo esta vez unirse a la escapada de finde, pues según ella, su cita de Tinder "prometía" y eso justificaba su ausencia. Ni que decir tiene que lo entendimos perfectamente.

Lucía vino sola, sin Andrés su novio/no novio; nos dijo que le daba igual ser la única desparejada del grupo ya que con Asturias siempre había tenido la sensación de "sentirse muy conectada y para reconectar con ella misma en ese entorno, Andrés era un estorbo". Lo de llamarse Lucía, debe implicar de manera intrínseca tener un lado místico, pues mi hija, que se llamaba igual, también necesitaba "reconectar con ella misma de tanto en tanto".

A nosotros nos había tocado una de las habitaciones destinada a los hijos en la casa de Rosa, lo cual en realidad significaba una habitación con literas, porque incluso el lujo rural tiene jerarquías internas. Álvaro, con su optimismo estructural habitual, lo aceptó con naturalidad, y yo, en un acceso inesperado de nostalgia infantil, me pedí la cama de arriba como si aquello fuera un campamento de verano y no una convivencia con adultos que hablan de hipotecas con la misma naturalidad con la que antes hablaban de música.

—¿Estás segura? —me preguntó Álvaro, mirándome desde abajo mientras dejaba la maleta.

—Totalmente —respondí—. Quiero sentirme como si tuviera once años y dormir como si no tuviera ninguna responsabilidad fiscal.

El primer día lo habíamos empezado con entusiasmo.

Madera clara, cristal, calma escandinava incrustada en mitad de Asturias y un silencio casi solemne… si no fuera por las vacas. CLONC. CLONC. CLONC. Sus cencerros marcaban el ritmo del lugar con más autoridad que cualquier instructor de mindfulness.

—Es muy bonito —dijo Bea nada más llegar.

—La verdad que sí —afirmó Rosa, aunque ya estaba mentalmente calculando cuántas lavadoras iba a generar aquella convivencia.

Lucía abrió una sidra para comenzar de manera inmediata su integración con el entorno.

—Esto con sidra mejora todo —sentenció.

Nadie se molestó en discutirlo.

El paseo de la tarde fue una especie de reconciliación estética con la naturaleza, aunque con el matiz importante de que ninguna de nosotras estaba vestida para la naturaleza real. Había ropa técnica, ropa "cómoda", ropa "que disimula", pero en ningún caso ropa diseñada para caminar por acantilados mientras se habla de menopausia intermitente y dolor lumbar.

El paisaje era tan excesivo que obligaba al silencio. Verde imposible, mar dramático, cielo que parecía ensayado para una película escandinava. Bea lo resumió con precisión:

—Esto es Noruega… pero con vacas.

—Sería Noruega si los vikingos hubieran descubierto la fabada— añadió Lucía, en su modo habitual de mezclar churras con merinas.

Yo no dije nada porque, por una vez, el paisaje parecía tener razón sin necesidad de interpretación.

Por la noche, la casa se llenó de esa convivencia pausada que solo aparece cuando la gente lleva suficientes años de amistad como para no necesitar demostrar nada. Se hablaba sin prisa, se discutía sin importancia, se reía sin motivo concreto. El cencerro seguía sonando fuera, constante, como un metrónomo rural que recordaba que la vida no se detiene aunque uno se vaya de fin de semana.

Yo subí a la litera con cierta satisfacción infantil, mientras Álvaro se instalaba abajo con resignación adulta.

—Esto es un poco ridículo —dijo él.

—Es perfecto —respondí desde arriba—. Por fin he vuelto a una jerarquía que entiendo.

Desde la cama superior miré el techo de madera, escuché las voces apagadas de abajo, el murmullo de la casa, el sonido lejano de las vacas, y pensé que quizá aquella era una de las formas más extrañas de felicidad que existían: no la ideal, no la perfecta, sino la que ocurre cuando sigues rodeada de gente que te conoce desde hace demasiado tiempo como para fingir demasiado bien.

Y con el cencerro marcando el ritmo del mundo exterior, me dormí pensando que, al final, envejecer quizá no era perder el equilibrio, sino aprender a dormir en literas emocionales sin caerse demasiado.

Al día siguiente amanecimos con esa luz limpia y ligeramente engañosa del norte, que siempre parece prometer un día suave pero luego te recuerda, con toda educación posible, que estás en Asturias y no en un catálogo de verano.

El plan era perfecto en su simplicidad: ir a comer a un llagar. Esa palabra ya tiene algo de promesa antigua, de comida sin culpa, de mantel de papel, de botellas que se comparten sin ceremonias. Yo llevaba desde el desayuno viviendo mentalmente en ese cachopo.

No era hambre: era una fantasía basada en carne, queso y expectativas.

Y mientras me vestía, el reloj inteligente me observaba desde la mesilla con esa frialdad suya de supervisor sanitario sin vocación de ternura.

—Hoy vas a flipar —le dije mentalmente—. Hoy te vas a enterar de lo que es un sábado digno.

Me vibró ligeramente y no en plan aprobatorio. Era sospecha.

En el desayuno ya empezó la negociación logística del día. Había dos caminos para llegar al llagar: uno fácil, directo, razonablemente aburrido pero funcional, y otro más largo, más bonito, más "experiencia", más "ya que estamos aquí pues vamos a vivirlo", que

en lenguaje de grupo de amigos significa: sufrimiento opcional con vistas.

Yo estaba claramente en el equipo del camino fácil.

—Vamos por el camino bonito —dijo Álvaro con entusiasmo inmediato.

—No —dije yo sin disimular nada—. Vamos por el que llega antes a la comida.

Bea levantó la vista de su café.

—Marisa está en modo supervivencia gastronómica.

—Siempre —confirmé.

—A mí me da igual mientras haya sitio para sentarse al llegar.

Bea, como siempre, no opinaba. Bea evaluaba.

— El sendero bonito es de flipar —dijo Rosa—. Hay un mirador espectacular.

Lucía, que llevaba desde la noche anterior en modo existencial romántico, añadió:

—Podemos aprovechar para hablar. Caminar nos vendrá bien.

Y ahí estaba el error. Porque cuando alguien dice "caminar nos vendrá bien", normalmente significa "vamos a caminar mucho más de lo necesario".

No sé en qué momento exacto dejé de tener capacidad de decisión real sobre mi propia vida, pero sospecho que fue alrededor de la tercera vez que dije "bueno, vale, vamos por el bonito".

Álvaro sonrió como si hubiera ganado una batalla que no sabía que estaba disputando.

—Ya verás, la caminata seguro que merece la pena.

Yo miré el reloj.

—Más te vale que compense esto con grasa animal.

Empezamos la ruta como Indiana Jones en versión doméstica.

Todo era muy bonito, sí. Verde, piedras, caminos estrechos, riachuelos que sonaban como publicidad de relajación en Spotify. Las primeras risas fueron sinceras. Las segundas, estratégicas.

Las terceras ya eran pura resistencia psicológica.

—Esto no es tan duro —decía Álvaro con esa alegría criminal de quien no carga bolso, ni bolsa, ni responsabilidad emocional alguna.

—Llevamos veinte minutos subiendo —respondí yo—. Estoy empezando a negociar con mi vida anterior.

Lucía iba detrás, jadeando ligeramente.

—Si me muero aquí, quiero que sepáis que os odio a todos.

El paisaje era precioso, eso sí. Era uno de esos lugares que nos obligaba a parar cada dos minutos para hacer fotos que te hacen llenar la memoria del móvil, inútiles, porque ninguna consigue explicar después por qué allí todo parecía más grande, más verde y más bonito de lo que debería. Fotos que quizás no volveríamos a mirar, salvo para justificar que el sufrimiento había tenido estética, eso sí: todo era fotografiado con precisión casi científica.

Yo preguntaba que cuánto quedaba.

Lucía hablaba de horizontes abiertos, de billetes de ida y de planes que todavía no necesitaban ser razonables.

Yo pensaba exclusivamente en el cachopo.

Cuando por fin llegamos al llagar junto a la playa, entramos como si hubiéramos cruzado un desierto espiritual. El olor a comida nos recibió como una promesa cumplida en ese lugar perfectamente integrado en el paisaje: madera, cerveza fría, olor a sidra escanciada, mesas algo torcidas y una vista que hacía que cualquier cosa supiera mejor y cualquier sobremesa se alargara sola. Allí estaban nuestras parejas/maridos, ya instalados como si siempre hubieran pertenecido a aquel ecosistema.

Y entonces Alvaro, con ese mezcla de entusiasmo que suele aparecer cuando está de vacaciones, anunció que se iban a bañar.

—¿Ahora? —preguntó Rosa, sin intentar disimular el juicio.

—Claro —respondió Alfonso—. Hace calor.

Era mayo.

En Asturias.

Pero la lógica masculina tiene su propia meteorología.

Se quitaron la ropa con una alegría casi adolescente y corrieron hacia el mar como si el cuerpo no fuera algo que envejece, sino una idea flexible que puede ignorar rodillas, hombros y cualquier informe previo de traumatología. Enrique, el marido de Rosa, incluso hizo el gesto del Tarzán, lo cual provocó en ella una mezcla muy precisa de vergüenza ajena y ternura resignada.

Nos quedamos en la terraza, cerveza en mano, observando e inmortalizando la escena.

—Los hombres envejecen raro —dijo Rosa.

—¿Raro cómo? —preguntó Lucía.

—De lejos parecen aventureros —respondió Bea—. De cerca necesitan magnesio.

—Y antiácidos —añadí.

El camarero apareció.

—¿Qué os pongo?

Yo no esperé ni medio segundo.

—Cachopo.

Rosa levantó una ceja.

—Ni carta ni nada.

—He venido aquí a ser feliz —respondí.

El reloj vibró. Miré la pantalla: "Actividad intensa detectada."

—Cállate —le susurré.

Mientras esperábamos la comida, comenzamos a recuperar nuestro estado natural: conversación dispersa, risas, anécdotas, pequeñas quejas corporales y esa sensación extraña de victoria compartida que solo aparece cuando has sobrevivido juntas a algo innecesariamente largo.

—Ha merecido la pena —dijo Bea mirando el paisaje.

—No digas eso muy alto —respondió Rosa—. Que todavía tenemos que volver.

Álvaro, feliz, bebía sidra como si hubiera descubierto el sentido de la vida.

—Cansados pero felices, dijo tras dar un largo trago.

Pensé un segundo.

—Cuando traigan el cachopo mi felicidad será absoluta.

Y entonces llegó. Grande. Imponente. Absurdo.

El cachopo aterrizó en la mesa como si fuera una decisión vital más que un plato.

Yo lo miré con respeto. El reloj vibró otra vez: "Exceso calórico probable."

—Hoy no —le dije.

Y corté el primer trozo como quien firma un tratado de paz con la vida adulta.

El cachopo desapareció con la misma dignidad con la que había llegado: ninguna.

Quedó la mesa llena de restos felices, servilletas arrugadas y esa sensación colectiva de haber cometido un exceso perfectamente justificado.

Cuando por fin nos levantamos, el grupo entero tenía ese cansancio suave que no es fatiga, sino satisfacción alimentaria con consecuencias leves.

—Ha sido una maravilla —dijo Bea, con esa exactitud suya que convierte cualquier plan en algo casi institucional.

Rosa sonrió con la cara de quien ha organizado algo y ha sobrevivido para contarlo.

—De verdad, cuando queráis repetimos. Pero la próxima vez con menos desnivel.

—Eso lo dices ahora —respondió Lucía—. En dos semanas estás organizando otra cosa exactamente igual.

Rosa no lo negó. Le había encantado reunirnos a todos, organizar y ver su recién estrenada casa asturiana llena de gente. Pero también era consciente de que acabábamos de marcharnos dejando tras de nosotros una pequeña catástrofe doméstica perfectamente distribuida entre habitaciones, baños y cestos de ropa sucia. La hospitalidad tiene límites, y normalmente coinciden con el número de lavadoras pendientes.

Ya en la despedida, con las chaquetas puestas y el aire fresco del norte entrando como recordatorio de que el verano aún no había sido aprobado oficialmente, nos quedamos un momento hablando con más calma.

Rosa y Enrique nos acompañaron hasta el coche.

—De verdad, ha sido un fin de semana estupendo —dije—. Ojalá podamos volver pronto.

—Ya os dije que cuando queráis —respondió Rosa—. Esto es vuestra casa también. Me ha encantado teneros aquí, ahora también os digo que todavía necesito al menos 3 semanas de recuperación logística.

—Aquí se vive de otra manera —añadió Enrique, mirando alrededor con esa tranquilidad de quien ya pertenece al paisaje—. A otro ritmo.

Rosa asintió.

—Más lento… pero mejor.

Nadie discutió la palabra "mejor".

Porque en realidad no era una comparación, era una forma de vida.

Nos quedamos un momento en silencio, despidiéndonos de ese verde excesivo, del aire limpio, de la luz suave de mayo, del sonido lejano de las vacas recordando que el mundo sigue funcionando aunque nadie mire el reloj.

Nos despedimos con abrazos largos, promesas vagas de volver en septiembre y esa certeza suave de que la vida adulta consiste en eso: repetir planes con pequeñas variaciones, como si cambiar ligeramente el escenario pudiera retrasar lo inevitable.

Cuando arrancamos el coche, ya de vuelta hacia Madrid, Álvaro miró por el retrovisor.

—Ha estado muy bien, ¿no?

—Sí —respondí.

Y el reloj, en mi muñeca, por una vez, no dijo nada.

Como si incluso él hubiera entendido que hay días en los que medir la vida es lo menos importante de todo.

Capítulo 8: El regreso

El viaje a Asturias tuvo ese efecto curioso de los buenos fines de semana largos: al volver no te sentías descansada, sino reorganizada, como si alguien hubiera cambiado ligeramente los muebles de sitio dentro de tu cabeza sin pedir permiso.

La casa nos recibió igual que siempre, con su falsa tranquilidad de lunes por la tarde y ese silencio que no es paz, sino ausencia de acontecimientos inmediatos. Recogimos a Thor que tan amablemente nos había cuidado unos vecinos durante nuestra ausencia y nos saludó como si no hubiéramos estado fuera, lo cual en su caso era coherente: el perro no entiende de escapadas, solo de abandonos temporales sin consecuencias legales.

Álvaro dejó la maleta en el suelo y suspiró con satisfacción. Había vuelto con la energía renovada de quien cree sinceramente que descansar consiste en hacer más cosas pero en otro paisaje.

—Qué bien sienta salir —dijo.

Yo lo miré sin responder.

Porque salir está bien.

Lo que no está tan claro es volver.

El reloj inteligente, en cambio, no había descansado. Me recibió con un mensaje breve, casi ofendido: "Actividad reducida durante el fin de semana."

Lo interpreté como un reproche personal.

—He estado en Asturias —le respondí mentalmente—. He sobrevivido a vacas, literas y cachopos.

El reloj no contestó, pero vibró ligeramente, como si no le pareciera suficiente justificación.

Tocaba mentalizarse de que el finde largo había terminado y mañana me esperaba un reinicio forzoso en la agencia

Llegué a primera hora y Eva ya estaba allí, por supuesto. Perfecta, organizada e impecable en esa forma suya de existir sin parecer afectada por nada, como si el tiempo la rozara pero no se atreviera a estropearla.

—Buenos días —dijo al verme entrar.

—Buenos días —respondí.

Y durante unos segundos me pareció que todo seguía igual.

Error.

La reunión de la mañana empezó con café, pantallas y una nueva palabra que nadie había pedido incorporar a su vida: "reposicionamiento estratégico de marca con narrativa transmedia".

Nadie preguntó qué significaba exactamente.

Porque en la agencia moderna las preguntas ya no se hacen para entender, sino para sobrevivir socialmente.

Eva hablaba con calma, siempre hablaba con calma.

—Vamos a cambiar un poco la estructura de equipos —dijo—. Necesitamos perfiles más ágiles, más híbridos, más…

Hizo una pausa.

—…adaptativos.

Miré alrededor.

La palabra "adaptativos" flotó en la sala como un aviso suave de evolución obligatoria.

Y en mi cabeza apareció una idea incómoda: adaptativo suele ser otro modo de decir reemplazable.

Después de la reunión, Claudia me lo confirmó sin querer.

—Eva está reorganizando varios departamentos

—¿Reorganizando cómo?

Claudia dudó un segundo.

—Más digitales. Más… rápidos.

Sonrió como si eso fuera inevitablemente positivo.

Yo asentí, pero por dentro algo se movió. Más jóvenes, vaya.

No era miedo todavía.

Era algo más sutil.

Era la primera sensación de no estar en el centro del mapa.

A media mañana el reloj volvió a intervenir: "estrés elevado."

—Gracias —susurré—. No me había dado cuenta.

Eva pasó por mi mesa más tarde. Se detuvo un segundo.

—¿Todo bien?

—Sí —dije automáticamente.

Ella me miró como si esa palabra no fuera información fiable.

—Estás pensando demasiado —añadió con una sonrisa leve—. Eso en esta industria es un deporte de riesgo.

Se alejó.

Y yo me quedé con esa frase dando vueltas más de lo necesario.

A la hora de comer, Pilar escribió en el grupo de whatsapp: "necesito vino y me contéis qué me he perdido este fin de semana."

Eso sonaba a que su cita de Tinder no había sido lo ideal que ella hubiera querido.

Rosa añadió después: "Tengo la casa patas arriba y el cuerpo pidiendo tregua, pero os volvería a invitar mañana."

Lucía envió un audio de tres minutos hablando de "sensaciones de vacío post-viaje".

Bea mandó un emoji de calendario.

El grupo había vuelto a su estado natural:
una mezcla de nostalgia, digestión lenta y planificación compulsiva del siguiente plan.

Por la tarde, en la agencia, empezó a notarse algo más claro.

Un nuevo equipo con un par de miembros más: más ruidoso, más seguro de cosas que yo había tardado años en dejar de cuestionar. Y más jóvenes.

Los escuchaba hablar en pasillos con palabras que parecían diseñadas para excluir lentamente a cualquiera que hubiera aprendido otra forma de hacer las cosas.

Me sentí, por primera vez, como si entendiera todo… y aun así no fuera exactamente el público objetivo.

Eva me llamó al final del día, en modo cambio.

No era un cambio brusco ni dramático, sino algo más sofisticado, más propio de ella: una reorganización silenciosa, elegante, casi amable, que iba recolocando piezas sin que nadie pudiera decir exactamente cuándo habían dejado de estar donde estaban.

—Marisa, siéntate.

Lo dijo con esa tranquilidad suya que nunca anticipa catástrofes, pero tampoco las descarta.

Me senté.

Eva cerró un documento en la pantalla, se quitó las gafas un segundo y me miró.

—Quiero que estés tranquila —dijo.

Eso, en cualquier idioma profesional, suele ser el primer síntoma de que alguien ha detectado tu nivel de preocupación antes que tú misma.

—Lo estoy —mentí con profesionalidad.

Eva sonrió apenas.

—Tu puesto no solo está a salvo, es esencial.

Pausa.

—Eres la estructura de esta agencia. La organización. La coherencia. La que hace que todo lo demás no se desmonte.

Asentí lentamente, me lo tomé como un cumplido.

Y al mismo tiempo una definición bastante precisa de una función invisible.

—Lo que estamos cambiando —continuó— es el equipo creativo, ya has podido ver que hay un par de personas nuevas. Pero habrá más cambios

Sentí curiosidad defensiva.

—Vamos a incorporar un nuevo director creativo —dijo.

—¿Nuevo?

—Muy nuevo.

Ese "muy" venía cargado de significado generacional.

Lo conocí dos días después.

Entró en la agencia como entran ciertas personas que no saben todavía que el mundo corporativo tiene reglas, pero están convencidos de que no deberían existir.

Se llamaba Rafa. Veintinueve años. Camisa sin planchar por decisión estética. Mochila como declaración ideológica.

Y una forma de hablar como si cada frase fuera el inicio de una revolución creativa pendiente de financiación.

—Hola —dijo entrando en la sala—. Qué sitio más interesante.

Nadie había usado la palabra "interesante" en esa agencia desde 2014.

Yo lo observé con la prudencia de quien ha visto suficientes cambios de director creativo como para saber que todos empiezan igual: energía, caos, ideas imposibles, y la firme convicción de que todo lo anterior era mejorable con suficiente café y Spotify.

—¿Y este quién es? —me preguntó Claudia en voz baja.

—El futuro —respondí sin entusiasmo.

Los primeros días Rafa era un espectáculo.

Hablaba demasiado rápido.

Dibujaba en pizarras como si estuviera descifrando el universo.

Decía cosas como:

—"tenemos que romper el lenguaje visual del sector".

Y yo pensaba:

—"el sector ya viene roto de fábrica, cariño".

Pero algo empezó a cambiar. Las reuniones se volvían más vivas. Las ideas dejaban de ser recicladas. Los equipos creativos discutían con más energía. Y, poco a poco, algo que llevaba tiempo dormido empezó a moverse.

Una tarde, Eva reunió a todo el equipo.

—Rafa no viene a sustituir nada —dijo—. Viene a empujar.

Me miró un segundo.

—Y vosotros a sostener.

Ahí estaba la verdadera arquitectura del cambio. Al principio desconfié. No por lógica sino por instinto.

La juventud en un entorno profesional siempre parece una amenaza hasta que entiendes que en realidad es una forma de oxígeno que habías dejado de notar.

Una semana después, Rafa me pidió ayuda.

—Marisa, ¿cómo gestionáis aquí los tiempos de aprobación?

Le miré.

—Con paciencia.

Se rió.

—Eso no es un sistema.

—Es supervivencia —respondí.

Y entonces, por primera vez, le vi dudar. Poco a poco empecé a entender algo incómodo: no venía a quitarme nada.

Venía a hacer que lo que yo sostenía durante años no se volviera rígido. Y eso, aunque molesto, era necesario.

Una tarde, Eva volvió a mi mesa.

—Te dije que no era una amenaza —comentó.

—No lo sentí como tal, tranquila —mentí.

Pausa.

—Solo me había acostumbrado a ser la única que entendía cómo funciona todo.

Eva sonrió.

—Eso es exactamente lo que no puede durar demasiado tiempo.

Esa tarde, salí de la agencia más tarde de lo habitual.

En el metro lleno hasta la bandera, la gente miraba pantallas como si fueran ventanas a otra vida más ordenada.

Yo miraba mi reflejo en el cristal y pensé en Asturias, en el mar, en las vacas, en el cencerro, en los cachopos, en las amigas, en todo lo que parecía más simple cuando no estabas dentro de ello.

Esa noche, en casa, me quité el reloj al llegar.

No porque lo odiara. Sino porque ya no necesitaba comprobar tantas cosas para saber que seguía aquí.

En casa, Álvaro estaba en el sofá.

Thor dormía encima de él como si fuera un mueble más del sistema doméstico.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

Me senté a su lado.

—Estoy en una fase interesante —dije.

—¿Qué fase?

Pensé un segundo.

—La de descubrir si todavía eres imprescindible o solo estás bien integrada.

Álvaro me miró sin dramatismo.

—Eso suena agotador.

—Lo es.

Y ahí nos quedamos un momento sin decir nada. Porque hay conversaciones que no necesitan solución inmediata. Solo compañía.

Esa noche, antes de dormir, miré el reloj otra vez.

Ya no me parecía un enemigo, tampoco exactamente un aliado. Era otra cosa.

Un recordatorio constante de que todo —el cuerpo, el trabajo, el tiempo— estaba siendo medido en algún sitio sin pedirme permiso.

Me lo quité y lo dejé en la mesilla pensando, sin ironía esta vez, que quizá el verdadero cambio no era el mundo volviéndose más

rápido, que quizá la vida no consistía en mantener el control.

Sino en saber cuándo dejar entrar a alguien que lo desordene un poco sin destruirlo todo.

Capítulo 9: Lisboa

A finales de mayo el viaje de nuestros cincuenta seguía siendo exactamente lo que más nos unía y lo que más nos enfrentaba al mismo tiempo: una idea preciosa sin forma concreta, una ilusión compartida que cada vez que intentábamos concretar se transformaba en una negociación internacional sin mediadores.

En el grupo de WhatsApp ya no había mensajes, había posiciones diplomáticas.

Pilar defendía con firmeza que no tenía sentido repetir ciudades donde ya habíamos estado "en otra versión de nosotras mismas", lo cual era una forma muy elegante de decir que París le parecía caro y emocionalmente agotador.

Bea proponía Londres con la misma serenidad con la que uno propone una inversión inmobiliaria: todo muy correcto, muy cultural, muy probable que lloviera, pero con museos que justificaban cualquier sufrimiento logístico.

Rosa, que ya se había vuelto más del norte que las sardinas, desechó mi propuesta de quedarnos por el sur de España.

—A ver, Marisa: Sevilla o Córdoba son preciosas, pero yo a 42 grados dejo de ser una persona y me convierto en un líquido con gafas de sol

Lucía, fiel a su línea vital, defendía destinos con carga existencial:

—Necesitamos un sitio que nos cambie por dentro.

Nadie le respondió directamente, porque todas entendimos que eso podía incluir terapia grupal en la frontera con cualquier país.

Y entonces apareció Lisboa. No como una revelación. Sino como una concesión inteligente.

—Lisboa —dijo Bea un día, con ese tono suyo de "esto ya está decidido aunque no lo sepáis"— tiene cultura, es bonita, no es excesivamente cara y podemos ir en coche si queremos.

La idea de Lisboa empezó a consolidarse no tanto por emoción como por lógica práctica. Era un viaje soportable en coche, y eso último fue clave.

Ir en coche significaba libertad logística, significaba poder parar. Significaba, sobre todo, evitar aeropuertos, colas, y la humillación moderna de pagar equipaje de mano como si lleváramos lingotes de oro.

Pilar tardó dos segundos en reaccionar.

—¿Lisboa no es como… decadente?

—Sí —respondió Bea sin dudar—. Pero de forma elegante.

Rosa levantó la cabeza.

—¿Y se come bien?

—Se come bien —confirmó Lucía.

Así pues, Lisboa empezó a adquirir forma como una idea razonable.

La conversación se fue cerrando con esa lentitud caótica que tienen las decisiones importantes cuando las toman cinco mujeres con agendas vitales distintas.

París quedó descartado por exceso de comparación, Roma por saturación histórica, Londres porque allí el tiempo suele estar enfadado y Sevilla por todo lo contrario: supervivencia térmica.

Lisboa, en cambio, tenía algo raro: no exigía nada.

—Y podemos hacer una extensión —dijo Lucía de repente—. Ericeira.

—¿Eso qué es? —preguntó Rosa.

—Un pueblo surfero —respondió Lucía con entusiasmo—. Playas infinitas, gente guapa, aire atlántico…

Pilar la interrumpió inmediatamente.

—Yo no hago surf.

—Nadie te ha pedido que hagas surf —respondí.

En el trabajo, mientras tanto, yo seguía observando el mundo con una mezcla extraña de estabilidad nueva y vigilancia antigua.

Rafa había empezado a instalar su caos creativo con una naturalidad casi alegre, como si el desorden fuera una forma superior de inteligencia.

Eva, en cambio, mantenía todo en su sitio sin que pareciera esfuerzo.

Y yo… yo empezaba a entender que mi función no era resistir el cambio, sino evitar que el cambio rompiera lo esencial.

Una tarde, entre reuniones, Pilar me escribió:

"Lisboa confirmada o seguimos fingiendo que somos jóvenes espontáneas?"

Le respondí sin pensar demasiado: "Lisboa es lo más espontáneo que podemos permitirnos sin medicación."

Por la noche, el grupo cerró la decisión.

Lisboa.

Finales de mayo.

Cinco días.

Extensión opcional a Ericeira.

Todas aceptamos. Incluso las que decían no estar convencidas.

Cuando cerré el móvil, me quedé un momento en silencio. Había algo curioso en aquella decisión. No nacía del entusiasmo ni del espíritu de aventura, sino de algo mucho más adulto: la sensación de encajar.

Y pensé que quizá eso era lo que éramos ahora: no un grupo de mujeres buscando la vida perfecta, sino un grupo de mujeres intentando coincidir lo suficiente como para seguir llamándolo vida compartida.

La organización del viaje a Lisboa empezó como empiezan todas nuestras grandes decisiones: con ilusión, un grupo de WhatsApp en ebullición y una completa incapacidad para ponernos de acuerdo en nada relevante durante más de siete minutos seguidos.

Pero esta vez había un avance importante: el transporte.

Rosa tenía coche. Y no un coche cualquiera, sino un SUV grande, de esos que parecen diseñados por alguien que ha decidido que la vida moderna requiere espacio para crisis emocionales, equipaje de cinco personas y alguna compra impulsiva en ruta.

—Cabe todo —dijo Rosa con orgullo moderado—. Y si no cabe, pues se reconfigura.

Nadie preguntó qué significaba exactamente "reconfigurar". En nuestro grupo, esa palabra suele implicar plegar cosas con rabia.

La decisión fue rápida, casi sospechosa: iríamos todas juntas.

Capítulo 10: Turistas culturales a la fuerza

Éramos cinco mujeres metidas en un coche con cuatro días por delante y suficientes emociones acumuladas como para necesitar un remolque adicional. Las maletas, al menos, tenían ruedas y podían descargarse al llegar. El resto —las preocupaciones, las cuentas pendientes, los cambios que ninguna terminaba de entender del todo— viajaba cómodamente instalado entre los asientos.

Pilar fue la primera en hacer la pregunta importante:

—¿Y la música?

Silencio.

Porque esa es la verdadera línea roja de cualquier convivencia prolongada.

Ahí fue cuando ocurrió. Me miraron a mí.

Como si de repente se hubiera abierto una candidatura pública.

—Marisa es la DJ —dijo Bea.

—Sí —insistió Lucía—. Tienes criterio. Y buen rollo a la hora de elegir la música. Tu pondrás la banda sonora a nuestro viaje.

Así fue como pasé a convertirme en copiloto DJ oficial del viaje a Lisboa**.**

Una responsabilidad que, en teoría, no salvaba vidas, pero sí podía arruinarlas durante 600 kilómetros si se gestionaba mal.

Rosa me miró por el retrovisor.

—Confío en ti.

Detrás iban ellas, las verdaderas jueces del sistema.

Desde el asiento trasero se escuchaba todo con una claridad distinta, más honesta, menos diplomática. Pilar fue la primera en imponer condiciones:

—Nada de Camilo Sesto.

—Ni baladas dramáticas —añadió Bea.

—Ni canciones que te hagan pensar en tu vida —remató Lucía.

Yo levanté las manos. —Tranquilas. Yo vengo preparada para la vida.

Salimos de Madrid con la precisión emocional de un grupo que ha hecho muchas cosas juntas pero sigue fingiendo que cada viaje

es una primera vez.

Rosa conducía con seguridad.

Yo conecté el móvil al sistema del coche como si estuviera activando una ceremonia importante.

—Os aviso —dije—. Esto es territorio funky.

Primera canción: Everybody's Free, de Rozalla.

Lucía se inclinó hacia delante:

—Esto es MUY nuestro.

Nuestra época dorada. Esa en la que el cuerpo aguantaba sin negociación, las noches no necesitaban recuperación, y bailar no era un deporte de alto riesgo articular.

—Siii, de cuando creíamos que el cansancio era un mito publicitario —respondí.

Salimos de Madrid con esa mezcla preciosa de excitación y negación adulta. En el minuto treinta y dos de carretera ya estábamos todas cantando como si no tuviéramos responsabilidades fiscales.

Excitación por el viaje. Negación por el dolor de espalda que ya estaba empezando a insinuarse en las tres primeras curvas de la autovía.

El coche de Rosa avanzaba como una nave bien equipada: agua, snacks, gafas de sol, y una bolsa misteriosa que nadie quiso abrir.

El paisaje empezó a cambiar mientras el coche avanzaba.

Y con él, también el tono del grupo.

Las conversaciones desde atrás fueron pasando de la nostalgia al análisis existencial sin transición:

—¿Os dais cuenta de que ahora viajamos con medicación preventiva? —dijo Pilar.

—Yo llevo ibuprofeno "por si acaso" —respondió Bea.

—¿Eso es madurez o derrota? —añadió Lucía.

Silencio breve.

Luego risa general.

—Esto sí —dijo Bea.

—Esto es vida —añadió Lucía.

Pilar, desde atrás, suspiró:

—La vida era esto… hasta que empezaron los seguros del coche.

Yo giré ligeramente la cabeza. Las veía allí detrás: comprimidas, cómodas, vivas.

Y pensé que había algo muy nuestro en esa imagen: cinco mujeres compartiendo un coche como quien comparte una versión provisional de sí mismas.

A medida que avanzábamos hacia el oeste, la conversación fue derivando hacia lo inevitable: recuerdos de noches imposibles, anécdotas sin consecuencias, decisiones cuestionables que ahora contábamos como si fueran patrimonio cultural…

Rosa conduciendo dijo algo que nos hizo reír a todas:

—Antes salíamos y volvíamos de día. Ahora salimos y necesitamos dos días para recuperarnos de la intención de salir.

Yo, desde el asiento de copiloto, observaba el paisaje cambiar. Y con cada kilómetro, algo dentro del grupo se aflojaba un poco. No solo el cuerpo.

También la necesidad de controlarlo todo.

El coche avanzaba.

La música seguía.

Estábamos haciendo lo que mejor sabemos hacer: convertir el pasado en una versión ligeramente mejor iluminada de lo que realmente fue.

Cuando cruzamos la frontera mental entre rutina y viaje, Rosa subió un poco el volumen. Ese era el verdadero lujo de esta etapa de la vida: no volver a ser las de antes, estábamos intentando no perder del todo a las que éramos ahora, mientras seguíamos encontrando excusas razonables para bailar, aunque el cuerpo negociara cada canción como si fuera un contrato con cláusulas de desgaste.

Llegamos a Lisboa con ese tipo de luz que parece diseñada para mejorar cualquier decisión previa. Sol limpio, cielo despejado y esa temperatura engañosa que te hace pensar que la vida, en general, ha sido amable contigo y no ha pasado nada importante todavía.

El coche de Rosa se detuvo con alivio mutuo —el nuestro y el suyo— y durante unos segundos nadie habló, como si estuviéramos comprobando que efectivamente habíamos cambiado de país sin

perder a nadie por el camino, lo cual ya era un éxito logístico considerable.

Lisboa nos recibió con su primera declaración de intenciones: empedrado irregular y una inclinación constante hacia lo inevitable.

—Esto es peligroso —respondió Pilar mirando sus tobillos.

Yo miré hacia arriba. Y luego volví a mirar hacia abajo.

—Aquí el cardio no se hace en el gimnasio —murmuré—. Se hace saliendo del portal.

El Airbnb estaba en Alfama, en una de esas casas antiguas que parecen haber sido diseñadas antes de que alguien inventara la palabra "ergonomía". Techos altos, paredes con carácter —que es una forma elegante de decir "no rectas"— y ventanas que daban la sensación de haber visto demasiadas generaciones de vida sin intervenir en ninguna.

—Es precioso —dijo Lucía nada más entrar.

—Es alto —dijo Rosa inmediatamente después.

—Es un edificio con opiniones propias —añadí yo.

Subir las maletas fue nuestra primera actividad física oficial en Lisboa.

El reloj, en mi muñeca, vibraba con entusiasmo contenido: " actividad intensa detectada."

—Y más que vas a detectar —le susurré.

Una vez instaladas, con esa mezcla de admiración y resignación que producen los lugares bonitos pero poco prácticos, salimos a la calle.

Lisboa seguía ahí fuera, perfectamente inclinada, como si alguien hubiera decidido que la ciudad debía ser vivida con esfuerzo constante.

—No entiendo cómo la gente vive aquí —dijo Pilar.

—Con piernas —respondió Bea.

—O en ascensor —añadió Rosa.

—O sin prisa —dijo Lucía.

Y ahí se hizo un silencio breve.

Porque "sin prisa" en nuestro grupo suena siempre a concepto teórico.

El primer plan fue inmediato y, en cierto modo, inevitable: alquilar un tuc-tuc.

No por necesidad, sino por supervivencia.

La idea de recorrer Lisboa a pie había durado exactamente lo que tarda una primera cuesta en recordarte que tienes cincuenta años, equipaje vital y cero interés en morir en una calle con nombre impronunciable.

El conductor del tuc-tuc nos miró con esa mezcla de experiencia y paciencia que solo tienen quienes han visto demasiados grupos de turistas decidir que van a "disfrutar la ciudad de forma auténtica".

—¿Tour completo? —preguntó.

—Completo —confirmó Rosa.

—Con paradas —añadí yo rápidamente.

—Con muchas paradas —corrigió Pilar.

Subimos con cierta torpeza. Cinco mujeres. Un vehículo pequeño y una cantidad de entusiasmo proporcional al nivel de desconocimiento del terreno.

El tuc-tuc arrancó y Lisboa empezó a desplegarse delante de nosotras como un escenario inclinado y precioso.

Desde el primer minuto entendimos que aquello no era un paseo: era una coreografía. El tuc-tuc subía cuestas imposibles con la dignidad de quien ha aceptado su destino.

Nosotras nos agarrábamos a los laterales como si eso pudiera modificar las leyes de la física.

—Esto no es una ciudad —dijo Pilar.

—Es un gimnasio sin suscripción —añadió Bea.

—Pero si es precioso todo —insistió Lucía, ya en modo contemplativo total.

—Es una trampa visual —concluyó Rosa.

El conductor iba explicando cosas en un español amable, mezclado con resignación turística:

—Aquí Alfama… barrio antiguo… mucho fado…

Yo asentía, pero en realidad estaba concentrada en no salir despedida en una curva especialmente peligrosa.

Desde el tuc-tuc Lisboa se veía distinta: no plana, no amable. Viva, con ropa tendida entre ventanas y paredes con azulejos

imperfectos.

Con gente que parecía haber asumido que la vida no se resuelve, solo se transita.

En una parada, el conductor nos señaló un mirador.

—Aquí se ve la ciudad muy bonita —dijo.

Bajamos. Respiramos.Y durante unos segundos nadie habló.

Porque sí era bonita. De esas bellezas que no necesitan explicación, solo resistencia física previa.

—Esto compensa la cuesta —dijo Bea.

—No compensa nada —respondió Pilar—. Pero sí que es bonito.

Yo miré el horizonte pensando que Lisboa tenía algo incómodo: no te dejaba observarla sin implicarte.

Volvimos al tuc-tuc con más calma.

El conductor arrancó otra vez.

Y mientras avanzábamos entre calles estrechas y luces doradas, Lucía dijo algo que quedó flotando entre nosotras:

—Me gusta esta ciudad… porque no te lo pone fácil.

Nadie respondió.

Pero todas entendimos exactamente lo que quería decir.

Lisboa no era cómoda. Pero era honesta.

Y quizá por eso, mientras el tuc-tuc seguía subiendo otra cuesta imposible, pensé que había ciudades que no te invitaban a quedarte… sino a entender por qué sigues insistiendo en moverte.

La primera noche en Lisboa decidimos hacer las cosas bien: nada de improvisar delante de una terraza mediocre para terminar cenando una ensalada triste y pagando cuarenta euros por " una experiencia gastronómica contemporánea".

No. Queríamos mantel. Queríamos vino. Queríamos sentirnos protagonistas maduras de una película europea con ligeros problemas de espalda.

Así que acabamos en un restaurante típico a los pies del Castillo de San Jorge, en uno de esos locales imposibles que parecen haber crecido de manera orgánica a lo largo de los siglos. No era exactamente un restaurante: era una sucesión caótica de espacios unidos por escaleras, terrazas, rincones, patios, velas y camareros

que se movían con una fe absoluta en que nadie terminaría cayéndose por un desnivel.

Había mesas dentro, había mesas fuera, también en los balcones y había mesas en esquinas que parecían construidas después de una conversación arriesgada entre arquitectos portugueses y gente claramente aficionada al vino.

Y estaba nuestra mesa.

Nos quedamos quietas.

Porque aquello no era una mesa.

Era una exhibición de entusiasmo sin supervisión.

Estaba colocada estratégicamente en una esquina completamente acristalada, suspendida sobre la ciudad iluminada, como si flotara en el aire. Las luces de Lisboa se extendían debajo de nosotras y las velas de la mesa daban a todo una intimidad absurda y cinematográfica, de esas que hacen que inmediatamente quieras contar secretos aunque no tengas ninguno preparado.

Pilar fue la primera en reaccionar.

—Bueno… pues parece que hemos triunfado.

—Esto no lo mejora ni una pedida de mano con dron y violinista —añadió Rosa mientras se sentaba despacio, claramente preocupada por la estabilidad estructural del lugar.

Lucía ya estaba emocionada.

—Es precioso…

Nos sentamos. Respiramos.

Y durante unos segundos pasó algo raro: nadie miró el móvil.

Porque Lisboa estaba ahí fuera, brillando como una ciudad que sabe perfectamente que sigue siendo hermosa aunque el tiempo haya empezado a desgastarla un poco.

Como nosotras, pensé.

Pero no lo dije porque todavía no había bebido suficiente.

Apareció el camarero.

Y antes siquiera de abrir la carta, Pilar levantó la mano con determinación.

—Vino. Por favor. Y rápido.

El hombre sonrió con comprensión profesional.

Seguramente había visto ya a muchas mujeres de nuestra edad llegar a Lisboa buscando exactamente lo mismo:
descanso, conversación y alcohol con vistas.

El vino llegó. Bueno, frío y generoso, como debe ser.

Y entonces Bea levantó la copa.

—Un momento.

Todas la miramos.

Ella sonrió apenas, como siempre.

—Por nosotras.

Hubo un pequeño silencio.

Uno bonito, ni solemne, ni triste. Solo consciente.

Chocamos las copas.

—Por nosotras —repetimos.

Y en ese instante entendí algo muy simple: que después de cierta edad los brindis dejan de hacerse por lo que esperas conseguir…y empiezan a hacerse por todo lo que has conseguido conservar.

El camino de vuelta al apartamento fue lento, no tanto por las cuestas —que también— sino porque Lisboa de noche tenía esa forma peligrosa de obligarte a bajar el ritmo aunque no quieras. Las calles seguían llenas de luz cálida, de conversaciones mezcladas en distintos idiomas y de esa decadencia elegante que hace que incluso las fachadas desconchadas parezcan parte del encanto y no una avería urbanística.

Cuando por fin llegamos al Airbnb, agotadas pero felices, hicimos lo que hacen las mujeres de nuestra edad cuando ya no necesitan demostrar que saben divertirse:
ponernos cómodas inmediatamente lo cual implicaba zapatos fuera, sujetadores fuera (algunas) y dignidad relativa (todas).

Rosa abrió otra botella de vino mientras Bea repartía copas con esa eficacia tranquila suya de mujer que probablemente sobreviviría mejor que cualquiera de nosotras a un colapso civilizatorio.

Nos instalamos en el sofá del salón, desparramadas en distintas posiciones terapéuticas, con las ventanas abiertas y el murmullo lejano de Lisboa entrando como música de fondo.

Hubo unos segundos de silencio agradable, de los que solo existen entre personas que ya no necesitan rellenarlo todo.

Hasta que Pilar habló.

—Os voy a decir una cosa.

—La amistad femenina nunca debería sobrevalorarse. Nos pasamos media vida sosteniéndonos emocionalmente unas a otras y sois las únicas que ayudan a elegir vaqueros cuando realmente lo necesitas.

Rosa se rió.

—Eso no es amistad. Eso es supervivencia textil.

Yo levanté la copa.

—La verdadera amistad femenina consiste en decirte que no te pongas esa camisa aunque ya hayas salido de casa.

—O avisarte cuando el flequillo ha dejado de ser flequillo y se ha convertido en problema estructural —añadió Bea.

Nos reímos todas. Porque la confianza después de los cuarenta consiste básicamente en que alguien pueda humillarte con cariño y tú lo agradezcas.

Lucía se acurrucó en una esquina del sofá.

—Yo creo que la amistad cambia muchísimo con la edad.

—Claro que cambia —dijo Pilar—. Antes queríamos amigas para salir. Ahora las queremos para sobrevivir.

—Y para compartir ubicación en tiempo real —añadió Rosa.

—Y médicos buenos —dijo Bea.

—Y recomendaciones de colchones —rematé yo.

Nos volvimos a reír.

Pero debajo de la broma había algo completamente cierto.

La amistad a nuestra edad ya no tenía nada que ver con parecer interesantes.

Tenía que ver con poder llamar a alguien y decir: "No puedo más", sin necesidad de explicar el contexto.

Pilar bebió un poco de vino y suspiró.

—Lo fuerte es que nos conocemos desde hace tanto tiempo que ya hemos visto todas las versiones posibles de cada una.

—Y seguimos aquí —dijo Lucía.

—Porque sabemos demasiado las unas de las otras —añadió Rosa—. A estas alturas separarnos sería peligrosísimo.

—Es verdad —dije yo—. La amistad femenina de larga duración ya funciona como una organización criminal. Nadie puede salir porque todos tenemos información sensible.

Bea levantó la copa.

—Yo podría hundiros a todas.

—Y nosotras a ti —respondió Pilar inmediatamente.

La conversación siguió flotando entre la risa y esa melancolía suave que aparece después del segundo vino en ciudades bonitas.

Hablamos de hijos. De cuerpos. De matrimonios largos. De lo raro que era cumplir cincuenta cuando mentalmente todavía te sorprende verte reflejada en ciertos espejos.

Hasta que Lucía dijo algo que nos dejó calladas un momento.

—¿Os dais cuenta de que probablemente ya hemos conocido a la mayoría de las personas importantes de nuestra vida?

Hubo silencio.

Rosa fue la primera en reaccionar.

—Bueno, eso o aparece ahora un traumatólogo maravilloso y nos cambia el destino.

La carcajada fue inmediata. Y necesaria.

Yo miré a mis amigas desde el sofá, con las copas en la mano, despeinadas, cansadas, cómodas, pensando que la verdadera intimidad no era contar secretos enormes ni vivir aventuras extraordinarias. Quizá era esto.

Poder envejecer delante de otras personas sin tener que disimular demasiado.

Nos fuimos a la cama tarde. Muy tarde para mujeres que al día siguiente pretendían aparentar entusiasmo cultural desde las nueve de la mañana.

Cuando miré el móvil eran casi las dos y Rosa seguía repasando el programa de actividades como si estuviera coordinando una visita oficial de la Unión Europea.

—Mañana empezamos temprano —anunció desde la mesa del salón, todavía con gafas puestas y el Google Maps abierto.

Pilar levantó la cabeza desde el sofá.

—Rosa, cariño, estamos de vacaciones, no en una gymkana académica.

—Lisboa tiene muchísimo que ver.

—Y yo muchísimo menisco —murmuró Pilar antes de desaparecer hacia su habitación.

El problema de viajar con Rosa es que una nunca sabe exactamente cuándo una escapada deja de ser ocio y se convierte en una experiencia pedagógica intensiva.

El itinerario incluía:

- el Monasterio de los Jerónimos,
- el Museo Nacional del Azulejo,
- varias iglesias históricas,
- miradores,
- una cafetería "imprescindible",
- y un edificio contemporáneo que, según Rosa, "había que entender".

Yo, sinceramente, con llegar viva al final del día ya tenía objetivos suficientemente ambiciosos.

A la mañana siguiente Lisboa seguía preciosa y nosotros, en cambio, ya no tanto.

El problema de dormir poco a los veinte es el cansancio.

El problema de dormir poco a los cincuenta es la reconstrucción integral del sistema nervioso.

La preparación para salir fue un espectáculo antropológico.

Porque las mujeres nunca viajamos iguales.

Y menos a esta edad, cuando cada una ha desarrollado ya una filosofía textil completamente propia.

Bea apareció impecable: vaqueros claros, camisa blanca, gafas de sol sofisticadas y zapatillas minimalistas probablemente recomendadas por alguna revista escandinava de bienestar. Parecía una arquitecta danesa de vacaciones conscientes.

Pilar, en cambio, había decidido que Lisboa exigía cierto nivel de elegancia europea y apareció con un vestido precioso y unos zapatos claramente incompatibles con cualquier superficie portuguesa.

Yo la miré.

Pensé en las cuestas y luego volví a mirar sus zapatos.

—Eso termina en analgésicos.

—La estética requiere sacrificio —respondió ella.

—Sí, pero preferiblemente ajeno.

Rosa iba práctica. Parecía preparada para caminar, organizar una excursión escolar y resolver un apagón eléctrico si fuera necesario.

Lucía, en cambio, había entrado completamente en personaje: vestido amplio, pendientes enormes, pañuelo en el pelo y bolso de tela artesanal.

Parecía una turista espiritual que había venido a Lisboa a encontrarse a sí misma y quizá abrir una tienda de cerámica.

—¿Tú exactamente cómo te has vestido? —preguntó Pilar.

Lucía sonrió feliz.

—Como si pudiera enamorarme de un músico callejero.

—Perfecto —respondí—. Avísanos cuando se te pase la euforia y empiece el diagnóstico.

Salimos finalmente hacia nuestro gran día cultural.

Lisboa nos esperaba otra vez con sus cuestas asesinas y sus adoquines colocados claramente por alguien que odiaba el calzado femenino.

El primer destino fue el Monasterio de los Jerónimos.

Y tengo que decir una cosa: hay una edad en la que las iglesias empiezan a impresionarte de verdad, no precisamente por religión, sino por cervicales

Entramos en aquel espacio inmenso, silencioso, majestuoso, y durante unos minutos hasta Pilar dejó de quejarse. La luz entraba de una manera magistral.

Todo olía a piedra antigua y dinero histórico. Lucía giraba lentamente mirando el techo.

—Esto te hace sentir pequeña.

—Las escaleras del Airbnb también —respondió Bea.

Después vino Belém, la torre, el río, los turistas. Y los selfies mal encuadrados.

Y nosotras caminando detrás de Rosa como un grupo de peregrinas culturales con distintos niveles de hidratación.

—Ahora vamos al Museo del Azulejo —anunció ella.

Pilar se detuvo en seco.

—¿Cuánto azulejo puede ver una persona sin perder las ganas de vivir?

—Muchísimo —respondió Rosa.

Y seguimos andando.

Lo sorprendente fue que Lisboa consiguió exactamente lo que Rosa quería: nos interesó todo.

Las iglesias. Las calles. Los tranvías amarillos. Las fachadas desconchadas. La sensación constante de belleza ligeramente rota.

Mientras caminábamos por aquellas calles imposibles, pensé que Lisboa se parecía bastante a nosotras: seguía siendo preciosa, con carácter, y llevaba las grietas tan integradas en el conjunto que ya formaban parte del encanto.

Terminamos el día en el rooftop de un hotel del centro, de esos sitios donde una copa cuesta lo mismo que una comida completa en un bar honrado, pero donde todo parece justificar el precio: la música suave, la iluminación favorecedora y las vistas de Lisboa extendiéndose alrededor como si la ciudad hubiera decidido hacer un último esfuerzo estético solo para nosotras.

Subimos en ascensor en silencio, ya cansadas, y al salir a la terraza nos dio esa brisa tibia del atardecer atlántico que inmediatamente te hace sentir más interesante de lo que eres realmente.

El sitio estaba lleno de gente insultantemente guapa.

Jóvenes con ropa aparentemente arrugada de forma estratégica, parejas internacionales hablando en inglés relajado y hombres con barba perfectamente estudiada que daban la impresión de diseñar espacios minimalistas o tostar su propio café. Nosotras entramos como entran las mujeres que ya han aprendido algo importante: la seguridad no está en encajar, sino en sentarte igualmente.

Y nos sentamos. La camarera nos llevó a una mesa junto a la barandilla.

Lisboa brillaba debajo de nosotras. Las copas llegaron.

Y durante unos minutos nos sentimos exactamente como queríamos sentirnos: sofisticadas, poderosas, ligeramente

peligrosas, y completamente merecedoras de aquel momento.

Pilar levantó su copa.

—Voy a decir una cosa.

—Verás —murmuré.

—A nuestra edad ya no se trata de estar espectaculares.

Miró alrededor.

—Se trata de parecer caras.

La carcajada fue inmediata.

Bea observaba el ambiente con calma.

—Aquí todo el mundo parece recién divorciado o fundador de una startup.

—O ambas cosas —añadió Rosa.

Lucía, apoyada en la barandilla, sonreía feliz mirando las luces.

—Yo podría vivir aquí perfectamente.

—Tú podrías vivir en cualquier sitio donde haya gente tocando la guitarra descalza —respondí.

—Correcto.

La conversación derivó inevitablemente hacia el siguiente punto del viaje: Ericeira.

Y ahí sí empezamos a reírnos con sinceridad preventiva. Porque todas sabíamos exactamente lo que nos esperaba: surfistas, juventud…y abdominales.

—No pegamos nada allí —dijo Pilar con total claridad.

—Nada —confirmó Rosa.

—Vamos a parecer profesoras de intercambio cultural —añadí yo.

—O el cast completo de Sexo en Nueva York en versión ibérica —dijo Bea tranquilamente.

Nos quedamos calladas dos segundos.

Y luego brindamos otra vez: ¡Por Ericeira!

Capítulo 11: Cincuenta sombras de protección solar

La realidad era la siguiente: íbamos a aterrizar en un ecosistema lleno de cuerpos elásticos y gente que todavía se cae haciendo surf y se levanta sin emitir sonidos articulares.

Nosotras, en cambio, viajábamos con crema antiinflamatoria, corrector de ojeras y una intolerancia creciente a cualquier superficie demasiado dura . Pero aun así nos apetecía muchísimo.

Porque después de tantos meses de Madrid, de tráfico, de oficina, de horarios y de vida organizada al milímetro, necesitábamos mar. Necesitábamos caminar descalzas. Necesitábamos viento. Necesitábamos dejar de mirar pantallas y empezar a mirar olas.

Aunque las olas estuvieran rodeadas de personas que parecían hechas íntegramente de colágeno y proteínas.

Lucía bebió un sorbo de vino y sonrió.

—¿Sabéis qué pasa? Que ya me da igual no encajar.

La miramos. Y por primera vez en todo el viaje nadie hizo una broma inmediata.

Porque había algo profundamente cierto en eso.

Yo observé desde la terraza las luces, escuchaba la música. Y la juventud perfectamente iluminada alrededor.

Y luego nos miré a nosotras: cansadas, despeinadas, ligeramente hinchadas después de cenar, felices.

Quizá el verdadero lujo de llegar a cierta edad no era seguir pareciendo joven. Era dejar de necesitarlo para pasarlo bien.

El trayecto hasta Ericeira fue corto, pero emocionalmente parecía que estábamos atravesando una frontera generacional bastante seria.

Lisboa se fue quedando atrás poco a poco, con sus tranvías, sus cuestas y su elegancia decadente, mientras el paisaje empezaba a abrirse hacia algo completamente distinto: más luz, más océano y una cantidad sospechosa de gente atractiva haciendo deporte.

—Ya verás cómo aquí nos da una crisis estética colectiva —dijo Pilar desde atrás.

—Yo ya la traía de Madrid —respondí.

Y entonces llegamos.

Ericeira apareció delante de nosotras como una mezcla imposible entre pueblo pesquero tradicional y catálogo internacional de surf premium. Playas larguísimas y acantilados espectaculares.

Chiringuitos modernos con música tecno sonando desde las once de la mañana como si la gente tuviera energía infinita y cero responsabilidades.

Tiendas de surf por todas partes. Tablas apoyadas en cualquier rincón.

Y personas… muchísimas personas insultantemente perfectas.

Los chicos parecían recién salidos de un anuncio de perfume sostenible con su moreno atlántico, el pelo rubio aclarado por el sol, camisetas coloridas, piernas eternas,
y esa seguridad física de quien jamás ha tenido que hacer un ruido raro al levantarse de un sofá.

Las chicas directamente parecían portada de Sports Illustrated, diosas de piel dorada, abdomen imposible, mirada relajada, y esa capacidad ofensiva para ponerse cualquier cosa y parecer casualmente espectaculares.

Nosotras aparcamos el coche y hubo un silencio muy significativo.

Rosa fue la primera en hablar.

—Bueno.

Pilar suspiró profundamente.

—Esto es terrorismo estético.

Pero si algo tiene la amistad femenina madura es capacidad de adaptación táctica.

En menos de veinte minutos conseguimos construir una versión razonablemente digna de "informal costero sofisticado".

Y ahí aparecimos nosotras con una estética que pensamos no desentonaría en esa fauna y flora tan perfecta. A ver chicas, les dije antes de salir, el outfit será el siguiente:

- algo de rayas,
- algo blanco,

- zapatillas molonas cuidadosamente seleccionadas,
- colas de caballo estratégicas,
- gorras,
- y gafas de sol tan grandes que cubrían prácticamente media identidad facial.

—Parecemos una banda organizada de divorciadas europeas —dijo Bea ajustándose la gorra.

—O señoras escapadas de un torneo de pádel—añadí yo.

Lucía estaba feliz. Claro. Ella había nacido espiritualmente para este sitio.

Con su ropa amplia, sus collares y su energía de mujer que podría enamorarse de un instructor de surf argentino en cualquier momento.

—Yo aquí encajo muchísimo —dijo.

—Tú aquí abrirías una tienda de velas artesanales en tres semanas —respondió Pilar.

Bajamos hacia la playa intentando caminar con naturalidad, aunque el empedrado y la arena mezclados convierten cualquier paseo elegante en una negociación biomecánica.

Y tengo que reconocer una cosa: Ericeira era espectacular.

El océano parecía más grande allí, más salvaje.

El aire olía a sal, protector solar y juventud insolente.

Nos sentamos en un chiringuito frente al mar. Sonaba de fondo una música electrónica suave. Café bueno.

Gente guapa estirando músculos imposibles delante de las tablas de surf.

Y nosotras allí, perfectamente conscientes de que parecíamos el comité ejecutivo de una revista femenina. Pero nos daba exactamente igual.

—¿Os dais cuenta de que somos las mayores aquí? —preguntó Pilar.

Miramos alrededor. Silencio breve.

—No —respondió Bea—. Hay un señor allí leyendo un periódico.

—Ese señor tiene cincuenta y dos y abdominales —contestó Pilar.

Ericeira tenía ese tipo de belleza física agresiva que hace que incluso hidratarse parezca una actividad competitiva.

Pero poco a poco conseguimos relajarnos.

Quizá porque el mar tiene ese efecto: pone las cosas en perspectiva. O quizá porque después de cierta edad entiendes que competir con la juventud es una pérdida de tiempo absurda. O puede ser porque el vino portugués seguía ayudando bastante.

Caminamos descalzas por la playa. El agua estaba helada, naturalmente, porque el Atlántico nunca permite un exceso de felicidad sin consecuencias inmediatas.

Lucía iba delante haciendo fotos, mientras Rosa recogía conchas como si tuviera siete años. Pilar protestaba pero seguía caminando y Bea observaba el horizonte en silencio.

Y yo las miré un momento desde atrás.

Cinco mujeres avanzando por la arena con más experiencia que elasticidad, más historia que filtro y muchas menos ganas de impresionar a nadie. Por eso, precisamente por eso, sí que pegábamos allí.

Porque a cierta edad ya no vas a los sitios para pertenecer sino para sentirte viva dentro de ellos aunque desentones un poco en la foto.

Pasamos el día en Ericeira con esa sensación extraña de estar fuera de lugar y, al mismo tiempo, exactamente donde teníamos que estar.

La mañana había sido de playa larga, paseo descalzo, fotos inevitables y ese intento colectivo de parecer relajadas mientras en realidad estábamos calculando mentalmente si el viento iba a arruinarnos el peinado o simplemente a consolidarlo como "efecto casual costero".

A la hora de comer nos instalamos en un chiringuito moderno, de esos donde la madera está tan bien lijada que te da la sensación de que nadie allí ha conocido jamás una astilla.

Y fue entonces cuando ocurrió.

Aparecieron tres.

No entraron como entran los hombres normales en un restaurante.

Entraron como entran los problemas estéticos en la vida de una persona: sin pedir permiso y con una seguridad insultante.

Eran jóvenes, atléticos, con esa mezcla de bronceado natural, pelo rubio oscuro y sonrisa relajada que solo se consigue cuando tu mayor preocupación diaria es qué tabla de surf usar.

Literalmente parecían tres dioses griegos que habían decidido tomarse un descanso del Olimpo para ver qué tal iba la vida en versión beach club.

Y lo primero que hicieron fue mirarnos, pero no como quien mira a un grupo de turistas.

Sino como quien detecta algo que no encaja… y eso, por alguna razón, les interesa.

Se acercaron con una naturalidad desarmante.

—Hola —dijo uno en español "chapurreao"—. ¿Sois de aquí?

Silencio breve.

Rosa me miró como diciendo "esto no es para mí, intervén tú".

Yo sonreí.

—No. Somos de Madrid.

—Ah —dijo el segundo—. Se nota que no sois de aquí.

Lucía levantó una ceja.

—¿Eso es bueno o malo?

El tercero sonrió.

—Es interesante.

Y ahí estaba la palabra clave: interesante.

Se sentaron con nosotras sin esfuerzo, sin esperar una invitación, cero estrategia, como si la conversación ya estuviera empezada antes de que llegaran, la cual no giró alrededor de ellos, sino de nosotras. Querían saber quiénes éramos, qué hacíamos, qué nos gustaba y qué nos había llevado hasta allí. Nadie sacó pecho, nadie presumió de logros ni convirtió la conversación en una competición encubierta. Simplemente nos preguntaron por nuestras vidas y, lo más sorprendente de todo, escucharon las respuestas

—¿Qué os ha traído a Ericeira? —preguntó uno.

—Un intento colectivo de sentirnos más jóvenes —respondió Pilar sin filtro.

Los tres se rieron. Pero no como se ríen los hombres cuando no escuchan, sino como si entendieran exactamente lo que quería decir.

Bea, más observadora, lo comentó después.

—Es que con la gente de nuestra edad ya no hay curiosidad. Hay currículum.

—Y aquí no tenemos ninguno —añadí.

Lucía se inclinó hacia delante.

—O quizá es que con ellos no necesitamos justificar nada.

Nos invitaron a una copa, y el gesto resultó tan espontáneo que no llevaba incorporada esa sensación incómoda de estar aceptando una transacción encubierta. No parecía un intento de comprar conversación ni de impresionar a nadie; más bien transmitía una idea sencilla: lo estamos pasando bien, quedémonos un rato más.

A medida que la charla avanzaba, fui entendiendo qué estaba ocurriendo. No nos observaban como una rareza ni nos trataban como si tuviéramos que demostrar nada. Había algo distinto en su manera de mirarnos, algo que tardé un poco en identificar. Para ellos no éramos un desafío ni una conquista: éramos una pausa. Un espacio tranquilo en medio del ruido constante de su propia generación, una conversación sin filtros, sin estrategias y sin la necesidad agotadora de aparentar.

Las chicas de su entorno —según nos contaron entre risas— eran de su misma energía: surf, deporte, vida al aire libre, relaciones rápidas, cuerpos muy parecidos a los suyos.

Nosotras, en cambio, éramos otra cosa.

—Tenéis historias —dijo uno.

Pilar casi se atraganta.

—Eso suena a que tenemos años.

—No —corrigió él—. Suena a que habéis vivido cosas.

Durante unos segundos se hizo un silencio de esos que no resultan incómodos, sino reveladores. Y fue entonces cuando algo cambió en la mesa. Casi sin darnos cuenta, dejamos de comportarnos como si estuviéramos participando en un concurso invisible de atractivo, juventud o relevancia social —una disciplina en la que las mujeres acumulamos demasiadas horas de entrenamiento

— para hacer algo mucho más insólito: mantener una conversación de verdad.

Nadie intentaba impresionar a nadie, ni demostrar que seguía siendo especialmente interesante, aventurero o irresistible para su edad. Simplemente hablábamos. Y, para mi sorpresa, aquello estaba resultando bastante más seductor que cualquier estrategia que hubiera conocido en los últimos veinte años.

—En Madrid también tenemos surf… pero de tráfico. —dijo Lucía.

Se rieron.

—Eso es más peligroso —dijo otro.

—Y más lento de morir —añadió Bea.

Yo los observaba mientras hablaban con nosotras: mientras ellos vivían en un mundo de energía constante, nosotras veníamos de otro donde ya habíamos aprendido a sobrevivir a demasiadas versiones de la vida. Entendí algo que no esperaba encontrar en un chiringuito de Ericeira: no les interesaba nuestra juventud perdida, les interesaba nuestra tranquilidad ganada.

Y eso, sin pretenderlo, tenía un peso distinto, con menos flirteo evidente y más intercambio real.

Nos contaron que viajaban mucho, que Ericeira era su base temporal, que el mar les había enseñado a no tener demasiadas certezas.

Pilar murmuró en voz baja:

—Eso también lo dice la gente con hipoteca.

Antes de irse, uno de ellos dijo algo que se quedó flotando:

—Es curioso. Pensaba que nos íbamos a aburrir, pero con vosotras el tiempo pasa distinto.

No era un piropo convencional. Tampoco nos lo tomamos como una observación incómoda, porque no hablaba de atractivo ni de edad ni de nada de lo que una espera escuchar en ese tipo de situación.

Hablaba de algo más difícil de fingir: que con nosotras el tiempo no tenía urgencia, no había prisa por saltar a la siguiente cosa, ni necesidad de rellenar silencios como si fueran errores.

Era como si, por un rato, nadie estuviera intentando llegar a mañana antes de tiempo.

Cuando se levantaron para seguir su camino, hubo un momento de despedida ligero, sin drama. Nada más, sólo ese gesto amable de quien ha compartido un rato bueno y lo sabe.

Lucía los miró alejarse.

—Nos han preferido a nosotras.

Pilar la corrigió sin dudar:

—Nos han preferido hoy.

Bea sonrió.

—Pues eso ya es bastante.

Yo me quedé mirando el mar un momento pensando que era todo un lujo que ya no te elijan por promesa, ni por futuro, ni por posibilidad.

Con el tiempo descubres que hay formas muy distintas de gustar a alguien. Durante años crees que todo depende del aspecto físico, de la energía que proyectas o de esa absurda carrera por seguir pareciendo más joven de lo que eres.

Luego llegas a cierta edad y resulta que algunas personas te eligen por algo mucho menos agotador: porque la conversación fluye, porque transmites calma, porque sabes escuchar sin mirar el móvil cada treinta segundos o porque has aprendido a reírte de ti misma. Son cualidades difíciles de exhibir en una foto y prácticamente imposibles de fingir durante más de diez minutos. Y, para sorpresa de todas las que alguna vez hemos gastado demasiado dinero en cremas milagrosas, descubrir que eso también tiene valor resultaba extraordinariamente reconfortante.

La mañana siguiente en Ericeira la dedicamos a ese tipo de visitas que se hacen más por cerrar un círculo mental que por auténtico interés turístico. Rosa había insistido en que no podíamos irnos sin ver el **Cristo Rei de Almada**, porque "es como el de Río de Janeiro, pero sin tener que cruzar el Atlántico", lo cual en su cabeza era un argumento absolutamente irrefutable.

Y allí fuimos.

El coche dejó atrás la costa y Lisboa fue reapareciendo a lo lejos, con esa luz limpia de final de mañana que hace que todo parezca más grande de lo que es. Subimos en silencio, cada una con su propia mezcla de cansancio feliz y esa nostalgia rara que aparece

cuando el viaje todavía no ha terminado pero ya lo estás archivando por dentro.

El monumento se alzaba enorme, vigilando la ciudad desde lo alto, con los brazos abiertos como si estuviera perpetuamente recibiendo a alguien que llega tarde.

—Dicen que es la copia del de Río —comentó Bea mientras miraba hacia arriba.

—Y que el puente de aquí es como el Golden Gate —añadió Rosa —. Lisboa es básicamente una versión "casi igual pero más tranquila" del resto del mundo.

—Me gusta ese concepto —dijo Lucía—. Todo lo importante, pero en versión low stress.

Subimos hasta el mirador, desde donde parecía que el mundo se ordenaba de otra forma.

Lisboa a un lado, el río brillante, el puente rojo extendiéndose como una línea perfecta en el paisaje, el viento fuerte, el cielo abierto.

El tipo de sitio donde, aunque no lo busques, acabas pensando cosas importantes.

Nos quedamos un rato sin hablar, no porque no tuviéramos nada que decir, sino porque no hacía falta.

Rosa fue la primera en romper el silencio.

—Es un poco absurdo, ¿no? Venimos aquí a ver copias de cosas de otros sitios.

Bea sonrió.

—Y aun así nos emociona.

—No es la copia —dije yo—. Es el momento.

Lucía se giró hacia nosotras.

—Es estar aquí juntas.

Y esa frase, tan simple, se quedó un segundo suspendida en el aire.

Desde allí arriba todo parecía más lejano y más claro a la vez. Por un instante tuvimos esa sensación extraña de infinitud ligera, como si el tiempo se hubiera estirado lo suficiente como para dejarnos respirar sin agenda, sin horarios, sin decisiones urgentes.

Sabíamos, en el fondo, que era prestado, pues en apenas unas horas estaríamos otra vez en terminales distintas: trabajo, familia, rutinas, mensajes sin contestar, listas interminables.

Lo que habíamos encontrado en Lisboa era una pausa elegida de forma consciente, algo mucho más raro de lo que parece cuando una llega a cierta edad. Porque el descanso físico se consigue durmiendo unas horas más, pero el mental requiere algo bastante más complicado: apartarse del ruido suficiente para volver a escucharse a una misma. Entre conversaciones interminables, paseos sin prisa y decisiones que no tenían consecuencias dramáticas, habíamos recordado que todavía podíamos escoger cómo mirar el mundo y, sobre todo, con quién queríamos compartirlo. Y sin duda esa era la verdadera razón por la que nos resistíamos a volver a casa: no porque la realidad fuera terrible, sino porque durante unos días habíamos conseguido verla desde un lugar mejor.

Cuando empezamos a bajar, Pilar suspiró.

—Bueno… pues ya está.

—Ya está —confirmó Bea.

Lucía se enganchó a mi brazo.

—Habría que hacer esto más a menudo.

Rosa soltó una carcajada.

—Eso dijimos en Florencia, en Bruselas y en cualquier cena con vino.

Pero mientras volvíamos al coche, ninguna lo negó del todo, porque algo de estos cuatro días se quedaba pegado.

No como una promesa imposible, sino como un recordatorio sencillo: que la vida no siempre tiene que ser urgente para ser importante.

Capítulo 12: El plan de Lucía y otras formas de perder el control

Llegamos a Madrid con una precisión milimétrica, y en el momento en que sacas la maleta del maletero, el viaje deja de existir y empieza otra cosa que no tiene nombre bonito. Cada cual en el trayecto tenía la cabeza ya empezando a reorganizar listas invisibles: compras, lavadoras, emails, reuniones, cenas, citas médicas, la vida entera volviendo a su sitio como si nunca se hubiera movido.

Y empezó todo otra vez.

El primer lunes fue especialmente despiadado.

Despertador. Café rápido. Correos sin leer. Ropa elegida sin convicción.

El reloj volvió a su papel habitual con una alegría casi insultante, como si me hubiera estado esperando toda la noche para retomar su función con entusiasmo profesional.

"Bienvenida de nuevo. Actividad diaria en progreso."

—Claro —murmuré mientras me ponía el blazer—. Qué emoción.

En la agencia todo seguía igual, lo cual era una forma elegante de decir que nada te espera cuando vuelves, solo se acumula. Eva saludó con normalidad impecable.

Rafa ya estaba en modo creativo acelerado.

Y yo, en medio de todo eso, intentaba convencerme de que los cuatro días en Portugal habían sido una pausa autorizada por la vida.

Pero el verdadero golpe llegó en casa.

Lucía.

Esa noche la encontré en la cocina, apoyada en la encimera, con el móvil en la mano y esa expresión suya de quien está a punto de decir algo que ha estado pensando demasiado tiempo.

—Mamá, tengo que hablar contigo.

El tono no era de crisis.

Era de decisión.

Y eso siempre es peor.

Me senté.

—Dime.

Lucía respiró hondo.

—Me voy a tomar unos meses sabáticos.

Silencio denso, pero sin dramatismo.

—¿Unos meses sabáticos? —repetí.

—Sí.

—¿Sabáticos de qué exactamente?

—De todo.

Ahí empezó el conflicto real.

Lucía tenía 22 años.

La edad en la que el mundo todavía parece una promesa abierta en lugar de una lista de responsabilidades en expansión. Su idea era clara, casi estructurada:

Irse al sudeste asiático, empezar en Bali, cruzar a Indonesia, recorrer Laos y finalizar en Camboya. Vivir con poco dinero, a base de trabajos puntuales. Moverse.

"Encontrarse", según su expresión.

—Es barato —añadió rápido, como si eso resolviera la dimensión existencial del plan—Puedo vivir con mis ahorros y lo que vaya saliendo.

Yo la miré.

Intentando no reaccionar desde el miedo automático.

—Lucía… eso no es un plan laboral. Es una idea romántica de la supervivencia.

—Es experiencia de vida —corrigió.

Me di cuenta de algo incómodo: parte de mí quería decirle que no. Espera, asiéntate, haz lo correcto.

Pero otra parte —la más silenciosa, la que había vuelto de Lisboa un poco más despierta— sabía perfectamente que yo no era quien para dibujarle el mapa de su vida.

—Tienes 22 años —dije finalmente—. Puedes hacer lo que quieras.

Lucía me miró.

—Pero no estás de acuerdo.

No era una pregunta.

Era una lectura precisa.

Suspiré.

—No es que no esté de acuerdo… es que me da vértigo.

—A mí también me da vértigo quedarme aquí haciendo lo que se supone que hay que hacer sin saber muy bien por qué.

Ahí me callé. Porque eso ya no era un argumento adolescente: era una observación de un adulto en construcción.

Como adulta premium que soy le pregunté:

—¿Y qué vas a hacer exactamente allí?

—Trabajar lo que pueda. Hostels, cafés, lo que salga. Viajar entre países. Conocer gente.

—Gente muy interesante, supongo —dije sin querer.

Lucía sonrió.

—Sí. Probablemente más libre que la que conozco aquí.

Silencio otra vez, pero esta vez más largo y mucho más incómodo.

Me di cuenta de que el conflicto no era el viaje, si no lo que representaba.

Dos formas de entender la vida: una que busca estabilidad incluso cuando ya no la necesita tanto, y otra que intenta escapar antes de que la estabilidad lo ocupe todo.

—No quiero que te pierdas —dije al final.

Lucía se acercó un poco.

—No me voy a perder, mamá. Me voy a encontrar.

Me invadió una sensación extraña cuando se trata de Lucía. La de entenderla.

Me levanté y le di un abrazo largo.

De esos que no resuelven nada pero ordenan un poco el miedo.

—Solo prométeme una cosa —dije.

—¿Cuál?

—Que me vas a contestar los mensajes.

Lucía se rió.

—Eso sí puedo prometerlo.

Esa noche, cuando se fue a su habitación, me quedé un rato en silencio en la cocina, pensando que quizá la maternidad, a esta

edad, ya no consiste en proteger. Sino en aprender a no confundir el amor con el control.

Mientras el reloj vibraba otra vez en la mesilla, pensé que el verdadero choque con la realidad no era volver de un viaje.

Era descubrir que, incluso después de cuatro días perfectos, la vida seguía obligándote a crecer en direcciones distintas a las que habías imaginado.

Se lo conté a Álvaro una noche cualquiera, de esas en las que la casa ya ha bajado el volumen y todo parece más serio de lo que realmente es.

Lucía había cenado, había desaparecido a su habitación, y yo me quedé en el salón con esa sensación de "esto hay que decirlo ahora o se enquista".

Álvaro estaba en el sofá, con el móvil en la mano, medio distraído.

—Lucía quiere tomarse unos meses sabáticos —dije.

La reacción no llegó al instante. Primero hubo ese breve intervalo en el que las palabras se quedan suspendidas en el aire mientras cada uno intenta decidir si ha escuchado bien lo que acaba de escuchar.

—¿Unos qué?

—Unos meses sabáticos.

Álvaro levantó la vista.

—¿De estudiar?

—De todo.

Ahí empezó el problema.

—¿De todo qué significa exactamente? —preguntó él, ya en modo ingeniería de la realidad.

—Viajar. Sudeste asiático. Trabajar en lo que salga. Moverse.

Álvaro dejó el móvil en la mesa. Ese gesto siempre es mala señal.

—Eso no es un plan —dijo.

—Es un plan —respondí.

—No, es una idea romántica con presupuesto limitado.

Me quedé mirándolo.

—¿Te suena de algo esa frase?

Álvaro se incorporó un poco.

—Mira, Marisa, eso suena muy bonito a los 22 años, pero en la práctica…

—En la práctica qué —interrumpí—. ¿En la práctica hay que sufrir con Excel para ser adulto?

Silencio otra vez.

Pero esta vez más tenso.

—No estoy diciendo eso —dijo él más despacio—. Estoy diciendo que se está metiendo en un sitio complicado sin estructura.

—Tiene 22 años.

—Precisamente.

Y entonces nos dimos cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo. La preocupación tenía poco que ver con el viaje. Lo que nos incomodaba era algo mucho más profundo: aceptar que Lucía ya no necesitaba permiso para tomar decisiones que podían cambiarle la vida.

Álvaro se levantó.

Empezó a andar por el salón como si el movimiento ayudara a ordenar ideas.

—Es que ahora los jóvenes creen que todo es experiencia de vida… pero luego la vida real llega.

—¿Y cuándo llega exactamente la vida real? —pregunté.

No respondió.

Porque esa es una de esas frases que suenan bien hasta que intentas concretarlas.

—Yo no me quedo tranquilo —dijo finalmente—. Irse a Asia con ahorros y sin plan… no sé.

—Yo tampoco estoy tranquila —admití—. Pero tampoco podemos decidirle la vida.

Fue entonces cuando algo cambió. La discusión seguía allí, pero había perdido parte de su fuerza. Álvaro bajó la voz y, por primera vez en toda la conversación, dejó de discutir para decir la verdad.

—No se trata de decidirle la vida. Es que ya no nos pregunta nada.

Y ahí apareció el núcleo del asunto. No nos preocupaba tanto que Lucía tomara malas decisiones; lo que nos desconcertaba era

haber pasado, casi sin aviso previo, de ser consultores estratégicos a simples espectadores. Un cambio de categoría que, por lo visto, la paternidad tampoco explica en ningún manual.

Porque el problema no era el sudeste asiático, o la cochinchina. El problema era que Lucía ya no necesitaba nuestra aprobación para existir.

—Está creciendo —dije en voz baja.

Álvaro soltó una risa breve, sin humor.

—Ya lo sé.

En ese momento apareció Lucía en el pasillo.

Descalza.

Escuchando.

Porque los hijos siempre escuchan justo cuando no deben.

—No estoy pidiendo permiso —dijo desde la puerta.

Álvaro se giró.

—No es eso…

—Sí, es eso —lo cortó ella.

La frase cayó en medio del salón con una contundencia inesperada. Nadie intentó matizarla ni buscar una respuesta rápida. Durante unos segundos, cada uno pareció quedarse a solas con lo que acababa de escuchar. Entonces Lucía se levantó y cruzó el salón.

—Sé cuidarme sola. No me estoy lanzando al vacío, me estoy organizando un periodo de mi vida.

—Nadie ha dicho que no sepas cuidarte sola —respondí rápido.

—Lo estáis pensando.

Y ahí nos pilló a los dos.

Con la precisión incómoda de quien todavía no ha aprendido a suavizar verdades.

Álvaro suspiró.

—Solo queremos que estés segura.

Lucía sonrió, pero sin alegría.

—Yo también quiero eso. Pero no se consigue quedándose quieta.

Durante unos segundos nadie intentó añadir nada más. No porque faltaran palabras, sino porque todos comprendimos que

habíamos cruzado una frontera invisible de esas que no permiten volver exactamente al lugar del que venías.

Lucía miró a su padre.

—No os estoy pidiendo permiso. Os estoy informando.

Y esa frase, tan simple, cayó como un hecho consumado.

Lucía se dio la vuelta y se marchó a su habitación con una naturalidad que resultó mucho más desconcertante que cualquier portazo. No había rabia, ni desafío, ni siquiera intención de provocar. Había tomado una decisión, la había comunicado y ahora continuaba con su vida como si acabara de anunciar que iba a bajar a comprar pan. Precisamente ahí residía lo inquietante: no nos estaba pidiendo permiso, ni buscando aprobación, ni dejando espacio para una negociación de última hora. La conversación había terminado para ella mucho antes de que terminara para nosotros.

Álvaro permaneció inmóvil unos instantes, observando el lugar por el que había desaparecido nuestra hija. Después se sentó despacio, con esa expresión que aparece cuando uno comprende que el problema ya no consiste en convencer a alguien de que cambie de opinión, sino en aceptar que ha crecido lo suficiente como para no necesitar la tuya. Y, aunque sabíamos que aquello era exactamente lo que habíamos intentado enseñarles durante años, descubrir que la lección había funcionado resultaba bastante más difícil de celebrar de lo que habíamos imaginado.

—Es que ya no es una niña.

—No —respondí.

Pausa.

—Pero para nosotros lo sigue siendo un poco.

Me miró.

Y por primera vez en la conversación no discutió.

Nos quedamos en silencio.

La maternidad y la paternidad a esta edad no consisten en proteger ni en decidir. Sino en aprender a convivir con la sensación constante de que tus hijos ya están empezando a escribir su vida sin pedirte el guion.

Capítulo 13: La urbanización

El calor llegó de golpe aquel junio y la urbanización empezó a oler a césped mojado y crema solar desde primera hora de la tarde. Siempre me hace gracia cómo el verano empieza oficialmente aquí el día en que aparecen las primeras sillas plegables junto a la piscina. Como si todos obedeciéramos una señal secreta. Dicho así suena muy planificado, casi racional, como si cada paso hubiera sido parte de una estrategia perfectamente diseñada. La realidad es bastante más simple: queríamos vivir mejor, o al menos vivir de una forma que se pareciera más a lo que entendemos por "mejor" cuando uno deja de correr tanto.

Poder contar con un jardín en verano parecía un lujo, pues se convierte en una extensión natural de la casa. Un espacio donde el interior deja de ser suficiente y donde las cosas pueden pasar sin necesidad de techo, paredes o excusas.

Las noches de verano tenían una cualidad distinta, difícil de explicar si no se han vivido en un espacio así. El aire se volvía más ligero, la luz cambiaba de tono y la sensación general era la de que el día no terminaba del todo, sino que se extendía de forma natural hacia un tiempo intermedio en el que todo era un poco más relajado. Pero la casa no era solo la casa. La urbanización en la que vivíamos también empezó a formar parte de esa nueva forma de vida. Era una de esas urbanizaciones en las que todo parece, en cierto modo, controlado: las calles limpias, los espacios comunes cuidados, la sensación de orden permanente que da la idea de que alguien, en algún lugar, está asegurándose de que las cosas funcionen como deben.

Y con eso venía algo más importante: la vida social.

El grupo lo formábamos 5 parejas: Laila y Quico eran los más cercanos en afectos, pues desde el momento que vinieron a vivir puerta con puerta 5 años después de que lo hiciéramos nosotros, conectamos. Nuestros hijos de edades parecidas se hicieron inseparables, fueron juntos al cole nuevo compartiendo pupitre y nosotros como adultos acabamos siendo afines en muchas cosas.

Con los niños hicimos planes juntos, algunos tan peregrinos como ir a hacer barranquismo a Huesca, obviamente teníamos 10 años menos y por los niños, hacíamos cualquier cosa. En este caso, le dimos a elegir a Lucía si por si comunión prefería ir a Eurodisney o disfrutar de un plan de naturaleza con ellos y para nuestra sorpresa, eligió el barranquismo y el rafting., demostrando espíritu aventurero desde sus recién cumplidos 9 años.

Pero he de reconocer que lo pasábamos fenomenal juntos en esas escapadas (algunas como he mencionado, suicidas).

Con Ana y Javier, así como con Carlos y Sofía, que eran íntimos de los primeros por las mismas circunstancias que nosotros y la pareja Laila-Quico, intimamos un par de años más tarde, tras compartir horas de piscina y se formara la pandilla de niños y grupo de juegos de la urbanización al tener todos nuestros hijos edades parecidas. Con Adriana y Pablo, aunque fueron pioneros como nosotros en la urbanización, hicimos amistad desde el momento uno y, aunque nunca llegamos a intimar del todo, acabaron uniéndose al grupo.

Los niños tenían su propio ritmo, su propia dinámica, sus propios puntos de encuentro que se iban formando de manera casi orgánica en torno a la piscina, las calles interiores y los espacios comunes. Había algo casi ilusorio en la idea de que todo aquello podía convertirse en una pequeña comunidad estable, con sus rutinas, sus grupos y sus relaciones que se iban consolidando verano tras verano.

Nosotros, como adultos, también participábamos de esa ilusión. No de forma forzada, sino con la sensación de que, por una vez, era posible construir algo cercano a una vida compartida con otros vecinos que estaban en una situación similar: familias con hijos de edades y rutinas parecidas, y, en muchos casos, las mismas preguntas sobre cómo se organiza la vida cuando todo empieza a girar en torno a horarios, trabajo y crianza.

La piscina se convirtió en un punto de encuentro casi inevitable en los meses de calor. Habíamos encontrado una forma de vida en la que el exterior dejaba de ser un complemento y pasaba a ser parte esencial de lo cotidiano.

Y ahí entraba una de las grandes incógnitas logísticas de la urbanización: los niños.

Nunca sabías exactamente en qué casa estaban.

De hecho, esa era una información que parecía irrelevante para ellos mismos.

Ana lo resolvía con una naturalidad admirable que resumía bastante bien el espíritu del lugar: "¡Los tengo yo!", anunciaba por whatsapp como quien informa de un dato meteorológico, "os los devuelvo cenados".

Y efectivamente, los devolvía.

Cenados.

A veces incluso más felices de lo que se habían ido. Y esa vida social tenía sus propias reglas no escritas, que nadie explicaba pero todo el mundo asumía. Otras, los niños desaparecían durante horas, cada uno en una casa distinta, en una especie de itinerario invisible que solo ellos parecían comprender. En ocasiones se reunían todos en el jardín de la piscina y organizaban su propio picnic improvisado, como si aquello fuera lo más normal del mundo, con la única condición no negociable de estar todos de vuelta en casa a las once en punto, una norma universal que nadie sabía muy bien quién había impuesto, pero que se cumplía con una disciplina sorprendente.

Y funcionaba. De algún modo, siempre funcionaba. Han pasado años de todo aquello, nuestros hijos ya tenían entre 22 y 29 años, y obviamente, ya no estaban tan unidos, pero sus padres seguíamos compartiendo cenas, comidas y aperitivos y poniéndonos al día de nuestros respectivos vástagos: a qué universidad irían, por cual grado se habían decidido, si seguían con el mismo noviete o novieta, etc.

Desde la ventana que daba a la piscina común pude ver a Laila, descalza, con un abanico enorme en una mano y una lata de cerveza en la otra, hablando con el socorrista como si fueran amigos de toda la vida.

Laila, mi vecina, entra en los sitios como si ya hubiera estado allí antes.

No especialmente guapa de manera clásica, pero imposible no mirarla. Morena, pelo abundante siempre un poco salvaje, pendientes grandes, uñas de colores distintos según la semana y una forma de moverse que ocupa espacio sin pedir perdón.

Tiene esa gracia andaluza natural que hace que incluso las barbaridades suenen simpáticas cuando salen de su boca.

Habla alto y se ríe más alto todavía. Es muy tocona, te toca un brazo cuando habla, te coge las manos y la rodilla de quien tenga cerca.

Y siempre parece cómoda en cualquier sitio. Es de esas mujeres que le caen bien al camarero, saben el nombre del repartidor, terminan bailando en bodas ajenas, y tiene el superpoder de conseguir que desconocidos les cuenten intimidades en diez minutos. Tiene algo de cotilla. Pero detrás de toda esa luz hay algo muy observador, pues Laila es impulsiva, pero no tiene un pelo de tonta, al contrario: lee a la gente rapidísimo.

Sabe perfectamente quién está incómodo, quién quiere gustar, quién discute antes de llegar, y sobre todo, quién está fingiendo. Solo que normalmente decide no decirlo.

Porque entiende que las relaciones sobreviven gracias a pequeñas mentiras.

—Hay que ver, te acuerdas de que Laila sólo llevaba aquí 3 meses y ya sabía quién tenía coche nuevo, quién se había quedado embarazada y hasta quién se había separado en el bloque cuatro, que está en la otra punta de la urbanización—dijo mi marido entrando en la cocina.

Yo estaba llenando una cubitera.

—Bueno, ya sabes que aquí la gente tarda menos en contar una infidelidad que una alergia.

Él se rio por la nariz mientras abría una cerveza.

—Porque las alergias no interesan.

—¿Va a venir todo el mundo? —preguntó él.

—Eso parece. Adriana dice que llegarán tarde porque Pablo tiene una videollamada importantísima.

Mi marido soltó una carcajada.

—Ese hombre lleva en videollamada desde 2017.

Adriana siempre entra arreglada incluso cuando asegura que "ha bajado un momento".

Tiene esa habilidad irritante que poseen algunas personas para atravesar el caos sin despeinarse. Mientras los demás improvisamos sobre la marcha y rezamos para que no se note demasiado, ella parece tener el control de la situación incluso cuando probablemente también se la está inventando. Lleva el pelo impecable incluso en agosto, habla con seguridad absoluta y tiene la costumbre de corregir pequeños detalles de las conversaciones como si no pudiera evitarlo.

—Eso no fue en 2019, fue después de la pandemia.

—El colegio realmente no funciona así.

—Bueno, eso depende de cómo entiendas el problema.

No lo hace para fastidiar. O no conscientemente. Simplemente necesita tener razón.

Es inteligente, culta, organizada y tremendamente eficiente. De esas mujeres que responden correos mientras hacen una videollamada, tienen a los niños apuntados a actividades imposibles, recuerdan cumpleaños ajenos, recomiendan podcasts, y consiguen que el resto se sienta ligeramente desordenado.

Yo aún no he terminado de decidir si Adriana me cae mal o me intimida. Porque además tiene algo muy irritante: casi siempre tiene argumentos buenos.

Adriana vive pendiente de la imagen. No por superficialidad, sino por miedo. Quizás por miedo a equivocarse, a parecer vulnerable. ¡Qué sé yo! De una cosa estoy segura: vive en tensión constante. Y eso, debe ser agotador.

Por eso juzga tanto, porque cree que si ella mantiene el control, nada puede romperse.

Y por supuesto: su matrimonio no es ni de lejos tan perfecto como pretende.

Pablo, su marido, es aún peor. O mejor, depende del día. Es de esos hombres que convierten cualquier conversación en una masterclass involuntaria, da igual el tema: vino, política, colegios, series, coches eléctricos, aceite de oliva, la reproducción de los calamares en el ártico… Pablo siempre sabe más.

Y lo más desesperante: a veces sí sabe más.

Habla despacio, como si estuviera acostumbrado a que lo escuchen, y tiene la costumbre de apoyar una mano en la mesa antes de explicar algo, como un profesor paciente con alumnos mediocres. Carlos dice que Pablo no conversa: "Pablo inaugura conferencias".

Y todo el grupo se ríe… aunque un poco por necesidad. Pero Pablo no es un hombre social de verdad.

No conecta como Carlos. No escucha como Javier. No observa como Quico. Y necesita admiración.

Y probablemente escogió a Adriana porque juntos forman una especie de bloque perfecto, pareja competente, brillante, bien informada y racional, la pareja competente. El problema es que entre ellos casi no queda espontaneidad. Se corrigen mutuamente. Compiten. Se invalidan con elegancia.

A veces tengo la sensación de que llevan años manteniendo un debate larguísimo disfrazado de matrimonio.

En el fondo, pienso que mientras ellos monopolizan la atención, los demás podemos escondernos.

Sonó entonces la voz de Carlos desde abajo.

—¡MARISAAAA! ¿SE PUEDE SUBIR O HAY QUE PEDIR CITA PREVIA?

Me asomé a la terraza.

Carlos levantó los brazos exageradamente, sonriendo ya antes de que nadie le contestara. Siempre parecía actuar para un público invisible. Llevaba unas bermudas color salmón imposibles y una camiseta blanca demasiado ajustada, pero de alguna manera en él quedaba hasta bien.

A su lado estaba Sofía sosteniendo una ensaladera enorme.

Carlos es de esas personas que entran en un sitio hablando.

No porque quiera llamar la atención exactamente, sino porque el silencio le dura poco dentro del cuerpo.

Siempre tiene una broma preparada, una historia absurda, un comentario fuera de lugar o una manera exagerada de contar cualquier cosa cotidiana. Puede convertir una reunión de vecinos en

un monólogo de comedia y lograr que hasta Adriana sonría sin querer.

La gente dice de él:

—"qué simpático",

—"qué divertido",

—"qué fácil es estar con Carlos".

Y es verdad. Carlos hace fácil a los demás.

Tiene un radar para detectar enseguida quién está incómodo o quién necesita integrases. Siempre servicial, siempre atento.

Y entonces actúa: hace un chiste, provoca a alguien, se ríe de sí mismo. En definitiva: sube el volumen de la energía general. Tiene ese talento rarísimo de los hombres que necesitan gustar y que llevan tantos años practicándolo que ya les sale natural.

Carlos no soporta quedarse quieto, como si necesitara constantemente ruido alrededor para no escuchar algo más incómodo.

Porque cuando se calla —que ocurre pocas veces— aparece otra versión de él más cansada, más insegura, casi triste.

Solo dura segundos. Entonces vuelve el personaje.

Con Sofía mantiene una relación difícil de explicar desde fuera. No diría que son una pareja apasionada, ni especialmente romántica. Ni siquiera especialmente cómplice.

Pero llevan muchos años juntos y han construido una especie de equilibrio extraño: Carlos ocupa el espacio emocional que Sofía deja vacío.

Habla y socializa por los dos. Expone la intimidad de ambos mientras Sofía permanece casi siempre protegida detrás de una media sonrisa o un silencio elegante.

Y quizá eso funcione precisamente porque son opuestos. O quizá lleve años dejando de funcionar. Carlos suele bromear con que Sofía "lo tolera desde hace quince años", y todos se ríen. Sofía también.

Pero a mí siempre me queda la duda de cuánto hay de broma en esa frase.

Lo más injusto de Carlos es que resulta muy difícil no cogerle cariño, a pesar de su charla incesante, o sus comentarios inoportunos.

Porque debajo de todo eso hay alguien profundamente necesitado de afecto.

Y quizá profundamente solo.

Sofía es exactamente el tipo de mujer sobre la que la gente inventa cosas, porque ella nunca cuenta las suyas. Nadie sabe demasiado sobre su vida antes de la urbanización, ni quiénes son sus amigas, tampoco habla demasiado sobre su familia. Y es un misterio cómo conoció realmente a Carlos.

Después de tantos años viéndonos, sigo teniendo la sensación de que conoce mejor a algunas cajeras del supermercado que a Sofía.

Y sin embargo hay algo magnético en ella. No tiene una belleza evidente, al contario que Laila. Es otra cosa.

Tiene una presencia silenciosa que obliga a los demás a fijarse.

Habla poco, pero cuando habla todo el mundo escucha porque nunca parece decir cosas para llenar el espacio. Observa muchísimo. Demasiado.

A veces, en mitad de una cena, he tenido la sensación incómoda de que Sofía ya sabe cómo va a terminar una conversación antes de que los demás empiecen a hablar.

Con sus hijos es estricta, más de lo que algunos consideran normal.

Horarios. Pantallas limitadas. Rutinas. Educación. Modales.

Nunca levanta mucho la voz, pero basta una mirada suya para que los niños se callen.

Carlos convierte eso en un chiste constantemente.

—En mi casa vivimos bajo una pequeña dictadura escandinava.

Todos se ríen. Sofía también, a veces. Pero no del todo.

Marisa sospecha que Sofía odia profundamente sentirse observada y por eso controla tanto todo lo que ocurre alrededor, como si mantener el orden fuera una manera de evitar que algo se rompa.

Y, sin embargo, hay momentos pequeños donde aparece otra Sofía.

Muy rápidos, como cuando se ríe de verdad. A veces, baja la guardia, pero no si estoy segura de que alguien consiga saber qué

está pensando realmente. Detrás aparecieron Ana y Javier.

Ana venía impecable, como siempre. No espectacular. Impecable. Vaqueros blancos, camisa azul clara, sandalias doradas y esa piel luminosa de mujer que parece dormir ocho horas aunque tenga hijos y trabaje.

Javier cargaba con una nevera portátil y dos bolsas del supermercado.

—Ese hombre no ha llevado una bolsa mal en su vida —murmuró mi marido detrás de mí.

Y era verdad.

Javier hacía todo bien. O al menos esa era la sensación que transmitía. Nunca parecía agobiado, nunca levantaba la voz, nunca llegaba tarde, nunca olvidaba nada.

Durante años todos pensamos que eran la pareja más sólida de la urbanización, la más estable.

La gente habla de ellos como hablan de ciertas casas: esas que siempre tienen las luces adecuadas encendidas y las plantas cuidadas aunque nadie vea nunca quién las riega.

Con Javier da esa sensación: todo parece fácil.

Y quizá ahí está precisamente el problema.

Javier no es el hombre más guapo del grupo, pero probablemente es el que mejor envejece. Tiene esa masculinidad tranquila que da mucha seguridad. A mí me gusta porque te escucha cuando hablas, recuerda detalles, nunca intenta imponerse y no necesita demostrar nada. Tiene un tono de voz pausado, de esos que no monopoliza conversaciones ni compite como Pablo o actúa constantemente como Carlos.

Y precisamente por eso la gente confía en él enseguida, las mujeres le adoran y los maridos le respetan.

Y Ana lleva años mirándolo con esa mezcla de amor y tranquilidad de quien cree haber elegido bien. Porque Javier transmite algo muy valioso: fiabilidad.

Pero a veces no puedo evitar pensar que Javier vive atrapado dentro de la versión correcta de sí mismo, como si llevara tantos años siendo el marido bueno, el padre atento, el amigo fiable.

Ana adora la vida que han construido juntos. Y Javier también la quiere. La quiere de verdad.

Pero quizá hace tiempo que dejó de sentirse visto dentro de su propia vida.

Sofía escucha a Javier de una forma distinta a como escucha al resto, más quieta y más presente. Y Javier, que suele mirar a los demás mientras hablan, a veces parece olvidarse de todo alrededor cuando ella dice algo. Es algo mínimo. Casi invisible.

No coquetea, no intenta impresionarla.

Es mucho peor que eso: con Sofía parece descansar.

Y eso es exactamente lo que convierte esa relación en algo tan peligroso.

Porque las historias importantes rara vez empiezan con grandes gestos.

Empiezan con personas que descubren que están demasiado cómodas una al lado de la otra.Sofía me miró con su ensaladera enorme. No saludó. Solo levantó la vista un instante hacia mí.

Siempre me pasaba lo mismo con Sofía: nunca sabía si le caía bien o si simplemente me toleraba. Era educada, correcta, incluso amable a veces, pero había algo en ella completamente inaccesible. Como si viviera un paso por detrás del resto.

—Subid —grité—. Pero el vino bueno depende del comportamiento.

—Entonces subo una botella de emergencia —contestó Carlos.

Detrás aparecieron Ana y Javier. Sofía se apartó ligeramente para dejar pasar a Javier primero por la puerta del portal.

Nada raro.

Pero él evitó mirarla incluso al darle las gracias. Y no sé por qué aquello se me quedó clavado.

Porque la gente que no tiene nada que esconder se mira.

Media hora después, la terraza ya estaba llena de platos compartidos y conversaciones cruzadas.

Laila hablaba como si estuviera en un teatro.

—Os juro por mi madre que la profesora de inglés de Hugo tiene cara de haberse acostado con todos los padres del colegio.

Quico, su marido, soltó una risa baja sin levantar demasiado la cabeza de la copa.

—Laila, no puedes decir eso.

—Claro que puedo. Tú la has visto.

—La hemos visto todos —dijo Carlos—. Yo apoyo totalmente esta teoría.

—Tú apoyarías cualquier teoría donde salga una mujer divorciada —contestó Sofía sin mirarlo siquiera.

Todos nos reímos.

Carlos se llevó una mano al pecho.

—Fíjate qué ambiente de confianza tengo en casa.

Mientras las demás seguíamos alternando vino, cerveza o cualquier excusa líquida que justificara prolongar la sobremesa, Sofía se limitó a beber agua. Lo hacía siempre con la misma naturalidad, sin dar explicaciones ni sentirse obligada a participar en los pequeños excesos colectivos que tan bien se nos daban al resto. Y, sin embargo, al observarla, volvió a instalarse en mí aquella sensación difícil de definir que llevaba tiempo acompañándome cuando estaba cerca de ella y de Carlos. No era que discutieran; de hecho, jamás los había visto levantar la voz ni intercambiar una mala palabra. Tampoco parecía que hubiera tensión entre ellos. Era algo mucho más sutil. Carlos ocupaba la conversación con facilidad, enlazando anécdotas, opiniones y bromas, mientras Sofía permanecía en un discreto segundo plano, sonriendo cuando correspondía y participando lo justo para no desaparecer del todo. Desde fuera formaban una pareja perfectamente funcional, pero había momentos en los que yo tenía la impresión de estar contemplando una fotografía ligeramente desenfocada: no sabías exactamente qué fallaba, solo que algo no terminaba de encajar. Quizá era una tontería mía, una de esas teorías que una construye sin pruebas suficientes, pero no podía evitar preguntarme si Sofía era realmente tan reservada como parecía o si, después de tantos años juntos, había acabado acostumbrándose a dejar que fuera Carlos quien hablara por los dos.

Ana intervino enseguida, como hacía siempre que una conversación amenazaba con ponerse incómoda.

—Bueno, ¿qué planes tenéis para este verano?.

—Nosotros seguramente nos escaparemos un par de semanas a mi Sanlúcar —dijo Laila, sonriendo de esa forma que solo aparece cuando habla de un lugar que siente como suyo—. Allí todo funciona a otro ritmo. Tengo a mis primas, que en realidad son mis amigas del alma desde que tengo uso de razón, y cada verano retomamos las conversaciones exactamente donde las dejamos el año anterior, como si el tiempo no hubiera pasado. Nos pasamos el día sin mirar el reloj, improvisando planes, paseando, tomando algo frente al mar y viendo caer la tarde. Y luego están esos atardeceres... No sé qué tienen los de Sanlúcar, pero consiguen que cualquier problema parezca menos urgente. Hay momentos en los que el cielo se pone de un color tan bonito que hasta te planteas seriamente quedarte allí para siempre. Luego recuerdas que tienes una hipoteca y se te pasa, claro, pero durante unos minutos la idea parece perfectamente razonable.

—Qué original unos andaluces en Cádiz —saltó Carlos.

—Y vosotros ¿dónde vais? ¿A Benidorm Premium? —contestó ella.

Mi marido se rio tan fuerte que casi tira la cerveza.

—Nosotros todavía no sabemos —dijo Javier.

Y ahí volvió esa sensación: pequeña, ridícula. Pero clarísima.

Sofía ya conocía esa respuesta antes de que Javier terminara la frase.

No fue una mirada. Ni un gesto.

Fue algo mucho más difícil de explicar.

La comodidad silenciosa de dos personas que ya han hablado de algo a solas.

Noté un pequeño golpe en el pecho, probablemente imaginaciones mías.

Entonces Ana apoyó la mano sobre el brazo de Javier y sonrió.

—Pero este año nos escapamos aunque sea unos días solos, ¿eh? Llevamos tres veranos sin hacer un viaje nosotros.

Javier le devolvió una sonrisa perfecta, cariñosa, natural. La sonrisa exacta que cualquier mujer querría ver en su marido.

Pero justo antes de responderle, Sofía apartó fijó la vista en su vaso vacío, como si aquella frase le hubiera molestado un poco más de lo normal.

—Bueno, nosotros este año no hemos hecho planes, verás como acabamos en un apartamento infecto pagando el triple.

—Habla por ti —dijo Carlos sirviéndose más vino— Yo ya estoy mentalizado para dormir en un cuchitril con olor a fritanga.

—Tu problema es que romantizas la miseria —contestó Sofía.

—Y el tuyo que quieres dormir en un monasterio zen aunque vayamos a Benidorm.

Laila soltó una carcajada tan fuerte que hasta unos vecinos del bloque de enfrente miraron hacia nuestra terraza.

—Por favor, Sofía en Benidorm no podría sobrevivir más de siete minutos. Le daría un ictus oyendo "Paquito el Chocolatero".

Sofía sonrió apenas.

—Depende del nivel de alcohol.

—¡Mírala! —gritó Carlos señalándola—. ¡Esta mujer tiene una vida interior salvajísima y no nos enteramos!

Pablo aprovechó el silencio siguiente para intervenir, cómo no.

—El problema de agosto en España es que la gente sigue concentrándose en los mismos sitios. Hay costas enteras muchísimo más interesantes.

Adriana asintió inmediatamente.

—Nosotros seguramente tiraremos hacia el norte otra vez. Menos calor, mejor comida y bastante menos turismo de borrachera.

—Traducido: sitios donde os dejen hablar de vinos naturales durante cuatro horas —murmuró mi marido.

—¿Dónde vais exactamente? —preguntó Ana.

—Asturias seguramente —dijo Adriana—. Pablo quiere enseñarles a los chicos no sé qué ruta espectacular.

—Es una ruta prerrománica —aclaró él—. Bastante importante históricamente.

Carlos levantó las cejas.

—Yo cuando me voy de vacaciones lo último que quiero es aprender.

—Eso explica muchas cosas —dijo Sofía sin mirarlo.

Carlos se llevó una mano al pecho, teatral.

—De verdad que el nivel de humillación en mi matrimonio empieza a preocuparme.

Mientras hablaban yo miré un momento a Javier. Estaba escuchando a Sofía.

No a Carlos. A Sofía.

Ella apenas había dicho dos frases en toda la conversación y aun así él parecía pendiente de cuándo iba a volver a hablar.

Fue algo tan pequeño que inmediatamente me sentí ridícula por fijarme.

—¿Y vosotros? —preguntó Ana mirándome—. Dijisteis que este año queríais playa tranquila, ¿no?

—Sí —dije—. Nos vamos a Almería.

—¿En serio? —preguntó Laila—. Ay, me encanta Almería.

—Vamos a Cabo de Gata unos días. Hemos cogido un hotelito pequeño en San José.

—Qué maravilla —dijo Ana—. Yo llevo años queriendo ir.

—Álvaro se ha empeñado en conocer la Playa de los Muertos, practicar buceo, navegar en canoa, en fin, ya le conocéis.

—Eso y porque tiene el mejor nombre de playa de España —dijo mi marido—en las fotos parece el Caribe pero con gente madrileña quemándose viva.

—¿Y no os vais a morir de calor allí en agosto? —preguntó Adriana.

—Bueno, vosotros vais a subir montañas voluntariamente, cada uno tiene sus traumas —contesté.

Laila casi escupe el vino riéndose.

—Marisa, últimamente estás agresivísima. Te ha sentado fatal cumplir 50 años, tú antes eras más simpática.

—Verdad verdadera —dijo Álvaro.

—O la convivencia —añadí.

Carlos levantó su copa hacia nosotros.

—Un brindis por los matrimonios que siguen juntos después muchas maletas compartidas.

—Eso sí que destruye parejas, las mujeres sois invasivas con vuestros equipajes y metéis la mitad de vuestras cosas en nuestra

maleta —dijo Quico.

Todos nos giramos sorprendidos.

—Mira, tú qué sabrás lo que una mujer necesita cuando se va de vacaciones —dijo Laila dándole un golpe cariñoso en el hombro.

Quico sonrió medio segundo.

—Yo solo digo que una pareja se conoce de verdad intentando meter una sombrilla en el maletero.

—Eso y buscando parking en un pueblo de costa —añadió Javier.

Entonces ocurrió otra vez.

Nada.

Literalmente nada.

Pero Sofía y Javier compartieron una sonrisa rapidísima.

No íntima, ni evidente. Ni siquiera cómplice.

Solo esa clase de sincronía mínima que tienen las personas que llevan varios pensamientos hablados en privado.

Volví a sentir esa sensación incómoda, la sensación extraña de estar viendo una conversación escondida debajo de otra.

La noche se fue apagando poco a poco, como se apagan siempre las cenas largas entre amigos: nadie decide realmente terminarlas, simplemente llega un momento en que las conversaciones empiezan a repetirse y el hielo se derrite del todo dentro de los vasos.

Laila fue la primera en levantarse.

—Bueno, yo me voy porque mañana he prometido ser una madre responsable y llevar a Hugo a las nueve a una excursión infernal.

—¿Qué excursión? —preguntó Carlos.

—Una granja escuela.

Carlos hizo una mueca.

—Uf. Olor a cabra desde primera hora. Durísimo.

—Tú no podrías sobrevivir en la naturaleza ni cuarenta minutos —dijo Sofía mientras empezaba a recoger vasos.

—Yo estoy hecho para ambientes controlados. Aire acondicionado y minibar.

—Y atención constante —añadió Adriana.

Carlos señaló a Adriana con una sonrisa.

—¿Veis? Ella me critica pero luego no puede vivir sin mí en las cenas.

—Eso es exactamente lo contrario de lo que ocurre —contestó Pablo.

Álvaro ya estaba ayudando a Quico a mover las sillas mientras Ana recogía platos conmigo en la cocina.

—Ha estado genial —dijo Ana bajando la voz—. Tenemos que hacer más cenas así.

—Sí, antes de que desaparezca todo el mundo en agosto.

Ana suspiró sonriendo.

—Te juro que cada año tengo más necesidad de vacaciones y menos energía para organizarlas.

La miré un segundo. Parecía cansada. No físicamente, si no como si llevara demasiado tiempo sosteniendo muchas cosas a la vez sin permitirse parar.

Entonces Javier apareció en la cocina con varias copas vacías en la mano.

—¿Dónde dejo esto?

—Ahí mismo —dije.

Ana le pasó una mano rápida por la espalda al cruzarse con él.

Un gesto automático, cariñoso, de gente que lleva muchos años junta.

Y aun así, no sé por qué, tuve otra vez esa sensación rara.

Como si estuviera mirando una fotografía ligeramente desenfocada.

Cuando por fin bajamos todos a la calle, el calor seguía pegado al suelo incluso cerca de medianoche.

La urbanización estaba casi en silencio salvo por el ruido lejano de una televisión y el motor de algún aire acondicionado.

Carlos se estiró exageradamente.

—Bueno, oficialmente estoy en ese momento de la noche en que prometo empezar dieta mañana.

—Llevas diciendo eso desde 2012 —dijo Sofía.

—Y mira qué constante soy.

Laila se rio apoyándose en Quico.

—A mí me gusta más Carlos en verano. Está más tonto todavía.

—Eso parecía imposible —dijo Adriana.

Pablo ya tenía cara de querer irse hacía al menos veinte minutos.

—Por cierto —dijo Ana—, la semana que viene podríamos quedar en la piscina y montar un aperitivito el sábado, ¿no?

—Sí, y echamos un pádel antes—dijo Álvaro.

Carlos levantó una mano inmediatamente.

—Yo juego solo si no me toca con Pablo. La última vez me habló de biomecánica deportiva entre saque y saque.

Pablo suspiró.

—Era una explicación normal.

—No, Pablo —dijo Laila—. Nada de lo que tú explicas dura menos de quince minutos.

Hasta Adriana se rió con eso.

Sofía tenía ya a su hijo dormido apoyado sobre el hombro. Le apartó el pelo de la frente con una suavidad completamente distinta a la que mostraba normalmente delante del grupo. Era la única que aún tenía un niño de corta edad, que llegó por sorpresa a sus 40 recién cumplidos, cuando ya la maternidad no entra en tus planes.

Javier la miró un instante. Solo un instante.

Y apartó la vista demasiado rápido.

Ahí fue exactamente cuando algo terminó de encajar dentro de mí, ese sentimiento incómodo y preciso de cuando ves una grieta pequeña aparecer en una pared que siempre había parecido perfecta.

Ana seguía hablando de organizar una última cena antes de agosto.

—Pero en vuestro jardín otra vez, Marisa —dijo—. Que es donde mejor se está.

—Claro —contesté.

Carlos señaló alrededor con dramatismo.

—Última cena antes de la dispersión estival. Luego en septiembre volvemos todos morenos, arruinados y fingiendo que hemos descansado.

—Habla por ti —dijo Sofía.

Carlos le sonrió. Ella apenas le devolvió media sonrisa.

Mientras los veía alejarse, tuve la sensación absurda de que el verano acababa de empezar a complicarse para todos.

Capítulo 14: Urgente antes de agosto

El lunes la agencia siempre parecía más ruidosa de lo normal, pero aquel de finales de julio era directamente un estado de agitación colectiva. El problema de intentar cerrar todo antes de agosto es que, al final, nadie está realmente pensando en lo que está haciendo.

La oficina de *Wild* parecía una carrera contrarreloj mal organizada.

Teléfonos sonando, Slack explotando y Nico hablando solo frente a su pantalla como si negociara la paz mundial. Y Eva con esa calma falsa de directora que ya ha aceptado que julio no es un mes, es una amenaza.

En *Wild* lo llamábamos "modo agosto". Agosto tenía la capacidad de multiplicarlo todo.

Que básicamente significaba: todo el mundo trabajando como si el mundo se acabara en dos semanas… porque para nosotros, en cierto modo, se acababa.

La mitad del equipo ya había empezado a hacer maletas mentales. Y la otra mitad fingía que no.

Yo había llegado pronto, como siempre que hay cosas importantes que cerrar. Me gusta esa sensación de oficina medio vacía, con los ordenadores encendidos y el aire acondicionado luchando contra un sol que ya entra sin pedir permiso.

Nico ya estaba. Eso nunca fallaba.

—Buenos días —dijo sin levantar demasiado la vista del portátil —. O lo que sea esto.

—Es lunes —le contesté.

—Peor.

Eva llegó diez minutos después con dos cafés en la mano y cara de haber dormido poco y mal. Aún así, lucía estupenda, como siempre.

—He traído café de emergencia —dijo dejándome uno delante—. Si no lo bebes ahora, te lo bebes llorando más tarde.

—Qué optimismo, Eva —murmuré.

—No es optimismo. Es experiencia.

Yo intentaba concentrarme en una presentación para un cliente de cosmética natural que quería "algo disruptivo pero elegante, divertido pero serio, juvenil pero atemporal".

Cada vez que alguien decía ese tipo de cosas, yo sentía que una parte de mi cerebro se desconectaba.

—Eso no existe —murmuré.

—¿El qué? —preguntó Nico sin levantar la vista.

—Nada. La coherencia.

Eva asomó la cabeza por la puerta.

—Marisa, luego necesito que revises el presupuesto de la campaña de Baleares.

—Sí.

—Y el calendario de septiembre

—Sí.

Miré la pantalla y abrí el calendario como si fuera una escena de guerra

En la pantalla ya había más de treinta mensajes sin leer.

Proyectos que "tenían que cerrarse sí o sí esta semana". Y ese clásico universal: "lo dejamos para después del verano", que en realidad significa "desaparece de mi vida hasta septiembre".

Nico giró la silla hacia mí.

—¿Has visto lo de la campaña de Serrano?

—Sí.

—Nos están pidiendo cambios imposibles.

—Como siempre.

—No, esta vez es peor —dijo Eva sin levantar la vista—. Quieren "más emoción pero menos intensidad".

Hubo un silencio. Nico me miró. Yo le miré a él.

—Eso no significa nada —dijo Nico.

—Exacto —respondí.

Eva levantó la cabeza por fin.

—Yo ya he respondido "ok" y he dejado que el universo decida.

Me reí sin querer.

Ese era el tipo de respuesta que solo puedes dar cuando ya has asumido que el verano te ha ganado.

A media mañana entró Rafa, nuestro nuevo Director Creativo con esa energía nerviosa de quien intenta parecer tranquilo pero ya está pensando en el aeropuerto.

—Chicos, tenemos que cerrar todo lo de julio hoy —dijo sin saludar siquiera.

—¿Todo? —preguntó Nico.

—Todo lo posible. Lo imposible lo dejamos "pre-agendado".

Eva levantó una ceja.

—Eso suena peligrosamente a septiembre.

—Septiembre es un problema del yo del futuro —contestó él.

Yo volví a mi pantalla, pero es verdad que yo estaba en modo multitarea emocional

Y entonces entró otro mail. Otro cliente. Otra urgencia. Otra vida que había que resolver antes de agosto.

El desastre llegó a las 12:47. Yo estaba en una llamada con un cliente.

Un cliente especialmente intenso que repetía la palabra "impacto" cada siete segundos.

—Necesitamos más impacto —decía él—. Pero sin ser agresivo. Algo que impacte suavemente.

Yo asentía, aunque sabía que no me veía.

—Claro, sí, entiendo… impacto suave.

En ese momento Nico me pasó un mensaje por Slack:

"Revisas el copy del post de Ibiza? lo lanzamos ya"

Yo abrí el documento sin pensar. Y ahí empezó todo. Porque el copy era el siguiente:

"Este verano, en Ibiza, todo el mundo se deja llevar…"

Y mi cerebro, saturado de urbanización, Sofía, Javier, cenas, piscinas, silencios raros…automáticamente completó el resto de una frase que no debía existir.

Así que lo cambié.

Sin darme cuenta. Sin mala intención.

Solo… mal.

Puse:

"Este verano, en Ibiza, todo el mundo se deja llevar… incluso lo que no debería."

Le di a guardar. Le di a enviar. Y volví a la llamada como si nada.

—Perfecto, lo vemos con el equipo creativo —dije—. Lo cerramos hoy.

Silencio. En la llamada. Y en la oficina.

Nico giró lentamente la cabeza hacia mí.

—Marisa… ¿has enviado eso al cliente?

—Sí —dije—. ¿No era el copy final?

—Marisa —dijo despacio—. El cliente es una marca de hoteles familiares.

—Sí.

—"Todo el mundo se deja llevar… incluso lo que no debería" no es exactamente… family friendly.

Me quedé congelada. Literalmente.

Noté cómo el calor de la oficina bajaba dos grados.

—Ah —dije.

Nico ya estaba riéndose en silencio.

—Eso es… bastante oscuro —añadió.

—No es oscuro —intenté defenderme—. Es… evocador.

Nico me quitó el ratón de la mano con una calma que daba más miedo que un grito.

—¿Sabes qué pasa, Marisa?

—Que he enviado algo inapropiado.

—Que llevas tres días en la oficina pero no estás aquí.

Yo iba a responder. Pero no supe qué. Porque tenía razón.

Eva me llamó a su despacho, Nico también estaba ahí

Durante unos segundos nadie habló.

Luego Eva suspiró y bajó un poco el tono.

—Mira… lo arreglamos. No pasa nada grave. Pero necesito que te centres.

Pausa.

Y más suave:

—Y tú necesitas vacaciones, Marisa. De verdad.

La miré.

—Las tengo en agosto.

Eva soltó una risa corta.

—No, no. Agosto no son vacaciones. Agosto es huida colectiva.

Nico asintió desde su silla.

—Es supervivencia.

Me recosté en la silla. Mi cabeza bullía: Lucía, mi hija, su año sabático. Sofía y Javier, y esa sensación de conversación privada dentro de una conversación pública.

Y entendí algo incómodo: yo no estaba solo cansada.

Estaba distraída por algo que todavía no tenía nombre.

Eva volvió a su mesa, pero antes de irse añadió:

—Y por favor, revisa el siguiente copy antes de enviar cualquier cosa filosófica existencial sobre el verano ibicenco.

—Vale —dije.

Nico me miró otra vez.

—¿Estás segura de que estás bien?

Yo dudé medio segundo.

—Sí —mentí.

Y volví al teclado. Pero ya no estaba en Ibiza. Ni en la oficina.

Estaba otra vez en aquella cena de la urbanización donde, sin que nadie lo dijera en voz alta, todo parecía perfectamente normal… y eso era exactamente lo que empezaba a preocuparme.

Estaba deseando llegar a casa tras una jornada maratoniana. Cuando abría la puerta Thor me recibió con ese paso tranquilo y esa mirada tierna. Se pegó a mi sin intención alguna

—Thor, cariño, muévete un poco o alguien va a morir esta noche —dije intentando desembarazarme de semejante mole.

Thor resopló. Ni se movió.

—Ese perro vive mejor que nosotros —dijo Lucía desde la mesa.

—Ese perro no tiene una madre preguntándole qué va a hacer con su vida —contesté.

Lucía levantó lentamente la vista.

—Ya estamos.

Álvaro estaba poniendo la mesa y abrió una botella de vino, invitándonos a sentarnos y compartir una de esas raras cenas familiares.

A sus cincuenta y dos años seguía teniendo ese atractivo absurdo de hombre que nunca terminó de perder del todo el encanto juvenil. Canoso ya, sí, pero bien llevado. Muy bien llevado.

De los que todavía llenaban camisetas sin parecer ridículos y necesitaban hacer deporte hasta para relajarse.

El problema de Álvaro era que le sentaba demasiado bien la edad.

Y él lo sabía.

Venía de correr y aún llevaba la camiseta técnica pegada al cuerpo.

Lucía lo señaló.

—Papá, deberías dejar de pasearte así. Es incómodo para la población femenina joven.

—Gracias, hija —contestó él sentándose—. Tu madre no lo valora lo suficiente.

—Tu padre está a dos proteínas en polvo de abrirse una cuenta de Instagram motivacional —dije.

Lucía soltó una carcajada desde el otro lado de la mesa.

—Yo le seguiría.

—Tú seguirías a cualquiera que enseñe abdominales —contestó Javi.

—Eso es mentira y ofensivo.

Thor decidió entonces levantarse justo cuando yo salía de la cocina con la fuente caliente. Tuve que esquivarlo haciendo una maniobra peligrosa.

—¡THOR!

El perro me miró confundido, tiró con la cola una servilleta al suelo y siguió andando como un elefante deprimido.

—De verdad, un día nos mata.

—Pero con ternura —dijo Álvaro.

La cena transcurría con esa mezcla de caos y confianza de las familias que llevan demasiados años compartiendo la misma mesa.

Javi estaba contando ya por quinta vez sus planes para Ibiza.

—No es exactamente Ibiza ciudad —aclaró—. Está más al norte.

—Claro —dije—. La Ibiza espiritual.

—Mamá, no todos vamos a emborracharnos en barcos.

Lucía levantó una ceja.

—No todos. Solo el noventa y ocho por ciento.

Javi cogió pan y se lo tiró.

—Tú vas a desaparecer tres meses por Asia con una mochila y el problema soy yo.

—No son tres meses —dijo Lucía.

Todos nos quedamos mirándola.

Ella bebió agua tranquilamente.

—Bueno… técnicamente sí son tres meses. Pero pueden ser prorrogables dependiendo de cómo vaya el viaje.

Yo dejé el tenedor. Álvaro también.

—¿Prorrogables? —pregunté.

—Mamá, no es una operación militar.

—Lucía, cariño, acabas de anunciarlo como si fueras una corresponsal de guerra.

Álvaro intentó intervenir conciliador.

—A ver, tampoco pasa nada por improvisar un poco.

—Claro, porque la que no duerme soy yo —dije.

Lucía suspiró dramáticamente.

—Os juro que toda la gente de mi edad viaja sola.

—Y toda la gente de mi edad mira documentales de crímenes reales —contesté—. No ayuda.

Javi se rio tan fuerte que casi se atraganta.

Thor apareció inmediatamente debajo de la mesa esperando comida.

—Ese perro sabe detectar debilidad emocional —dijo Álvaro.

Después de recoger la cocina nos quedamos un rato en el salón con el aire acondicionado demasiado fuerte y la televisión puesta sin que nadie la mirara realmente.

Lucía estaba enseñándole rutas del viaje a Álvaro en el móvil.

Javi buscaba apartamentos imposibles en Ibiza con presupuesto de estudiante.

Y yo, por primera vez en semanas, sentí unas ganas físicas de vacaciones.

De irme. De desaparecer unos días.

Pensé en Almería. En Cabo de Gata. En el hotel pequeño de San José. En despertarme sin prisas con el sonido del mar. En no escuchar el móvil.

—Necesitamos esas vacaciones urgentemente —dije casi para mí.

Álvaro levantó la vista desde el sofá.

—Muchísimo.

Y por cómo lo dijo entendí que no hablaba solo del trabajo.

Más tarde, ya en la cama, Thor roncando fuera del dormitorio como una motocicleta asmática y la casa por fin en silencio, me quedé mirando el techo un rato.

Álvaro estaba leyendo con las gafas puestas.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Mmm.

—¿Tú notaste algo raro el otro día entre Javier y Sofía?

Él bajó el libro despacio.

—¿Raro cómo?

—No sé.

Me incorporé un poco sobre la almohada.

—Como… tensión rara.

Álvaro se quedó pensando.

—¿Esto viene de alguna conversación con Laila? Porque cuando os juntáis acabáis viendo infidelidades hasta en Mercadona.

—No te rías.

—No me río.

Sí se estaba riendo un poco.

Le di una patada suave por debajo de la sábana.

—Lo digo en serio.

Álvaro cerró el libro del todo esta vez.

—A ver… Javier estaba raro quizá.

—¿Verdad?

—Pero también puede ser que tú estés obsesionándote.

Eso me molestó ligeramente porque probablemente tenía algo de razón.

—No sé… hubo momentos raros.

—¿Como cuáles?

Intenté explicarlo y sonó absurdo incluso dentro de mi cabeza: las miradas evitadas ,los silencios, la sensación de conversación privada.

Álvaro escuchó sin interrumpirme.

—Puede ser —dijo al final—. O puede ser que lleves demasiadas semanas trabajando sin parar y estés montando una serie de HBO en tu cabeza.

Me quedé callada. Luego suspiré.

—Quizá.

Él apagó la luz de su lado y se acomodó otra vez.

—De todas formas el último fin de semana antes de agosto quedamos otra vez todos, ¿no?

—Sí. Aquí otra vez seguramente.

Giré la cabeza hacia él en la oscuridad.

—Hazme un favor.

—Miedo me da.

—Estate atento a esos dos.

Álvaro soltó una risa baja.

—Marisa…

—No, en serio.

Hubo un pequeño silencio.

Luego noté cómo me buscaba la mano entre las sábanas.

—Vale —dijo finalmente—. Estaré atento.

Y no sé por qué, pero aquella respuesta, en vez de tranquilizarme, me hizo sentir que acabábamos de abrir una puerta que ya no íbamos a poder cerrar.

Capítulo 15: Lo que empieza a verse

Organizamos una última reunión antes de agosto que siempre tenía algo de fiesta de final de curso.

La gente llegaba más relajada, más generosa con el vino y más optimista de lo normal, como si las vacaciones estuvieran todavía intactas y ninguno supiera aún cuánto cansancio llevaba acumulado encima.

Yo llevaba toda la tarde cocinando con Laila mientras Álvaro y Quico peleaban con la barbacoa en la terraza.

O mejor dicho: Álvaro hacía la barbacoa y Quico asentía en silencio como si estuviera supervisando una operación delicadísima.

—Tu señor marido habla menos cada verano —le dije a Laila mientras cortábamos tomate.

—Porque me escucha demasiado —contestó ella—. Y eso agota una barbaridad y te chupa la energía.

Thor iba y venía por la cocina convencido de que aquella cena existía únicamente para alimentarlo a él.

Lucía había desaparecido diciendo que "solo bajaba cinco minutos" y llevaba media hora en la piscina hablando con unos amigos.

Javi, mientras tanto, enseñaba playlists de Ibiza a cualquiera que cometiera el error de mirarle a los ojos.

A las nueve empezaron a llegar todos.

Ana y Javier aparecieron primero con dos botellas de vino y una ensalada que Ana insistió veinte veces en que "había quedado fatal". Había algo agotadoramente perfecto en ella incluso cuando intentaba parecer imperfecta.

Javier venía especialmente guapo aquella noche, más moreno, más relajado quizá.

Y sin embargo, en cuanto entró en casa, lo primero que hizo fue buscar a Sofía con la mirada. Fue rápido. Casi invisible.

Pero yo ya estaba pendiente.

Después llegaron Adriana y Pablo, cargados con un postre artesanal de una pastelería que probablemente costaba lo mismo

que una hipoteca pequeña.

—No lo metáis en la nevera —advirtió Adriana nada más entrar —. Pierde textura.

—Yo también pierdo textura en agosto y nadie me protege — murmuró Carlos entrando justo detrás de ella. Venía hablando ya desde el ascensor. Literalmente hablando solo.

—…porque yo lo que digo es que un buffet libre saca lo peor del ser humano. La gente pierde totalmente la dignidad delante de una bandeja de bacon.

Sofía apareció detrás de él con una botella de vino en una mano y el bolso en la otra.

—Buenas noches —dijo.

Y luego, directamente a Carlos:

—¿Puedes respirar un minuto sin hacer un monólogo?

Carlos levantó ambas manos teatralmente.

—Mira qué recibimiento me hacen en mi propia comunidad.

Todos nos reímos. O casi todos. Porque Sofía no.

La cena empezó bien. El vino corría rápido, el calor había dado una tregua y desde el jardín se escuchaban las voces lejanas de otra gente cenando en otros pisos. Ese ruido típico de urbanización en verano: cubiertos, risas, niños todavía despiertos, televisiones encendidas.

Carlos estaba especialmente inspirado, es que no había tema que no tocara.

Parloteaba sin cesar, que si una discusión absurda en el trabajo, una anécdota de gimnasio, una historia larguísima sobre un señor borracho en una gasolinera, y una teoría ridícula sobre por qué los hombres divorciados se compran bicis carísimas.

Laila lloraba de la risa.

Incluso Pablo sonrió un par de veces.

—Te lo juro —decía Carlos sirviéndose más vino—, hay hombres que no quieren una pareja, quieren un Garmin.

—¿Lo qué? — preguntó Laila

— Un Garmin es una marca muy conocida de relojes deportivos y dispositivos GPS, muy usados por corredores,

ciclistas, triatletas, etc. Lo que Carlos quiere decir es que hay hombres divorciados que sustituyen su crisis existencial por obsesionarse con el deporte y comprarse gadgets carísimos— explicó Pablo, nuestra enciclopedia andante.

— Eso es, te lo juro, hay hombres divorciados que no quieren rehacer su vida. Lo que quieren es un Garmin de quinientos euros y subir puertos en bici vestidos como astronautas— aclaró Carlos.

— Carlos, cariño, deja hablar a otra persona cinco minutos —dijo Sofía.

Lo dijo sonriendo. Pero había algo tenso debajo que Carlos no notó. O fingió no notarlo.

—Perdón, perdón. Continúa tú con alguno de tus relatos apasionantes sobre control parental y horarios infantiles.

Hubo alguna risa incómoda. Sofía dejó lentamente la copa sobre la mesa.

—¿Puedes parar ya?

Silencio.

Carlos todavía sonreía.

—Era una broma.

—No, Carlos. Llevas toda la noche así.

Silencio otra vez, únicamente se oía el cántico veraniego de los grillos. Cri, Cri, Cri.

Carlos soltó una risa corta.

—Madre mía, qué ambiente.

—Es que no todo tiene que girar constantemente alrededor de ti.

Aquello cayó sobre la mesa como un vaso rompiéndose. Nadie habló. Ni siquiera Laila.

Carlos pestañeó un segundo. Por primera vez desde que lo conocía, parecía no saber qué cara poner.

—Sofía… —dijo bajando algo el tono.

Pero ella ya había seguido hablando.

—De verdad, es agotador. Todo el rato haciendo chistes, interrumpiendo, hablando por encima de la gente… no hace falta convertir cada cena en un espectáculo.

Nadie se movía.

Thor apareció debajo de la mesa completamente ajeno al drama, buscando comida.

Álvaro carraspeó incómodo. Pablo miraba su copa como si aquello no estuviera ocurriendo. Ana tenía esa expresión de horror silencioso de la gente incapaz de soportar conflictos en público.

Y Javier…Javier estaba mirando a Sofía. No sorprendido, sino más bien preocupado, no sabría definirlo.

Eso fue lo que me recorrió el cuerpo como un escalofrío.

Porque no parecía la reacción de un amigo viendo discutir a otra pareja.

Parecía algo más íntimo. Más involuntario.

Carlos intentó recuperar el tono ligero.

—Bueno… apuntado queda que en septiembre vuelvo misterioso y callado.

Pero ya no tenía gracia.

Sofía se levantó de la mesa.

—Voy un momento dentro.

Y desapareció hacia la cocina dejando detrás una sensación espesa, incómoda, casi física.

Nadie habló durante unos segundos eternos.

Sofía volvió al cabo de un minuto con la misma expresión serena de siempre, como si nada hubiera pasado.

Y eso fue casi más incómodo.

Carlos hizo un esfuerzo evidente por recuperar el ambiente. Empezó a hablar con Alvaro sobre no sé qué restaurante de San José y poco a poco la conversación volvió a moverse, aunque ya con esa fragilidad rara de las cenas donde todos saben que ha ocurrido algo que no debería haber ocurrido delante de tanta gente.

Aun así, el verano estaba demasiado cerca como para permitir que nadie se enfadara de verdad. Las copas se fueron vaciando.
Thor consiguió robar un trozo de pan.
Laila acabó enseñándonos vídeos absurdos de flamencos bailando en TikTok. Y Adriana discutió quince minutos con Pablo sobre si el gazpacho llevaba o no pepino "de manera tradicional". Casi normal otra vez.

Casi.

Pasaba de la una cuando empezamos a despedirnos, ese momento caótico y cariñoso de final de noche: vasos olvidados, bolsos, promesas de mandarnos fotos por WhatsApp, gente buscando llaves.

—Bueno, familia, feliz verano —dijo Carlos levantando una mano —. Si sobrevivo a agosto prometo volver más moreno y menos intenso.

—Eso último no te lo crees ni tú —contestó Laila abrazándolo.

Las mujeres empezamos a besarnos entre nosotras mientras los hombres se daban abrazos torpes y palmadas en la espalda.

—Mandad fotos de Almería —dijo Ana abrazándome—Y descansa, por favor.

—Vosotros también.

—En septiembre organizamos algo grande —gritó Carlos ya desde la puerta—. Septiembre va a ser nuestro mes.

—Eso decimos todos antes de abrir el correo el primer día —contestó Álvaro.

Hubo risas otra vez.

La urbanización olía a noche caliente y jazmín cuando empezaron a salir.

Y fue entonces, en mitad de toda aquella algarabía de despedidas, abrazos y voces cruzadas, cuando los vi. Solo un instante.

Javier se inclinó ligeramente hacia Sofía mientras Carlos hablaba con Álvaro sin enterarse de nada.

Ella giró apenas la cabeza.

Él le dijo algo muy rápido, casi sin mover los labios.

Y Sofía sonrió.

No una sonrisa social. No la sonrisa educada que tenía para el resto. Otra distinta.

Pequeña. Íntima. Casi cansada que duró menos de dos segundos.

Después volvieron a separarse como si no hubiera pasado nada.

Nadie pareció verlo.

Nadie excepto yo.

Y en ese momento tuve por primera vez la sensación clara y fría de que no estaba imaginando cosas.

Capítulo 16: Verano por fin

Salir de Madrid el primer día de vacaciones debería considerarse deporte de riesgo.

Entre coches, niños llorando en áreas de servicio, gente adelantando como si el destino fuera salvar su matrimonio y cuarenta grados derritiendo el asfalto, uno llega a cuestionarse seriamente si quedarse en casa no sería más saludable mentalmente.

—Te juro que si veo otra caravana me bajo del coche y hago el resto andando.

Álvaro ni se inmutó. Llevaba seis horas conduciendo con gafas de sol, un brazo fuera de la ventana y esa tranquilidad irritante de hombre convencido de que los viajes largos fortalecen el carácter.

—Ya queda poco.

—Llevas diciendo eso desde Murcia.

—Porque soy optimista.

—No. Porque mientes.

Mi reloj vibró inmediatamente: *"Parece que llevas mucho tiempo inactiva."*

Lo miré con odio.

—Tú cállate.

Álvaro soltó una risa sin apartar la vista de la carretera.

—¿Le estás contestando al reloj otra vez?

—Me está juzgando.

—Te está diciendo que te muevas.

—Llevamos seis horas atrapados detrás de una familia de Cuenca con una caravana del tamaño de Andorra. ¿Qué quiere que haga? ¿Burpees en la A-7?

El reloj volvió a vibrar: *"Respira profundamente unos minutos."*

—Encima coaching emocional.

Álvaro ya se estaba riendo de verdad.

—Un día te va a denunciar por sedentarismo, dijo Alvaro

—Un día lo tiro por la ventana, le responddí yo.

Miré otra vez la pantalla. Doce pasos en la última hora. El reloj parecía profundamente decepcionado conmigo.

—Llevas diciendo eso desde Murcia.

—Porque soy optimista.

—No. Porque mientes.

Él soltó una risa.

Yo, mientras tanto, tenía la espalda destruida y la sensación de llevar veinte horas metida en el coche.

Pero todo se me pasó cuando llegamos a San José.

El pueblo aparecía blanco y tranquilo frente al mar, con esa luz dorada de última hora de la tarde que hace que incluso la gente arrastrando maletas parezca cinematográfica.

Y el hotel… era exactamente lo que yo habría querido elegir si hubiera sabido elegir tan bien: pequeño, blanco y minimalista sin resultar pretencioso. Con plantas enormes, madera clara y ese silencio elegante de los sitios donde todo el mundo parece hablar más bajo automáticamente.

—Álvaro…esto es, esto es……

Él sonrió ya antes de que terminara la frase.

—Lo sé.

—No, en serio. Lo has clavado.

—Puedes admitir tranquilamente que tengo talento.

—No exageremos.

La habitación tenía una terraza coqueta con vistas al mar y una cama enorme vestida completamente de lino blanco. Todo olía a limpio, a sal y a vacaciones caras justificadas emocionalmente.

En cuanto dejamos las maletas, Álvaro ya estaba mirando el móvil.

—Voy a salir a correr un rato.

Lo miré incrédula.

—¿Acabamos de cruzarnos España y quieres correr?

—Precisamente por eso.

—Tú no eres una persona normal.

Él ya estaba poniéndose las zapatillas.

—Voy hasta la playa, veo un poco la zona y vuelvo antes de que anochezca.

—Claro. Porque ir andando como la gente civilizada no era una opción.

Álvaro se acercó a besarme la frente.

—Eso lo haces tú muy bien. Representas a la población sedentaria.

—Vete antes de que pida el divorcio en recepción.

Se rio y desapareció cerrando la puerta detrás de él.

Y de pronto…silencio.

Ese silencio rarísimo que solo aparece cuando llevas demasiado tiempo rodeada de ruido y por fin te quedas sola. Me quedé quieta en mitad de la habitación unos segundos.

Sin móvil. Sin oficina. Sin conversaciones pendientes ni cenas de urbanización. Solo el sonido lejano del mar entrando por la terraza. Empecé a deshacer la maleta despacio, casi con placer.

Colgué vestidos, saqué bikinis, ordené cremas absurdamente caras que luego siempre acababan llenas de arena. Y dejé sobre la cama el libro que llevaba tres meses intentando empezar.

La luz del atardecer empezó a entrar poco a poco en la habitación volviéndolo todo naranja suave. Salí a la terraza con una copa de vino del minibar y me senté descalza en una de las sillas.

Desde allí se veía el mar completamente tranquilo y algunas barcas pequeñas balanceándose cerca del puerto.

Abajo, la gente paseaba sin prisa. Una pareja discutía en voz baja. Un niño corría detrás de una pelota. Alguien reía en otra terraza.

Y por primera vez en muchísimo tiempo sentí que mi cabeza empezaba a bajar revoluciones.

Pensé en Lucía. En Ibiza. En Eva diciéndome que necesitaba vacaciones urgentemente. Y también pensé en la cena. En Sofía y Javier y en aquella sonrisa rápida que nadie más había visto.

Me molestó descubrir que seguía pensando en ellos incluso allí.

Apoyé la cabeza hacia atrás cerrando los ojos un momento.

El aire olía a sal y a tierra caliente.

Y entonces entendí algo extraño: a veces uno se va de vacaciones creyendo que deja las cosas atrás…sin darse cuenta de que algunas ya han encontrado la forma de venir contigo. Cuando

Alvaro volvió, me encontró dormida y no quiso despertarme, asique bajó al restaurante, comió algo rápido y se dejó abrazar por Morfeo, una vez que yo ya le había soltado.

Al día siguiente, me desperté despacio, como si mi cuerpo todavía no terminara de creerse que no tenía que correr a ningún sitio.

Durante unos segundos no supe ni dónde estaba. Noté las sábanas frescas pegadas a las piernas, el aire acondicionado suave y esa sensación maravillosa de habitación completamente en silencio.

Entonces escuché la ducha.

Y recordé: San José. Vacaciones. Almería. No trabajo. No reuniones. No Madrid.

La habitación estaba llena de esa luz blanca de las mañanas cerca del mar. Desde la terraza llegaba un ruido lejano conversaciones amortiguadas del desayuno del hotel.

Me giré despacio buscando la postura más cómoda posible y enterré otra vez media cara en la almohada. Aquella cama era obscenamente cómoda.

De esas que consiguen que uno se plantee abandonar su vida anterior y mudarse definitivamente a un hotel boutique.

Mi reloj vibró sobre la mesilla: *"Has dormido 7 horas y 42 minutos. Recuperación óptima."*

Lo miré entre legañas.

—Pues déjame seguir recuperándome.

Unos segundos después apareció Álvaro saliendo del baño con una toalla en la cintura y aspecto de haber nacido para vivir junto al mar.

Aquello era irritante. Parecía uno de esos hombres de anuncio absurdo de relojes caros: moreno, canoso, espalda ancha, relajado.

Mientras tanto yo seguía fusionada con la almohada y probablemente tenía marcas de sábana hasta en el alma.

Álvaro abrió la terraza y entró una bocanada de aire caliente y olor a sal.

—Buenos días, marmota.

Gruñí algo ininteligible.

—¿Sabes qué hora es?

—Demasiado temprano para estar tan feliz.

—Son las nueve y media.

Abrí un ojo horrorizada.

—Estamos oficialmente de vacaciones. Las nueve y media es madrugada.

Él se rio mientras rebuscaba ropa en la maleta.

—Te recuerdo que hoy toca Playa de los Muertos.

—A mí hoy lo único que me toca es un desayuno gigante.

Me incorporé un poco apoyándome sobre los codos.

—¿Cuál es exactamente el plan del día? Y mide bien tus palabras porque ahora mismo mi cuerpo funciona únicamente con café.

Álvaro ya se estaba poniendo una camiseta.

—Desayunamos aquí tranquilos, bajamos a la playa, nos damos un baño…

—Ajá.

—Comemos algo allí o donde surja…

—Ajá.

—Y luego quizá una ruta andando por la tarde.

Lo miré fijamente.

—Álvaro.

—¿Qué?

—"Ruta andando" no son palabras compatibles con "primer día de vacaciones".

—Marisa, llevas meses diciendo que necesitas moverte más.

Mi reloj vibró inmediatamente: *"Objetivo diario: 8.000 pasos."*

Lo cogí de la mesilla indignada.

—¿Lo ves? Estáis coordinados.

Álvaro empezó a reírse mientras terminaba de vestirse.

—Tu reloj tiene razón.

—Mi reloj es un policía moral diminuto.

Me dejé caer otra vez sobre la cama.

Las sábanas olían increíblemente bien a limpio y a descanso. Álvaro se acercó y me apartó el pelo de la cara.

—Vamos, vaga.

—No me hables así cuando todavía tengo la legaña pegada.

—Tienes una edad en la que ya no puedes decir "legaña" y seguir siendo sexy.

—Y tú una edad en la que correr voluntariamente cuesta abajo por acantilados empieza a parecer una premonición médica.

Soltó una carcajada.

—Te va a encantar la playa.

—Eso espero, porque ayer casi muero deshidratada en la carretera.

—Exagerada.

—No, agotada.

Suspiré y me incorporé por fin.

La terraza estaba llena de luz y el mar brillaba al fondo como si alguien lo hubiera puesto ahí solo para fastidiar a la gente que trabaja en oficinas.

Y en ese momento, todavía descalza, despeinada y medio dormida, pensé que quizá sí era posible desconectar unos días de todo.

Mi reloj volvió a vibrar: *"Es una buena hora para empezar el día."*

—De verdad que voy a ahogarte en el Mediterráneo —murmuré.

Bajamos al desayuno casi cuarenta minutos después porque, al parecer, prepararse para "bajar un momento a desayunar" en vacaciones requiere exactamente el mismo nivel de producción que una boda pequeña.

Yo llevaba puesto un bañador absurdamente caro que prometía "efecto escultural inmediato", una frase que siempre me hace imaginar que la prenda incluye un pequeño equipo de albañiles trabajando activamente sobre tu cuerpo.

Encima me había puesto una túnica ligera llena de colores imposibles, sandalias nuevas, sombrero grande y gafas de sol.

Las gafas eran fundamentales porque la legaña seguía ahí, quizá no físicamente, pero sí espiritualmente.

Álvaro me miró cuando salimos del ascensor.

—Pareces una millonaria divorciada en Saint-Tropez.

—Y tú pareces el monitor de pádel que intenta seducirla.

—Perfecto entonces.

El comedor del hotel era exactamente igual que el resto del sitio: bonito de una manera tranquila y un poco insultante, todo tan blanco, madera clara, plantas enormes, música suave. Gente descansada hablando bajito como si cualquiera que levantara demasiado la voz fuera expulsado directamente a Benidorm.

Además, el hotel era *adults only*, una expresión elegantísima para decir: "aquí no queremos niños gritando mientras desayunas".

Y honestamente, después de veintitantos años de maternidad, entendía perfectamente el concepto.

Miré alrededor. Todo eran parejas.

Parejas jóvenes demasiado bronceadas. Parejas de cuarenta y tantos en ese momento vital en el que uno empieza a cuidarse con la intensidad de quien sospecha que ya no hay prórrogas. Y alguna mujer sola leyendo novelas larguísimas como si hubiera huido de alguien.

—Qué paz —murmuré sentándome.

—¿Ves? Y tú querías cancelar el viaje por tráfico.

—Ayer habría vendido a mi madre por un helicóptero.

Enseguida apareció una chica sonriente con café recién hecho.

Y de verdad: hay momentos en la vida donde un café caliente delante del mar debería considerarse experiencia religiosa.

Cerré los ojos al primer sorbo.

—Que nadie me hable durante unos minutos.

Álvaro se rió mientras empezaban a llegar platos: pan recién hecho, fruta cortada, aceite bueno, jamón, y una bandeja de dulces absolutamente obscena: croissants brillantes, bizcochos, mini napolitanas y algo con pistacho que claramente iba a destruirme emocionalmente.

Todos los postres parecían estar susurrando: "cómeme, Marisa, te lo mereces".

Mi reloj vibró: *"Recuerda mantener hábitos saludables también en vacaciones."*

Lo miré lentamente.

Luego cogí la napolitana de chocolate más grande de la bandeja.

—Hoy eliges la violencia, ¿no? —dijo Álvaro.

—Mi reloj acaba de declararme la guerra.

Álvaro untó tomate en el pan con absoluta felicidad deportiva.

Era desesperante cómo podía desayunar aceite, jamón y media panadería sin perder el aspecto de hombre saludable de anuncio.

—Después de desayunar podríamos ir andando hasta el mirador antes de bajar a la playa.

Levanté una mano inmediatamente.

—No. Para. Ahí.

—¿Qué?

—Llevas despierto desde las siete. Yo todavía estoy incorporándome a la existencia.

—Pero si luego te encanta.

—Sí, pero necesito primero un mínimo de glucosa y dignidad.

Álvaro sonrió mirándome por encima de la taza.

Y en ese momento me di cuenta de algo: hacía muchísimo tiempo que no nos sentábamos solos a desayunar sin prisa.

Sin hijos. Sin trabajo. Sin móviles sonando. Sin alguien pidiendo algo. Solo nosotros.

El mar al fondo, el café caliente y el rumor tranquilo de otras conversaciones.

Y durante unos segundos conseguí dejar la cabeza completamente en blanco. Tras ese opíparo desayuno que me hizo sentir como la reina de Java, nos dirigimos a la Playa de los Muertos.

El problema de las playas espectaculares es que nunca te las regalan. Siempre hay una trampa.

Un camino infernal. Mil escalones. Un parking imposible. O, como en el caso de la Playa de los Muertos, un descenso que rozaba claramente la actividad de riesgo.

—¿Perdona? —dije mirando la bajada—. ¿Hay que bajar por ahí?

Álvaro, feliz, ya llevaba la silla plegable en una mano y el equipo de snorkel en la otra.

—No exageres.

Miré otra vez el sendero.

Aquello no era un acceso a una playa: aquello era una prueba medieval diseñada para descubrir quién merecía realmente bañarse en el Mediterráneo.

Un camino de tierra y piedras bajando por el acantilado bajo un sol criminal, con pendiente suficiente como para replantearse decisiones vitales importantes.

—Álvaro, si me mato aquí quiero que quede claro que no fue amor al deporte.

Él se rio sin girarse siquiera.

—La subida será peor.

—Qué tranquilidad transmites.

Mi reloj vibró: *"Actividad intensa detectada."*

—Vete al infierno —murmuré.

La bajada fue exactamente tan humillante como parecía.

A mitad de camino yo ya iba sudando, agarrándome a la barandilla natural de piedras como una señora victoriana delicada mientras Álvaro descendía delante de mí con energía absurda de cabra montesa motivada.

—¿Sabes lo bonito que sería ahora mismo un chiringuito accesible en coche? —dije jadeando.

—Confía en el proceso.

—La gente que dice "confía en el proceso" suele estar intentando matarte.

Pero entonces llegamos abajo.

Y entendí inmediatamente por qué la gente hacía aquella bajada infernal: la playa era espectacular. El agua tenía un color transparente e imposible, entre azul y verde, tan limpia que desde fuera se distinguían perfectamente las piedras del fondo. Nada de música. Nada de sombrillas pegadas unas a otras. Nada de niños jugando al fútbol sobre órganos internos ajenos.

Solo mar. Rocas enormes. Silencio. Y aquella sensación de aislamiento raro que tienen algunas playas donde uno siente que el mundo queda muy lejos.

Eso sí: la arena no existía, todo eran cantos rodados. Miles y miles de piedras redondas diseñadas aparentemente por un enemigo de las lumbares humanas.

Álvaro dejó las cosas en el suelo.

—Bueno… ya estamos.

Yo miré alrededor.

—¿Aquí la gente se tumba voluntariamente?

—Por eso he traído silla.

Lo miré emocionada.

—¡Si es que te tengo que querer!.

Porque sin aquella silla aquella playa solo era apta para faquires, penitentes medievales y gente joven con discos intervertebrales todavía funcionales.

Álvaro desplegó el snorkel con felicidad infantil. Llevaba ya esa cara suya de deportista de documental: concentrado, feliz, ridículamente preparado para cualquier actividad física espontánea.

—Voy a explorar un poco.

—Claro que sí, Jacques Cousteau.

—Te sorprendería la cantidad de peces que hay aquí.

—Álvaro, ahora mismo mi única ambición es no moverme.

Él se inclinó para besarme rápidamente y se metió al agua casi inmediatamente.

Y entonces ocurrió algo maravilloso.

Silencio.

Me senté frente al mar con las piernas estiradas, las gafas de sol puestas y el sonido suave de las olas chocando contra las piedras.

Durante unas horas desapareció esa ilusión moderna de que somos imprescindibles para el correcto funcionamiento del planeta. El teléfono apenas servía para hacer fotos, los correos electrónicos seguían acumulándose sin consecuencias visibles y los asuntos supuestamente urgentes demostraban una sorprendente capacidad para sobrevivir sin nuestra intervención. Resultaba casi ofensivo comprobar lo bien que seguía girando el mundo mientras nosotros nos dedicábamos simplemente a estar allí.

Solo luz.

La clase de luz blanca y salvaje que tiene Cabo de Gata, donde todo parece más quieto y más antiguo que en el resto del mundo.

Álvaro nadaba ya mar adentro completamente feliz, convertido oficialmente en un pez canoso con neopreno parcial.

Y yo me quedé allí. Sin pensar demasiado. O intentando no hacerlo, sólo mirando el agua. Respirando y sintiendo por primera

vez en muchísimo tiempo que quizá mi cabeza podía aprender otra vez a quedarse quieta.

Álvaro salió del agua al cabo de un buen rato con cara de haber descubierto un continente nuevo.

Venía entusiasmado. Literalmente entusiasmado.

Se quitó las gafas de snorkel levantándose el pelo mojado hacia atrás y soltó:

—Marisa, tienes que entrar. Es una barbaridad lo que hay ahí debajo.

Lo miré por encima de las gafas de sol sin moverme de la silla.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú.

Me incorporé apenas un poco.

—Álvaro, cariño, yo ya he elegido mi papel en esta playa.

—No seas exagerada.

—Tú eres Jacques Cousteau. Yo soy más de relación contemplativa con el mar: mirarlo, respetarlo y dejar que siga ahí sin involucrarme demasiado. Él soltó una risotada mientras se dejaba caer a mi lado sobre las piedras como si aquello fueran cojines ergonómicos de lujo y no cantos rodados diseñados para destruir caderas humanas.

—De verdad, no sabes lo transparente que está el agua.

—Y tú no sabes el apego que le tengo a seguir respirando sin tubo.

Álvaro apoyó los brazos hacia atrás mirando el horizonte.

El sol caía sobre el agua volviéndolo todo casi blanco de luz.

—Es espectacular este sitio. Y tenía razón.

Muchísima. Era una de esas playas donde uno siente que el mundo todavía puede ser salvaje y bonito a la vez. El agua sonaba distinto al romper contra las piedras. No tenía el rumor suave y domesticado de las playas de arena, sino un sonido más hondo, más limpio, casi mineral. Las olas llegaban transparentes, chocaban contra los cantos rodados y retrocedían arrastrándolos unos contra otros en un murmullo grave y repetitivo, como si el mar respirara despacio justo delante de nosotros. Era un sonido hipnótico, antiguo,

capaz de dejarte la cabeza completamente vacía durante unos segundos.

A lo lejos alguien nadaba lentamente cerca de las rocas y el resto de la playa permanecía casi en silencio, como si todos hubiéramos entendido automáticamente que hablar demasiado alto allí quedaba feo.

Mi reloj vibró: *"Has superado tu objetivo diario de actividad."*

Sonreí satisfecha.

—¿Ves? El reloj ya considera que sobrevivir a la bajada era suficiente deporte por hoy.

Álvaro negó con la cabeza riéndose.

—Tu relación con ese aparato empieza a preocuparme.

Pero yo apenas lo escuchaba ya.

Porque en ese momento tuve un pensamiento aterrador: la subida.

Con calor. Miré lentamente hacia arriba. Desde abajo, el sendero parecía todavía más vertical. Más largo. Más asesino.

—Álvaro…

—Mmm.

—Necesito que hablemos seriamente de cómo vamos a salir vivos de aquí. Y con el estómago vacío.

Y sonrió con una picardía peligrosísima.

—¿Quién ha dicho nada del estómago vacío?

Fruncí el ceño.

Él se incorporó despacio, abrió la mochila y empezó a rebuscar dentro con esa calma irritante de hombre que sabe perfectamente que está a punto de impresionar a alguien.

—Álvaro…

—Un momento.

Y entonces, como un mago sacando un conejo de una chistera, apareció una pequeña bolsa de papel manchada ligeramente de aceite.

La abrió. Y casi lloré de emoción. Dentro había dos bocadillos enormes de pan crujiente, todavía ligeramente templados, de jamón ibérico con tomate rallado y aceite bueno, del que huele a felicidad y colesterol premium al mismo tiempo.

Además sacó una bolsita de patatas artesanas y dos cervezas frías envueltas en una toalla pequeña. Lo miré absolutamente conmovida.

—No puedo creer que hayas hecho esto.

—Te conozco.

—No, Álvaro. Esto no es amor. Esto es supervivencia avanzada.

Cogí el bocadillo con las dos manos como si acabaran de rescatarme tras días perdida en el desierto. Y antes de darle el primer mordisco le abracé impulsivamente.

Un abrazo completamente exagerado y desproporcionado para la situación, pero sinceramente merecido.

—Gracias —murmuré dramáticamente contra su hombro—. Gracias por salvarme de una muerte lenta y turística.

Álvaro se estaba riendo tanto que casi se le cae la cerveza.

—La gente de alrededor va a pensar que llevo aquí tres días sin darte de comer.

—La gente de alrededor no ha visto la subida.

Di el primer mordisco.

Y durante unos segundos desapareció absolutamente cualquier pensamiento complejo de mi cerebro. Solo existían el mar, el pan crujiente, el jamón, la cerveza fría,
y aquella felicidad básica y profundamente mediterránea de comer algo delicioso delante del agua.

Álvaro levantó su cerveza hacia mí.

—Por las vacaciones.

Choqué la botella con la suya.

—Y por los hombres previsores que esconden bocadillos como narcotraficantes emocionales.

—¿Ahora es cuando me dices que me vas a subir en brazos?.

—Marisa, yo te quiero mucho, pero no hasta ese punto. Subiremos despacio.

—Perfecto. Moriremos despacio entonces.

Álvaro me pasó un brazo mojado por los hombros todavía riéndose.

Y yo apoyé la cabeza un segundo en él mientras el mar seguía brillando delante de nosotros como si no existieran ni oficinas, ni

relojes inteligentes, ni hijos planeando irse por el mundo, ni urbanizaciones llenas de secretos.

Solo calor. Sal. Y aquel extraño alivio de no tener que hacer nada durante unas horas.

Después de comer nos quedamos allí un par de horas más, completamente derrotados por el calor y el sonido del mar. En algún momento me dormí. No una siesta elegante de revista de decoración mediterránea.

No.

Caí inconsciente sobre la silla con el sombrero torcido, media pierna dormida y una dignidad francamente mejorable mientras las olas seguían chocando contra las piedras con ese rumor lento e hipnótico.

Cuando abrí los ojos, Álvaro estaba leyendo tranquilamente a mi lado como si llevar horas sentado sobre cantos rodados fuera una experiencia perfectamente cómoda para un ser humano.

—¿Qué hora es? —pregunté con voz de superviviente.

—Las seis y cuarto.

Me incorporé despacio.

Y entonces recordé.

La subida.

Miré hacia arriba.

Aquello seguía ahí: gigante, vertical, esperándonos como una amenaza geológica.

—No quiero dramatizar —dije levantándome con dificultad—, pero creo que deberíamos avisar a nuestras familias.

Álvaro se puso las gafas de sol con absoluta tranquilidad.

—Exagerada.

Mi reloj vibró inmediatamente: *"Temperatura elevada. Se recomienda moderar la actividad."*

—¿VES? —le enseñé la pantalla indignada—. Hasta el reloj sabe que esto es mala idea.

Álvaro ya había empezado a recoger las cosas.

El ascenso comenzó relativamente bien. Los primeros treinta segundos, concretamente.

Después mi cuerpo entendió rápidamente que aquello no era un paseo: era una venganza física.

El calor subía desde las piedras como si alguien hubiera decidido cocinar lentamente a los turistas. A mitad de camino yo ya respiraba como un acordeón roto.

Mi reloj vibró otra vez. *"Pulsaciones elevadas detectadas."*

—Las tuyas van a elevarse cuando te estrelle contra el acantilado —murmuré.

Álvaro, mientras tanto, subía delante de mí como una maldita cabra montesa nórdica perfectamente adaptada al terreno.

Ni un resoplido.

Ni una gota de sufrimiento.

Nada.

Llevaba la mochila, la silla y todavía tenía energía para girarse de vez en cuando.

—¿Cómo vas?

—Fenomenal. A punto de convertirme en leyenda local.

—¿Quieres parar?

Me detuve dramáticamente apoyando las manos sobre las rodillas.

—Álvaro… si muero aquí… borra mi historial de búsquedas.

Él empezó a reírse.

Yo no tenía fuerza ni para eso.

Seguimos subiendo lentamente entre turistas rojos como gambas y parejas claramente replanteándose su amor en silencio.

Un chico adelantó corriendo. ¡Corriendo!

Miré a Álvaro indignada.

—La gente que corre cuesta arriba en agosto debería cotizar aparte.

Mi reloj volvió a vibrar. *"Buen esfuerzo. Continúa así."*

Lo miré sudando, despeinada y completamente ofendida.

—Te juro que cuando vuelva a Madrid te abandono en un cajón.

Álvaro ya estaba arriba del todo esperándome con esa sonrisa insoportable de hombre deportista satisfecho consigo mismo. Cuando por fin llegué, sentí que acababa de completar una expedición alpina.

Me dejé caer sobre un banco bajo una sombra mínima. Álvaro me pasó una botella de agua todavía fría.

—Reconoce que ha merecido la pena.

Bebí media botella seguida antes de contestar.

Luego miré hacia abajo.

El mar brillaba al fondo, salvaje y transparente, como si la playa siguiera completamente ajena al sufrimiento humano que exigía alcanzarla.

Suspiré.

—Sí —admití finalmente—. Pero la próxima vez elegimos una playa a la que se pueda acceder sin despedirse antes de los seres queridos.

Aquella noche San José parecía uno de esos sitios que alguien hubiera diseñado expresamente para que la gente se enamorara un poco más de la vida.

Después de ducharnos y sobrevivir milagrosamente a la expedición de la Playa de los Muertos, salimos a pasear sin prisa por las calles blancas del pueblo.

Todo estaba lleno de luz cálida y olor a verano. Las casas encaladas reflejaban todavía el calor del día, las buganvillas caían por algunas fachadas como si alguien las hubiera dejado crecer libremente durante años y desde las terrazas llegaba el ruido suave de copas, cubiertos y conversaciones lentas.

No había nadie corriendo. Nadie parecía tener prisa por llegar a ningún sitio.

Y eso, viniendo de Madrid, resultaba casi exótico.

Álvaro caminaba a mi lado con esa felicidad tranquila de hombre recién bañado en el mar y alimentado adecuadamente.

—Tengo agujetas hasta en lugares que desconocía —le dije.

—Eso es porque tu cuerpo está despertando.

—Mi cuerpo quiere denunciarte.

Él se rio mientras me rodeaba la cintura un instante.

Pasamos junto al puerto pequeño, lleno de barcas moviéndose suavemente en el agua negra y brillante, y seguimos andando hasta una placita diminuta escondida entre calles estrechas.

Y allí estaba el restaurante: pequeño e íntimo, con apenas unas pocas mesas bajo árboles cargados de flores blancas. El aire olía a azahar y a pescado a la brasa.

Y desde algún rincón cercano llegaba el sonido lejano de una guitarra española tocada despacio, casi perezosamente, mezclándose con el murmullo de las conversaciones y el tintinear de las copas.

Me quedé quieta un segundo mirándolo todo.

—Vale —dije finalmente—. Esto ya empieza a parecer obscenamente bonito.

Álvaro sonrió satisfecho.

—Sabía que te iba a gustar.

Nos sentamos en una mesa pequeña pegada a una pared blanca llena de macetas azules.

La camarera nos habló bajito, como si en aquel sitio estuviera prohibido romper la calma.

Pedimos vino frío, para acompañar al pescado y al tomate aliñado.

Y pan otra vez, porque en vacaciones las calorías claramente pierden validez legal.

Le di un sorbo al vino mientras la guitarra seguía sonando a lo lejos y una brisa cálida movía apenas las hojas sobre nuestras cabezas.

Y allí, en aquella plaza blanca perdida junto al mar, tuve la sensación extraña y maravillosa de que el tiempo podía ir un poco más despacio.

Al menos durante unos días.

Los días siguientes pasaron exactamente como deberían pasar unas vacaciones buenas: rápido y despacio al mismo tiempo perdiendo completamente la noción de los horarios.

Desayunábamos tarde. Dormíamos siestas absurdas. Volvíamos a ducharnos solo para quitarnos la sal antes de cenar otra vez frente al mar.

Y poco a poco mi cabeza empezó a vaciarse de verdad.

Descubrimos calas escondidas a las que solo se llegaba por caminos imposibles bajo el sol. Playas pequeñas de agua

transparente donde uno sentía que el Mediterráneo todavía conservaba algo salvaje y antiguo. Monsul, Genoveses. Cala Higuera.

Cada una parecía más bonita que la anterior.

Álvaro seguía empeñado en convertir cualquier excursión en una actividad física de alto rendimiento, mientras yo desarrollaba un talento extraordinario para encontrar la sombra más estratégica posible.

Mi reloj vivió aquellos días completamente confundido. Unas veces me felicitaba por actividad intensa. Otras parecía decepcionado porque mi ritmo cardiaco bajaba drásticamente después de dos copas de vino y una ración de fritura.

La mejor idea fue la lancha. O al menos eso decía Álvaro.

Alquilamos una pequeña embarcación una mañana temprano y recorrimos la costa viendo las calas desde el agua, con los acantilados blancos cayendo sobre el mar y aquella sensación maravillosa de estar lejos de todo.

Álvaro llevaba el timón con entusiasmo de capitán jubilado.

Yo iba detrás, despeinada, llena de sal y agarrándome fuerte cada vez que aceleraba más de la cuenta.

—No hace falta que conduzcas esto como si estuviéramos huyendo de la policía —grité.

—Hay que notar la potencia.

—Tiene quince caballos, Álvaro. Relájate.

Nos bañamos en mitad del mar completamente solos.

Comimos bocadillos sentados dentro de la lancha.

Y durante unas horas tuve la sensación extraña de haber conseguido salir realmente de mi vida. Las vacaciones tienen algo cruel: cuando por fin aprendes a vivir dentro de ellas… se terminan.

La última noche paseamos otra vez por San José después de cenar. Las calles seguían oliendo a jazmín y sal. La gente caminaba despacio. Las terrazas estaban llenas de luz cálida.

Y yo sentía ya esa melancolía anticipada de los finales.

Álvaro me pasó un brazo por encima de los hombros.

—¿En qué piensas?

Miré alrededor un momento antes de contestar.

—En que no quiero volver.

Él se rio suavemente.

—Nadie quiere volver nunca.

Verdad verdadera.

Porque volver significaba: Madrid, tráfico, oficina, horarios, reuniones. Maletas sin deshacer durante días.

Y también…las cosas que habían quedado suspendidas antes de agosto como una conversación interrumpida.

Mi reloj vibró. *"Mañana comienza una nueva semana."*

Lo miré horrorizada.

—Mira qué hijo de puta.

Álvaro empezó a reírse mientras seguíamos caminando despacio hacia el hotel.

Y aunque todavía olía a mar y verano, tuve la sensación clarísima de que algo nos estaba esperando ya al otro lado de las vacaciones.

Capítulo 17: Nadie quiere estar aquí

Volver a Madrid después de las vacaciones siempre tiene algo profundamente ofensivo.

Uno pasa de despertarse viendo el mar a discutir con la M-30 en menos de ocho horas.

Y encima septiembre todavía finge ser verano mientras ya huele ligeramente a obligaciones.

La primera parada obligatoria fue recoger a Thor de lo que la residencia canina llamaba "campamento de verano".

Una expresión completamente ridícula para definir un descampado enorme lleno de perros hiperactivos oliéndose el culo mutuamente durante semanas.

La chica de recepción apareció sonriendo.

—¡Thor ha estado fenomenal!

Detrás de ella apareció nuestro mastín. Lento. Cansado. Con cara de haber sobrevivido psicológicamente a una experiencia social demasiado intensa.

—Míralo —dije emocionada—. Tiene burnout.

Thor llegó hasta nosotros, dejó que lo acariciáramos dos segundos y luego se tumbó directamente en el suelo de recepción soltando un suspiro dramático.

La chica seguía hablando felizmente.

—Ha socializado muchísimo.

Thor levantó la cabeza apenas un centímetro.

Juraría que parecía ofendido.

—Creo que no era exactamente lo que él quería este verano —dijo Álvaro.

—Ha hecho paseos diarios, actividades…

Thor volvió a suspirar. Un suspiro largo y existencial.

En cuanto llegamos a casa fue directamente al salón, bebió agua durante un minuto entero y se dejó caer sobre el suelo fresco con expresión de funcionario recién jubilado.

Y honestamente: lo entendí perfectamente.

Javi llegó dos días después. Entró en casa moreno, despeinado y con esa energía desordenada de quien ha dormido poco, comido fatal y sobrevivido únicamente gracias a alcohol, playa y juventud.

—Necesito vacaciones de mis vacaciones —anunció dejando la mochila en mitad del pasillo.

—Eso significa que lo has pasado bien —dijo Álvaro.

— Eso significa que hay noches de las que no debería acordarme… y otras de las que directamente no me acuerdo.

Lucía levantó la vista desde el sofá.

—Qué dramático eres.

—Tú no puedes opinar. Has estado desaparecida un mes.

Lucía había vuelto de Jávea el día anterior, muy morena y guapísima. Y sospechosamente relajada para alguien de veintidós años que, según sus propias palabras, había pasado el verano "tranquila".

Lo cual, traducido del idioma hija, significaba exactamente lo contrario. No había contado demasiado. Pero tampoco hacía falta ser detective.

Había fotos: playas, barcos, copas gigantes con frutas imposibles, grupos enormes de gente preciosa y alguna imagen borrosa a las cinco de la mañana claramente tomada en condiciones espirituales complicadas.

Además había desarrollado la habilidad de responder absolutamente cualquier pregunta con:

—Mamá, normal.

—¿A qué hora llegabais?

—Normal.

—¿Dormíais mucho?

—Normal.

—¿Conocisteis gente?

—Normal.

Lo más inquietante era precisamente esa falta de detalles, pero uno prefiere no saber ciertas cosas de la vida social de una hija de veintidós años. Por salud mental.

Aquella noche cenamos los cuatro en casa con Thor dormido junto a la mesa recuperándose del campamento.

Habíamos pedido comida porque ninguno tenía energía real para cocinar. La mesa estaba llena de restos de vacaciones: conchas en bolsillos, ropa sin guardar, y esa sensación extraña de seguir viviendo medio fuera de la rutina.

—Bueno —dije sirviendo vino—. Resumen del verano.

Javi levantó una mano inmediatamente.

—Ibiza necesita límites legales.

—Eso ya lo sabemos todos —contestó Lucía.

—No, no lo entiendes. Hay gente desayunando tequila a las nueve de la mañana.

Álvaro asintió impresionado.

—Eso requiere compromiso.

—Y problemas de autoestima seguramente —añadí.

Javi ignoró el comentario.

—He dormido una media aproximada de tres horas diarias.

—Tu cuerpo va a denunciarte —dijo Lucía.

—¿Y tú qué? —pregunté—. Porque tú vuelves como muy relajada…¿acaso estás ya viejuna para trasnoches?

Lucía cogió una aceituna lentamente. Mala señal.

—Pues normal.

—Esa palabra ya no significa nada en esta casa —dije.

Ella sonrió intentando no reírse.

—Hemos salido, hemos ido en barco, hemos conocido gente…

—¿"Gente" masculina o femenina? —preguntó Álvaro.

—Papá, por favor.

—Estoy recopilando información.

Lucía le golpeó cariñosamente en el hombro. Y durante un momento todo pareció muy sencillo otra vez: los cuatro cenando, Thor roncando, Madrid todavía medio vacío en agosto y la sensación de que la vida normal volvía poco a poco a ocupar su sitio.

Pero mientras escuchaba a Javi describir una fiesta absurda en una villa de Ibiza llena de influencers musculados y DJs suecos sin camiseta, pensé inevitablemente en la urbanización.

En septiembre. En las cenas. En volver a verlos a todos.

Y en la certeza extraña de que las vacaciones no habían solucionado nada realmente.

Solo habían dejado las grietas descansando un rato bajo el sol.

La primera semana de septiembre en Madrid tiene algo inquietante. Aún hay demasiado espacio. Y demasiado silencio. Demasiados sitios donde normalmente habría caos, pero el hecho de que los colegios no habían empezado todavía hacia de la M-30 algo razonablemente humano, lo cual ya era un milagro estadístico, pero el metro… el metro continuaba funcionando como si regalaran lingotes de oro dentro de los vagones.

A las ocho y media de la mañana ya iba atrapada entre una señora sudando sobre mi hombro, un chico viendo TikToks sin auriculares y alguien que claramente había decidido desayunar tortilla con cebolla a menos de tres centímetros de mi dignidad personal.

Mi reloj vibró: *"Estrés elevado detectado."*

—No me jodas, Sherlock.

La chica que tenía delante me miró raro. Decidí que ya era demasiado pronto para explicar que discutía con dispositivos electrónicos.

La oficina olía a café recalentado, aire acondicionado y depresión postvacacional.

Ese olor tan específico del primer día de vuelta. Nadie quería abrir el ordenador. Nadie quería mirar el correo. Nadie quería aceptar que septiembre había llegado realmente.

Wild parecía una guardería para adultos cansados con acceso a correo electrónico.

La reunión informal de primera hora fue básicamente un grupo de supervivientes compartiendo trauma vacacional. Todos sentados alrededor de la mesa grande intentando aparentar energía.

Nico tenía la piel ligeramente quemada y una expresión espiritual extraña.

—Turquía es increíble —decía—. Pero creo que he comido queso durante diecisiete días seguidos.

Marta levantó una ceja.

—Hay destinos peores.

—No, no. Hablo de cantidades industriales de queso.

Claudia, del equipo creativo, venía directamente de Bali y hablaba como si hubiera alcanzado un plano superior de conciencia.

—Es que allí se siente otra energía.

Nico la miró fijamente.

—Llevamos siete minutos de reunión y ya has dicho "energía".

—Porque es verdad.

—No. Porque has vuelto muy mística tú.

Ella le lanzó una bola de papel.

Al otro lado de la mesa, Dani enseñaba fotos de Nueva York completamente indignado por el precio de los cafés.

—Diez dólares un capuccino. Diez. Yo he pagado menos por cenas enteras en Murcia.

—Eso te pasa por irte a Manhattan —dijo Marta.

—Eso me pasa por querer sentirme protagonista de una serie.

Me reí apoyándome en la silla mientras los escuchaba.

Y pensé una cosa muy concreta: cuantísimo viaja la gente joven ahora. ¡Y qué lejos! Bali, Nueva York, Tailandia, Turquía, Islandia.

Con veinticinco años.

Yo a esa edad lo más lejos que había ido era a Alicante con una amiga y un Seat Ibiza sin aire acondicionado que sonaba como una lavadora muriéndose.

Y nos parecía una aventura internacional.

Ahora la gente volvía de retiros espirituales en Indonesia como quien vuelve de Albacete.

Nadie tenía ganas reales de trabajar, eso era evidente.

La mitad de la oficina ni siquiera conseguía entrar en sus cuentas.

—¿Cuál era mi contraseña? —preguntó Claudia por tercera vez.

—La misma que antes de agosto —contestó Nico.

—No me acuerdo de quién era yo antes de agosto.

El chico de IT llevaba ya cuarenta minutos dando vueltas por la oficina con cara de rehén tecnológico.

—¿Quién ha bloqueado otra vez el correo? —preguntó desesperado.

Tres personas levantaron lentamente la mano.

—No puede ser.

—Te juro que mi contraseña era esa —dijo Dani.

—No, Dani. "1234Madrid" no era una contraseña segura ni en 2008.

Eva apareció con una carpeta debajo del brazo y dos cafés como si estuviera preparándose para una guerra larga.

—Vale. Vamos a intentar arrancar esto.

Nadie se movió. Literalmente nadie.

Nico seguía mirando el portátil apagado con el mismo entusiasmo que una persona mirando una colonoscopia programada.

Eva suspiró.

—Qué ambiente de ilusión, de verdad.

—Yo todavía estoy mentalmente en una hamaca —dijo Claudia.

—Yo todavía estoy físicamente inflamado por la comida turca —añadió Nico.

Mi reloj vibró otra vez.: *"Parece que hoy tu nivel de actividad será inferior a la media."*

Miré la pantalla indignada.

—Pues espérate a abrir Outlook, campeón. Porque vamos a caer todos en depresión clínica.

Eva me llamó a su despacho media hora después con ese tono suyo que nunca permite distinguir si va a darte una buena noticia o a destruirte emocionalmente con una hoja de Excel. Cuando entré, levantó la vista del portátil y pensé una cosa completamente injusta: hay gente a la que las vacaciones le sientan obscenamente bien.

Eva pertenecía a ese grupo. Estaba morena, relajada, con el pelo más claro por el sol y esa cara luminosa de persona que ha dormido ocho horas diarias, bebido vino caro frente al mar y no ha abierto un correo laboral en semanas.

La odié un poco.

—Mira qué cara traes —le dije dejándome caer en la silla.

Eva sonrió ampliamente.

—Fuerteventura me ha devuelto las ganas de vivir.

—Qué rabia me das.

—Es que ha sido espectacular.

Y claro que lo había sido. Porque Eva no se iba "de vacaciones".

Eva se iba a experiencias premium para gente que desayuna fruta cortada por otras personas: que si hotelazo frente al mar con piscina infinita, que si el yate con sus amigos insultantemente ricos y bien conservados, cócteles impronunciables, hombres que olían a dinero tranquilo y parecen cerrar negocios incluso pidiendo un mojito y que llevaban camisas de lino aunque estuvieran en un barco. Y mujeres imposiblemente perfectas a las nueve de la mañana, con vestidos blancos de lino, piel dorada sin una sola marca de bikini y ese aspecto insoportablemente descansado de quien lleva toda la vida hidratándose bien y no ha corrido jamás detrás de un niño con un zapato en la mano.

—He tomado más sol en diez días que en toda mi adolescencia —dijo feliz.

—¿Y cuánto tiempo estuviste exactamente en un barco?

Eva lo pensó.

—No sé… bastante.

—Te odio muchísimo.

Ella se rio mientras me acercaba un café.

—¿Y vosotros qué tal? Cuéntamelo todo.

Me acomodé en la silla.

—Muy bien, la verdad. Cabo de Gata es una barbaridad.

—Vi las fotos. Parecíais una pareja que vende cremas antiaging ecológicas.

—Pues yo solo veía sudor y piedras asesinas.

Eva soltó una carcajada.

Le conté la subida infernal desde la Playa de los Muertos, Álvaro haciendo snorkel como un explorador francés jubilado, y esas cenas tranquilas en San José donde parece que se había parao el tiempo.

Y durante unos minutos ambas hablamos como hablan las personas el primer día de vuelta: intentando estirar artificialmente las vacaciones un poco más a través de los recuerdos.

Hasta que inevitablemente miramos alrededor.

Los ordenadores. Las reuniones. Los correos acumulándose.

La realidad.

Eva suspiró teatralmente apoyándose en el respaldo.

—Bueno… ya hemos vuelto a la tierra.

—A batallar otra vez.

—Con clientes imposibles.

—Y campañas que nos van a quitar años de vida.

Eva abrió el correo y soltó una risa completamente vacía.

—Mira esto.

Giró la pantalla hacia mí.

Un cliente había enviado un mensaje a las 7:12 de la mañana preguntando:

"¿Podemos replantear completamente el concepto creativo antes del mediodía?"

Cerré los ojos un segundo.

—Claro que podemos. Y luego directamente fallecemos.

—Eso pensaba yo.

Nos quedamos calladas un instante.

Fuera del despacho se escuchaba el ruido de la oficina intentando arrancar lentamente: teclados, cafeteras, gente renegociando contraseñas olvidadas.

Eva me miró por encima de la taza.

—¿Tú has desconectado de verdad?

La pregunta me pilló un segundo desprevenida.

Pensé en el mar. En San José. En el silencio. En la lancha.

Dudé apenas un instante.

—Del todo —contesté finalmente.

Eva me sostuvo la mirada unos segundos más mientras removía el café.

Y yo aparté la vista hacia la cristalera del despacho, donde Madrid seguía funcionando bajo ese calor espeso de finales de agosto.

La verdad era que sí había desconectado.

Del trabajo, del ruido y del móvil. Incluso de mí misma durante algunos momentos frente al mar. Pero ahora tocaba volver.

Volver a Lucía y su viaje, que ya empezaba a dejar de sonar a idea improvisada para convertirse en algo real.

Volver a la urbanización y las ultimas cenas del verano. A las conversaciones aparentemente normales.

Y, sobre todo, volver a esa sensación incómoda que no había conseguido quitarme de encima ni siquiera en Cabo de Gata: la de que dentro de nuestro grupo había cosas ocurriendo por debajo de la superficie.

Cosas pequeñas. Silenciosas. Todavía invisibles. Pero reales.

Capítulo 18: Lo que no se comenta

Septiembre en la urbanización tenía algo profundamente teatral.

La gente volvía morena, más delgada o más hinchada dependiendo del tipo de vacaciones, y durante unos días todos fingíamos que habíamos descansado muchísimo y reconectado con nosotros mismos.

Era mentira, claro. Pero una mentira social bastante bonita.

Me había tocado organizar la primera cena de vuelta porque, según Laila:

"Tú eres la única de este grupo capaz de coordinar adultos sin acabar en una secta."

Así que allí estaba yo un sábado por la tarde colocando velas en la terraza mientras Thor supervisaba la operación completamente tumbado en mitad del pasillo.

—Thor, cariño, o te apartas o alguien va a morir hoy.

Thor abrió un ojo. Lo valoró seriamente. Y decidió que el riesgo merecía la pena.

Desde la cocina escuchaba a Álvaro poniendo música mientras abría cerveza tras cerveza "para ir entrando en ambiente".

A las nueve empezaron a llegar todos.

Y fue raro.

Porque apenas había pasado un mes…pero el verano parecía haber desplazado ligeramente las piezas del grupo.

Ana y Javier llegaron los primeros, como siempre, pero algo era distinto.

Ana venía más apagada que de costumbre. No mal exactamente. Solo… cansada, como si las vacaciones no hubieran conseguido descansar realmente ninguna parte importante de ella. Llevaba un vestido bonito, sencillo, el pelo recogido sin demasiado esfuerzo y una sonrisa ligeramente tardía, de esas que aparecen medio segundo después de lo normal. Me abrazó fuerte.

—Necesitaba esta cena —dijo—. Septiembre me está entrando fatal.

—Porque septiembre es lunes convertido en mes —contesté.

Ella apenas sonrió. Javier apareció detrás con dos botellas de vino en la mano.

Y él también estaba raro. Más callado y serio, menos presente quizás. No era algo evidente. Precisamente por eso resultaba inquietante.

Porque Javier era de esas personas cuya normalidad habitual hacía que cualquier mínima desviación se notara muchísimo.

—¿Qué tal el verano? —preguntó Álvaro.

—Bien, bien, lo normal ya sabes, familia, playa, comilonas… —contestó él demasiado rápido.

Y ya está. Ni anécdotas, ni bromas.ni esa calma cómoda que solía transmitir siempre.

Ana se adelantó enseguida, llenando el silencio automáticamente.

—Al final estuvimos menos días fuera de los que queríamos. Entre unas cosas y otras…

Javier abrió una botella sin mirarla. Y entonces noté algo todavía peor: tensión.

Pequeña y silenciosa, pero palpable. Como si llevaran días intentando no discutir.

O como si hubieran discutido demasiado ya.

Laila y Quico aparecieron diez minutos después haciendo ruido desde el ascensor.

—¡HEMOS VUELTO, POBRES PERO BRONCEADOS! —gritó Laila entrando.

La energía cambió inmediatamente.

Venía todavía cargada de verano gaditano, sal, cerveza y felicidad andaluza.

Nos abrazamos entre risas mientras Thor inspeccionaba sus bolsas con dedicación policial.

—¿Qué tal Sanlúcar? —pregunté.

—Fatal. Mucho pescaíto, mucho vino y demasiada felicidad. Horrible todo.

Quico sonrió en silencio detrás de ella con esa cara de hombre que probablemente habría sido feliz quedándose allí para siempre.

Adriana y Pablo llegaron después, impecables como siempre. Intentando convencernos de que Asturias era superior moralmente al resto de España.

Y finalmente apareció Carlos, hablando ya desde el portal.

—Os juro que septiembre debería estar prohibido por derechos humanos.

Sofía entró detrás de él: vestido negro sencillo, sandalias planas, pelo recogido.

Y algo en ella también había cambiado. Parecía más delgada. Más distante. Más… ausente.

Carlos seguía exactamente igual: ruidoso, encantador y agotadoramente sociable.

—No sabéis la cantidad de ingleses semidesnudos que he tenido que soportar este verano —decía mientras abrazaba a todo el mundo—. Ibiza ya no es una isla, es un experimento sociológico.

—Tú habrías sido feliz allí —dijo Laila.

—Yo soy feliz en cualquier sitio donde me den cerveza fría y no tenga reuniones por Zoom.

Todos nos reímos. Menos Sofía.

Ella se sentó lentamente en la mesa mientras Javier abría vino al otro lado de la terraza.

Y entonces ocurrió otra vez. Algo mínimo. Tan pequeño que nadie más pareció notarlo.

Javier levantó la vista mientras servía. Sofía ya lo estaba mirando. No hubo sonrisa.
Ni gesto. Ni nada evidente. Solo una pausa microscópica entre los dos.

Pero esta vez no parecía intimidad. Parecía otra cosa: tensión.

Como si entre ellos hubiera quedado algo sin resolver durante el verano.

Ana empezó a hablar inmediatamente después sobre una excursión horrible en Cantabria y el momento desapareció.

Pero yo me quedé quieta unos segundos viendo cómo Sofía cogía la copa sin mirar a Carlos. Y cómo Javier evitaba volver a levantar la vista hacia ella. Todo parecía completamente normal.

Pero precisamente porque yo estaba pendiente, empecé a notar lo extraño.

Javier y Sofía habían evitado rozarse en todo momento.

Ni un beso casual de saludo, ni una broma compartida. Ni siquiera esa conversación mínima y automática de gente que lleva años coincidiendo: "qué tal el verano", "cómo habéis vuelto", "qué moreno estás".

Nada. Era demasiado correcto. Demasiado medido.

Y eso me puso inmediatamente alerta.

Porque hay algo curioso en las personas que intentan esconder una historia compartida: rara vez buscan la cercanía. Al contrario, suelen mantener una distancia cuidadosamente calculada, como si cualquier gesto espontáneo pudiera delatarlas. Observándolos, tuve la sensación de estar contemplando una representación perfectamente ensayada, donde cada movimiento parecía medido al milímetro para evitar un error. Y, sin embargo, precisamente ese exceso de control era lo que despertaba las sospechas. A veces no es la complicidad lo que revela un secreto, sino el esfuerzo evidente por disimular que existe. Y cuanto más los observaba aquella noche, más clara tenía una cosa: lo raro ya no era la posible conexión entre ellos, sino lo evidente por fingir que no existía.

La cena avanzó poco a poco hacia ese punto cómodo donde el vino empieza a relajar a la gente y todos hablan a la vez sin molestarse demasiado por no escucharse del todo.

Carlos estaba contando una anécdota absurda sobre una chica insultantemente joven que había aparecido en un chiringuito de Ibiza llevando un vestido de crochet mínimo y una tranquilidad ofensiva, provocando que media terraza masculina olvidara instantáneamente cómo mantener una conversación coherente, cuando Ana cogió el móvil de Laila en un acto totalmente inadmisible.

—A ver, espera… ¿esto qué es?

Laila intentó recuperarlo inmediatamente.

—Devuélvemelo.

Pero Ana ya había abierto Instagram.

—¡Mírala! ¡Si ha subido cuarenta y tres stories este verano!

Leila levantó una mano orgullosa.

— Llámalo documentación histórica familiar.

—Laila, vosotros no vivís las vacaciones. Las retransmitís.

Y era verdad. Laila y Quico pertenecían a esa especie humana incapaz de ver un plato bonito sin fotografiarlo antes desde cuarenta ángulos distintos.

Todo acababa en Instagram: desayunos, playas, los niños saltando, los atardeceres con una copa en la mano, una flor aleatoria en una maceta…

Gracias a ellos, el grupo entero había seguido el verano minuto a minuto sin necesidad de preguntar absolutamente nada.

—Es que si no lo subes parece que no ha pasado —dijo Laila sirviéndose más vino.

Pablo soltó un resoplido.

—Eso es probablemente una de las frases más tristes de nuestra generación.

—Ay, por favor, Pablo —dijo Laila—. Tú lo que tienes es envidia porque nadie quiere ver tus documentales sobre iglesias asturianas.

Adriana intervino inmediatamente.

—Nosotros sí usamos Instagram.

Quico puso cara de sorpresa exagerada.

—¿En blanco y negro y con música clásica?

Adriana ignoró el comentario.

—Hay cuentas muy interesantes.

—Claro —añadió Pablo—. Arquitectura, actualidad internacional, análisis político…

—Y estilo de vida —dijo Adriana.

—¿Qué tipo de estilo de vida? —preguntó Álvaro.

Carlos se adelantó inmediatamente.

—Gente desayunando yogur en cuencos de cerámica mirando al horizonte.

Laila casi escupe el vino riéndose.

—Instagram está lleno de mujeres rubias en casas beige cortando aguacates con paz interior.

—Y hombres explicando cómo madrugar a las cinco cambia tu mentalidad —añadió Álvaro.

—Eso es una secta directamente —dije.

Yo sí usaba Instagram. Muchísimo además. Pero no para lo que la gente pensaba.

A mí me daba bastante pereza seguir la vida real de conocidos. Para eso prefería que me la contaran luego tomando vino, con versiones contradictorias y detalles censurados.

Yo usaba Instagram para otras cosas: reels absurdos, mujeres de mi edad recomendando vaqueros milagrosos. O algo tan fascinante como gente organizando armarios imposibles.

Y algo para lo que me considero absolutamente incapaz: tips de maquillaje "natural" que requerían diecisiete productos y 2 horas para la puesta a punto. Ah, y recetas rápidas que jamás cocinaría.

Básicamente basura sofisticada para relajar el cerebro.

Mi reloj vibró. "*Tu tiempo de pantalla ha aumentado un 18% esta semana.*"

Lo miré indignada.

—¿Veis? Ya hasta el reloj me juzga por cotillear.

—Tu reloj necesita una vida sexual —dijo Carlos.

Y entonces ocurrió otra vez.

Algo pequeño. Ana nos estaba enseñando una story de una cena en un sitio precioso en Llanes: vino, velas, Javier sonriendo apenas

Laila hizo un comentario cualquiera sobre el restaurante y Sofia se inclinó para mirar la pantalla. En ese mismo momento, a Sofia le cambió la cara

Solo un instante ,pero suficiente.

Miró la foto. Miró a Javier.

Y volvió inmediatamente a su copa. Como si no hubiera hecho nada.

Como si nadie pudiera notar que lo había hecho.

Pero yo lo vi.

Y esta vez sentí algo peor que sospecha.

Sentí la certeza incómoda de que ambos estaban pendientes el uno del otro incluso cuando intentaban desesperadamente no estarlo.

Capítulo 19: Dentro de 10 días

La noticia explotó oficialmente durante la comida familiar del domingo, alrededor de la mesa de mi madre, entre croquetas, filetes empanados y una fuente de ensaladilla rusa lo bastante grande como para alimentar un regimiento.

Mi madre seguía cocinando como si España estuviera todavía en posguerra.

Thor dormitaba bajo la mesa esperando la caída accidental de comida con disciplina militar mientras Álvaro discutía con Javi sobre fútbol y yo me concentraba en cortar tomate con precisión quirúrgica, como si aquello pudiera impedir que mi cabeza estuviera recorriendo todos los escenarios posibles, y ninguno especialmente tranquilizador.

Lucía llevaba toda la comida extrañamente callada. Demasiado callada.

Y entonces soltó el tenedor y dijo:

—Bueno, familia… dentro de diez días me voy a Indonesia.

Silencio.

Solo un segundo.

Pero suficiente para que mi estómago se cerrara automáticamente.

Mi madre levantó la cabeza desde el otro extremo de la mesa.

—¿Cómo dices?

Lucía repitió más alto:

—Que dentro de diez días me voy a Indonesia.

La abuela frunció el ceño.

—¿A una peluquería?

Hubo un segundo de desconcierto.

—¿Qué? —preguntó Javi.

—Ha dicho que se va a una peluquería de Indonesia o algo así —insistió mi madre completamente convencida.

Y entonces toda la mesa estalló en carcajadas. Menos yo.

Incluso Lucía empezó a reírse.

—Abuela, no. Indonesia. El país.

—Ah.

La abuela se quedó pensando unos segundos mientras seguía comiendo tranquilamente.

—Bueno, mientras no te rapes.

Aquello provocó todavía más risa, Álvaro tuvo que limpiarse lágrimas de los ojos, Javi estaba doblado sobre la silla.

Hasta Thor levantó la cabeza alarmado por el escándalo colectivo.

Pero yo apenas escuchaba ya. Porque de pronto la frase había adquirido peso real.

Indonesia.

No como idea ni como fantasía universitaria, sino como algo real. Mi hija se iba al otro lado del mundo. Y yo todavía no había terminado de asumirlo.

Lucía seguía hablando mientras todos le hacían preguntas:

— ¿Cuánto tiempo?

—¿Con quién?

—¿Qué ruta?

—¿Ya tienes los vuelos?

Ella respondía relajada, ilusionada, luminosa.

Con esa seguridad insultante que tienen los veintidós años cuando todavía crees que el mundo entero está diseñado para recibirte bien. Tenía esa mezcla de emoción, impaciencia y libertad que solo existe a cierta edad, cuando todavía crees que irte significa únicamente empezar cosas y no dejar otras atrás.

La miré mientras hablaba.

Gesticulaba rápido y se reía. Tenía el pelo recogido de esa manera tan particular suya y las piernas dobladas bajo la silla como cuando era pequeña.

—¿Y dónde vas primero? —preguntó Álvaro.

—Bali seguramente.

La abuela volvió a levantar la cabeza.

—¿A bailar?

Javi soltó una carcajada brutal.

—Abuela, por favor, no te vayas nunca.

Mi madre la ignoró completamente.

—¿Y allí qué hacen exactamente?

Lucía sonrió.

—Pues viajar, conocer gente, moverme por distintas islas…

Yo intentaba escucharla como una madre razonable y moderna.

De verdad.

Pero mi cerebro funcionaba así: tsunamis, volcanes, motos sin casco, selvas, hongos intestinales, sectas, aeropuertos ,drogas, serpientes.

Mi reloj vibró discretamente.: *"Frecuencia cardiaca elevada detectada."*

Lo miré indignada.

—Tú tampoco ayudas.

—¿Qué? —preguntó Álvaro.

—Nada.

Lucía seguía hablando felizmente sobre mochilas, ferris y templos mientras el resto hacía bromas.

Y yo tuve una sensación extrañísima.

Para el resto de la mesa aquello seguía siendo una comida familiar normal.

Mi madre seguía ofreciendo más croquetas como si alimentar gente fuera una responsabilidad constitucional. Javi discutía con la abuela sobre cómo usar Netflix.

Álvaro intentaba parecer relajado mientras hacía preguntas prácticas sobre vuelos y seguros médicos para fingir que no estaba igual de nervioso que yo.

Y de pronto algo horrible se me pasó por la cabeza: vi a la niña.

No a la adulta de veintidós años que tenía delante. No a la mujer que se iba sola al otro lado del mundo.

Vi a la niña de las coletas torcidas abrazada a un conejo de peluche mugriento y se metía en nuestra cama las noches de tormenta.

Y entendí algo profundamente injusto de la maternidad: da igual los años que pasen. Hay una parte de ti que nunca deja de ver a tu hijo exactamente como la primera vez que lo cogiste en brazos, aunque crezca, aunque se vaya. Aunque un día te anuncie

tranquilamente que se marcha al otro lado del mundo con una mochila y una sonrisa.

Una parte de ti sigue creyendo que tu hija tiene siete años y necesita que le pongas protector solar en la nariz.

—Mamá, ¿me estás escuchando? —preguntó Lucía riéndose.

Parpadeé.

—Sí, claro.

—Te he preguntado si me dejarías tu mochila grande.

—La buena no.

—Mamá.

—Lucía, esa mochila sobrevivió a Interrail, a un Camino de Santiago y a dos aeropuertos italianos. Ya tiene trauma suficiente.

La mesa volvió a reírse. Yo también, relájate, relájate, Marisa.

Pero notaba una presión rara justo debajo del esternón.

Mi reloj vibró discretamente. *"Respira profundamente unos minutos."*

Lo miré con resentimiento.

—No todo se arregla respirando.

—¿Qué? —preguntó Álvaro.

—Nada.

Thor eligió ese momento para levantarse y apoyar dramáticamente la cabeza sobre mis piernas buscando comida.

Le acaricié automáticamente.

—Mira, mamá —dijo Lucía enseñándome fotos en el móvil—. Esta es una de las islas donde queremos ir.

"Queremos". Ahí estaba otra vez.

Ese plural misterioso que aparecía constantemente alrededor del viaje y que nunca terminaba de concretarse del todo. Porque oficialmente Lucía iba sola, luego igual coincidía con gente, luego había una amiga, luego no, luego "ya veríamos".

Yo sospechaba que había algún chico orbitando discretamente alrededor de toda aquella aventura. Pero sinceramente no estaba preparada psicológicamente para abrir ese melón todavía.

Miré las fotos.

Playas imposibles con cabañas sobre el agua, donde aparecían selvas impenetrables y gente joven sonriendo descalza como si la

vida fuera una campaña de perfume.

—Es precioso —admití.

Lucía sonrió inmediatamente.

Y ahí estaba el problema.

Cómo no ibas a querer que alguien viviera cosas así a los veintidós años.

Cómo ibas a frenarlo.

Mi madre apareció otra vez con más comida.

—Lucía, cómete otro filete que luego en esos países os alimentan fatal.

—Abuela, voy a Indonesia, no a Mordor.

—¿Mordor? No sé dónde queda eso, hija…Yo solo digo que allí deben de comer cosas raras.

—Aquí papá desayuna kéfir y nadie llama a la policía —contestó Javi.

—El kéfir es salud intestinal —dijo Álvaro ofendido.

—El kéfir parece yeso líquido—dije yo.

La conversación derivó inmediatamente hacia alimentos fermentados y teorías digestivas masculinas, con lo cual la mesa volvió a llenarse de ruido.

Y mientras todos hablaban otra vez por encima de todos, yo miré a Lucía riéndose con su hermano y sentí algo muy concreto y muy silencioso: la vida acababa de moverse un poco hacia delante sin pedirme permiso.

El día de la partida llegó exactamente igual que llegan siempre las cosas importantes: demasiado rápido y de manera profundamente poco cinematográfica, nada de música emocionante ni amaneceres inspiradores.

A las tres y media de la mañana sonó el despertador y durante unos segundos pensé seriamente que aquello tenía que ser un error administrativo.

Mi reloj vibró inmediatamente. *"Horas de sueño insuficientes."*

—Gracias por el análisis, Sherlock.

Álvaro gruñó algo desde la almohada mientras yo me levantaba medio zombie hacia la cocina.

La casa estaba rara, demasiado despierta para aquella hora y a la vez demasiado silenciosa. Solo sueño, ojeras y café.

Lucía ya estaba preparada. Y eso me molestó muchísimo por algún motivo irracional.

A sus veintidós años era capaz de levantarse a las cuatro menos cuarto, ducharse, hacerse un moño desordenado y parecer una protagonista de anuncio de aerolínea aventurera mientras yo tenía la cara hinchada y el alma desconfigurada.

La mochila enorme esperaba junto a la puerta y verla ahí me produjo un pequeño pinchazo físico y real.

Ya no era una idea, ni una conversación, ni tan siquiera una amenaza futura.

Era una mochila en el pasillo y un vuelo a Bali.

Empecé automáticamente a hacer preguntas como si el control logístico pudiera protegerme emocionalmente.

—¿Llevas toda la documentación?

—Sí, mamá.

—¿Seguro médico?

—Sí.

—¿Los teléfonos de las embajadas guardados?

—Sí.

—¿Y apuntados en papel por si pierdes el móvil?

Lucía me miró.

—Mamá…

—¿Qué? Los móviles se pierden.

—No voy a cruzar la selva sola perseguida por narcotraficantes.

—Eso es exactamente lo que diría alguien antes de acabar perseguida por narcotraficantes.

Javi apareció arrastrándose por el pasillo con una manta encima como un refugiado climático.

—¿Ya se va la mochilera internacional?

—Cállate y ayúdame con las maletas —dijo Lucía.

Thor observaba toda la escena desde el salón completamente indignado por la actividad humana a aquellas horas. Tenía la misma cara que yo.

Álvaro salió finalmente vestido y sorprendentemente funcional para las cuatro y pico de la mañana.

—¿Todos vivos?

—Discutiblemente —contesté.

El trayecto hasta el aeropuerto fue silencioso. Madrid de madrugada tenía algo fantasmal con sus calles vacías, semáforos en ámbar y taxis solitarios atravesando avenidas enormes.

Lucía miraba el móvil mientras Javi dormía doblado sobre sí mismo detrás. Álvaro conducía.

Y yo iba mirando a mi hija de reojo intentando memorizar cosas absurdas: su forma de cruzar las piernas, el lunar pequeño junto a la mandíbula, las uñas mal pintadas.

Como si el cerebro supiera antes que yo que empezaba una etapa distinta.

Llegamos al aeropuerto a las cinco menos algo.

Todo el mundo tenía cara de estar funcionando únicamente gracias a la cafeína y la desesperación.

A nuestro alrededor, el aeropuerto desplegaba su habitual espectáculo de caos organizado. Familias que se abrazaban como si llevaran años sin verse, turistas girando sobre sí mismos mientras intentaban descifrar mapas imposibles, mochileros con expresión de haber perdido el rumbo varias terminales atrás y niños profundamente dormidos sobre maletas que parecían más cómodas que cualquier cama de hotel. Por los altavoces se sucedían avisos que nadie escuchaba del todo, las colas cambiaban de dirección sin previo aviso y cientos de personas caminaban deprisa hacia destinos diferentes con esa convicción tan aeroportuaria de que llegar dos minutos antes puede alterar el curso de la historia. Ese ecosistema extraño de Barajas antes del amanecer.

Y allí, bajo aquellas luces horribles de aeropuerto, ocurrió algo todavía más raro: de pronto ya no quedaba nada práctico que decir. Porque la mochila estaba lista y la documentación estaba revisada veinte veces. Embarque en hora.

Solo quedaba despedirse.

Y eso sí daba miedo.

Lucía dejó la mochila en el suelo un momento mientras miraba la pantalla de salidas.

—Bueno… creo que ya tengo que pasar.

Y ahí fue, el instante exacto en que el viaje dejó de ser teoría y se convirtió en una despedida real bajo luces frías de aeropuerto y olor a café recalentado.

Javi fue el primero en abrazarla.

—Tráeme algo ilegal de Indonesia —murmuró medio dormido.

Lucía soltó una risa.

—Te traeré una camiseta horrible.

—Perfecto.

Se separaron todavía sonriendo, con esa facilidad brutal que tienen los hermanos para esconder emociones importantes dentro de bromas absurdas.

Luego Lucía miró a su padre. Y vi inmediatamente cómo a él se le desmontaba algo por dentro, Álvaro siempre había llevado fatal las despedidas, pero lo disfrazaba mejor que yo.

La abrazó fuerte, mucho más fuerte de lo habitual.

—Ten cuidado —dijo.

La típica frase de padre. La frase inútil que en realidad significa: "ojalá pudiera protegerte aunque estés a doce mil kilómetros."

Lucía apoyó la cabeza un segundo en su hombro.

—Voy a estar bien.

—Ya lo sé.

Pero no lo sabía. Ningún padre sabe realmente esas cosas.

Álvaro le apartó el pelo de la cara con una sonrisa pequeña.

— Y escríbenos.

—Papá, no siempre voy a tener wifi, no esperéis noticias a diario, pero lo intentaré.

—Más te vale.

Ella asintió más seria esta vez. Y entonces me miró a mí.

Ahí ya fue imposible fingir normalidad. Porque llevaba semanas preparándome mentalmente para ese momento…y aun así sentí exactamente lo mismo que siente todo el mundo cuando llega una despedida importante: que todavía necesitabas un poco más de tiempo.

Aunque fueran diez minutos. Aunque fueran dos. Lucía abrió los brazos despacio.

Y yo me abracé a ella intentando no hacer esa cosa horrible que hacen algunas madres de llorar antes de tiempo y convertir un aeropuerto en un drama de sobremesa.

Pero en cuanto noté su cuerpo pegado al mío, me rompí un poco igualmente.

Olía todavía a su colonia, a crema hidratante. A mi hija.

La niña de las coletas torcidas. La adolescente imposible. La mujer que ahora se iba sola al otro lado del mundo.

Todo mezclado en la misma persona.

—Mamá… —susurró riéndose un poco porque notó que estaba aguantándome.

—No estoy llorando.

—Ya.

—Solo tengo sueño y problemas de hidratación.

Ella se rio abrazándome todavía más fuerte.

Y entonces me salió solo: disfrútalo muchísimo.

Lo dije contra su pelo. Y mientras lo decía entendí algo importante: que querer a un hijo también consiste en aprender a dejarle ir aunque una parte de ti quiera encerrarlo otra vez en casa para siempre.

Lucía se separó despacio. Tenía los ojos brillantes también.

—Voy a volver enseguida.

Yo sonreí. Las madres aprendemos muy pronto a fingir que creemos ese tipo de cosas.

El altavoz anunció otra vez el embarque. Ya no había más tiempo.

Lucía se colgó la mochila, cogió el pasaporte y empezó a caminar hacia el control de seguridad.

A mitad de camino se giró. Nos levantó la mano sonriendo.

Y durante un segundo volvió a tener exactamente siete años otra vez.

Después desapareció entre la gente.

Y el aeropuerto siguió funcionando como si no acabara de llevarse una parte entera de nuestra vida hacia el otro lado del

mundo.

La vuelta a casa fue mucho más silenciosa.

De esos silencios espesos que no resultan incómodos porque todo el mundo entiende perfectamente lo que está pasando.

Javi se quedó dormido otra vez casi inmediatamente, doblado en el asiento de atrás con la sudadera tapándole media cara y la capacidad insultante de los veinteañeros para dormir en cualquier circunstancia.

Madrid empezaba apenas a despertarse. El cielo clareaba despacio sobre las carreteras vacías y algunos coches empezaban ya a llenar los accesos de la ciudad.

Yo iba mirando por la ventanilla con el corazón encogido de una forma completamente física, como si me hubieran quitado algo del pecho y el cuerpo todavía no supiera recolocarse.

Álvaro conducía con una mano en el volante y la otra apoyada cerca de la mía.

—Va a estar bien —dijo suavemente.

Asentí.

Porque claro que iba a estar bien.

Lucía era lista, responsable. Valiente. Precisamente ese era el problema.

Que ya no me necesitaba para casi nada importante.

Y una parte de la maternidad consiste en asumir elegantemente tu propia pérdida de protagonismo, lo cual es dificilísimo y nadie te prepara para ello.

Mi reloj vibró.*"Estrés emocional detectado. Prueba con una respiración guiada."*

Lo miré con absoluto desprecio.

—Te juro que como vuelvas a hablarme de respirar te tiro por la M-30.

Álvaro soltó una risa cansada.

—El reloj tiene miedo de ti.

—El reloj se conoce al dedillo mi contexto emocional, el muy cabrón.

Cuando llegamos a casa, Thor vino a recibirnos todavía medio dormido, moviendo la cola lentamente como un funcionario amable

pero poco motivado.

Miró alrededor esperando encontrar a Lucía detrás de nosotros.

Y cuando entendió que no estaba, se quedó quieto un segundo antes de volver lentamente a su colchón.

—Hasta el perro está triste —murmuré.

La casa se sentía distinta. Eso fue lo peor, porque no era que estuviera más vacía exactamente. Pero sí desplazada.

Como si algo importante hubiera cambiado ligeramente de sitio mientras nosotros no mirábamos.

Javi desapareció directamente hacia su habitación sin quitarse siquiera las zapatillas.

Álvaro fue a ducharse.

Y yo me quedé sola en la cocina.

Preparé otro café automáticamente aunque ya llevaba demasiados en el cuerpo para seguir siendo legal.

La cafetera empezó a sonar mientras amanecía del todo al otro lado de la ventana.

Y entonces pasó.

No hubo música de fondo, ni frases brillantes dignas de una película, ni siquiera una advertencia razonable por parte del universo. Sucedió de repente, con la misma naturalidad con la que se estropea un electrodoméstico o te llega un mensaje capaz de arruinarte la tarde. Me derrumbé.

Apoyé las manos sobre la encimera y empecé a llorar de verdad, a lágrima viva. En silencio al principio. Luego ya no tanto.

Lloré por Lucía, por el tiempo y por esa velocidad absurda con la que transcurren los años mientras una está ocupada resolviendo cosas que parecen urgentes. Lloré al comprender que la niña que durante tanto tiempo había necesitado ayuda para todo se había ido alejando poco a poco, casi sin hacer ruido, hasta convertirse en la mujer que acabábamos de dejar en Barajas. Y quizá lo más desconcertante era que no sabía decir exactamente cuándo había ocurrido. No recordaba el momento preciso en que dejó de ser una niña y empezó a construir su propia vida. Solo sabía que había sucedido, igual que sucede el verano o aparecen las primeras canas:

de forma tan gradual que apenas lo percibes hasta que un día ya no hay vuelta atrás.

Y también —aunque eso tardé más en admitirlo— porque aquella despedida había movido algo dentro de mí mucho más grande.

La sensación brutal de que la vida seguía avanzando aunque una parte de ti quisiera quedarse quieta un rato más.

Mi reloj vibró otra vez. *"Frecuencia cardiaca elevada detectada."*

Solté una risa absurda entre lágrimas.

—No me digas.

Y lo peor era que dentro de menos de una hora tenía que vestirme, maquillarme y fingir funcionalidad emocional en la oficina.

Pero curiosamente eso también me aliviaba un poco.

Porque trabajar significaba correos, reuniones, campañas y clientes insufribles. Cosas concretas, solucionables.

Mucho más fáciles de manejar que esa sensación inmensa y silenciosa de haber dejado ir a alguien que todavía sentías un poco dentro de casa.

Capítulo 20: Todo sigue

Llegué a la oficina más seria de lo normal. Y eso, en *Wild*, equivalía prácticamente a llevar un cartel luminoso encima de la cabeza.

Porque allí todos vivíamos permanentemente entre el sarcasmo, la cafeína y la neurosis funcional.

Cuando entré, Nico levantó la vista del ordenador.

—Uy.

—¿Qué? —pregunté dejando el bolso.

—Cara de "he llorado escuchando una canción absurda en el coche".

—Todavía no he llegado a esa fase.

—Entonces es grave.

Intenté sonreír, pero no me salió demasiado bien. La verdad es que me sentía extrañamente vacía.

Como si hubiera dormido poco, llorado demasiado y dejado una parte importante de mí facturada rumbo a Bali.

Mi reloj vibró. *"Nivel de energía bajo."*

—Tú hoy tampoco ayudas.

—¿Le estás hablando otra vez al reloj? —preguntó Claudia desde el fondo.

—Tenemos una relación complicada.

Eva apareció entonces saliendo de su despacho con un café en la mano.

Y en cuanto me vio, supo inmediatamente que algo iba regular.

Eso era lo peor de las amigas de verdad: te leen la cara antes incluso de que tú entiendas qué te pasa.

No preguntó nada delante de nadie.

Simplemente se acercó, me cogió suavemente del brazo y dijo:

—Ven.

Y me llevó literalmente de la mano hasta su despacho.

Cerró la puerta detrás de nosotras y se quedó mirándome durante un par de segundos. No hizo preguntas ni intentó buscar las

palabras adecuadas. Simplemente abrió los brazos, y eso fue suficiente.

Sentí cómo toda la entereza que había logrado mantener desde Barajas se deshacía de golpe. No fue una reacción escandalosa ni especialmente dramática; al contrario, llegó de esa forma callada y profunda con la que suelen romperse las cosas importantes. Porque hay lágrimas que nacen de la tristeza y otras que aparecen cuando ya no queda energía para seguir fingiendo que estás bien. Y aquellas pertenecían claramente a la segunda categoría.

De esa manera silenciosa y cansada que tienen las personas que llevan demasiadas horas intentando sostenerse. Eva me abrazó fuerte mientras yo escondía la cara un momento en su hombro. Y me sorprendió muchísimo lo reconfortante que resultó aquello.

Porque a cierta edad una ya no espera que alguien la consuele físicamente.

Se supone que somos adultas funcionales, mujeres resolutivas. Madres. Directoras.
Gente que organiza cenas y responde correos y sabe dónde están las pólizas del seguro.

Pero de pronto allí estaba yo: llorando en el despacho de mi amiga un martes por la mañana porque mi hija se había ido al otro lado del mundo.

Eva me acarició el pelo suavemente.

—Ay, Marisa…

—Estoy haciendo un ridículo tremendo.

—No. Estás siendo madre.

Eso me hizo llorar todavía un poco más.

Ella esperó, sin prisa. Como hacen las personas que saben acompañar bien.

Cuando conseguí recomponerme mínimamente, me pasó un pañuelo y se sentó enfrente con el café entre las manos.

—Escúchame una cosa —dijo—. Lo que está haciendo Lucía es maravilloso.

Yo suspiré secándome la cara.

—Ya lo sé.

—No, pero escúchame de verdad. Tú sabes la cantidad de gente que llega a los cuarenta arrepentida de no haberse atrevido nunca a vivir cosas así.

Miré la mesa intentando no volver a llorar.

—Va a aprender muchísimo. Y va a volver distinta.

Ahí levanté la vista inmediatamente.

—Eso no me tranquiliza nada.

Eva sonrió con muchísima ternura.

—Porque las madres queréis que los hijos crezcan… pero tampoco demasiado.

Me quedé callada. Porque tenía razón.

Y porque quizá ese era el verdadero problema: que una parte de mí seguía esperando encontrar a Lucía sentada en la cocina al volver a casa aunque supiera perfectamente que ya no estaba allí.

Fuera del despacho se escuchaba la oficina funcionando otra vez: conversaciones, teclados, risas, alguien peleándose con la impresora. Todo seguía.

Y quizá eso era precisamente lo más extraño de los cambios importantes: que el mundo no se detenía ni un segundo para darte tiempo a entenderlos.

Ese día no quise comer con nadie. Ni menú rápido, ni conversaciones de oficina y mucho menos escuchar a Nico quejarse de clientes mientras intentábamos decidir entre poke o comida tailandesa.

Necesitaba aire. O quizá necesitaba exactamente lo contrario: vaciarme un rato.

Nuestra agencia estaba muy cerca de Parque de El Retiro y, por primera vez en muchísimo tiempo, entendí perfectamente por qué la gente pasea sola por los parques entre semana. Porque hay momentos en los que uno necesita literalmente retirarse del mundo un rato.

Así que salí andando sin rumbo fijo.

Madrid tenía ya esa luz rara de principios de septiembre donde el verano empieza a rendirse lentamente aunque siga haciendo calor al sol.

Los árboles del Retiro todavía estaban verdes, pero el aire había cambiado ligeramente. Más suave y cansado.

La gente paseaba despacio, todo un ecosistema compuesto de turistas, jubilados,
madres con carritos o gente haciendo deporte con una energía que me resultaba ofensiva emocionalmente.

Mi reloj vibró: *"Sería un buen momento para caminar unos minutos."*

—Gracias, ahora eres coach espiritual.

Metí las manos en los bolsillos y seguí caminando por los bulevares amplios sin pensar demasiado hacia dónde iba. Y eso era exactamente lo que necesitaba: no pensar.

Durante unos minutos aparqué las preocupaciones. Las reales y las imaginarias. Dejé de proyectar catástrofes improbables, de calcular riesgos y de visualizar a Lucía atravesando medio planeta mientras yo intentaba acompañarla mentalmente desde el sofá de casa. Si había llegado al hostal, si estaba comiendo bien o si se había perdido tres veces antes de encontrar el camino correcto eran asuntos que, por primera vez, tendrían que resolverse sin mi intervención. Por una vez, decidí concederle el beneficio de la duda al universo.

Pasé junto al estanque grande viendo las barcas moverse lentamente sobre el agua y me senté un rato bajo unos árboles enormes donde varias personas leían completamente solas. Y me gustó esa imagen de adultos descansando de sí mismos durante un rato.

Saqué el móvil por pura inercia y la pantalla me devolvió dos correos, tres mensajes de trabajo, un mensaje de Álvaro preguntando si estaba mejor. Y una foto de Lucía desde Doha sonriendo delante de una puerta de embarque con cara de absoluta felicidad.

Debajo había escrito: "Sigo viva 💔 "

Eso me hizo sonreír por primera vez en todo el día. Apoyé la cabeza hacia atrás cerrando los ojos unos segundos. A lo lejos

alguien tocaba música y los árboles se movían apenas con el viento. Madrid seguía funcionando alrededor como siempre.

Y poco a poco sentí que aquella angustia inmensa de la mañana empezaba a transformarse en otra cosa más soportable, no lo llamaría tranquilidad exactamente.

Pero sí algo parecido a aceptar que los hijos no son realmente tuyos para siempre.

Solo los acompañas un tramo.

Capítulo 21: Cuando te paran

El mensaje de Bea llegó un jueves por la noche, poco después de las once, cuando yo ya estaba en el sofá intentando convencerme de que ver vídeos absurdos de organización de armarios en Instagram era una actividad legítimamente relajante y no una forma sofisticada de perder el tiempo.

Thor dormía a mis pies ocupando más espacio emocional del razonable para un perro y Álvaro veía la televisión, o mejor dicho, la televisión le veía a él porque llevaba 10 minutos dormido con las gafas torcidas.

El móvil vibró.

Era Bea.

Y ya solo eso me llamó la atención, porque Bea nunca escribía a esas horas salvo para compartir alguna noticia económica catastrófica o burlarse de alguien que había descubierto el "coaching financiero emocional" en LinkedIn.

Pero esta vez el mensaje era distinto, breve, seco y hasta casi extraño, porque Bea no era de la que propone planes, sino de las que se acopla a ellos.

"¿Brunch el sábado? Necesito contaros una cosa."

Me incorporé un poco.

En menos de un minuto el grupo empezó a llenarse de respuestas.

Lucía fue la primera, como siempre.: "¿Has cometido un crimen?"

Pilar respondió inmediatamente: "Si es grave prefiero saberlo con café."

Rosa directamente escribió: "Me estás asustando."

Y la verdad es que a mí también me asustó un poco.

Porque Bea no era una persona dada al dramatismo. Era probablemente la más estable de todas nosotras. La más analítica, la más racional. La clase de mujer que parecía tener siempre un plan B incluso para las catástrofes.

Por eso, cuando alguien así dice "necesito contaros una cosa", una sabe inmediatamente que no va a hablar de una reforma en el baño.

Quedamos en un local nuevo cerca del Retiro, uno de esos sitios modernos donde el café cuesta lo mismo que una comida completa en 2003 y todos los platos parecen diseñados para ser fotografiados antes de comidos.

Nada más entrar olía a pan recién hecho, café caro y gente con tiempo para hacer pilates entre semana.

Pilar ya estaba allí, por supuesto.

Pilar siempre llegaba pronto a cualquier sitio donde existiera remotamente la posibilidad de ser observada por hombres interesantes.

Llevaba unas gafas enormes, un vestido ajustado color arena y ese aspecto de mujer recién divorciada que se ha prometido a sí misma no volver a envejecer jamás aunque tenga que pelearse físicamente con el paso del tiempo.

—He tenido que aparcar a tomar por culo —anunció nada más verme—. Madrid está imposible.

—Buenos días para ti también.

Nos besamos y me senté frente a ella mientras observaba el local.

Todo estaba lleno de mujeres perfectas desayunando aguacate con serenidad emocional.

—¿Te has fijado en que ya nadie desayuna tostadas normales? —preguntó Pilar mirando la carta—. Ahora todo lleva semillas, cúrcuma o semillas de amapola.

Me reí justo cuando apareció Rosa entrando apresurada con el bolso colgado del hombro y esa energía permanente de madre multitarea que ni siquiera el fin de semana consigue apagar del todo.

Rosa tenía algo profundamente entrañable: incluso impecablemente peinada parecía una mujer que acababa de dejar una lavadora puesta.

—Perdón, perdón —dijo sentándose—. Sergio no encontraba una camiseta y he salido tarde.

Pilar levantó una ceja.

—Tus hijos ya van a la universidad y tú sigues viviendo como si tuvieran cinco años.

—Porque mentalmente los hombres nunca evolucionan del todo —contestó Rosa pidiendo un café.

Lucía llegó después con diez minutos de retraso, despeinada, guapísima y con un pañuelo enorme en el pelo que solo ella podía llevar sin parecer una tarotista alternativa.

Traía la expresión habitual de quien duerme regular y siente demasiado.

La relación con Andrés seguía orbitando alrededor de su vida como un satélite tóxico imposible de destruir del todo. Hacía dos años que lo habían dejado oficialmente y, sin embargo, seguían reapareciendo periódicamente el uno en la vida del otro con la precisión emocional de una enfermedad crónica.

Nos estábamos poniendo al día cuando vi a Bea entrar por el ventanal.

Y algo dentro de mí se tensó inmediatamente.

Porque venía impecable. Demasiado impecable: camisa blanca perfectamente planchada, vaqueros oscuros, pendientes discretos, maquillaje suave. Todo en ella transmitía control. Pero caminaba rígida, como alguien que lleva demasiadas horas sosteniéndose para no desmoronarse delante de otros.

Nos abrazó una a una y se sentó sin quitarse todavía las gafas de sol.

Y entonces noté algo rarísimo.

Bea no llevaba su Tablet, ni móvil pegado a la mano respondiendo correos compulsivamente, incluso los fines de semana.

Nada.

Aquello era como ver a un cirujano aparecer sin manos.

La camarera llegó con cafés, zumos prensados en frío y platos visualmente preciosos pero sospechosamente pequeños.

Pilar observó su tostada con hummus morado y semillas negras.

—Esto parece una enfermedad dermatológica.

Bea soltó una risa breve, automática, pero que no le llegó a los ojos.

Durante unos minutos hablamos de cosas normales. Del calor. De septiembre. Del atasco eterno de la Castellana. Lucía contó algo sobre una exposición absurda a la que Andrés la había invitado "solo como amigos", frase que todas recibimos con la misma incredulidad silenciosa.

Y entonces Rosa dejó la taza en el plato y preguntó suavemente:

—Bueno… ¿qué pasa?

Bea se quedó quieta. Miró el café. Luego a nosotras.

Y por primera vez desde que la conocía, pareció no encontrar inmediatamente las palabras correctas. Cuando habló, su voz sonó extrañamente calmada.

—Me han despedido.

El ruido del local siguió igual alrededor, cubiertos, cafeteras, gente riéndose, vajilla chocando.

Pero en nuestra mesa el aire cambió completamente.

Lucía fue la primera en reaccionar.

—¿Cómo que te han despedido?

Bea apoyó ambas manos alrededor de la taza caliente, como si necesitara sujetarse a algo físico.

—Pues eso. El martes. Reestructuración interna. Optimización de equipos. Nuevos perfiles estratégicos… ya sabéis. El bingo completo de palabras corporativas para decirte que estorbas elegantemente.

—Pero si llevabas media vida allí —dijo Rosa completamente escandalizada.

—Diecinueve años —corrigió Bea automáticamente.

Y aquello me rompió un poco el corazón.

Porque solo alguien profundamente herido sigue afinando todavía los detalles exactos.

Pilar negó con la cabeza.

—No me lo puedo creer.

—Yo tampoco podía —dijo Bea sonriendo apenas—. Hasta que Recursos Humanos me ofreció agua mineral y empezó a hablarme de "nuevas dinámicas de mercado".

Hizo una pausa breve antes de añadir:

—Lo fascinante es que hace dos meses yo estaba entrevistando chavales de treinta años para mi equipo… y ahora resulta que el

perfil obsoleto era yo.

La reacción fue inmediata. Todas empezamos a hablar a la vez.

—Pero ¿cómo que despedida?

—¿De repente?

—¿Sin avisar?

—¿Y tu equipo?

—¿Y qué pasa con tus clientes?

—¿Pero qué explicación te dieron exactamente?

Bea intentó sonreír mientras removía el café aunque ya no le quedaba azúcar por disolver.

—No lo sé muy bien.

Y aquello sonó todavía peor. Porque Bea siempre sabía las cosas muy bien.

Era de esas personas capaces de explicarte una crisis bancaria internacional usando servilletas y dos aceitunas. La más clara, la más estructurada, la que ordenaba el caos ajeno mientras el suyo rara vez se veía. Pero esta vez parecía sinceramente desorientada.

O quizá no.

Quizá lo había entendido perfectamente y precisamente por eso no quería verbalizarlo.

Lucía fue la más directa.

—Pero algo te dirían.

Bea apoyó la cucharilla en el plato lentamente.

—Sí, claro. Me dijeron muchísimas cosas.

Y entonces empezó a enumerarlas con una calma peligrosísima.

—Que la empresa está entrando en una nueva etapa. Que buscan perfiles más dinámicos. Más adaptables al nuevo ecosistema digital. Más alineados con las nuevas formas de liderazgo transversal…

Pilar soltó una carcajada seca.

—O sea, jovenzuelos con sudaderas y ansiedad funcional.

Bea sonrió apenas.

—Básicamente.

Rosa seguía escandalizada.

—Pero si tú eras buenísima en tu trabajo.

—Lo era.

La forma tranquila en que dijo aquello nos dejó calladas un segundo.

Porque no sonó arrogante.

Sonó triste.

Muy triste.

Bea bebió un poco de café antes de continuar.

—La reunión fue surrealista. Había dos personas de Recursos Humanos sonriendo como si fueran a entregarme un premio y un chico de treinta años explicándome "la visión de futuro de la compañía".

—¿Treinta? —preguntó Pilar indignada.

—Treinta recién estrenados y zapatillas blancas de esas que parecen diseñadas por inteligencia artificial.

—Y mientras hablaba, tuve una sensación rarísima.

—¿Cuál? —pregunté.

Se quedó pensativa unos segundos.

—Que ya habían decidido quién era yo antes incluso de sentarme allí.

Nuestra mesa parecía aislada dentro de una especie de burbuja silenciosa en el caos del restaurante.

—No me dijeron "eres mayor", claro —continuó Bea—. Nadie dice ya esas cosas. Ahora usan palabras mucho más elegantes.

Hizo una pausa breve.

—Pero lo entendí igualmente.

Nadie habló.

Y entonces ella levantó la vista hacia nosotras con una sonrisa pequeña, completamente agotada.

—Obsolescencia.

La palabra se quedó flotando encima de la mesa como humo.

Obsolescencia.

Como si fuera una impresora, un teléfono o un electrodoméstico.

No una mujer brillante de cuarenta y nueve años que llevaba media vida levantándose antes de las siete para sostener reuniones, equipos, hipotecas y una existencia entera funcionando.

Rosa negó con la cabeza inmediatamente.

—No puedes hablar así de ti.

—¿Y cómo hablo entonces? —preguntó Bea con una lucidez brutal—. Porque esa es exactamente la sensación. Que un día eres útil y al siguiente alguien decide que ocupas demasiado espacio para lo que produces.

Pilar dejó el tenedor despacio.

Por primera vez desde que habíamos llegado parecía sinceramente afectada.

—Qué hijos de puta.

Bea soltó una risa breve.

—No, Pilar. Ese es el problema. Ni siquiera fueron desagradables. Fueron amabilísimos. Me dieron las gracias siete veces. Me hablaron de mi talento, de mi trayectoria, de lo mucho que había aportado…

Se quedó callada un momento.

—Y luego me enseñaron la puerta como quien retira una lámpara antigua que ya no combina con el salón nuevo.

Naturalmente empezamos todas a intentar arreglarlo.

Es una reacción muy femenina, supongo.

Cuando una amiga se rompe un poco delante de ti, lo primero que haces es intentar reconstruirla deprisa con frases optimistas y posibilidades futuras, aunque todavía esté sangrando emocionalmente encima de la mesa.

—Pero Bea, tú encuentras trabajo donde quieras.

—Tienes una agenda de contactos brutal.

—Te van a fichar enseguida.

—Eres buenísima.

—Además ahora los perfiles senior están súper valorados…

En cuanto Pilar dijo aquello, incluso ella misma puso cara de no creérselo demasiado.

Bea sonrió por primera vez con algo parecido a sinceridad. Nos miró unos segundos antes de negar lentamente con la cabeza.

—No, chicas. De verdad que no va por ahí.

Había algo distinto en su voz ahora. Más tranquila, como si después del golpe inicial hubiera empezado ya a pensar en voz alta por primera vez.

Se quitó las gafas y las dejó encima de la mesa mientras jugueteaba distraídamente con la taza.

—Estoy perdida —admitió finalmente—. Y sinceramente… creo que llevaba mucho tiempo perdida sin querer verlo.

Nadie interrumpió.

Porque aquella frase ya no hablaba solo del despido.

Hablaba de algo mucho más grande.

—El otro día, volviendo a casa después de la reunión, pensé una cosa horrible —continuó—. Que llevaba años funcionando en automático.

Lucía la miraba atentamente.

Pilar había dejado incluso de mirar alrededor por si aparecía algún hombre atractivo, lo cual en ella equivalía a concentración máxima.

Bea suspiró.

—Yo también me había dado cuenta de que estaba desactualizada.

Rosa abrió la boca inmediatamente.

—Pero qué dices…

—No, escucha. No desactualizada técnicamente. Eso se aprende. Me refiero a otra cosa.

Se quedó buscando las palabras adecuadas.

—El mundo ha cambiado muchísimo y yo seguía viviendo exactamente igual que hace quince años. Los mismos horarios. Las mismas reuniones. Las mismas dinámicas absurdas. Entraba al banco antes de las ocho y salía cuando ya era de noche… ¿para qué?

Nadie contestó.

Porque todas conocíamos perfectamente esa vida.

La vida de ir sobreviviendo semanas enteras sin preguntarte demasiado si todavía te gusta cómo vives.

—Y luego me di cuenta de otra cosa todavía peor —dijo sonriendo apenas—. Que si no me hubieran echado yo jamás habría tenido el valor de parar.

La palabra quedó ahí: parar.

Casi sonaba revolucionaria.

Bea bebió un poco de agua antes de continuar.

—Tengo cuarenta y nueve años. Estoy sola. No tengo hijos. La casa está pagada. No tengo a nadie dependiendo económicamente de mí… visto fríamente, tampoco es una tragedia.

—Bueno, emocionalmente sí lo es —murmuró Lucía.

Bea asintió.

—Sí. Claro. El ego lo tengo completamente destrozado.

Eso nos hizo reír un poco a todas y el aire se alivió apenas unos centímetros.

—Pero económicamente puedo respirar una temporada —continuó—. Entre la indemnización y los ahorros puedo pensar qué quiero hacer realmente con mi vida sin volver corriendo a meterme en otro despacho igual.

Pilar apoyó los codos en la mesa.

—¿Y qué quieres hacer?

Y entonces ocurrió algo muy bonito.

Porque Bea, por primera vez desde que la conocíamos, no tenía una respuesta preparada.

Se quedó mirando hacia el ventanal del restaurante, donde la gente paseaba bajo los árboles de septiembre con bolsas, cafés y vidas ajenas.

Y sonrió muy despacio.

—No tengo ni idea – y lo dijo con una sonrisa.

La frase no sonó aterradora.

Sonó libre.

—Lo único que sé —añadió— es que no quiero volver a un banco. No quiero volver a esos horarios, a esas reuniones, a vivir pegada al móvil y a sentir que siempre llego tarde a mi propia vida.

El silencio esta vez fue distinto, cálido, comprensivo.

Bea se encogió ligeramente de hombros.

—Supongo que ahora me toca recuperarla.

Y entonces, sin planearlo, empezamos a aplaudir.

Primero Lucía. Luego Pilar. Después todas.

Un aplauso pequeño y absurdo en mitad de un brunch lleno de gente perfectamente desconocida. Pero completamente sincero, porque en el fondo todas entendimos lo mismo en ese momento: que quizá lo verdaderamente valiente no era aguantar eternamente.

Quizá lo verdaderamente difícil era atreverse a parar antes de desaparecer dentro de una vida que ya no reconocías del todo.

Y algo cambió en la mesa después de aquello, como si al verbalizarlo, al admitir en voz alta que estaba perdida y que quizá eso no era necesariamente una tragedia, Bea hubiera aflojado por fin una tensión que llevaba años sujetando sin darse cuenta.

Fue Lucía la primera en lanzarse.

—Tía, entonces ahora tienes que hacer cosas.

Bea arqueó una ceja.

—¿Cosas?

—Sí, cosas de persona en crisis elegante. Viajar sola. Irte a sitios remotos. Encontrarte a ti misma en un bosque escandinavo.

Pilar empezó inmediatamente a animarse.

—¡Exacto! Tienes que irte a Islandia a ver auroras boreales.

—Porque claramente no hay suficientes señoras deprimidas congelándose en silencio por el mundo —contestó Bea.

—No, escucha —insistió Pilar ya completamente entregada al concepto—. Imagínate: tú, un jersey gordito, una cabaña de madera, vino tinto, nieve…

—Y un vikingo disponible —añadió Lucía.

Eso ya nos hizo reír.

Rosa levantó un dedo como una profesora de primaria.

—Yo creo que deberías hacer el Camino de Santiago.

Bea la miró horrorizada.

—Rosa, cariño, me han despedido, no me ha visitado la Virgen.

—Pues yo conozco gente a la que le cambió la vida.

—Y los pies. Porque acabaron sin uñas.

Pilar seguía inspiradísima.

—O mejor todavía: retiro espiritual en Bali.

—No puedo con vosotras —murmuró Bea riéndose ya de verdad.

—Con masaje, yoga y un australiano divorciado llamado Craig —añadió Lucía.

—Los australianos divorciados siempre se llaman Craig —dije.

—O Scott —apuntó Pilar.

Rosa, que intentaba sinceramente ayudar, empezó a ponerse nerviosa viendo que el brainstorming degeneraba.

—A ver, en serio. Algo bonito. Algo que siempre hayas querido hacer.

Bea se quedó pensativa un segundo.

Lucía se inclinó hacia delante emocionada.

—¡Aprende cerámica!

—¿Por qué las crisis femeninas siempre acaban en cerámica? —pregunté.

—Porque aparentemente todas queremos fabricar cuencos cuando tocamos fondo emocionalmente —contestó Pilar.

Ya estábamos todas llorando de risa, incluida Bea, lo cual fue un alivio enorme.

Porque por primera vez desde que había llegado parecía respirar con normalidad.

—O espera —dijo Lucía de pronto iluminándose—. ¡Hazte instructora de buceo!

—Lucía, Bea tarda tres días en contestar un WhatsApp. No la veo viviendo en Maldivas enseñando a alemanes a respirar bajo el agua.

—Pues una amiga de mi prima dejó Deloitte y ahora tiene alpacas en Galicia —dijo Rosa completamente seria.

La mesa entera se quedó callada un segundo.

—¿Perdón? —preguntó Pilar.

—Tiene alpacas.

—¿Pero cómo aparece una alpaca en una conversación financiera?

Rosa empezó a reírse ya ella también.

—Pues oye, parece feliz.

—Claro. Comparativamente una alpaca probablemente da menos problemas que un comité ejecutivo —dijo Bea.

Pilar golpeó la mesa emocionada.

—¡YA LO TENGO! Bea, abre una librería-café para mujeres divorciadas emocionalmente sofisticadas.

—¿Y qué venderíamos exactamente? —preguntó Bea.

—Vino, libros y odio elegante hacia los hombres.

Lucía añadió:

—Y velas que huelan a trauma superado.

La camarera nos miraba desde lejos probablemente convencida de que llevábamos alcohol en el café. Y en medio de todo aquello, entre ideas absurdas, alpacas gallegas, vikingos emocionales y cerámica terapéutica, Bea empezó a reírse de verdad.

Con lágrimas en los ojos y el maquillaje ligeramente corrido, todas entendimos que estaba todavía un poco rota, pero ya no estaba sola dentro de la caída.

La incertidumbre seguía sentada a su lado, solo que ahora había vino, amigas y carcajadas alrededor. Quizá su vida seguía patas arriba, pero por primera vez desde que había llegado, Bea parecía capaz de imaginar que eso no tenía por qué ser necesariamente el final de algo.

Capítulo 22: Todo aparece

Ana me llamó un martes por la tarde mientras yo estaba en el supermercado intentando decidir si comprar aguacates era todavía un gesto saludable o directamente una inversión financiera de alto riesgo. Su nombre apareció en la pantalla y en cuanto descolgué supe inmediatamente que algo iba mal. No porque llorara, sino precisamente porque no lo hacía. Su voz sonaba rara y vacía, como si estuviera hablando desde muy lejos.

—Marisa… ¿podemos vernos en un rato?

Dejé el carrito quieto junto a los yogures.

—¿Qué ha pasado?

Hubo un silencio breve al otro lado.

Luego dijo:

—Javier se ha ido de casa.

Sentí literalmente un pequeño vuelco físico en el estómago.

Alrededor de mí la gente seguía comparando tomates y empujando carros como si el mundo no acabara de desplazarse ligeramente de sitio.

—¿Qué?

Ana soltó aire despacio.

—Por favor… ¿puedes venir?

Quedamos en una cafetería pequeña cerca de la urbanización, una de esas donde sirven cafés enormes y gente recién divorciada mira el móvil durante horas fingiendo que trabaja. Cuando llegué, Ana ya estaba allí y tuve una sensación horrible al verla.

Porque no parecía una mujer abandonada. Parecía una mujer agotada.

Tenía el pelo recogido deprisa, la cara completamente lavada y esa expresión extraña de quien todavía no ha terminado de procesar la dimensión real de lo que acaba de pasar.

Había una taza delante de ella completamente intacta.

Se levantó para abrazarme y al hacerlo noté que estaba helada.

—¿Qué ha pasado? —pregunté sentándome enfrente.

Ana se quedó mirando la mesa unos segundos.

Y luego dijo algo que me partió el alma inmediatamente:

—Creo que Javier ya no está enamorado de mí.

No supe qué contestar.

Porque hay frases que llegan demasiado desnudas para responderlas deprisa.

La camarera pasó junto a nosotras y Ana esperó a que se alejara antes de seguir hablando.

—Bueno… no. Sí lo sé. Ya no lo está.

Y entonces empezó a contármelo, sin dramas, sin películas raras.

Peor.

Con esa calma rarísima de la gente que todavía sigue en shock.

—Fue el domingo por la noche —dijo—. Estábamos en la cama. Él se fue a la ducha y dejó el móvil en la mesilla.

Noté inmediatamente cómo algo dentro de mí se tensaba.

Ana seguía hablando mirando fijamente el café.

—Y empezó a sonar. Una vez. Luego otra. Y otra.

Hizo una pequeña pausa.

—¿Sabes esos mensajes que manda la gente ahora? Los adolescentes, quiero decir. Que para decir una frase mandan cinco WhatsApps distintos seguidos.

Asentí lentamente.

—Pues así.

La imaginé perfectamente: la habitación a oscuras, el agua de la ducha al fondo y la pantalla iluminándose una y otra vez sobre la mesilla.

Ana se humedeció los labios antes de continuar.

—Javier nunca ha tenido contraseña en el móvil.

Eso me produjo un escalofrío extraño. Porque claro, la gente confiada nunca pone contraseña. La gente que cree que controla perfectamente una mentira suele relajarse demasiado dentro de ella.

Ana soltó una risa pequeña y rota.

—Ni siquiera pensé mal al principio. Cogí el móvil simplemente para silenciarlo.

La miré en silencio.

—Y entonces vi el nombre.

—¿Quién era?

Ana tragó saliva.

—Solo ponía "S".

Ahí sentí el primer golpe real de miedo, pequeño pero clarísimo.

Ella todavía no había levantado la vista.

—Y los mensajes…

La voz empezó a quebrársele apenas.

Muy poco.

—Los mensajes no dejaban lugar a dudas, Marisa.

Noté cómo se me secaba la boca.

Ana sacó el móvil lentamente del bolso.

—No hice fotos —dijo inmediatamente—. Ni capturas. No pensé. Solo… me quedé mirando.

Abrió WhatsApp con manos temblorosas.

—Pero me acuerdo perfectamente.

Y entonces empezó a leerlos de memoria.

"¿Has hablado con ella ya?"

Otro.

"No podemos seguir así."

Otro.

"Cuando se lo vas a decir?"

Y otro más.

"No quiero esconderme toda la vida."

El ruido de la cafetería desapareció completamente alrededor de mí.

Porque de pronto todo aquello que llevaba meses flotando alrededor del grupo —las miradas, los silencios, la tensión rara entre Javier y Sofía— empezó a ordenarse dentro de mi cabeza de una manera aterradora.

Pero todavía no podía decirlo, porque ni yo misma quería creerlo del todo.

Ana levantó por fin la vista hacia mí.

Y ahí sí vi el dolor real, crudo y humillante

—Veinte años, Marisa.

Sentí un nudo brutal en el pecho.

—Veinte años… y me entero así. Por un puto WhatsApp.

Ana se quedó mirando la espuma ya deshecha del café como si todavía siguiera viendo los mensajes allí escritos.

Luego suspiró lentamente.

—Pero en realidad… creo que llevaba semanas sabiéndolo.

La miré sin decir nada.

—O no sabiéndolo exactamente —corrigió—. Más bien notando que algo estaba mal.

Afuera, la tarde empezaba a apagarse detrás de los edificios de la urbanización. La cafetería seguía llena de conversaciones normales, cucharillas chocando contra porcelana y gente completamente ajena al hecho de que el matrimonio perfecto acababa de romperse dos mesas más allá.

Ana apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Este verano Javier estaba distinto.

La frase sonó extrañamente íntima.

Mucho más dolorosa que los mensajes incluso.

Porque ahí ya no hablaba de una aventura. Hablaba de una pérdida.

—Y no distinto en plan raro o distante solamente —continuó—. Distinto conmigo.

Noté cómo empezaba a costarle verbalizarlo.

—En verano… no sé. Ya sabes cómo es agosto. Los niños más relajados, más tiempo juntos, más noches tranquillas… uno intenta reconectar un poco.

Asentí despacio.

Ana soltó una risa mínima, completamente triste.

—Pues Javier no me tocó una sola vez en todo el verano.

Aquello me golpeó más de lo que esperaba. Porque sí conocíamos a Javier.

Y Javier pertenecía a esa especie optimista y entusiasta de hombres a los que siempre parecía apetecerles sexo bajo prácticamente cualquier circunstancia climatológica o emocional.

Ana sonrió apenas al darse cuenta de que yo estaba pensando exactamente lo mismo.

—¿Te acuerdas del fin de semana en Baqueira cuando casi nos quedamos atrapados en el coche por la nieve?

No pude evitar reírme un poco.

—Por favor. Cómo olvidarlo.

—Pues allí estaba él. Menos seis grados, dos capas de ropa térmica y diciéndome que "el frío tenía un punto erótico".

Aquello era tan Javier que por un segundo resultó casi imposible asociarlo al hombre que Ana estaba describiendo ahora.

Ella negó con la cabeza lentamente.

—O aquella vez en Menorca que llevaba cuarenta de fiebre y aun así apareció desnudo en la habitación diciendo que sudar juntos podía ser terapéutico.

Solté una carcajada involuntaria.

Ana también se rio un segundo.

Y precisamente por eso dolió todavía más lo que dijo después.

—Este verano era como estar durmiendo al lado de otra persona.

La frase quedó suspendida entre nosotras.

—Lo intenté dos veces —admitió bajando la voz—. Acercarme, quiero decir.

Sentí una punzada brutal de tristeza por ella.

Porque no había nada más vulnerable que eso:
intentar acercarte físicamente a alguien que amas y notar cómo se aparta.

Ana jugueteó nerviosamente con la cucharilla.

—Y las dos veces fueron excusas absurdas. Que si había cenado demasiado. Que si le dolía la cabeza porque le había dado mucho el sol. Que si estaba cansado…

Levantó la vista hacia mí.

—¿Javier cansado para eso? Por favor.

No supe qué decir, porque las mujeres reconocemos esas cosas enseguida.

Reconocemos cuándo el deseo desaparece… y cuándo simplemente se ha movido de sitio.

Ana tragó saliva.

—Después de la segunda vez dejé de intentarlo.

La confesión sonó pequeñísima. Humillante casi.

Y entendí que probablemente esa era la verdadera herida.

No el WhatsApp, ni los mensajes. Ni siquiera la otra mujer.

Sino el hecho de haber sentido durante semanas que el hombre que llevaba veinte años deseándola ya no la miraba igual… mientras ella todavía seguía intentando acercarse a él en la oscuridad de una cama compartida.

Yo no sabía qué decir. Y creo que Ana tampoco necesitaba realmente consejos todavía.

Necesitaba ordenar la historia en voz alta, escucharla fuera de su cabeza para dar forma a algo que todavía parecía imposible de asumir del todo.

Así que simplemente le pregunté:

—¿Y qué pasó después?

Ana se quedó mirando por la ventana unos segundos antes de responder.

—Nada dramático.

Y precisamente eso fue lo que más tristeza me dio.

Porque uno imagina siempre estas cosas llenas de gritos, portazos y escenas enormes.

Pero la mayoría de las rupturas largas no ocurren así. Ocurren cansadas. Silenciosas.

Ana respiró hondo.

—Cuando salió de la ducha yo seguía sentada en la cama con el móvil en la mano.

—Y él… lo entendió inmediatamente.

—¿No intentó negarlo?

Ana negó despacio.

—No. Ni siquiera eso.

Hubo algo especialmente cruel en aquella respuesta, porque negar al menos implica pelea o desesperación para intentar conservar algo. Pero Javier, al parecer, estaba demasiado cansado ya para fingir.

Ana seguía hablando con esa calma rota que me estaba destrozando por dentro.

—Se quedó quieto mirándome. Yo tenía el móvil en la mano y él ni siquiera me lo pidió.

—¿Y tú qué le dijiste?

Ana tragó saliva.

—Le pregunté si tenía algo que decirme.

La frase quedó suspendida entre nosotras.

—¿Y qué contestó?

Ana soltó una risa mínima, incrédula todavía.

—Nada claro. Eso fue lo peor.

Miró la taza otra vez antes de continuar.

—Empezó con evasivas. Que las cosas entre nosotros no estaban bien desde hacía tiempo. Que estaba confundido. Que necesitaba pensar.

Cerró los ojos un segundo.

—"Pensar". Imagínate las ganas que me dieron de tirarle la lámpara a la cabeza.

No pude evitar sonreír apenas.

Ella también sonrió un instante.

Pero duró muy poco.

—Y entonces me dijo que quizá necesitábamos separarnos una temporada.

Aquello sonó incluso peor que "hay otra persona".

Porque tenía esa frialdad práctica de la gente que lleva semanas ensayando mentalmente una conversación.

—¿Así? —pregunté.

Ana asintió lentamente.

—Me dijo que iba a irse unos días a casa de su hermano. Que necesitaba espacio.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué hiciste?

Ana se quedó callada unos segundos largos.

Y cuando volvió a hablar, la voz le tembló por primera vez de verdad.

—Nada.

Noté el nudo subirle a la garganta.

—No hice nada, Marisa. Ahí estaba yo, sentada en nuestra cama, con veinte años de vida encima… y él hablando de "espacio" como si estuviéramos agotados de convivir y no de romper un matrimonio.

Apreté su mano automáticamente.

Ana miró hacia abajo.

—Y entonces abrió el armario y empezó a meter ropa en una bolsa de deporte.

Sentí un escalofrío. Porque ahí estaba la verdadera violencia de ciertas rupturas: la normalidad.

Doblar camisetas. Coger cargadores. Elegir zapatillas.

Desmontar una vida compartida con gestos cotidianos.

—Y mientras guardaba cosas seguía hablándome normal —continuó Ana completamente rota ya—. Me preguntó si quería que avisaran a los niños esa misma noche o esperar un poco.

Tuve que cerrar los ojos un segundo.

Aquello era insoportable.

Ana empezó a llorar por fin. En silencio y sin dramatismo.

Lágrimas lentas de agotamiento puro.

—Y lo peor es que ni siquiera sé cuándo empezó todo esto.

Le acaricié la mano sin saber cómo aliviar algo así.

Ella levantó la vista hacia mí.

Y entonces dijo la frase que me terminó de helar completamente:

—Pero creo que ella sí sabía perfectamente cuándo empezó.

"Ella", pensé. Ana todavía no sabe quién es "ella". Ana estaba completamente perdida intentando entender qué había pasado en su matrimonio, pero la otra mujer probablemente llevaba mucho tiempo viviendo esa historia con claridad.

Varios pensamientos cruzaron mi mente con la velocidad del rayo:

- Javier llevaba tiempo emocionalmente implicado.
- "S" sabía que aquello era serio.
- Habían hablado del futuro ("¿cuándo se lo vas a decir?").
- Y Ana siente humillación al descubrir que todos menos ella parecían conocer la verdad. Empieza a entender que no fue "un error puntual" o "una aventura física", sino una relación emocional desarrollada durante meses.

Yo seguía acariciándole la mano lentamente mientras Ana intentaba recomponerse delante de la taza ya fría. Pero por dentro mi cabeza iba muchísimo más rápido.

Porque desde que había pronunciado la inicial, desde aquel simple "S", una idea concreta no había dejado de crecer dentro de mí como una mancha de humedad imposible de ignorar.

Sofía.

El nombre apareció en mi cabeza otra vez.

Automático.

Y con él llegaron todas las escenas acumuladas de los últimos meses: las miradas largas, los silencios raros, la tensión extraña en las cenas, aquella forma exageradamente cuidadosa de evitarse delante de los demás.

De pronto todo parecía encajar demasiado bien.

Y precisamente por eso me daba miedo.

Pero no dije nada. Ni una palabra.

Porque aquello seguía siendo solo una sospecha, una intuición terrible. Y porque en ese momento Ana no necesitaba más dolor del que ya tenía sentado delante. Ella seguía hablando bajito.

—No paro de pensar en si todo el mundo lo sabía menos yo.

—No digas eso.

Pero mientras pronunciaba la frase sentí una incomodidad brutal recorriéndome el cuerpo. Porque yo sí había visto cosas. No pruebas. No certezas.

Pero sí pequeñas grietas.

Y ahora me preguntaba obsesivamente si había mirado hacia otro lado simplemente porque resultaba más cómodo hacerlo.

Ana se secó otra vez las lágrimas.

—¿Sabes qué es lo peor?

Negué suavemente.

—Que sigo esperando que me escriba diciendo que esto es una locura y que vuelve a casa.

La sinceridad de aquello me rompió el corazón.

Porque ahí seguía el amor: destrozado, humillado, confundido.

Pero vivo todavía.

Y quizá eso era lo más cruel de las rupturas largas: que una parte de ti continúa queriendo exactamente a la misma persona que acaba de destruirte.

Afuera empezaba a anochecer sobre la urbanización.

Las luces de las terrazas se encendían poco a poco detrás de los cristales de la cafetería y por primera vez desde que conocía a todo aquel grupo tuve una sensación muy clara: nada iba a volver a ser igual después de aquello.

Aquella noche llegué a casa completamente agotada, de ese cansancio raro que no tiene nada que ver con el cuerpo.

Thor vino a recibirme al pasillo moviendo la cola con moderación, como si incluso él notara que el ambiente general de nuestras vidas llevaba unas semanas bastante inestable.

Álvaro estaba en el salón viendo una serie documental de hombres sobreviviendo en Alaska o construyendo cabañas con un cuchillo y resentimiento masculino, una de esas cosas que todos los hombres parecen empezar a consumir pasados los cincuenta.

Levantó la vista en cuanto me vio.

—Uy.

—¿Qué?

—Cara de drama serio.

Me dejé caer junto a él en el sofá.

—Ha pasado algo gordo.

Y entonces se lo conté.

Lo de Ana y Javier. Los mensajes en el móvil.

Álvaro escuchó en silencio, apoyado hacia delante con los codos sobre las rodillas.

Y cuanto más hablaba yo, más incrédula me sentía todavía.

Porque Javier y Ana pertenecían a esa categoría de parejas que todos consideramos indestructibles. Llevaban años juntos, nunca daban espectáculo, nunca protagonizaban dramas y parecían moverse por la vida con la tranquila eficacia de quienes tienen las cosas resueltas. Precisamente por eso resultaban tan peligrosas: nadie mira las grietas de un edificio que cree imposible que se

derrumbe. Supongo que precisamente por eso el golpe resultaba tan inquietante.

—Joder… —murmuró Álvaro cuando terminé—. Pobre Ana.

Asentí lentamente.

—Está destrozada.

Nos quedamos callados un momento escuchando el ruido lejano de la televisión.

Luego dije:

—Y todo por un puto WhatsApp.

Álvaro soltó aire despacio.

—Es increíble cómo han cambiado las cosas.

—¿El qué?

—Antes las infidelidades se descubrían por pintalabios en una camisa o llamadas raras. Ahora te destruye el matrimonio una notificación.

Aquello me dejó pensando. Porque tenía razón.

La intimidad moderna cabía entera dentro de una pantalla: mensajes, claves, últimas conexiones, emojis.

La gente ya no ocultaba cartas. Ocultaba chats.

Más tarde, ya en la cama, seguimos hablando a oscuras mientras Madrid sonaba lejano detrás de las ventanas.

Álvaro estaba tumbado boca arriba con las manos detrás de la cabeza y yo apoyada de lado mirándolo. La habitación tenía esa calma íntima de las noches largas donde sabes que nadie va a dormir todavía.

—¿Y Javier qué dijo? —preguntó él.

—Nada concreto. Lo típico. Que necesitaba espacio. Tiempo para pensar. Se fue a casa de su hermano.

Álvaro hizo una mueca.

—Cuando un hombre dice que necesita tiempo para pensar normalmente ya lleva meses pensando.

Aquello me produjo un escalofrío extraño. Me acomodé mejor bajo la sábana.

—Ana dice que llevaba raro desde verano. Distante. Sin tocarla siquiera.

Álvaro giró ligeramente la cabeza hacia mí.

—Eso en Javier sí es sospechoso.

Solté una risa pequeña.

—Exactamente eso le he dicho.

Porque era verdad. Javier siempre había tenido esa energía masculina alegre y entusiasta que hacía pensar que le parecía buen momento para el sexo prácticamente cualquier circunstancia vital.

Recuerdo perfectamente una barbacoa en casa de Quico donde Javier desapareció cuarenta minutos "a buscar hielo" y volvió despeinado mientras Ana llevaba el vestido al revés. Aquello había sido siempre parte de ellos, de su complicidad, de su manera de quererse.

Hasta ahora.

El silencio volvió a quedarse entre nosotros unos segundos. Y entonces dije despacio: La otra mujer firmaba los mensajes con una S.

Noté inmediatamente cómo Álvaro giraba del todo la cabeza hacia mí.

No hizo falta decir más.

Porque él también llevaba meses viendo cosas. Pequeños detalles, difusos, incómodos.

La habitación se quedó completamente quieta.

—¿Tú crees que…? —empezó.

—No lo sé.

Le corté demasiado rápido.

Demasiado tajante.

Porque en realidad sí lo sabía un poco.

O al menos mi intuición lo sabía.

Pero pronunciar el nombre de Sofía en voz alta hacía que todo aquello se volviera demasiado real.

Álvaro suspiró en la oscuridad.

—Como sea ella… esto va a destrozar el grupo entero.

Miré hacia el techo sintiendo otra vez ese peso raro en el pecho.

Porque por primera vez desde que habían empezado mis sospechas entendí algo con absoluta claridad: ya no estábamos hablando de una simple aventura.

Estábamos hablando de una bomba dentro de nuestras vidas.

Capítulo 23: Gente joven haciendo cosas raras

Hay un momento en la vida de todo padre en el que descubres algo inquietante:

Has criado adultos completamente funcionales para un mundo que tú apenas entiendes ya. A mí me ocurrió un jueves cualquiera a las ocho de la tarde, mientras hacía una videollamada simultánea con mi hija desde Bali y mi hijo desde su habitación, situada exactamente nueve metros más allá del salón.

Los dos parecían vivir en dimensiones distintas a la mía.

Lucía apareció primero en pantalla: sudada, morena, feliz

Detrás de ella se veía un ventilador girando con esfuerzo inútil y una terraza llena de plantas gigantescas que parecían capaces de esconder serpientes exóticas y decisiones impulsivas.

—¡Mamaaaá!

Solo escucharla así ya me tranquilizaba un poco. Seguía viva.

Que a esas alturas de viaje ya me parecía un éxito administrativo importante.

—¿Dónde estás ahora? —pregunté inmediatamente.

—En Ubud.

—¿Eso dónde está exactamente?

Lucía puso los ojos en blanco.

—Bali, mamá. Seguimos en Bali.

Detrás de mí, Álvaro murmuró:

—No la interrogues nada más conectarse.

—No la interrogo. Me informo.

Lucía se rio mientras movía el móvil enseñándonos arrozales, motos pasando a velocidad suicida y una especie de bar lleno de gente descalza bebiendo smoothies fluorescentes.

—Aquí todo el mundo parece recién salido de una sesión de terapia emocional —comentó Álvaro.

—Porque seguramente lo están.

La conexión se congeló un segundo justo cuando Lucía intentaba enseñarnos un mono que aparentemente robaba gafas de sol a

turistas.

Y en ese momento apareció Javi. Desde su habitación.

Con unos auriculares gigantes, una sudadera sospechosamente vieja y aspecto de llevar exactamente quince minutos despierto pese a que eran las ocho de la tarde.

—¿Qué pasa, hippies internacionales?

—Tu hermana está en Indonesia y tú estás a nueve metros de nosotros pero apareces igualmente por videollamada —dije.

—Optimización de recursos.

Javi teletrabajaba al cien por cien para una empresa tecnológica que, honestamente, ninguno entendíamos del todo.

Solo sabíamos dos cosas: que aparentemente era muy bueno en lo suyo, y que cobraba bastante más dinero del que parecía razonable para alguien que trabajaba en pantalón corto.

Meses atrás había desarrollado una aplicación para una cadena de hoteles que estaba funcionando sorprendentemente bien. Algo relacionado con reservas, incidencias y automatización inteligente que él explicó una vez durante veinte minutos y que Álvaro y yo fingimos comprender por amor paternal. El resultado práctico era que ahora trabajaba unas dos horas al día desde casa y el resto del tiempo lo dedicaba a "sus proyectos". Lo decía así. "Mis proyectos".

Como si fuera Elon Musk pero con calcetines desparejados.

—¿Y hoy has trabajado mucho? —pregunté.

Javi hizo una pausa pensativa.

—Técnicamente sí.

—¿Eso qué significa?

—Que he mandado dos correos y he arreglado un bug.

—¿Un qué?

—Un fallo, mamá.

Lucía soltó una carcajada desde Bali.

—Mamá cree que programar consiste en apagar y encender cosas.

—Pues bastante gente arregla así los problemas —contesté.

Javi ya estaba lanzado.

—Ahora estoy trabajando en una app muy potente.

—¿Otra? —preguntó Álvaro.

—Sí. Una app anti postureo de Instagram, escanea fotos y estima varios factores como deuda económica probable, discusiones previas a la foto y determina el nivel real de felicidad, en plan: pareja sonriente en Mykonos. Probabilidad de crisis matrimonial: 78%."

—Y otra —continuó Javi orgullosísimo— que analiza audios de WhatsApp y detecta pasivo-agresividad.

Álvaro empezó a reírse.

—Eso en España explota directamente.

—La beta colapsó con un audio de la abuela diciendo "haz lo que quieras".

Yo los miraba a los dos en pantalla sintiendo esa mezcla extraña entre orgullo y desconcierto generacional. Lucía hablando de templos, ferris y gente que hacía yoga frente a cascadas. Javi ganando dinero misteriosamente desde un escritorio lleno de latas y cables mientras desarrollaba aplicaciones absurdas para resolver problemas que nadie sabía que tenía. Y sin embargo, ahí estaban.

Felices y funcionando. Construyendo vidas completamente distintas a la nuestra.

Mi reloj vibró.: *"Tiempo de pantalla elevado."*

Lo miré con resignación.

—Mira, pues igual tú también necesitas resetearte y buscar otro foco.

Después de la videollamada con los niños sentí de pronto un cansancio enorme.

Esa fatiga silenciosa que deja la vida adulta cuando en un mismo día has hablado de infidelidades, despidos, criptomonedas, Bali, y aplicaciones que detectan audios pasivo-agresivos.

Subí al dormitorio dispuesta a practicar una de las pocas formas de autocuidado que todavía me tomaba completamente en serio: intentar evitar que la gravedad me destruyera la cara antes de tiempo. Asique me di una ducha larga mientras el baño empezaba a llenarse de vapor y olor a esa crema carísima que prometía "luminosidad inmediata" con una convicción que ya me gustaría a mí tener en otros aspectos de la vida.

A cierta edad una ya no compra cosméticos. Compra esperanza en tarro pequeño.

Salí envuelta en el albornoz y empecé mi ritual nocturno: sérum, contorno de ojos, crema reafirmante, otra crema cuyo objetivo exacto desconozco pero que aparentemente hacía algo importantísimo con el colágeno.

Mi cuarto de baño parecía el centro de operaciones clandestino de una guerra silenciosa contra la gravedad y el paso del tiempo. Después me tumbé en la cama y me coloqué la máscara facial de luz LED que Lucía me había regalado por mi cumpleaños.

Según la caja obraba los siguientes milagros: estimulación de colágeno y mejora de la elasticidad, eliminación de arrugas, aumento de la luminosidad, regeneración de tejidos y probablemente también negociaba conflictos internacionales.

La máscara iba cambiando lentamente de color pasando del rojo, al azul, verde, rojo, lo cual me daba la apariencia de un semáforo profundamente hidratado.

En ese momento entró Álvaro en la habitación. Y pegó tal respingo que casi se le cayó el móvil.

—¡JODER, MARISA!

Empecé a reírme inmediatamente.

—¿Qué pasa?

—¡¿Qué coño eres?!

Se quedó mirándome desde la puerta completamente horrorizado.

—Pareces una mezcla entre Darth Vader y una depuradora de piscina.

La máscara cambió lentamente a luz roja intensa. Álvaro retrocedió un paso.

—No, no… ahora peor. Ahora eres la mujer de la máscara misteriosa que seduce hombres y luego los mata en Venecia.

Me incorporé lentamente sobre los codos y puse voz grave.

—He venido… a estimular el colágeno.

Él soltó una carcajada.

—Te juro que eso no despierta precisamente pensamientos lujuriosos.

—Pues a mí me da igual. Si se me va a caer algo con la edad, que sea la dignidad. La cara pienso sujetarla hasta el final.

Álvaro seguía mirándome fascinado.

—Es increíble el nivel de tecnología que manejáis las mujeres para no cumplir años.

—Y aun así aquí seguimos. Peleando contra la biología armadas con ácido hialurónico y desesperación.

La máscara pasó ahora a color azul eléctrico.

Álvaro negó lentamente con la cabeza mientras se metía en la cama.

—Como me despierte esta noche y vea eso iluminado en la oscuridad, llamo directamente a Iker Jiménez.

Me giré lentamente hacia él. Y con la voz más sensual y absurda posible murmuré:

—Ven hacia la luz…

Thor apareció en la puerta, vio mi cara iluminada en azul eléctrico y se quedó inmóvil unos segundos, valorando la situación como un técnico de emergencias ante un accidente químico antes de decidir que, pasara lo que pasara allí dentro, no quería formar parte.

Y allí nos quedamos los dos, cada uno refugiado en sus absurdas costumbres nocturnas de matrimonio largo.

Yo, tumbada en la cama con la máscara luminosa todavía puesta, leyendo un thriller nórdico donde absolutamente todo el mundo parecía deprimido, alcohólico y sospechoso de asesinato.

Y Álvaro, cómo no, viendo un documental sobre Muhammad Ali con la misma concentración emocional con la que otros hombres observan una final de Champions.

De vez en cuando levantaba la vista de la televisión para mirarme.

O más concretamente: para mirar aquella especie de artefacto futurista que me cubría media cara emitiendo destellos rojos y azules.

—Te juro que cada vez pareces más un interrogatorio policial de ciencia ficción —murmuró.

—Calla y disfruta de mi futuro colágeno.

La máscara cambió lentamente a color rojo intenso.

—Ahora mismo pareces la villana sexy de una película malísima de los noventa.

—Eso es porque todavía no has visto mi plan para dominar el mundo.

Álvaro soltó una risa baja mientras volvía a su documental. Yo seguí leyendo un rato más, completamente absorbida por un asesinato ocurrido en un bosque nevado donde, aparentemente, nadie era feliz jamás.

Pero el sueño empezó a caerme encima poco a poco.

Primero los ojos pesados. Luego las frases leídas tres veces. Después ese momento exacto en que el libro sigue abierto pero el cerebro ya ha abandonado oficialmente la conversación. Lo último que recuerdo es la voz del narrador hablando de la legendaria pelea en Kinshasa y el sonido suave de la televisión llenando la habitación a oscuras.

Debí de quedarme dormida con la máscara puesta.

Porque noté vagamente, ya medio soñando, cómo Álvaro se acercaba despacio y me la quitaba con muchísimo cuidado, como si estuviera desactivando un artefacto explosivo tremendamente caro.

Y después sentí un beso suave en la cara.

En mi tersísima y luminosísima cara recién sometida a tecnología espacial antigravedad.

Lo cual, sinceramente, justificaba bastante la inversión.

Capítulo 24: En el fondo de la piscina

Los domingos de septiembre en la urbanización tenían algo tristísimo. Como esas fiestas que ya se han acabado pero donde todavía queda gente recogiendo vasos.

La piscina seguía abierta, sí. El sol todavía calentaba. Los niños aún chapoteaban en la zona pequeña.

Pero el verano ya estaba en retirada.

Se notaba en las conversaciones, en las tumbonas vacías y en esa luz dorada de última hora que hacía que todo pareciera un poco más melancólico de lo normal.

Yo bajé sola después de comer con intención de leer un rato y no pensar demasiado.

Objetivo que, viendo cómo estaba últimamente mi cabeza, tenía aproximadamente las mismas posibilidades de éxito que montar un mueble de Ikea sin discutir.

Llevaba un capazo enorme, crema solar, un libro que probablemente no iba a avanzar más de tres páginas y unas gafas de sol detrás de las cuales esperaba ocultar mi cansancio existencial de septiembre.

Empujé la puerta.

Y entonces la vi. Sofía estaba al fondo de la piscina, completamente sola.

Sentada en una tumbona junto al seto, con un bañador negro sencillo y el pelo recogido deprisa en una coleta baja. Tenía las piernas dobladas bajo el cuerpo y la mirada perdida en el agua. Y aunque estaba lejos, hubo algo en ella que me golpeó inmediatamente.

Parecía agotada, no físicamente. Agotada de verdad.

Me quedé quieta unos segundos fingiendo buscar sitio mientras mi cerebro empezaba automáticamente a tensarse, porque desde la conversación con Ana no había vuelto a verla. Ni a hablar con ella. Ni siquiera sabía si sabía ya que yo sabía… o sospechaba… o intuía. Y allí estaba.

La famosa “S”.

Real. A pocos metros. Mirando el agua como si el verano entero hubiera acabado de pasarle por encima.

Me senté primero en una tumbona alejada fingiendo abrir el libro, del cual por supuesto no podía leer ni una sola palabra.

Desde detrás de las gafas de sol observaba a Sofía discretamente.

Y cuanto más la miraba, más rara me sentía.

Porque una parte de mí quería enfadarse con ella. Juzgarla. Reducirla simplemente a "la otra".

Pero el problema de conocer de verdad a la gente es que incluso cuando hacen daño siguen siendo personas completas delante de ti.

Y Sofía no parecía precisamente una mujer viviendo una gran historia romántica clandestina. Parecía una mujer profundamente triste.

El agua reflejaba destellos suaves en su cara mientras el resto de la piscina seguía medio vacía y silenciosa.

A lo lejos un niño gritó. Sonó una pelota golpeando el césped.

La vida normal seguía funcionando alrededor de algo completamente roto.

Y entonces Sofía levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Durante apenas un segundo vi algo muy parecido al miedo atravesarle la cara.

Sofía fue la primera en apartar la mirada.

Muy poco, lo justo para romper aquella sensación incómoda de haber sido sorprendidas pensando demasiado.

Yo levanté ligeramente la mano desde la tumbona.

—Hola.

Ella respondió igual.

—Hola.

Durante unos segundos ninguna de las dos hizo nada más.

El agua sonaba suave contra el borde de la piscina y el sol empezaba a bajar lentamente detrás de los edificios de la urbanización, dejando esa luz dorada que consigue que incluso las personas agotadas parezcan un poco más guapas.

Al final fui yo quien se levantó con el libro en la mano y se acercó despacio.

—¿Te importa si me pongo aquí?

Sofía negó ligeramente.

—Claro.

Me senté en la tumbona de al lado intentando aparentar una normalidad emocional completamente inexistente.

Ella llevaba unas gafas de sol enormes, pero aun así se intuían las ojeras debajo.

—Se está bien aquí ahora —dije mirando el agua—. A esta hora ya no hace ese calor criminal de agosto.

—Sí.

Silencio.

—Da hasta pena que se termine el verano.

Sofía soltó una pequeña sonrisa cansada.

—Aunque luego en agosto todos deseamos volver a la rutina.

—Porque somos idiotas —contesté.

Eso le arrancó una risa breve.

—La piscina está medio vacía ya —comenté.

Y durante unos minutos hablamos así, de cosas normales, inofensivas.

Que si el calor había durado demasiado este año. Que septiembre en Madrid era el auténtico inicio del año. Que en casa se estaba peor porque todavía no habíamos decidido cuándo apagar definitivamente el aire acondicionado y aquello se había convertido en una guerra fría matrimonial.

Conversación de urbanización de vecinas. O de gente intentando no acercarse todavía al borde real del problema.

Hasta que de pronto llegó el silencio. Pero no un silencio cómodo, sino uno de esos silencios densos donde ambas personas saben perfectamente que están rodeando algo enorme sin decidirse a mirarlo directamente.

Sofía seguía observando el agua mientras yo jugueteaba con las gafas de sol entre las manos.

Y entonces pregunté suavemente:

—¿Cómo estás?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Bien.

La típica mentira adulta perfectamente pronunciada.

Asentí despacio.

—Últimamente no nos hemos visto mucho.

—No.

Otra respuesta corta.

Sofía se quitó lentamente las gafas de sol y por primera vez le vi bien la cara.

Tenía los ojos cansados, unas ojeras profundas bien marcadas, como alquien que llevaba demasiado tiempo sosteniendo algo muy pesado.

—Ana está fatal —dije finalmente.

En cuanto pronuncié su nombre noté cómo Sofía se tensaba.

Bajó la vista inmediatamente.

—Lo sé.

Y ahí estuvo. La confirmación definitiva.

No hizo falta mencionar a Javier. Ni los mensajes. Ni la letra S.

Todo estaba ya sentado entre nosotras.

El sol terminaba de caer lentamente detrás de los edificios y la piscina empezaba a quedarse completamente vacía alrededor.

Sofía respiró hondo.

—Nunca pensé que esto acabaría así.

La frase sonó tan sincera que resultó casi incómoda.

La miré sin saber todavía muy bien desde dónde hablarle, ¿como amiga, como juez, como testigo, como mujer?

—¿Desde cuándo? —pregunté con muchísimo cuidado.

Sofía tardó en responder. Y cuando habló, lo hizo mirando únicamente el agua.

—No sabría decirte exactamente cuándo empezó.

Hubo otra pausa.

—Supongo que las cosas importantes nunca empiezan de golpe.

Sentí un escalofrío pequeño recorriéndome los brazos. Porque aquello no sonaba a aventura, ni a calentón absurdo. Ni a error puntual.

Sonaba peor.

Sonaba a algo que había ido creciendo despacio dentro de vidas normales.

Sofía siguió hablando muy bajito.

—Al principio solo hablábamos más. Ya está. Después coincidíamos. Luego empezamos a buscarnos sin decirlo.

Cerró los ojos apenas un instante.

—Y cuando quise darme cuenta… ya había demasiadas cosas rotas alrededor.

La miré en silencio.

Y de pronto comprendí algo incómodo: Sofía no estaba intentando justificarse.

Pero tampoco sabía ya cómo salir de aquello sin destruirlo todo todavía más.

—Tengo que subir. Los niños estarán ya reclamando pizza o atención emocional. No sé qué consume más energía.

Asentí con una sonrisa débil. Y cuando se alejó, tuve una sensación extraña viéndola marcharse.

Porque durante semanas había imaginado a Sofía como una especie de villana elegante dentro de toda aquella historia. Pero la realidad era bastante menos cinematográfica.

Solo parecía una mujer que se había perdido dentro de algo que ya no sabía cómo detener.

Cuando subí de la piscina encontré a Álvaro en el jardín, por supuesto, haciendo ejercicio.

A sus cincuenta y dos años había entrado oficialmente en esa fase masculina donde cualquier superficie horizontal podía convertirse en un gimnasio improvisado.

Había extendido una esterilla junto al césped y estaba haciendo una tabla imposible de abdominales y planchas con una concentración casi espiritual.

Thor lo observaba tumbado cerca con expresión crítica, probablemente preguntándose por qué un ser humano decidiría sufrir voluntariamente un domingo por la tarde.

Me apoyé en el marco de la puerta con el capazo colgando del hombro.

—Cada día estás más cerca de convertirte en uno de esos señores que hacen triatlones y hablan del core en las cenas.

Álvaro, sin dejar la posición, abrió un ojo.

—Y tú cada día estás más cerca de fusionarte físicamente con ese reloj infernal.

Miré mi muñeca automáticamente.

—Mi reloj vela por mi salud.

—Tu reloj te trata como si fueras una anciana desorientada escapada de una residencia.

Justo entonces el reloj vibró. *"Sería recomendable levantarse y moverse unos minutos."*

Álvaro empezó a reírse desde el suelo.

—¿Ves? Ni él confía en ti.

Me dejé caer en una silla del jardín mientras el aire empezaba ya a refrescar ligeramente.

La urbanización estaba tranquila. A lo lejos se escuchaban cubiertos, alguna televisión encendida y niños negociando la hora de volver a casa.

Álvaro terminó por fin la serie de abdominales y se sentó en el césped secándose el sudor con la camiseta.

—¿Qué tal en la piscina?

Me quedé callada un segundo.

Luego dije:

—He estado con Sofía.

Él levantó inmediatamente la vista. Toda la broma desapareció de golpe.

—¿Sí?

Asentí lentamente.

—Estaba sola.

Me acomodé mejor en la silla intentando ordenar la sensación rara que todavía llevaba encima desde aquella conversación.

—Y bueno… ya no hizo falta decir demasiado. Lo daba todo por hecho.

Álvaro suspiró despacio.

—O sea que sí.

—Sí.

El jardín se quedó unos segundos completamente silencioso.

Thor levantó la cabeza apenas un instante antes de volver a dormirse profundamente ajeno al derrumbe moral de la

urbanización.

Álvaro me miró con atención.

—¿Y cómo estaba?

Tardé un poco en responder.

Porque la verdad era más incómoda de lo que esperaba.

—No muy bien, la verdad. Mal

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿Mal cómo?

Miré hacia las ventanas iluminadas de las casas vecinas antes de contestar.

—Como alguien que lleva demasiado tiempo sosteniendo algo que ya pesa más de la cuenta.

Álvaro bajó la vista al suelo.

—Joder.

—No parecía feliz, Álvaro. Para nada.

Y eso era precisamente lo que más me había descolocado.

Porque una parte infantil y simplista de mí esperaba encontrarme a "la otra" radiante, enamorada, viviendo una especie de pasión clandestina maravillosa.

Pero Sofía no tenía aspecto de mujer enamorada. Tenía aspecto de mujer perdida.

—Me dio pena —admití casi en voz baja.

Álvaro levantó la cabeza lentamente.

—Eso no significa que no haya hecho daño.

—Ya lo sé.

Y lo sabía.

Ana seguía rota. Los niños seguían en medio de todo aquello. Javier seguía siendo un cobarde por cómo había gestionado las cosas.

Pero aun así…

—Es raro —dije finalmente—. Porque cuando alguien hace algo así quieres odiarlo tranquilamente. Que sea sencillo. Que haya buenos y malos.

Álvaro asintió despacio.

—Y luego resulta que todo el mundo es bastante más complicado.

El cielo empezaba ya a oscurecerse sobre la urbanización y por primera vez en mucho tiempo tuve la sensación clarísima de que todos nosotros —Ana, Javier, Sofía, incluso Álvaro y yo— habíamos entrado en esa edad en la que las vidas dejan de parecer tan ordenadas como uno había imaginado a los treinta.

Y quizá eso era lo verdaderamente inquietante.

No la infidelidad.

Sino descubrir que incluso las personas que parecían tenerlo todo controlado podían perderse de repente dentro de sí mismas.

Álvaro se quedó unos segundos mirando hacia las luces de la piscina ya casi vacía.

Luego negó lentamente con la cabeza.

—Lo que sigo sin entender es cómo han acabado precisamente ellos dos juntos.

—Ya.

Y era verdad.

Porque si alguien me hubiera pedido apostar por una combinación improbable dentro del grupo, probablemente habría elegido antes a Thor con una influencer vegana.

Javier y Sofía parecían personas construidas en idiomas distintos.

Javier era fácil, cercano…de esos hombres que entran en un sitio y a los diez minutos ya te hacen sentir cómodo, organizando planes o abriendo otra botella de vino aunque nadie la haya pedido.

Y Sofía… Sofía era silencio. Siempre correcta. Siempre contenida. Con esa forma suya de escuchar más de lo que hablaba y observar el mundo como si nunca terminara de relajarse del todo dentro de él.

Me acomodé mejor en la silla mientras el jardín empezaba a llenarse del olor de las cenas vecinas.

—Aunque pensándolo bien… tampoco entendíamos cómo había acabado casada con Carlos.

Álvaro soltó una pequeña risa.

—Eso sí es verdad.

Porque Carlos era exactamente lo contrario a Sofía.

Un terremoto social ruidoso, divertido. Encantado de ser el centro de cualquier conversación.

Carlos podía hacerse amigo de un camarero, discutir de fútbol con un taxista y acabar bailando con desconocidos en una boda en menos de veinte minutos.

Y, sin embargo, llevaba más de una década casado con una mujer que parecía agotarse después de diez minutos de interacción humana.

—A lo mejor precisamente por eso funcionaba —dijo Álvaro.

—¿El qué?

—Lo de Carlos y Sofía. Hay parejas que se compensan.

Me quedé pensándolo. Quizá sí.

O quizá simplemente llevaban tiempo dejando de entenderse y nadie lo había notado porque desde fuera las parejas largas siempre parecen más sólidas de lo que realmente son.

El problema de los matrimonios de muchos años es que aprenden a representar muy bien la normalidad.

—Sofía me dio la sensación de llevar mucho tiempo sintiéndose sola —dije finalmente.

Álvaro levantó la vista.

—¿Con Carlos?

Me encogí ligeramente de hombros.

—No lo sé. Pero había algo en cómo hablaba de Javier…

Busqué las palabras.

—Como si con él hubiera encontrado silencio.

Álvaro frunció ligeramente el ceño.

—¿Silencio?

Asentí despacio.

—Sí. No silencio literal. Más bien… descanso.

La palabra quedó flotando un instante entre nosotros.

—Con Javier no tenía que actuar de esposa de Carlos el simpático —continué—. Ni soportar el ruido constante, ni el personaje social, ni las cenas, ni las bromas… No sé. Me dio la impresión de que juntos se habían creado una especie de sitio aparte.

Álvaro apoyó los brazos sobre las rodillas pensativo.

—Dos personas cansadas encontrándose en mitad del caos.

—Algo así.

Y cuanto más lo pensaba, más sentido tenía.

Porque Javier también llevaba tiempo raro, más apagado y menos expansivo, como si él también se hubiera cansado de interpretar continuamente el papel de hombre jovial y funcional que todos esperábamos.

—Quizá simplemente podían estar juntos sin hacer esfuerzo —dije muy bajito.

El jardín quedó otra vez en silencio.

A lo lejos alguien cerró una ventana. Sonó una copa. Una televisión empezó a emitir el himno de algún concurso absurdo. Vida normal.

Y quizá por eso resultaba todavía más inquietante pensar que, mientras todos seguíamos organizando cenas, barbacoas y partidos de pádel, dos personas habían ido acercándose lentamente delante de nosotros sin que nadie entendiera realmente lo que estaba pasando.

Capítulo 25: Firmas

El jardín quedó otra vez en silencio.

A lo lejos alguien cerró una ventana. Sonó una copa.
Una televisión empezó a emitir el himno de algún concurso absurdo.
Vida normal.

Y quizá por eso resultaba todavía más inquietante pensar que, mientras todos seguíamos organizando cenas, barbacoas y partidos de pádel, dos personas habían ido acercándose lentamente delante de nosotros sin que nadie entendiera realmente lo que estaba pasando. Álvaro levantó la cabeza al oír mi voz. Intentó sonreír, pero aquella sonrisa no llegó nunca a sus ojos. Tenía la cara cansada, el nudo de la corbata ligeramente aflojado y esa expresión de quien lleva horas sosteniendo un peso que ya empieza a resultar insoportable.No respondió enseguida. Se acercó hasta mí, me dio un beso en la frente y apoyó un instante la mano sobre mi brazo.

—Déjame cambiarme... —dijo con un hilo de voz—. Luego te lo cuento.

Lo vi alejarse por el pasillo hacia nuestro dormitorio sin volver la vista atrás y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que algo se había colado en nuestra casa antes incluso de que él cruzara la puerta. Todavía no sabía qué era. Ni siquiera podía imaginar su alcance. Pero sí tenía la certeza de que aquella noche la tortilla de patatas iba a quedarse fría sobre la mesa.

Subí un momento al dormitorio para ver si necesitaba algo, pero la puerta del baño estaba cerrada y el sonido del agua de la ducha me hizo cambiar de idea. Si Álvaro se había metido directamente bajo el agua nada más llegar, era porque necesitaba quitarse de encima algo más que el cansancio del día.

Volví a la cocina y apagué el extractor. El silencio de la casa me resultó extraño. Normalmente, a esas horas ya estaríamos

hablando de cualquier tontería. Que si el atasco de la M-40, que si el vecino había vuelto a podar el seto como si quisiera ganar un concurso de jardinería o que si Thor había decidido, una vez más, apropiarse del sofá antes que nosotros.

Aquella tarde no había nada de eso.

Solo el ruido del agua cayendo en el baño y la sensación incómoda de que algo no iba bien.

Thor se acercó moviendo la cola y apoyó el hocico en mi pierna. Le acaricié la cabeza casi sin darme cuenta.

—Ni tú ni yo sabemos qué pasa, ¿verdad?

Me miró con esa cara tan seria que ponen los perros cuando no entienden una palabra de lo que dices, pero están convencidos de que ha llegado el momento de mostrar apoyo moral.

Cinco minutos después oí abrirse la puerta del dormitorio.

Álvaro apareció con un pantalón de deporte y una camiseta vieja de manga corta, de esas que se negaba a tirar porque, según él, todavía estaban "perfectamente para estar por casa". Llevaba el pelo aún húmedo y tenía mejor cara que al entrar, aunque solo lo justo para que cualquiera que no le conociera pensara que había sido un mal día en la oficina. Yo sí le conocía.

Llevaba más de treinta años haciéndolo.

Y sabía distinguir perfectamente cuándo estaba cansado y cuándo estaba preocupado.

Se sentó a la mesa sin decir una palabra mientras yo le servía la tortilla. Normalmente habría cogido un trozo de pan antes incluso de sentarse o habría protestado porque me había vuelto a pasar con la cebolla. Aquella noche se limitó a darme las gracias en voz baja.

Empezamos a cenar en silencio.

No era un silencio incómodo. Después de tantos años juntos habíamos aprendido que no hacía falta llenar cada minuto de conversación. Pero aquel era distinto. Era un silencio demasiado pendiente de sí mismo, como si los dos estuviéramos esperando que alguien diera el primer paso.

Álvaro apenas había probado un par de bocados cuando dejó el tenedor sobre el plato y se quedó mirando la tortilla sin verla realmente.

Fue entonces cuando comprendí que ya no podía esperar más.

—Ahora sí... ¿me vas a contar qué ha pasado?

Álvaro levantó despacio la vista y suspiró antes de responder.

—Creo que hoy ha empezado el peor problema al que me he enfrentado en toda mi carrera.

Álvaro permaneció unos segundos con la vista fija en el plato antes de hablar.

—Esta mañana hemos descubierto un problema muy serio en el despacho.

Esperé a que continuara, pero volvió a quedarse callado.

—¿Qué clase de problema?

Suspiró despacio.

—Han entrado en nuestro sistema informático. Han accedido a documentación confidencial y están utilizando esa información para chantajearnos.

La palabra me produjo un escalofrío.

—¿Chantajearos?

Asintió con la cabeza.

—Piden dinero para no hacer públicos determinados documentos.

No entendía gran cosa de todo aquel mundo. Siempre había pensado que el trabajo de Álvaro consistía en reuniones eternas, contratos con demasiadas páginas y clientes capaces de convertir cualquier asunto en urgentísimo. Pero aquello sonaba completamente distinto.

—¿Y pueden hacer eso?

—Poder, pueden. Otra cosa es que se salgan con la suya.

Cogió el vaso de agua y dio un pequeño sorbo antes de continuar.

—El problema es que, mientras intentábamos averiguar qué habían encontrado, ha salido a la luz otra cosa mucho peor.

Le miré sin decir nada.

—Uno de los socios llevaba tiempo trabajando con un cliente importante y parece que no hizo las cosas como debía.

—¿Ha hecho algo ilegal?

Álvaro tardó unos segundos en responder.

—Eso todavía no lo sabemos. Pero ocultó información al resto de los socios y ahora todo apunta a que ese cliente está relacionado con el ataque.

Intenté ordenar todas aquellas piezas en mi cabeza.

—O sea... que alguien la ha liado y ahora pagáis todos.

Esbozó una sonrisa cansada.

—Más o menos.

—Pues vaya compañero de trabajo.

Aquello le arrancó una sonrisa algo más sincera, aunque duró apenas un instante

—El problema es que, cuando trabajas en un despacho como el nuestro, los asuntos importantes no los lleva una sola persona. Se revisan entre varios, se firman entre varios y todos damos por hecho que quien está al frente ha hecho bien su trabajo.

Asentí despacio. Eso sí podía entenderlo.

Era como cuando una madre firmaba la autorización para una excursión del colegio sin leer las tres páginas de letra diminuta porque daba por hecho que nadie iba a llevar a treinta niños al Himalaya. Confiabas y punto.

Álvaro bajó la mirada.

—Yo también firmé algunos documentos relacionados con ese cliente.

Noté un vuelco en el estómago.

—¿Y eso puede meterte en un problema?

Se quedó unos segundos pensándolo antes de contestar.

—No porque haya hecho nada malo. De eso estoy completamente tranquilo. El problema es que, cuando las cosas se complican, a veces cuesta mucho explicar quién sabía qué y quién simplemente estaba haciendo su trabajo.

Nos quedamos callados unos segundos.

Fue entonces cuando hice la única pregunta que de verdad me importaba.

—Álvaro... mírame.

Esperó unos segundos antes de hacerlo.

—¿Tú has hecho algo de lo que tengas que avergonzarte?

Negó con la cabeza sin dudarlo.

—No.

—¿Has cobrado dinero que no debías?

—Jamás.

—¿Has firmado sabiendo que había algo raro?

Volvió a negar.

—Nunca.

Respiré despacio.

—Pues entonces ya tenemos lo más importante.

Él dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Me levanté para recoger los platos y los dejé en la encimera sin prisas.

—No digo que sea sencillo. Digo que es importante. Porque lo demás ya veremos cómo acaba. Pero dormir sabiendo que has hecho las cosas bien... eso no te lo puede quitar nadie.

Álvaro me observó en silencio.

—¿Sabes qué es lo que más miedo me da?

Negué con la cabeza.

—Llevo más de treinta años construyendo una reputación. Me he pasado media vida intentando que la gente confíe en mí. Y ahora siento que todo eso puede venirse abajo por haber confiado en la persona equivocada.

Capítulo 26: Lo que no se cuenta

Quedé con Bea dos días después en una cafetería cerca de Salesas de esas donde todo el mundo parece trabajar en algo creativo aunque probablemente la mitad solo estén respondiendo correos con cara intensa delante de un portátil.

Madrid había amanecido gris, con ese cielo bajo de otoño que vuelve la ciudad un poco más elegante y un poco más triste al mismo tiempo. La terraza estaba llena de gente perfectamente vestida fingiendo que el estrés se lleva bien cuando se acompaña de café de especialidad y zapatillas blancas carísimas.

Bea ya estaba allí cuando llegué.

Llevaba un jersey negro sencillo, el pelo recogido deprisa y unas gafas enormes detrás de las cuales seguía teniendo esa mirada peligrosamente lúcida que hacía imposible contarle una mentira convincente.

Se levantó para abrazarme.

—Tienes mala cara.

—Gracias, siempre tan delicada.

—Es una de mis virtudes más infravaloradas.

Aquello me hizo sonreír por primera vez en días.

Nos sentamos junto a la ventana y durante unos minutos hablamos de cosas cotidianas: del tiempo, de Lucía en Bali, de que Madrid en otoño consigue que incluso la depresión parezca sofisticada.

Pero Bea me conocía demasiado bien.

Y tardó exactamente siete minutos en dejar la taza sobre el plato y mirarme fijamente.

—¿Qué pasa?

Suspiré despacio.

Había dudado mucho antes de quedar con ella porque una parte de mí sentía que contar algo equivalía automáticamente a volverlo más real.

Y otra parte, quizá todavía más adulta, empezaba a comprender que el miedo pesa menos cuando alguien más lo sostiene contigo un rato.

Miré alrededor antes de hablar, como si en la mesa de al lado pudiera haber periodistas financieros infiltrados entre tostadas de aguacate.

—Hay problemas en el despacho de Álvaro.

Bea no reaccionó inmediatamente. Solo esperó. Siempre hacía eso, nunca interrumpía las cosas importantes.

— Parece que uno de los socios se ha metido en operaciones… turbias.

La palabra quedó flotando entre el ruido suave de la cafetería.

Bea apoyó lentamente ambas manos alrededor de la taza.

—¿Turbias cómo?

Negué con la cabeza.

—No sé exactamente. Y tampoco quiero saber demasiado. Pero hay chantajes, dinero de por medio y clientes internacionales bastante oscuros.

Por primera vez desde que nos sentamos vi a Bea ponerse realmente seria.

—¿Álvaro está implicado?

La pregunta me salió del pecho antes de pasar por el cerebro.

—No.

Demasiado rápido quizá.

Bea lo notó, claro que lo notó. Pero también fue lo bastante elegante como para no remarcarlo.

—¿Entonces por qué estás tan asustada?

Me quedé callada unos segundos mirando la calle detrás del cristal.

La gente seguía caminando deprisa bajo el cielo gris cargando bolsas, cafés y vidas normales.

Y precisamente eso era lo que más vértigo me daba últimamente: lo rápido que una normalidad puede empezar a resquebrajarse sin hacer ruido.

Volví a mirar a Bea.

—Porque aunque Álvaro no haya hecho nada malo… firmó documentos confiando en otra persona. Y ahora nadie sabe hasta dónde llega realmente todo esto.

Bea soltó aire lentamente.

Y ahí apareció la antigua analista financiera. La mujer que llevaba veinte años viendo cómo las empresas maquillan incendios mientras sonríen en las juntas de accionistas.

—Eso es lo peligroso.

—¿El qué?

—Que probablemente todavía nadie sabe cuál es el verdadero problema.

Sentí un escalofrío pequeño recorriéndome la espalda.

Bea siguió hablando con esa calma suya que siempre resultaba un poco inquietante.

—Las empresas no suelen hundirse por el error inicial, Marisa. Se hunden por todo lo que hacen después intentando contenerlo.

La frase se quedó conmigo inmediatamente, porque sonaba demasiado cierta.

Removí el café ya frío sin necesidad.

—Álvaro está fatal.

Bea asintió despacio.

—Claro.

Y luego añadió algo que me dejó todavía más incómoda:

—Los hombres como él creen que su valor está en no perder nunca el control. Cuando descubren que el suelo puede moverse debajo de ellos… lo viven casi como una humillación física.

Aquello describía exactamente la cara de Álvaro las últimas noches.

Me apoyé contra el respaldo suspirando.

—No sé cómo ayudarle.

Bea me miró fijamente unos segundos.

—Ya lo estás haciendo.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Cómo?

—Quedándote tranquila mientras él se cae un poco.

La frase me desarmó por completo.

Porque quizá tenía razón. Porque a cierta edad el amor ya no consiste tanto en salvar al otro como en acompañarle mientras atraviesa cosas que no puedes arreglar por él.

Bea dio un sorbo pequeño al café y luego habló otra vez.

—Solo ten cuidado con una cosa.

—¿Con qué?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Con pensar que la gente corrupta siempre parece corrupta. Casi nunca funciona así. La codicia nunca empieza a lo grande. Empieza cuando alguien descubre que puede cruzar una línea… y no pasa nada

El ruido de la cafetería siguió alrededor de nosotras exactamente igual.

Pero de pronto sentí frío.

Me quedé un momento en silencio mirando cómo la gente seguía entrando y saliendo de la cafetería con una tranquilidad que empezaba a parecerme casi ofensiva.

Luego levanté la vista hacia Bea.

—¿Tú qué harías?

Ella soltó una pequeña sonrisa cansada.

—¿Como amiga o como exanalista financiera traumatizada?

—Las dos cosas.

Bea apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos lentamente.

—Como amiga te diría que no te adelantes a escenarios catastróficos porque todavía no sabéis realmente hasta dónde llega esto. Y porque ahora mismo Álvaro necesita una casa, no otro comité de crisis cuando llega por la noche.

Aquello me hizo bajar la vista un instante., porque sabía exactamente a qué se refería.

Llevábamos días viviendo en una especie de estado de alerta silenciosa donde cualquier conversación terminaba girando alrededor del despacho aunque intentáramos evitarlo.

Bea continuó:

—Pero también te digo una cosa: no le dejes encerrarse solo en eso. Los hombres como Álvaro se convencen enseguida de que tienen que sostenerlo todo solos para proteger a los demás, y al final acaban hundiéndose por agotamiento antes incluso de que explote el problema real.

Asentí despacio. Sí. Eso era exactamente Álvaro. Responsable hasta lo absurdo. Convencido de que cuidar significa cargar él con todo.

Bea dio otro sorbo al café antes de seguir hablando, esta vez con un tono más frío, más técnico.

—Y como exanalista financiera… bueno.

La vi escoger cuidadosamente las palabras.

—Si se demuestra que uno de los socios ha participado conscientemente en operaciones ilegales, el despacho entero entra automáticamente en una zona muy complicada.

Noté otra vez aquel nudo desagradable instalándoseme en el estómago.

—¿Complicada cómo?

Bea empezó a enumerarlo casi con la serenidad de quien describe una tormenta que ya ha visto demasiadas veces.

—Auditorías internas agresivas. Revisión de operaciones internacionales. Clientes importantes congelando proyectos hasta entender qué está pasando. Bancos revisando exposición. Y si la cosa escala de verdad…

No terminó la frase inmediatamente.

—¿Qué?

—Fiscalía. Hacienda. Prensa económica. Posibles investigaciones sobre trazabilidad de fondos y responsabilidades compartidas.

La palabra compartidas se me quedó clavada.

Porque ahí estaba el verdadero miedo.

No Ricardo, sino la posibilidad de que el desastre terminara arrastrando también a quienes habían confiado en él.

Bea me observó con atención.

—Escúchame bien, Marisa. En estos casos muchas veces no hace falta que alguien sea culpable directamente para acabar completamente destrozado.

Sentí literalmente frío en las manos.

—Álvaro no sabía nada.

—Lo sé.

Y lo dijo sinceramente.

—Pero las investigaciones no funcionan con intuiciones morales. Funcionan con firmas, autorizaciones, correos y cadenas de responsabilidad.

Aquello me dejó muda unos segundos. Porque de pronto entendí la verdadera dimensión del miedo de Álvaro. No era solo perder dinero, ni prestigio.

Era perder la seguridad de saberse claramente inocente dentro de algo sucio.

Bea debió notar cómo se me cambiaba la cara porque inmediatamente suavizó el tono.

—Oye. También puede pasar otra cosa.

La miré enseguida.

—¿Qué?

—Que consigan contenerlo antes de que salga fuera. Que sacrifiquen internamente al socio traidor, negocien discretamente y el despacho sobreviva.

Aquello sonaba casi esperanzador.

Hasta que Bea añadió:

—Pero incluso en ese escenario, nada vuelve exactamente a ser igual después.

Y esa frase, dicha tan tranquila mientras fuera seguía pasando gente con bolsas de Zara y cafés para llevar, me pareció una de las cosas más adultas y más tristes que había escuchado últimamente.

Nos quedamos un rato más hablando de cosas pequeñas, casi por necesidad biológica. De series absurdas, de una exposición que Bea quería ver antes de que la quitaran y de lo insoportable que se estaba poniendo Madrid con los precios de cualquier cosa mínimamente moderna servida en una taza de cerámica irregular.

Supongo que el cerebro necesita descansar un poco incluso del miedo.

Cuando pedimos la cuenta ya empezaba a oscurecer fuera y las luces amarillas de las tiendas se reflejaban en el asfalto húmedo de la calle. Madrid tenía esa belleza melancólica de las tardes de otoño en las que todo parece ligeramente cinematográfico aunque por dentro una esté pensando en auditorías, chantajes y posibles delitos financieros.

Asentí lentamente. Aunque ambas sabíamos que probablemente algo sí había cambiado ya para siempre Yo seguía dándole vueltas a todo lo que acababa de contarme cuando me di cuenta de algo bastante evidente: llevaba casi una hora hablando de mi miedo y del problema de Álvaro, y apenas le había preguntado a Bea cómo estaba ella realmente.

La miré por encima de la taza ya vacía.

—Oye… ¿y tú cómo estás?

Bea arqueó una ceja.

—¿Quieres la respuesta corta o la que acaba con otra botella de vino?

—La auténtica.

—Pues sorprendentemente bien.

Aquello sí me sorprendió.

—¿De verdad?

Asintió despacio.

—Sí. Todavía hay días en los que me despierto y pienso que tengo que conectarme al banco o revisar mercados asiáticos y luego recuerdo que ya no es mi problema.

Soltó aire lentamente.

—Y hay algo bastante liberador en eso.

La observé con atención.

Seguía habiendo cansancio en ella, claro. Y una especie de desconcierto vital inevitable después de dedicar media vida a un trabajo que de pronto desaparece. Pero también percibí algo nuevo: ligereza, como si una parte de ella estuviera empezando a respirar mejor.

—¿Entonces qué vas a hacer?

Bea se encogió ligeramente de hombros.

—No tengo ni idea.

Y aquella sinceridad sonó muchísimo más sana que cualquier plan perfectamente estructurado.

—Lo único que sé es que no quiero volver a trabajar como analista financiera. No quiero volver a vivir pendiente de mercados, informes trimestrales y reuniones donde hombres agotados fingen que entienden la vida porque entienden gráficos.

Aquello me arrancó una sonrisa.

Bea continuó:

—Necesito tiempo para mí. Para pensar quién soy fuera de todo eso. Reinventarme un poco.

La palabra quedó flotando entre nosotras con una mezcla rara de miedo y entusiasmo.

—Aunque seguramente terminaré haciendo algo relacionado con gestión de patrimonio —añadió—. Después de veinte años escuchando a ricos preocupados por seguir siendo ricos, una acaba aprendiendo cosas útiles.

—Y contactos precisamente no te faltan.

—Exacto. Tengo media agenda de Madrid financiero acercándose peligrosamente a la jubilación y completamente aterrorizada con sus inversiones.

Aquello me hizo reír.

—Vamos, que acabarás montando una consultoría elegante donde cobrarás muchísimo dinero por decirle a señores mayores que no inviertan en criptomonedas.

—Ese es exactamente mi sueño empresarial.

Nos reímos las dos y por un momento todo volvió a sentirse ligero, como antes de que las conversaciones adultas empezaran siempre a incluir hipotecas, despidos o posibles delitos financieros.

Luego Bea dio un sorbo al café ya casi frío y añadió:

—Pero antes me voy.

—¿Ah sí?

Asintió con una pequeña sonrisa que esta vez sí parecía verdaderamente ilusionada.

—La Provenza francesa. Un mes.

—Qué maravilla.

—Voy a empaparme de cultura, de pueblos preciosos y probablemente también de cantidades irresponsables de vino.

—Eso último me parece importantísimo para el crecimiento personal.

—Por supuesto. Quiero leer, caminar, comer queso carísimo y fingir que soy una mujer sofisticada europea que entiende de lavanda y pintura impresionista.

La miré sonriendo. Y por primera vez desde que la despidieron tuve la sensación de que quizá Bea no estaba perdiéndose. Quizá simplemente estaba soltando una vida que ya no quería seguir viviendo igual.

Ella debió notar lo que estaba pensando porque añadió muy bajito:

—Ya veré a la vuelta qué hago con mi vida.

Y lo dijo sin angustia. Como alguien que, por primera vez en muchísimo tiempo, había dejado de correr.

Nos levantamos despacio.

Y justo antes de irnos, Bea me abrazó fuerte. No uno de esos abrazos rápidos y sociales que la gente se da por costumbre. Uno de verdad.

—Escúchame —me dijo separándose apenas para mirarme—. Todavía no ha pasado nada irreversible.

Bea me colocó el cuello del abrigo como hacía siempre, en ese gesto medio maternal suyo que ocultaba detrás de su sarcasmo

permanente.

—Y otra cosa. No cargues tú también con todo. Bastante tendrá Álvaro con intentar sostener el despacho como para que tú te conviertas además en su muro de contención emocional veinticuatro horas al día.

Solté una pequeña risa cansada.

—¿Me estás diciendo que no dramatice?

—No. Te estoy diciendo que duermas, comas y sigas poniéndote tus cremas futuristas. El bienestar empieza por aceptarse a una misma. Y si además te rellenas el surco nasogeniano, mejor.

Aquello me hizo reír de verdad por primera vez en varios días.

Nos despedimos en la esquina y vi a Bea alejarse calle abajo con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, caminando deprisa entre toda aquella gente que seguía viviendo su martes normal sin saber que el mundo de otros podía estar tambaleándose a pocos metros.

Yo me quedé quieta unos segundos antes de empezar a caminar hacia el coche.

Tenía las ideas más claras. Muchísimo más claras.

Pero no por ello me sentía más tranquila.

Capítulo 27: Celebrar algo

Las crisis personales tienen una característica profundamente incómoda: al resto del mundo le da exactamente igual que existan.

La vida sigue. Los correos siguen llegando y las reuniones continúan apareciendo en el calendario. Mientras tanto, la gente sigue preguntando si prefieres leche de avena o normal mientras tú intentas recordar cuándo fue la última vez que respiraste tranquila.

Aquella semana en la agencia estábamos organizando el evento del vigésimo aniversario y el nivel de estrés colectivo empezaba a rozar ya lo psiquiátrico.

Todo el mundo corría por los pasillos: creativos, comerciales y proveedores hablando un dialecto corporativo completamente incomprensible para cualquier ser humano normal.

La agencia quería celebrar sus veinte años a lo grande.

Y cuando una empresa de publicidad decide celebrar algo, el resultado suele parecer una mezcla entre fiesta sofisticada, secta corporativa y boda cara de gente guapa.

Había que decidir sobre flores, luces, photocall, invitados, vídeos emocionales, discursos, regalos, música, cócteles, y probablemente la alineación moral completa del universo.

Yo llevaba tres días discutiendo con un proveedor porque las letras luminosas del escenario tenían menos presencia de la prevista, que es una frase completamente absurda que, sin embargo, entendí perfectamente en cuanto la escuché.

Y honestamente, aquello me estaba viniendo bien. Muy bien. Porque mantener la cabeza ocupada en problemas ridículos relacionados con iluminación decorativa dejaba muchísimo menos espacio mental para pensar en hackeos, chantajes, desfalcos financieros y posibles ruinas matrimoniales o económicas.

Eva estaba absolutamente entregada al evento, Posiblemente porque desayuna algas fermentadas con nombre impronunciable, hacía que recorriera la agencia como una mezcla entre directora creativa y comandante militar

Aquella mañana apareció en mi despacho con un café en la mano y energía suficiente para alimentar una pequeña central eléctrica.

—Necesito que me confirmes hoy el seating de clientes porque el CEO quiere sentar juntos a los de Lexus y los de Estrella Galicia para "generar sinergias emocionales".

La miré unos segundos.

—¿Qué significa exactamente una sinergia emocional?

Eva ni pestañeó.

—No tengo ni idea, pero suena carísimo, así que habrá que hacerlo.

Durante unas horas conseguía olvidarme de verdad del miedo.

Contestaba correos, hablaba de centros florales, discutía sobre iluminación cálida y elegía tipografías para un photocall gigantesco donde personas muy bien hidratadas fingirían espontaneidad delante de fotógrafos.

Y nadie notaba nada raro en mí. Ni Eva. Ni mis compañeros. Ni siquiera yo durante algunos momentos.

Supongo que los adultos hacemos eso constantemente: seguir trabajando mientras por dentro intentamos impedir discretamente que la vida se desordene demasiado.

A veces incluso me sorprendía pensando algo absurdo sobre la fiesta —si las velas del cóctel combinarían con el tono del escenario, por ejemplo— y durante unos segundos olvidaba completamente que mi marido podía estar sentado sobre una bomba profesional capaz de estallarnos en la cara en cualquier momento.

Luego el móvil vibraba. Y todo volvía otra vez.

No siempre era Álvaro, muchas veces solo mensajes normales: Lucía mandando fotos de Bali medio descalza en templos imposibles, Javi preguntando si quedaba pizza, el grupo de las chicas discutiendo sobre si Pilar debía hacerse flequillo porque aparentemente el terrorismo capilar femenino nunca descansa.

Pero aun así cada vibración me tensaba automáticamente el cuerpo.

Como si en cualquier momento fuera a aparecer una noticia capaz de partir la vida en dos mitades: antes y después.

Aquella tarde, mientras revisábamos la escaleta del evento en la sala de reuniones, me quedé mirando a mi alrededor unos segundos.

Las paredes estaban cubiertas de campañas exitosas mientras alrededor la gente debatía sobre creatividad con intensidad casi filosófica, los junior intentaban aparentar entusiasmo pese a las ojeras y Eva defendía apasionadamente la experiencia inmersiva de una entrada con humo y música en directo como si el futuro de la civilización dependiera exactamente de aquello.

Y pensé algo bastante triste, y es que gran parte de nuestras vidas adultas consistía precisamente en eso: en organizar celebraciones, reuniones y cenas bonitas mientras intentábamos que nadie notara demasiado las grietas.

Los cuatro días siguientes desaparecieron en una nube de llamadas, cambios de última hora y decisiones absurdamente urgentes sobre cuestiones que, vistas con un mínimo de perspectiva histórica, probablemente no importaban nada. Pero así funciona la publicidad: todo parece crítico mientras sucede.

El evento finalmente se celebraría en el Casino de Madrid, en la calle Alcalá, porque al parecer si una agencia cumple veinte años no basta con poner unas copas y unas luces bonitas; hay que crear una experiencia sofisticada, aspiracional y ligeramente intimidante para que todo el mundo recuerde que seguimos siendo modernos aunque algunos ya tengamos una edad donde las lumbares empiezan a opinar.

La cuenta atrás convirtió la agencia en un pequeño manicomio elegante.

Cada hora surgía un problema nuevo: que si las invitaciones VIP, que si un cliente quería cambiar de mesa, que si el DJ “no entendía el concepto sonoro de la noche”,
que si las flores parecían demasiado nupciales, que si las luces favorecían poco los vídeos para redes sociales.

Hubo incluso una reunión de cuarenta minutos para debatir si los camareros debían llevar americana negra o blanca porque, al parecer, eso modificaba completamente la narrativa visual del evento.

Yo asentía ya a todo con la serenidad mental de una rehén. Y quizá precisamente por eso aquellos días me ayudaron tanto, pues apenas me dejaron tiempo para pensar en otra cosa.

Álvaro seguía extraño, más silencioso de lo normal y constantemente pendiente del móvil, pero ambos habíamos desarrollado una especie de pacto tácito para no convertir cada noche en una reunión de crisis matrimonial-financiera.

Nos cuidábamos así: dejándonos respirar a ratos.

Y finalmente llegó la gran noche.

Me quedé unos segundos frente al espejo intentando decidir si todavía era una persona funcional o simplemente una mujer correctamente maquillada sobreviviendo por inercia.

Había elegido un vestido verde oscuro de gasa, ligero y fluido, con una caída bonita que conseguía exactamente lo que una espera de ciertos vestidos a partir de los cincuenta: parecer sofisticada sin necesidad de dejar de respirar.

El tejido se movía al caminar con una especie de ligereza etérea que me hacía sentir más descansada y glamurosa de lo que realmente estaba.

Me había alisado el pelo y las mechas rubias destacaban más de lo habitual cayéndome sobre los hombros con ese efecto de peluquería recién hecha que dura aproximadamente tres horas antes de que Madrid y la humedad destruyan tus aspiraciones estéticas.

Cuando salí del baño, Álvaro levantó la vista del móvil.

Y por primera vez en varios días le cambió completamente la cara.

Me miró unos segundos antes de sonreír de verdad.

—Estás increíble.

La frase me pilló completamente desprevenida.

Porque aquellas palabras no sonaron a frase automática ni a una de esas expresiones de apoyo que los matrimonios repiten por costumbre cuando las cosas se complican. Había algo genuino en su voz, una sinceridad tranquila que me desarmó más que cualquier discurso elaborado. Quizá por eso me afectó tanto. Mientras lo escuchaba, sentí cómo algo que llevaba días desordenado dentro de mí empezaba a recolocarse lentamente, como si una parte de la fuerza que creía perdida hubiera decidido regresar sin hacer ruido. Como si durante unos segundos todavía pudiéramos seguir siendo simplemente nosotros: una mujer arreglándose para un evento y un marido mirándola con orgullo desde la cama.

Y no una pareja intentando ignorar que el suelo bajo sus pies empezaba a tambalearse.

Me acerqué para ponerme los pendientes frente al espejo del dormitorio y Álvaro se levantó despacio acercándose por detrás.

Me rodeó suavemente la cintura.

—Vas a arrasar esta noche.

Sonreí mirándonos reflejados en el espejo.

—Espero al menos no tropezarme delante de todos esos directivos que llevan relojes más caros que mi coche y hablan de estrategia como si fueran a reorganizar el planeta después del postre.

Álvaro apoyó la barbilla en mi hombro.

Y durante unos segundos los dos fingimos muy bien que todo seguía siendo completamente normal.

El Casino de Madrid estaba espectacular.

Desde la entrada todo parecía diseñado para impresionar suavemente, sin necesidad de caer en la vulgaridad de los eventos que gritan lujo demasiado fuerte. Las escaleras iluminadas, los enormes salones históricos, las lámparas reflejándose sobre el mármol y aquel murmullo elegante de copas, conversaciones y música hacían que por una noche todos pareciéramos versiones ligeramente mejores de nosotros mismos.

La agencia había conseguido exactamente lo que buscaba: que todo el mundo al entrar sintiera inmediatamente que estaba en un lugar importante donde merecía la pena ser visto.

Había luz cálida en los puntos justos, centros florales enormes pero sofisticados, camareros impecables moviéndose entre grupos de clientes y una pantalla gigantesca proyectando campañas históricas de la empresa mientras sonaba música lo bastante moderna como para parecer actual y lo bastante discreta como para que los directivos pudieran seguir escuchándose hablar a sí mismos, que al final es lo que más les gusta.

La gente estaba impresionada, se notaba enseguida.

Los clientes sonreían mirando alrededor con esa expresión satisfecha de quien siente que ha elegido bien dónde invertir su dinero y su ego. Los equipos de cuentas respiraban por fin después de semanas de estrés y hasta los creativos parecían temporalmente reconciliados con la existencia humana gracias a las barras de cócteles y a la posibilidad de ligar elegantemente bajo iluminación favorecedora.

Eva, por supuesto, estaba radiante.

Llevaba un vestido negro impecable, sencillo pero carísimo de esos que parecen no hacer nada especial hasta que entiendes que precisamente por eso cuestan una fortuna. Caminaba saludando gente como si hubiera nacido exactamente para moverse entre empresarios, marcas premium y conversaciones importantes.

La observé unos segundos mientras abrazaba a antiguos clientes, reía con naturalidad y conseguía que todo el mundo sintiera que aquella noche estaba ligeramente construida a su alrededor.

Había personas que envejecían. Eva, en cambio, parecía haberse especializado en evolucionar estratégicamente.

Yo iba de un lado a otro pendiente de todo, mesas, sonido, tiempos, de que ningún cliente importante se quedara diez segundos sin una copa en la mano, porque en publicidad hemos convertido detalles absurdos en ciencias exactas.

Y aun así estaba disfrutando muchísimo. Sentía esa adrenalina bonita de los eventos cuando empiezan a funcionar solos y comprendes que semanas enteras de estrés, correos y discusiones sobre flores han servido para algo.

En un momento determinado las luces bajaron ligeramente y Eva subió al escenario.

El salón fue silenciándose poco a poco.

Ella cogió el micrófono con esa seguridad natural de quien sabe perfectamente manejar una sala llena de gente importante.

Sonrió mirando alrededor antes de empezar.

—Hace veinte años esta agencia cabía en una oficina diminuta donde el aire acondicionado funcionaba solo cuando le daba la gana y compartíamos una cafetera que probablemente violaba varias leyes sanitarias europeas.

Las primeras risas relajaron inmediatamente el ambiente.

Eva continuó hablando de los comienzos, de las primeras campañas, de clientes imposibles, de noches interminables preparando presentaciones y de lo extraño que resultaba mirar atrás y descubrir cuántas vidas cabían dentro de veinte años de trabajo.

Pero lo hizo sin caer en sentimentalismos excesivos, sino con inteligencia, humor y verdad.

—La publicidad tiene algo muy curioso —dijo en un momento determinado—. Todo el mundo cree que nuestro trabajo consiste en vender cosas. Pero en realidad llevamos veinte años intentando entender personas.

Aquello hizo que el salón quedara completamente atento.

—Entender qué necesitan. Qué desean. Qué les emociona. Qué les hace confiar. Y luego intentar contar su historia de la mejor manera posible para que brillen.

Miré alrededor mientras hablaba.

Los equipos escuchándola, los clientes asintiendo. Gente sonriendo bajo aquella luz cálida cuidadosamente diseñada para favorecer rostros, egos y probablemente también alguna que otra

inseguridad perfectamente maquillada. Y por primera vez en varios días sentí algo parecido a calma.

Y, mezclado con el cansancio y la preocupación, también sentí orgullo. Orgullo por mi trabajo, por la agencia que habíamos levantado a base de esfuerzo y decisiones difíciles, y por todos aquellos años en los que había aprendido a moverme en un sector que rara vez regalaba nada. Había atravesado crisis económicas, cambios de mercado, clientes imposibles y épocas en las que parecía que todo el mundo sabía mejor que yo cómo debía hacerse mi trabajo. Sin embargo, allí seguía. Quizá con menos energía que a los treinta y con alguna arruga más de las previstas, pero también con una experiencia que no se compra ni se improvisa.

Y por primera vez en mucho tiempo me permití reconocer algo que casi nunca me decía a mí misma: había trabajado muy duro para llegar hasta allí y, pasara lo que pasara en las próximas semanas, nadie podía quitarme eso. Porque pese al cansancio, a los cambios y al miedo silencioso que llevaba días acompañándome, aquella noche recordé algo importante: yo también había construido una vida profesional sólida. Importante.

Mía.

La noche fue avanzando entre discursos, brindis y conversaciones cruzadas que se mezclaban con música, copas y esa euforia elegante que aparece cuando un evento sale exactamente como debía salir.

Los clientes estaban encantados, la gente bailaba ya cerca de la medianoche con la dignidad razonable que puede mantener un ejecutivo después de varios gin-tonics premium y hasta los camareros parecían moverse con menos tensión que al principio.

Habíamos sobrevivido, que en publicidad muchas veces es lo más parecido al éxito absoluto.

Yo seguía recorriendo el salón casi por inercia, saludando gente, comprobando detalles y recogiendo felicitaciones como quien termina una maratón sin recordar demasiado bien en qué momento dejó de sentir las piernas.

Fue cerca de la una cuando encontré por fin a Eva junto a una de las barras laterales observando el salón con esa expresión satisfecha y agotada que solo aparece después de meses de trabajo bien hecho.

Al verme sonrió inmediatamente.

—Lo hemos conseguido.

Solté una risa cansada.

—Yo todavía no me lo creo del todo.

Eva negó despacio con la cabeza mientras levantaba la copa hacia mí.

—No, Marisa. Tú lo has conseguido.

Aquello me pilló desprevenida.

Intenté quitarle importancia con un gesto, pero Eva continuó hablando antes de que pudiera hacerlo.

—Te lo digo completamente en serio. No sé cómo consigues coordinar veinte cosas a la vez sin perder nunca la cabeza. Bueno, o al menos sin perderla delante de los demás.

Eso me hizo reír.

Eva se acercó un poco más bajando la voz.

—Eres de las pocas personas con las que sé que puedo trabajar tranquila. Siempre estás pendiente de todo. Siempre sosteniendo cosas que nadie más ve.

La frase me tocó más de lo que esperaba, quizá porque últimamente tenía la sensación de pasarme la vida entera sosteniendo cosas.

Eva debió notarlo porque inmediatamente suavizó la sonrisa y me abrazó fuerte.

—Gracias por esta noche.

Le devolví el abrazo sintiendo de pronto todo el cansancio acumulado durante aquellas semanas.

—Ha quedado precioso.

—Ha quedado espectacular —corrigió ella—. Y gran parte es gracias a ti.

Nos separamos lentamente y durante unos segundos nos quedamos mirando el salón todavía lleno de gente, luces y conversaciones brillantes.

Todo seguía funcionando.

Perfectamente.

Como si el mundo fuera exactamente el lugar ordenado y estable que todos fingíamos que era.

Poco después pedí un taxi.

Las calles mojadas reflejaban luces amarillas y grupos de gente riéndose delante de restaurantes todavía abiertos. Me apoyé contra el asiento mientras el coche avanzaba por Alcalá y observé la ciudad detrás de la ventanilla como si llevara muchísimo tiempo sin mirarla realmente.

Tenía los pies destrozados y la cabeza agotada. Y el móvil lleno de mensajes de compañeros celebrando el éxito de la fiesta.

Sonreí cansadamente mientras apoyaba la frente unos segundos contra el cristal frío.

Y allí, atravesando Madrid de madrugada con el vestido verde todavía oliendo a perfume y humo elegante de evento corporativo, sentí durante unos minutos que quizá no todo estaba agrietándose todavía.

Capítulo 28: Contener

Durante las dos semanas siguientes todo se movió con una discreción casi quirúrgica. Reuniones privadas, llamadas cifradas, auditorías internas y conversaciones que jamás existirían oficialmente aunque terminaran decidiendo el futuro de varias personas.

Finalmente hicieron exactamente lo que Bea había anticipado: negociaron.

No hubo amenazas cinematográficas ni encuentros absurdos en aparcamientos oscuros. Todo ocurrió de la manera en que suelen ocurrir las cosas realmente peligrosas entre gente poderosa: restaurantes elegantes, despachos silenciosos y conversaciones educadísimas donde cada frase podía destruir una carrera.

El problema era Ricardo, el socio traidor.

Había pedido demasiado dinero, había tensado la cuerda y, peor aún, se había convertido en alguien imprevisible.

El acuerdo llegó rápido una vez entendido eso.

Ricardo abandonaría el despacho discretamente alegando "motivos personales", se revisarían internamente determinadas operaciones y ambas partes darían el asunto por cerrado. O lo más cerrado posible.

Porque aun así hubo filtraciones, pequeñas y controladas, pero suficiente como para que algún medio económico publicara rumores vagos sobre movimientos extraños relacionados con operaciones internacionales. Un blog financiero habló de "salida inesperada" de uno de los socios principales. Algunos clientes empezaron a hacer preguntas con esa falsa tranquilidad de quien ya sospecha la respuesta.

Y aunque el despacho consiguió contener el escándalo antes de que explotara públicamente, algo quedó tocado para siempre. La confianza.

Nada visible desde fuera quizá. Pero dentro sí.

Álvaro empezó a volver a casa algo menos tenso, aunque yo notaba perfectamente que aquello no significaba alivio real. Era más bien agotamiento después de demasiado tiempo sosteniendo el miedo. Y también había otra cosa.

Rabia. Una rabia fría y profundamente personal que apenas verbalizaba.

Porque el verdadero golpe para él no había sido únicamente el riesgo profesional.

Había sido Ricardo, la traición y la humillación de descubrir que alguien en quien habías confiado durante años llevaba tiempo viviendo una vida paralela delante de ti.

El cara a cara ocurrió un viernes por la tarde en el despacho ya casi vacío.

Ricardo había ido a recoger algunas cosas personales antes de desaparecer oficialmente de la firma y Álvaro le encontró solo en su antiguo despacho, guardando documentos en una caja con esa lentitud extraña de quien todavía no termina de asumir que una vida puede desmontarse en una tarde.

Durante unos segundos ninguno habló. Ricardo levantó la vista primero.

Tenía muchísimo peor aspecto, más viejo, más pequeño incluso.

Como si toda aquella seguridad elegante de abogado brillante se hubiera evaporado de golpe dejando únicamente al hombre que había debajo.

Álvaro cerró la puerta despacio.

—¿Era todo mentira?

La pregunta salió seca y directa.

Ricardo bajó la vista hacia los papeles antes de responder.

—No.

Pero ni siquiera sonó convincente.

Álvaro avanzó un poco dentro del despacho sintiendo una mezcla tan enorme de rabia y decepción que apenas conseguía mantener la voz estable.

—Nos utilizaste.

Ricardo soltó aire lentamente.

—Sí.

Aquella facilidad para admitirlo casi le enfureció más.

—¿Sabes lo que has hecho? —preguntó Álvaro—. ¿Tienes idea de dónde nos has metido?

Ricardo levantó la vista hacia él con un cansancio devastador.

—Claro que lo sé.

—¡No! —estalló Álvaro por primera vez—. ¡No tienes ni puta idea! Porque tú no eres el que ha tenido que mirar a los demás socios mientras todo esto se caía a pedazos. Tú no eres el que ha tenido que volver a casa pensando si acabas de arrastrar contigo veinte años de reputación por confiar en la persona equivocada.

El silencio posterior fue brutal.

Ricardo se dejó caer lentamente en la silla.

Y entonces habló muy bajito.

—No tienes ni idea de la facilidad con la que uno empieza a justificar ciertas cosas.

Aquella frase dejó a Álvaro inmóvil.

Ricardo siguió hablando mirando un punto fijo delante de él.

—Al principio siempre parece temporal. Una excepción. Un favor. Una línea pequeña que cruzas pensando que todavía controlas perfectamente la situación.

Se rió sin humor.

—Y cuando quieres darte cuenta llevas años convirtiéndote en alguien que jamás imaginaste ser.

Álvaro apretó la mandíbula.

Porque lo peor era que Ricardo no sonaba como un villano.

Sonaba como un hombre destruido.

—Podrías haber hablado conmigo.

Ricardo levantó lentamente la cabeza. Y ahí apareció algo todavía más incómodo: lucidez.

—¿Para qué?

Álvaro lo miró fijamente.

Ricardo sostuvo la mirada unos segundos antes de rematar, casi con tristeza:

—Tú habrías hecho lo mismo.

La frase golpeó a Álvaro como un puñetazo físico.

—No.

Ricardo sonrió apenas. Una sonrisa agotada.

—Eso es precisamente lo que necesitas creer ahora mismo, Álvaro - le dijo Ricardo con una acritud cansada, casi amarga, como alguien que ya había dejado de intentar salvarse pero todavía necesitaba arrastrar consigo una última verdad incómoda.

Y aquello fue probablemente lo que más daño le hizo de todo.

Aquel encuentro con Ricardo dejó a Álvaro profundamente tocado durante varios días.

No solo por la rabia. Ni siquiera por la traición.

Sino porque algunas frases, cuando vienen de alguien que ha cruzado determinadas líneas, tienen la capacidad horrible de quedarse dentro de la cabeza repitiéndose solas durante demasiado tiempo.

"Tú habrías hecho lo mismo."

Álvaro odiaba aquella frase precisamente porque una parte mínima y profundamente humana de sí mismo necesitaba demostrar constantemente que no era verdad.

Los días siguientes en el despacho transcurrieron bajo una tensión rara, mucho más silenciosa que al principio. El caos había desaparecido, sí, pero ahora todo parecía funcionar con una prudencia incómoda, como una familia intentando comportarse con normalidad después de una pelea enorme que nadie quiere volver a mencionar.

Y sin embargo el verdadero termómetro de la situación nunca fueron las auditorías ni los abogados externos, sino los clientes. Porque en aquel mundo el prestigio funcionaba exactamente igual que el oxígeno: solo notabas realmente su importancia cuando empezaba a faltar.

Algunos llamaban con excusas vagas para interesarse por la "reestructuración interna" del despacho. Otros directamente fingían normalidad mientras preguntaban demasiado por Ricardo. Y unos pocos desaparecieron discretamente sin necesidad siquiera de despedirse.

Aquello era quizá lo más humillante de las crisis elegantes: la gente importante casi nunca monta escándalos. Simplemente deja de llamarte.

Por eso Álvaro acudió a aquella comida especialmente tenso.

El encuentro era con Federico Salvatierra, uno de los clientes más antiguos e importantes de la firma. Un empresario del sector energético que llevaba más de quince años trabajando con ellos y cuya continuidad dentro del despacho era observada casi como un indicador bursátil interno.

Si Federico seguía confiando en ellos, otros probablemente también lo harían.

Comieron en un restaurante clásico cerca del Paseo de la Castellana, uno de esos sitios donde los camareros parecen llevar allí desde la Transición y donde los hombres hablan de millones de euros mientras comen merluza y fingen que no están compitiendo constantemente entre ellos.

La conversación empezó normal, hablando de mercados, de política, de lo insoportable que se había vuelto encontrar buenos perfiles jóvenes y de lo rápido que las nuevas generaciones parecían cansarse de trabajar más de ocho horas seguidas sin sufrir una crisis identitaria.

Pero Álvaro sabía perfectamente que todo aquello era simplemente la antesala.

Y finalmente llegó.

Federico dejó lentamente la copa sobre la mesa y lo miró fijamente.

—Dime una cosa, Álvaro.

Ahí estaba.

La pregunta real.

Álvaro sostuvo la mirada sin responder todavía.

Federico habló despacio.

—¿Qué coño ha pasado en vuestro despacho?

No hubo dramatismo, ni agresividad. Era la pregunta de un hombre que no quería rumores, sino verdad o al menos la versión más cercana posible a ella.

Álvaro permaneció unos segundos en silencio mirando la mesa.

Sabía perfectamente que cualquier respuesta demasiado contundente sonaría falsa y que negar lo evidente a aquellas alturas sería insultar la inteligencia de alguien que llevaba décadas moviéndose entre consejos de administración y operaciones multimillonarias.

Así que eligió algo mucho más honesto.

—Ha habido decisiones personales muy equivocadas.

Federico no apartó la vista de él.

Álvaro continuó:

—Y estamos intentando contener las consecuencias antes de que dañen a gente que no tiene nada que ver con eso.

La respuesta quedó suspendida entre ambos con toda la información importante cuidadosamente escondida debajo.

Federico asintió muy despacio, como si en realidad ya supiera bastante más de lo que estaba diciendo.

—¿Y tú?

Aquella pregunta sí golpeó directamente.

Álvaro frunció ligeramente el ceño.

—¿Yo qué?

Federico se inclinó apenas hacia delante.

—¿Tengo motivos para preocuparme contigo?

Levantó la vista hacia Federico. Y habló completamente en serio.

—No.

Federico lo observó durante unos segundos larguísimos. Evaluándolo. No como abogado, ni como socio. Como hombre.

Y finalmente asintió despacio.

—Eso pensaba.

Aquella frase produjo en Álvaro un alivio tan fuerte y tan inesperado que casi le dejó exhausto de golpe.

Federico cogió de nuevo la copa.

—Llevo demasiados años trabajando contigo como para no distinguir cuándo alguien está intentando salvarse el culo y cuándo alguien está intentando salvar lo que queda decente de un sitio.

Álvaro bajó la vista un instante.

No sabía hasta qué punto necesitaba escuchar exactamente aquello hasta que lo escuchó.

Federico siguió hablando con tranquilidad.

—Voy a seguir trabajando con vosotros. Y se lo voy a dejar bastante claro también a mis socios.

La tensión acumulada durante semanas pareció aflojarse ligeramente dentro del pecho de Álvaro. Muy poco, pero lo suficiente.

Porque quizá el verdadero miedo no había sido únicamente perder clientes.

Había sido perder la posibilidad de seguir mirándose a sí mismo con cierta dignidad después de todo aquello.

Cuando salió del restaurante y empezó a caminar por la Castellana, sintió por primera vez en mucho tiempo algo parecido a esperanza, no para olvidar lo ocurrido. Eso probablemente tardaría años. Pero sí para empezar a creer que todavía era posible reconstruir parte de lo que Ricardo había estado a punto de destruir para todos.

Cuando salió del restaurante, Álvaro caminó unos minutos despacio por la Castellana con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y una sensación extraña de agotamiento mezclada con alivio. El aire fresco le despejó ligeramente la cabeza.

Por primera vez en semanas sentía que quizá el mundo no iba a derrumbarse del todo.

Miró el móvil. Tenía varios mensajes del despacho, dos llamadas perdidas y un correo marcado como urgente que probablemente

requería otra reunión absurda sobre protocolos internos y reputación corporativa.

Se quedó quieto unos segundos mirándolo. Y de pronto pensó: a la mierda.

Volvió al despacho únicamente para recoger el portátil, un par de informes y algunas carpetas pendientes. Saludó rápidamente a la recepcionista, ignoró elegantemente a un asociado que intentó detenerle para comentarle no sé qué auditoría y salió otra vez a la calle antes de que alguien pudiera atraparlo en otra conversación sobre el fin del mundo jurídico-financiero.

Aquella tarde simplemente quería irse a casa.

Cuando abrió la puerta no se encontró el silencio que necesitaba, sino el sonido lejano y frenético de disparos digitales procedente del salón.

Javi estaba tirado en el sofá en pantalón corto, completamente absorbido por un videojuego, rodeado de una cantidad preocupante de patatas fritas y bebiendo algo fluorescente que probablemente podría utilizarse también para desatascar tuberías industriales.

Levantó apenas la vista al oír entrar a Álvaro.

—Hombre. El abogado del pueblo.

Álvaro dejó el portátil sobre una silla.

—¿Eso qué demonios es?

Javi miró la lata.

—Química avanzada.

Thor dormía junto al sofá completamente entregado ya a la decadencia nutricional de aquella generación.

Álvaro se aflojó la corbata lentamente mientras observaba la pantalla llena de explosiones, coches imposibles y gente gritándose en inglés.

—¿Has trabajado hoy o seguimos financiando tu estilo de vida criminal?

Javi seguía jugando sin apartar la vista.

—Dos horas y cuarto. Estoy agotadísimo.

Aquello hizo que Álvaro soltase una risa involuntaria. Y quizá precisamente por eso decidió sentarse.

Porque llevaba demasiados días sin reírse de verdad.

Se dejó caer en el sofá de al lado observando la partida unos segundos.

No entendía absolutamente nada.

—¿Pero qué se supone que haces exactamente?

—Salvar el mundo.

—Pues parece que estás atropellando gente.

—Los daños colaterales son parte de cualquier liderazgo moderno.

Álvaro negó lentamente con la cabeza.

—Vuestra generación va a destruir Occidente.

Javi sonrió.

—Pero con interfaces muy intuitivas.

Aquello le hizo reír otra vez. Y por primera vez en mucho tiempo, la risa no le dolió.

Javi debió notarlo porque bajó un poco el mando y lo miró mejor.

—¿Qué? ¿Mucho drama empresarial hoy?

Álvaro se quedó callado un instante antes de responder.

—Digamos que he hablado demasiado de dinero y demasiado poco de personas durante las últimas semanas.

Javi asintió lentamente como si entendiera más de lo que aparentaba.

Luego le lanzó otro mando.

—Ven. Te voy a humillar.

Álvaro levantó una ceja.

—¿Perdona?

—Esto es terapia intergeneracional.

Cinco minutos después estaba siendo masacrado de una manera completamente humillante por su propio hijo.

—¿Pero cómo puedes disparar y saltar a la vez? ¡Eso no es físicamente posible!

Javi ni siquiera levantó la vista.

—La debilidad te consume, padre.

—Esto está amañado.

—No. Esto es talento natural.

Thor abrió un ojo ligeramente alarmado cuando Álvaro empezó a protestar indignado tras morir por quinta vez consecutiva en menos de treinta segundos.

—¿Me acabas de atropellar con una moto?

—Técnicamente sí. Pero desde el cariño.

La carcajada que soltó Álvaro esta vez resonó por todo el salón.

Y fue exactamente ahí cuando llegué a casa.

Abrí la puerta esperando encontrarme el ambiente tenso y silencioso habitual de las últimas semanas y, en cambio, escuché risas. Risas de verdad.

Entré despacio y me encontré a padre e hijo en el sofá gritándose absurdos el uno al otro mientras en la televisión explotaban coches y sonaba música electrónica infernal.

Javi levantó una mano señalando a Álvaro.

—Mamá, necesito que conste oficialmente que este hombre es completamente inútil salvando civilizaciones digitales.

Álvaro seguía riéndose.

—Tu hijo es un psicópata tecnológico.

—Eso ya lo sabíamos —contesté dejando el bolso.

Y entonces los vi bien. A los dos. Relajados, bromeando. Normales.

Como si durante un rato el miedo hubiera salido discretamente de casa para dejarnos descansar un poco.

Y sinceramente, después de aquellas semanas, aquella imagen me pareció una de las cosas más bonitas que había visto últimamente.

Tu hijo es un psicópata tecnológico.

—Eso ya lo sabíamos —contesté dejando el bolso.

Y entonces los vi bien. A los dos. Relajados, bromeando. Normales.

Como si durante un rato el miedo hubiera salido discretamente de casa para dejarnos descansar un poco.

Y sinceramente, después de aquellas semanas, aquella imagen me pareció una de las cosas más bonitas que había visto últimamente.

Capítulo 29: Después

Las cosas no estallaron de golpe, nadie dio un portazo teatral, tampoco hubo gritos en mitad de la urbanización ni escenas de película delante de las pistas de pádel.

Simplemente un día empezamos a entender que aquello ya no tenía vuelta atrás.

Hablé primero con Ana.

Quedamos a media mañana en una cafetería pequeña y nada más verla comprendí que había entrado ya en esa fase del dolor donde una deja de llorar constantemente porque el cansancio empieza a ocupar más espacio que la pena. Estaba más delgada, pero también extrañamente más serena.

Como si después del golpe inicial hubiera empezado finalmente a asumir la realidad.

Pidió un café solo y removió el azúcar sin necesidad mientras me hablaba.

—Javier ya no va a volver a casa.

La miré unos segundos antes de preguntar:

—¿Habéis hablado?

Ana soltó una sonrisa pequeña y agotada.

—Hablar… sí. Resolver algo, no.

Me contó que Javier llevaba semanas instalado en un apartamento temporal en una urbanización cercana y que seguían moviéndose en esa zona ambigua y profundamente incómoda donde un matrimonio ya está roto aunque todavía nadie haya firmado oficialmente nada.

—No hemos iniciado los trámites de divorcio —dijo finalmente—. Y sinceramente ya ni sé si es por esperanza, por pereza o porque después de tantos años cuesta aceptar que algo se ha terminado de verdad.

Aquella frase me dejó un nudo extraño en el pecho porque entendí perfectamente lo que quería decir: hay relaciones que no terminan de golpe ni explotan en un gran desastre visible, sino que

simplemente dejan de sostenerse poco a poco hasta que un día ambos descubren que llevan demasiado tiempo viviendo sobre algo que ya estaba roto. Ana bajó la vista hacia la taza.

—Lo peor no es siquiera la infidelidad.

La observé en silencio.

—Lo peor es darme cuenta de que hacía muchísimo tiempo que Javier ya no estaba realmente conmigo y yo seguía fingiendo que sí.

No supe qué responder.

Porque había verdades demasiado íntimas como para intentar consolarlas deprisa.

Nos despedimos con un abrazo largo y triste de esos que las mujeres adultas aprendemos a darnos cuando ya no quedan consejos útiles.

Y unos días después hablé con Sofía.

Fue completamente distinto.

Quedamos en una terraza tranquila cerca del Retiro y desde el primer momento tuve la sensación de estar sentada delante de alguien que todavía seguía caminando entre los restos de su propia vida sin saber muy bien qué hacer con ellos.

Sofía siempre había sido discreta, contenida, casi silenciosa emocionalmente.

Pero ahora parecía agotada, como si todo el peso del mundo recayera sobre sus hombros o como alguien que había tomado una decisión enorme sin terminar de medir del todo las consecuencias.

Me contó que Carlos y ella habían iniciado ya los trámites de divorcio.

Ahí sí no hubo margen para zonas grises: Carlos quería resolverlo todo rápido, y eso encajaba perfectamente con él, con su manera orgullosa, práctica y profundamente herida de enfrentarse a las cosas cuando ya no veía ninguna posibilidad de recomponerlas. Seguramente incapaz de soportar demasiado tiempo la humillación de convivir cerca de algo roto.

Sofía hablaba muy despacio mirando a ratos hacia el paseo lleno de gente atravesando el parque.

—Nunca pensé que terminaría pasando algo así.

Había una tristeza rarísima en su voz, pero no sonaba a arrepentimiento exactamente.

Pero sí la conciencia brutal de que ciertas decisiones, una vez tomadas, arrasan con muchísimo más de lo que una imaginaba.

La observé unos segundos antes de preguntarle lo único que llevaba meses flotando en el aire entre todos nosotros.

—¿Estás con Javier?

Sofía tardó en responder. Y aquel silencio fue ya una respuesta completa.

Y aquel silencio fue ya media verdad.

Finalmente asintió muy despacio.

Después bajó la vista hacia la mesa.

—No era algo planeado.

No contesté. Porque a cierta edad una aprende que casi nada importante en la vida ocurre realmente como se planea.

Sofía soltó aire lentamente y entonces, por primera vez desde que nos sentamos, dejó de parecer contenida.

—Lo peor es que no me fui porque apareciera Javier —dijo muy bajito—. Javier apareció cuando yo ya llevaba años perdida.

Sofía siguió hablando, ya sin mirarme.

—Carlos y yo llevábamos muchísimo tiempo mal, Marisa. Muchísimo. Solo que éramos buenos funcionando desde fuera.

Levantó por fin la vista hacia mí y sonrió con una tristeza devastadora.

—Carlos y yo éramos una pareja perfecta para que nos invitaran a cenar. No para vivir dentro de ella.

El silencio que quedó después fue dolorosamente honesto.

Y entonces empezó a salir todo, como si hubiera pasado demasiados años tragándose palabras.

Me contó que Carlos también le había sido infiel varias veces durante el matrimonio. No grandes historias románticas ni amantes secretas de película, sino cosas peores quizá precisamente por lo vulgares que eran: congresos, viajes, cenas que terminaban mal y

luego eran enterradas bajo esa masculinidad cómoda y cobarde de "no significa nada".

—Y quizá de verdad para él no significaba nada —dijo limpiándose una lágrima que acababa de escapársele—. Pero para mí sí significaba algo. Significaba entender que llevábamos años viviendo como compañeros de estructura. Como socios logísticos de una vida bonita.

La escuchaba completamente en silencio. Ya no veía delante de mí a "la otra", sino a una mujer profundamente sola.

Sofía siguió hablando cada vez más rota.

—Intentamos estar bien, de verdad que lo intentamos. Las vacaciones, las cenas, los viajes, el grupo… todo eso ayudaba a distraerse. Había días incluso en los que pensaba que quizá exageraba y que todos los matrimonios largos terminaban convirtiéndose un poco en eso.

Se rio apenas, pero la risa le duró menos de un segundo.

—Pero luego llegaba a casa y no soportaba ni cómo respiraba Carlos.

Aquella sinceridad brutal me dejó inmóvil.

—Y eso da muchísima culpa —continuó—. Porque Carlos no es un monstruo. No me pegaba. No me trataba mal. Desde fuera teníamos una vida estupenda.

Le tembló la voz.

—Y aun así yo me sentía desapareciendo dentro de ella.

Noté entonces cómo empezaba a llorar de verdad. Lloraba de puro agotamiento, de años acumulados.

Sofía se llevó ambas manos a la cara completamente desbordada.

—Estoy destrozando la vida de todo el mundo, Marisa.

Me levanté inmediatamente y me senté a su lado abrazándola sin pensar.

Y ahí fue cuando terminó de romperse.

Apoyó la cabeza en mi hombro llorando con una desesperación contenida y antigua que probablemente llevaba demasiado tiempo

esperando salir.

—No quería hacer daño a nadie… te lo juro… no quería que todo terminara así…

Le acaricié el pelo lentamente mientras la gente seguía pasando alrededor de nuestra mesa sin mirarnos demasiado, con esa educación urbana que consiste en fingir que no ves a alguien llorar en público. Y en medio de aquel abrazo entendí algo profundamente incómodo: que Sofía no había dinamitado una vida feliz.

Había escapado de una vida donde llevaba demasiado tiempo dejando de existir poco a poco. Eso por supuesto, no hacía el dolor de Ana menor, ni convertía lo ocurrido en algo bonito. Pero sí lo volvía humano.

Muchísimo más humano de lo que todos habíamos querido admitir al principio.

Sofía se separó un poco limpiándose las lágrimas completamente avergonzada.

—Perdona…

—No pidas perdón.

Negó lentamente con la cabeza.

—Es que estoy cansada. Jodidamente cansada.

La miré unos segundos.

Y por primera vez desde que todo aquello había empezado, comprendí realmente a Sofía. No necesariamente comprendía sus decisiones ni el dolor que habían provocado, pero sí empecé a entender el lugar emocional desde el que las había tomado, y quizá precisamente por eso todo resultaba todavía más incómodo y más difícil de juzgar.

Lo más extraño era que escuchar por fin la verdad no produjo en mí ni alivio ni escándalo, sino sólo tristeza, porque aquello no había destruido únicamente dos matrimonios. Había destruido algo más grande: nuestro grupo.

Las cenas improvisadas que siempre acababan alargándose más de la cuenta, los domingos eternos pasando de un jardín a otro, las barbacoas donde los hombres se tomaban absurdamente en serio el

control de unas chuletas y las mujeres fingíamos no criticarles mientras lo hacíamos exactamente igual, los partidos de pádel llenos de competitividad ridícula y lesiones lumbares propias ya de nuestra edad, los veranos compartidos y hasta aquellos audios interminables del grupo de WhatsApp donde se mezclaban memes horribles, recomendaciones de restaurantes y discusiones trascendentales sobre dónde cenar un sábado… todo eso había desaparecido de golpe, llevándose también esa sensación cómoda y quizá un poco ingenua de que seguiríamos envejeciendo juntos más o menos igual, simplemente cambiando gin-tonics por antiinflamatorios y resacas por conversaciones sobre colesterol.

Y eso era quizá lo más desconcertante de hacerse mayor: descubrir que incluso las amistades más sólidas a veces dependían de equilibrios invisibles que uno ni siquiera sabía que existían.

El grupo dejó de hablarse casi sin necesidad de anunciarlo.

Las cenas desaparecieron. Los planes dejaron de proponerse. El chat quedó silencioso durante días enteros como una casa abandonada.

Y una tarde, al volver de trabajar, pasé por delante de las pistas de pádel completamente vacías y entendí algo profundamente triste: que muchas veces las cosas importantes no terminan con un gran estallido ni con escenas dramáticas, sino que simplemente van apagándose en silencio hasta que un día descubres que aquello que formaba parte natural de tu vida ha desaparecido sin que nadie se molestara siquiera en anunciar el final.

Aquella noche se lo conté todo a Álvaro.

La conversación con Ana. Las lágrimas de Sofía. La sensación extraña de estar asistiendo al derrumbe silencioso de algo que durante años habíamos dado todos por indestructible.

Álvaro escuchó en silencio desde el sofá mientras yo hablaba. Tenía el portátil abierto sobre las piernas, aunque llevaba varios minutos sin mirar realmente la pantalla.

Cuando terminé, se quedó callado un momento largo.

—Pobre Ana —dijo finalmente.

Asentí despacio.

Luego añadí:

—Y pobre Sofía también.

Aquello hizo que Álvaro levantara la vista hacia mí.

No sorprendido.

Más bien cansado.

Como alguien que últimamente empezaba a comprender demasiadas cosas incómodas sobre la gente.

Me senté junto a él recogiendo las piernas bajo la manta.

—Nunca fueron felices, Álvaro.

Él soltó aire lentamente.

—Ya…

—Carlos también le fue infiel varias veces.

Eso sí pareció impactarle.

Frunció ligeramente el ceño.

—No tenía ni idea.

—Yo tampoco.

Durante unos segundos ninguno habló.

La casa estaba tranquila. Se escuchaba la televisión de algún vecino a lo lejos y el ruido suave del lavavajillas funcionando en la cocina.

Cosas normales.

Domésticas.

Álvaro apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá.

—Lo peor es que ahora entiendo demasiado cosas que preferiría no entender.

La frase quedó flotando entre nosotros con una incomodidad difícil de explicar, porque ambos entendimos perfectamente que Álvaro no hablaba de justificar lo ocurrido ni de convertirlo en algo aceptable, sino de algo mucho más perturbador: comprender hasta qué punto la vida adulta acaba llenándose de zonas grises donde las personas dejan de ser simplemente buenas o malas y empiezan a convertirse en seres contradictorios, cansados y mucho más frágiles

de lo que aparentan desde fuera. Me quedé callada unos segundos antes de decir:

—Creo que Sofía llevaba años desapareciendo dentro de ese matrimonio.

Álvaro asintió lentamente.

—Y Javier probablemente también estaba perdido desde hacía tiempo.

Aquello me produjo una tristeza enorme.

Porque quizá las historias realmente tristes no eran las que terminaban de golpe, sino las que llevaban demasiado tiempo apagándose sin que nadie quisiera mirar de frente.

Apoyé la cabeza en el hombro de Álvaro.

—Qué pena me da todo esto.

Él pasó un brazo alrededor de mí automáticamente.

—A mí también.

Y entonces, casi sin querer, empezamos a hablar no solo de ellos, sino de todo lo que desaparecía con aquella ruptura.

Sonreí un poco entre la nostalgia.

—Carlos agotaba.

Álvaro soltó una risa pequeña.

—Sí. Pero sin él nunca hacíamos nada.

Y era verdad.

Carlos organizaba. Empujaba. Insistía. Montaba grupos, comidas, escapadas y barbacoas como si el silencio social fuera una amenaza real contra la que hubiera que luchar constantemente.

Sin él, el grupo parecía haberse quedado sin motor.

—Es curioso —dije muy bajito—. Nunca pensé que un grupo entero pudiera desaparecer así.

Álvaro me acarició distraídamente el brazo.

—Las amistades de adultos muchas veces dependen más de las parejas de lo que creemos.

Asentí lentamente.

Pensé entonces en Laila y Quico, en la suerte extraña de haber terminado viviendo puerta con puerta durante tantos años, viendo

cómo nuestros hijos crecían prácticamente juntos, compartiendo colegio, cumpleaños, tardes eternas de piscina y ese tipo de convivencia cotidiana que, casi sin darte cuenta, acaba convirtiendo a unos vecinos en algo mucho más parecido a una familia elegida. Con ellos todo siempre había sido más sencillo, más íntimo también; nos unían los veranos compartidos, las escapadas improvisadas y esas cenas tranquilas donde nadie necesitaba organizar un gran espectáculo social para pasarlo bien de verdad. Sonreí apenas.

—Con Laila y Quico no creo que cambie nada.

Álvaro negó suavemente con la cabeza.

—No. Lo nuestro con ellos es distinto.

Y aquella frase me dio una tranquilidad inesperada.

Porque quizá no todo estaba condenado a romperse.

Quizá algunas relaciones sobrevivían precisamente porque estaban construidas sobre algo más sólido que la costumbre social o las rutinas compartidas.

Nos quedamos callados un rato, abrazados en el sofá mientras la casa seguía tranquila alrededor y Thor dormía completamente ajeno a los dramas sentimentales de los humanos.

Y pensé que quizá envejecer consistía también en aceptar eso: que algunas personas desaparecen de tu vida casi sin darte cuenta mientras otras, las verdaderamente importantes, simplemente aprenden a quedarse de otra manera.

Capítulo 30: A nuestra edad

Quedamos un jueves por la noche en una terraza del barrio de Salamanca porque las mujeres de nuestra edad ya no improvisábamos planes; los agendábamos con dos semanas de antelación y luego cancelábamos la mitad por cansancio lumbar o compromisos familiares.

Madrid todavía conservaba ese calor suave de principios de otoño que permite cenar fuera fingiendo que el verano no se ha terminado del todo. La terraza estaba llena de mesas demasiado juntas, camareros agotados y gente guapa hablando altísimo sobre inversiones, divorcios o retiros espirituales en Formentera.

Nosotras ocupábamos nuestra mesa habitual del fondo.

Rosa había llegado la primera, por supuesto, porque Rosa consideraba personalmente ofensivo hacer esperar a alguien más de siete minutos. Bea apareció después absolutamente radiante, vestida de blanco roto, cargada de bolsas y con esa cara de felicidad serena que tienen las mujeres cuando llevan toda una tarde comprándose cosas absurdamente caras convenciéndose a sí mismas de que en realidad son inversiones emocionales. Y Pilar llegó la última con gafas de sol nocturnas, sonrisa sospechosa y energía de persona que claramente trae información.

Mala señal.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó Bea nada más verla sentarse.

Pilar dejó el bolso sobre la silla con teatralidad innecesaria.

—Porque os tengo que contar una cosa.

Rosa abrió muchísimo los ojos automáticamente. Yo pedí vino.

La experiencia enseña.

Pilar nos miró unos segundos disfrutando claramente del suspense como una villana secundaria de serie de Netflix.

Y entonces soltó el bombazo.

—Me caso.

Hubo exactamente tres segundos de silencio absoluto en la mesa.

Luego Bea pestañeó lentamente.

—¿Perdón?

Rosa se llevó directamente la mano al pecho.

—¿Cómo que te casas?

Yo me quedé mirándola intentando procesar la información mientras el camarero dejaba una cesta de pan completamente ajeno al colapso emocional colectivo que acababa de producirse.

Pilar sonreía radiante.

—Pues eso. Que me caso.

Bea dejó la copa sobre la mesa con una calma peligrosísima.

—Pilar. Hace seis meses estabas llorando porque un dentista de Majadahonda te había dejado en visto.

—La vida cambia muy deprisa.

—¿Con quién te casas exactamente? —pregunté todavía intentando reorganizar mentalmente la situación.

Pilar se echó hacia atrás encantada consigo misma.

—Con Ignacio.

Nos miramos las tres. Silencio otra vez. Rosa fue la primera en reaccionar.

—¿Ignacio Ignacio?

—No conozco otro Ignacio con el que me vaya a casar, Rosa.

Pilar sonrió ya incapaz de contenerse más.

—Con Ignacio.

Nos quedamos mirándola en silencio unos segundos. Y entonces lo entendimos las tres al mismo tiempo.

Bea abrió muchísimo los ojos.

—No puede ser.

Pilar empezó a reírse encantada con nuestro colapso colectivo.

—Sí, Ignacio Ignacio.

Ignacio había sido el gran amor de Pilar cuando éramos muchísimo más jóvenes, antes incluso de casarse ella. Estuvieron años juntos hasta que él se marchó a Estados Unidos por trabajo y

aquella relación terminó rompiéndose bajo esa clase de distancia que en los noventa todavía significaba llamadas caras, cartas y aeropuertos llenos de drama.

Después él se casó allí y Pilar rehízo su vida aquí. Y el tiempo hizo exactamente lo que suele hacer: pasar.

Hasta ahora.

—Pero… ¿cómo? —preguntó Rosa completamente fascinada.

Pilar se recolocó el pelo disfrutando descaradamente del momento.

—Volvió hace unos meses. Se divorció, empezó a contactar con gente antigua… y un día quedamos para tomar un café.

Bea la miraba ya con expresión de juicio penal.

—¿Hace unos meses cuánto exactamente?

Pilar cogió la copa intentando parecer casual.

—Seis.

Hubo un silencio cargado de indignación femenina.

—¿SEIS MESES? —dijimos prácticamente a la vez.

—¡Eres una traidora social! —soltó Bea.

—¡Nos has ocultado un regreso romántico internacional durante medio año! —añadió Rosa llevándose la mano al pecho como si acabara de descubrir una infidelidad.

Yo ya me estaba riendo.

—Perdona, Pilar, pero esto es gravísimo. Hemos estado escuchándote hablar de "planes" y "cosas" durante meses sin saber que literalmente estabas reviviendo tu historia de amor de juventud.

Pilar se defendió entre carcajadas.

—¡Porque no sabía qué iba a pasar!

Bea levantó una ceja.

—Claro. Y el anillo apareció espontáneamente en tu dedo por combustión emocional.

Y sinceramente, mientras veía a Pilar completamente feliz contando cómo se habían reencontrado después de tantos años, pensé que había algo profundamente bonito en todo aquello, como si la vida, después de cierta edad, a veces decidiera devolverte

personas que dabas por perdidas solo para demostrarte que todavía quedaban historias inesperadas por vivir. Rosa seguía emocionadísima.

—¿Pero cómo ha sido? ¿Te lo pidió bonito? ¿Hubo anillo? ¿Lloraste? Ay Dios mío, me voy a poner a llorar yo.

—Rosa, por favor, todavía no han traído ni los entrantes —dijo Bea.

Pero Pilar ya estaba completamente lanzada.

A partir de ahí Pilar entró ya en un estado de entusiasmo completamente incontrolable y nos enseñó absolutamente todo con el nivel de detalle de una mujer que llevaba seis meses acumulando información romántica sin poder compartirla. Sacó el móvil y empezó a enseñarnos fotos de cenas, escapadas y fines de semana que había conseguido ocultarnos milagrosamente mientras nosotras seguíamos haciendo nuestra vida convencidas de que simplemente estaba "muy ocupada".

Nos enseñó el anillo (precioso, por supuesto, elegante sin resultar ostentoso, exactamente el tipo de joya que una espera de un hombre que ha vivido veinte años entre Nueva York y Boston rodeado de arquitectos millonarios y vino caro) y luego llegaron las fotos del restaurante donde Ignacio le había pedido matrimonio, una terraza espectacular frente al mar iluminada con velas y copas de champagne donde ambos aparecían sonriendo con una felicidad tan poco contenida y tan ridículamente juvenil que resultaba imposible no enternecerse un poco. Pilar iba pasando imágenes en las que aparecía absolutamente radiante mientras nos daba detalles innecesarios sobre el menú, el vestido que llevaba aquella noche y el momento exacto en que Ignacio se levantó nervioso para pedirle que volviera a casarse con él después de casi treinta años de historias separadas.

Yo la observaba sonriendo mientras hablaba sin parar sobre fincas, flores y posibles vestidos y pensé algo bastante enternecedor: que a nuestra edad una ya no se enamora esperando perfección, ni fuegos artificiales; se enamora buscando tranquilidad,

compañía y esa clase de calma íntima que aparece cuando puedes pasar horas con alguien sin sentirte agotada después.

Supongo que, después de ciertas decepciones y demasiados años viviendo deprisa, el amor empieza a parecerse menos a una montaña rusa y más a encontrar a alguien con quien compartir una cena, una conversación o incluso un silencio sin necesidad de interpretar ningún papel.

Quizá por eso aquella noticia resultaba tan extrañamente bonita.

Bea seguía aparentando escepticismo profesional, pero incluso ella terminó sonriendo cuando Pilar anunció:

—Y quiero despedida de soltera.

Aquello ya sí nos hizo reír a todas.

—Pilar, una despedida de soltera a nuestra edad es básicamente reservar un spa y volver a casa antes de las once.

—Habla por ti —contestó Pilar indignadísima—. Yo todavía puedo destruirme físicamente una noche entera.

Bea levantó la copa.

—Sí. Y luego reconstruirte con antiinflamatorios durante cuatro días.

Brindamos entre carcajadas mientras alrededor la terraza seguía llena de conversaciones, copas y gente intentando parecer interesante bajo iluminación favorecedora.

Suspiré y sonreí. Por fin la vida, después de semanas empeñada en enseñarnos todo lo que podía romperse, había decidido de pronto recordarnos también que todavía quedaban motivos para celebrar cosas.

Durante años pensé que cumplir cincuenta significaba empezar a perder cosas. Ahora sospechaba que también consistía en elegir mejor cuáles merecía la pena conservar. Aquella noche llegué a casa todavía sonriendo. No por la boda en sí, sino por el espectáculo, porque pocas cosas resultan tan entretenidas como cuatro mujeres de cincuenta años descubriendo que una de sus amigas les ha ocultado durante seis meses una historia de amor digna de una película romántica de sobremesa.

Encontré a Álvaro en el salón leyendo unos documentos con la misma expresión resignada con la que últimamente parecía enfrentarse a cualquier texto superior a tres páginas.

Dejé el bolso sobre una silla.

—Tengo noticias.

Álvaro levantó la vista inmediatamente.

—Por la cara que traes, alguien ha muerto o alguien se casa.

—Pilar.

Tardó unos segundos en procesarlo.

—¿Pilar qué?

—Que se casa.

El silencio posterior fue maravilloso.

Álvaro parpadeó.

Luego volvió a parpadear.

Y finalmente dejó las gafas sobre la mesa.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Marisa, tiene cincuenta y tres años.

—Cincuenta y dos.

—Eso no mejora la situación.

Me senté a su lado y le conté toda la historia: Ignacio, el antiguo novio, Estados Unidos, el divorcio, el reencuentro y, sobre todo, los seis meses de conspiración romántica que nos había ocultado a todas.

Álvaro escuchaba cada detalle con creciente incredulidad.

—Espera. ¿Seis meses sin deciros nada?

—Seis meses.

—Eso es un récord mundial de autocontrol femenino.

—Exactamente lo que hemos dicho nosotras.

Álvaro negó lentamente con la cabeza.

—La verdad es que tiene mérito.

—¿El qué?

—Encontrar a alguien con quien quieras volver a casarte.

Aquella frase me hizo mirarle.

Porque detrás de la broma había una reflexión bastante seria.

Álvaro se recostó en el sofá.

—Yo es que no lo entiendo.

—¿El amor?

—No. El matrimonio. Otra vez.

Solté una carcajada.

—Habla por ti.

—No, no. En serio. Después de un divorcio, de repartir bienes, abogados, discusiones y dramas familiares... ¿quién ve todo eso y piensa: "¿Sabes qué? Vamos a repetir la experiencia"

—Pilar.

—Pilar claramente necesita vivir enamorada.

—Y si es en pareja mejor.

Eso era una verdad tan evidente que no admitía discusión, porque Pilar llevaba toda la vida enamorándose con una intensidad admirable y ligeramente preocupante.

Álvaro se giró hacia mí.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Imagina que nos hubiéramos divorciado.

—Vaya optimismo.

—Es una hipótesis.

Levantó una ceja.

—¿Volverías a casarte?

Me quedé pensando unos segundos.

—Probablemente no.

Álvaro sonrió satisfecho.

—Lo sabía.

—Salvo en un caso.

—¿Ah sí?

—Que encontrara un clon tuyo.

Aquello le arrancó una carcajada.

—Qué romántico.

—Lo digo completamente en serio.

Me acomodé junto a él.

—No. Lo digo de verdad. A estas alturas me daría muchísima pereza empezar desde cero con otra persona.

Álvaro sonrió.

—Gracias. Creo.

—Aprender manías nuevas, historias familiares nuevas, discutir sobre temperaturas del aire acondicionado, descubrir cómo carga el lavavajillas...

—Eso sí que destruye matrimonios.

—Exacto.

Nos estábamos riendo cuando apareció Javi en el salón arrastrando los pies y buscando algo de comer con la determinación de un oso después de la hibernación.

—¿Qué pasa?

—Pilar se casa —dije.

Se quedó inmóvil.

—¿Pilar? ¿La Pilar?

—Hay una sola Pilar.

Javi nos miró alternativamente a los dos.

—¿Pero no tiene como... cincuenta años?

Álvaro señaló a su hijo.

—Gracias por recordarnos nuestra mortalidad.

—No, lo digo en serio. ¿La gente se sigue casando a esa edad?

—Tu madre y yo estamos sentados delante de ti.

—Sí, pero vosotros os casasteis cuando todavía se usaban fax.

Aquello provocó un gemido de indignación simultáneo por nuestra parte.

Javi abrió la nevera.

—No sé. Me parece fascinante.

—¿El qué?

—Que después de sobrevivir a un matrimonio alguien piense: "Voy a intentarlo otra vez".

—Hay gente optimista.

—O con muy mala memoria.

Encontró finalmente algo comestible y se apoyó en la encimera.

—Aunque bien pensado, si es Pilar tiene sentido.

—¿Por qué?

—Porque Pilar se enamora hasta de los camareros que le traen el café con simpatía.

Yo solté una carcajada.

—Eso es injusto.

—Pero exacto.

—En fin. Si organizáis despedida de soltera, por favor no acabéis viralizadas en TikTok.

—Vete a tu cuarto.

—Solo intento proteger el patrimonio digital de la familia.

Álvaro me miró con expresión de sincera preocupación.

—¿En serio, despedida de soltera? ¿A vuestra edad?

—Gracias por el apoyo.

—Lo digo desde el cariño. ¿Qué hacéis exactamente en una despedida de soltera con cincuenta años? ¿Competiciones de tensión arterial?

—Spa.

—Ah.

—Un hotel maravilloso frente al mar.

—Claro.

—Masajes.

—Por supuesto.

—Piscina climatizada.

—Naturalmente.

—Tratamientos faciales.

—Ya decía yo que no podía faltar el ácido hialurónico en esta historia.

Yo seguía enumerando planes mientras él asentía con una seriedad ridícula.

—Yoga al amanecer.

—Eso suena peligrosísimo.

—Catas de vino.

—Ahora empieza a tener sentido.

—Paseos por la playa.

—Perfecto. Una despedida de soltera que podría confundirse fácilmente con una convención de reumatología de lujo.

Aquello me hizo reír.

—Te recuerdo que hace dos semanas te emocionaste porque un hotel tenía almohadas cervicales.

—Porque eran extraordinarias.

En ese momento apareció Javi atraído probablemente por el sonido de una conversación absurda.

—¿Qué pasa ahora?

—Despedida de soltera de Pilar.

Javi se quedó pensativo.

—¿Y qué vais a hacer?

—Un spa junto al mar.

Asintió lentamente.

—O sea, una jubilación anticipada de fin de semana.

—Fuera de mi casa.

Pero ya era tarde. El monstruo había olido sangre.

—Tengo ideas mejores.

Álvaro se incorporó inmediatamente.

—Yo también.

Aquello me preocupó muchísimo.

Los dos se miraron como científicos a punto de realizar un experimento prohibido.

—A ver —dijo Javi—. Escape room. Con pruebas de memoria para encontrar las llaves de la habitación.

—Eso es cruel.

Álvaro levantó un dedo.

—Yo creo que deberían hacer paintball.

—¿Paintball?

—Sí. Mujeres disparándose bolas de pintura después de dos copas de vino. Eso sí sería una despedida de soltera memorable.

—Nos mataríamos.

—Exacto. Pero con elegancia.

Javi ya estaba completamente lanzado.

—Carreras de scooters eléctricos por el paseo marítimo.

—No.

—Paracaidismo.

—Menos todavía.

—Tatuajes grupales.

—¡Javieri

Él levantó ambas manos.

—Solo intento modernizar el concepto.

—Yo voto por una competición para ver quién tarda más en levantarse de una tumbona sin hacer ruido con las articulaciones, dijo Álvaro.

—Eso sí sería realista.

—Y la ganadora recibe colágeno premium.

—O una resonancia magnética.

Yo los observaba a los dos completamente indignada. O fingiendo estar indignada, porque la verdad era que me estaba riendo tanto que apenas podía mantener mi cara de póker.

Javi abrió finalmente la nevera.

—Lo que está claro es que las despedidas de soltera de vuestra generación son mucho mejores.

—¿Ah sí?

—Sí. Las vuestras incluyen hoteles de lujo, masajes y vino. Las nuestras acabarán siendo en un almacén industrial con música horrible y alguien retransmitiéndolo en TikTok.

Álvaro asintió solemnemente.

—Tiene razón.

—Extrañamente, si —añadí.

Javi cogió una manzana.

—En fin. Cuando os hagáis virales bailando bachata terapéutica en un spa de Marbella, no digáis que no os avisé.

Y desapareció escaleras arriba dejando detrás esa estela de sarcasmo generacional que tan orgullosamente cultivaba.

Álvaro me rodeó los hombros con un brazo mientras veíamos a Javi subir las escaleras.

—Bueno —dijo sonriendo—. Al menos alguien sigue creyendo en el amor.

Y pensé que quizá la felicidad adulta se parecía bastante a eso: una noche cualquiera, una boda inesperada, una despedida de soltera ridícula y dos hombres burlándose cariñosamente de algo que, en el fondo, les alegraba tanto como a mí.

Cuando Javi desapareció escaleras arriba todavía riéndose de nuestras futuras actividades geriátrico-festivas, Álvaro y yo nos quedamos unos segundos en silencio.

—Lo de levantarse de la hamaca a ver a quien le suenan más las articulaciones me ha parecido muy ofensivo, que lo sepas —dije.

—Voy a abrir una botella de vino.

—Ahora sí estamos celebrando algo.

—Pilar se casa. Creo que la ocasión lo merece.

Álvaro asintió solemnemente.

—Totalmente de acuerdo.

Abrí una botella que guardábamos para momentos agradables y serví dos copas mientras él ponía algo de música suave de fondo. La casa estaba tranquila. Javi encerrado en su cuarto salvando o destruyendo civilizaciones digitales según el día y Thor profundamente dormido sobre su manta como si hubiera trabajado doce horas en una mina.

Acabábamos de sentarnos cuando sonó el móvil. Videollamada de Lucía. Álvaro y yo nos miramos inmediatamente y sonreímos.

Porque desde que se había ido, cada llamada era una mezcla de alivio, curiosidad y la necesidad casi física de comprobar que seguía entera.

Allí estaba ella, nuestra niña. Sudada. Despeinada. Radiante.

Detrás se veía una vegetación tan exageradamente exuberante que parecía generada por inteligencia artificial.

—¡Hola!

—¿Dónde demonios estás ahora? —pregunté.

Lucía giró el teléfono.

Y durante unos segundos vimos piedras antiguas cubiertas por raíces gigantescas, muros medio derrumbados y árboles enormes devorando lentamente lo que en algún momento debió de ser un templo.

—Laos.

—Claro —dijo Álvaro—. La respuesta siempre es Laos.

—Estoy recorriendo unos templos increíbles perdidos en mitad de la selva.

La imagen se movió otra vez mostrando galerías de piedra, esculturas desgastadas y una inmensidad verde que parecía extenderse hasta el infinito.

—Esto tiene más de mil años —dijo Lucía completamente fascinada—. Mil años. ¿Os dais cuenta? Nosotros nos preocupamos por los correos sin responder y estas piedras llevan aquí desde antes de que existiera España tal y como la conocemos.

—Gracias por el baño de humildad histórico.

—De nada.

Volvió a enfocar la cámara sobre ella.

Y entonces vio las copas.

—Un momento.

Entrecerró los ojos.

—¿Estáis bebiendo vino?

—Sí.

—¿Y celebrando qué exactamente?

Álvaro levantó la copa.

—Pilar se casa.

Hubo un segundo de silencio. Y después una explosión de alegría.

—¡¿Qué?!

Lucía se echó a reír.

—No puede ser.

—Puede.

—¿Con Ignacio?

Álvaro y yo nos miramos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Pilar lleva años hablando de Ignacio como si fuera una mezcla entre Paul Newman, Indiana Jones y un premio Nobel. Me encanta.

—¿El qué?

—Todo.

Se acomodó el pelo detrás de la oreja.

—Pilar es exactamente la persona que debería casarse dos veces.

—¿Y eso qué significa?

Lucía se encogió de hombros.

—Que es una believer.

Aquella palabra la pronunció en inglés, como hacía siempre que encontraba una expresión que le gustaba.

—Pilar sigue creyendo en las cosas, en el amor, en la gente y en empezar otra vez.

Se quedó pensativa unos segundos.

—De vuestro grupo de amigas siempre ha sido la más disfrutona. La que más jugo le saca a la vida. Se emociona con un viaje, una cena, una persona nueva o una historia antigua que vuelve a aparecer.

Asentí sonriendo, porque tenía razón.

—Y sinceramente —continuó Lucía—, viendo todo lo que ha pasado últimamente con divorcios, infidelidades, y dramas varios... me parece bonito que alguien siga teniendo ganas de apostar otra vez.

La frase quedó flotando unos segundos.

Y quizá porque venía de una chica sentada en mitad de una selva asiática rodeada de ruinas milenarias, sonó especialmente

cierta.

Lucía sonrió mirando la pantalla.

—Además, si después de treinta años reaparece el amor de tu vida y te pide matrimonio... pues chica, te casas.

—Lo simplificas mucho.

—Porque las mejores decisiones suelen ser bastante simples.

Álvaro levantó la copa.

—Brindemos por Pilar entonces.

—Y por Ignacio.

—Y por la gente que todavía cree en las segundas oportunidades.

Lucía levantó una botella de agua desde la pantalla.

Nosotros nuestras copas.

Y durante unos segundos brindamos los tres, separados por miles de kilómetros, una selva tropical y varias décadas de diferencia generacional, pero compartiendo exactamente la misma sonrisa.

La despedida de soltera de Pilar no incluía strippers, limusinas ni ninguna de esas actividades que a los veinte años parecían imprescindibles.

Incluía algo mucho más lujoso: Un hotel espectacular frente al mar en Sancti Petri.

Porque habíamos llegado a esa maravillosa etapa de la vida en la que el verdadero lujo ya no consiste en acabar la noche a las cinco de la mañana, sino en despertarte cuando te da la gana, dormir en un colchón extraordinario y tener siempre a mano una terraza con vistas al mar y alguien dispuesto a traerte una copa de vino sin que tengas que levantarte.

Tres días completos sin maridos, sin hijos, sin responsabilidades ni horarios.

Y, según Pilar, con la obligación moral de divertirnos.

—Lo pone en las normas del hotel —anunció muy seria mientras nos recogía un coche de cortesía en la estación de Cádiz.

—¿Qué normas?

—Las de mi despedida.

—Eso no existe.

—Existe desde hace exactamente cuarenta y cinco minutos.

Pilar llevaba unas gafas de sol enormes, un vestido blanco vaporoso y una felicidad tan obscena que empezaba a resultar ligeramente ofensiva.

—Voy a decir una cosa muy poco propia de mí —anunció Bea mirando por la ventanilla.

—Ya me estás asustando.

—Si alguien me hubiera dicho hace un año que iba a pasar un fin de semana en un hotel frente al mar celebrando que una amiga se vuelve a casar con el amor de su juventud, habría pensado que estaba viendo una película mala.

—¿Y ahora?

Bea sonrió.

—Ahora me parece una idea fantástica.

El hotel era tan bonito que durante unos segundos todas nos quedamos calladas al verlo.

Frente al Atlántico con sus terrazas blancas y piscinas infinitas, por no mencionar los jardines cuidados con precisión quirúrgica.

Y ese olor a sal que solo tienen ciertos lugares donde uno siente inmediatamente que los problemas han decidido quedarse lejos.

—Bueno —dijo Rosa observando el mar—. Si alguien tiene que sufrir una crisis existencial, este parece un sitio razonable para hacerlo.

—Por favor, no empecemos con las crisis existenciales hasta después del masaje —respondió Pilar.

Instalarnos nos llevó aproximadamente quince minutos.

Hacer fotografías de las habitaciones nos llevó una hora.

Porque las mujeres de nuestra edad criticamos muchísimo las redes sociales, pero en cuanto una habitación tiene vistas bonitas nos transformamos automáticamente en corresponsales de viaje.

Aquella primera tarde transcurrió entre piscina, vino blanco, conversaciones absurdas y largos periodos de contemplación marítima que todas intentábamos vender como espiritualidad cuando en realidad eran simples siestas horizontales con vistas al océano.

Me sentí ligera, aunque los problemas no habían desaparecido del todo, seguían ahí.

Lucía seguía recorriendo Asia.

Ana seguía reconstruyendo su vida.

El despacho de Álvaro seguía recomponiéndose.

Y Javier y Sofía seguían aprendiendo a convivir con las consecuencias de sus decisiones.

Pero durante unas horas todo aquello parecía muy lejano, como si el sonido de las olas tuviera la capacidad extraordinaria de reducir temporalmente el tamaño de las preocupaciones.

Aquella noche cenamos frente al mar, acompañados por una brisa templada que parecía haber llegado únicamente para hacer más agradable el momento. El aire conservaba el calor justo del día y el océano se extendía ante nosotros como una superficie oscura y

tranquila, salpicada por los reflejos temblorosos de las luces del paseo. Había algo casi irreal en aquella temperatura perfecta, en la cadencia constante de las olas y en la sensación de que, por unas horas, el tiempo había decidido avanzar un poco más despacio. Y Pilar, después de la segunda copa de vino, decidió hacer lo que siempre hace Pilar cuando es feliz: ponerse sentimental.

—Os quiero muchísimo.

—Ya empezamos —murmuró Bea.

—No, escuchadme.

Nos señaló con una solemnidad ligeramente alcohólica.

—¿Sabéis una cosa?

Nadie respondió.

Porque todas sabíamos que responder solo alargaba el proceso.

Pilar sonrió.

—Cuando tenía treinta años pensaba que a los cincuenta la vida estaría resuelta.

—Eso es porque eras idiota —dijo Bea.

—Probablemente.

Nos reímos.

Y Pilar siguió.

—Pero resulta que no se resuelve nunca —dijo sonriendo mientras miraba el mar—. Cuando tenía treinta años estaba convencida de que a los cincuenta tendría todas las respuestas, que sabría perfectamente quién era, qué quería y cómo iba a ser el resto de mi vida. Y luego llegas aquí y descubres que no funciona así. La vida no se resuelve, simplemente va cambiando. Un día te encuentras rodeada de amigas maravillosas, viviendo historias que jamás habrías imaginado, enfrentándote también a problemas que nunca viste venir. Y aun así...sigues teniendo ganas de hacer planes, de enamorarte, de viajar, de brindar y de seguir adelante. Y sinceramente, ahora mismo me parece que eso es más que suficiente, casi un lujo emocional.

Miró el mar. Luego nos miró a nosotras.

Aquella frase quedó flotando unos segundos entre el sonido de las olas y las luces lejanas del puerto.

Y mientras la escuchaba hablar, mirando alternativamente el mar y aquellas mujeres que llevaban tantos años formando parte de mi vida, comprendí que quizá eso era exactamente lo que nos mantenía unidas. No era la edad, ni los hijos, ni los matrimonios que habían funcionado o los que se habían roto por el camino. Ni siquiera era únicamente la amistad. Lo que realmente compartíamos era algo mucho más sencillo y, al mismo tiempo, mucho más valioso: después de todo lo vivido, de los golpes, las pérdidas, las alegrías y los cambios inesperados, ninguna había perdido las ganas de que siguieran ocurriendo cosas. Y quizá esa capacidad de seguir mirando hacia delante con curiosidad, ilusión o simplemente con esperanza era una forma bastante digna de felicidad.

El último día transcurrió exactamente como debería transcurrir cualquier despedida de soltera a nuestra edad. Sin ninguna prisa ni objetivo concreto.

Y con una absoluta falta de productividad que resultaba profundamente satisfactoria.

Pasamos la mañana en el spa moviéndonos entre piscinas de agua caliente, chorros terapéuticos y salas de relajación donde sonaba una música tan tranquila que todas acabamos dormitando en algún momento.

A cierta edad uno empieza a valorar enormemente las actividades que permiten estar tumbado sin sentir culpa.

Después llegó el masaje. Y más tarde el paseo por la playa.

Caminamos descalzas por la orilla durante kilómetros mientras el Atlántico rompía suavemente a nuestro lado y el sol empezaba a descender sobre el horizonte.

La conversación fue saltando de un tema a otro con la lógica caótica que solo existe entre amigas que llevan demasiados años conociéndose. Empezamos hablando de los hijos, que a determinadas edades se convierten en una mezcla desconcertante de orgullo, preocupación y gasto económico permanente, y

terminamos debatiendo sobre hombres, relaciones y las extrañas sorpresas que aún puede deparar la vida sentimental cuando una ya creía haberlo visto todo. Entre medias hubo tiempo para fantasear con viajes, diseñar jubilaciones absolutamente incompatibles con nuestras futuras pensiones, analizar las supuestas virtudes de varias cremas milagrosas que prometían detener el envejecimiento con un entusiasmo que la ciencia jamás ha compartido y comparar el estado de nuestras rodillas, que se habían convertido en una fuente de información meteorológica bastante más fiable que cualquier aplicación del móvil. En algún momento comprendí que no estábamos resolviendo ninguno de los grandes problemas de la humanidad, pero tampoco hacía falta. Aquella era una de esas conversaciones en las que se habla de todo y de nada al mismo tiempo, y que, sin saber muy bien por qué, consiguen dejarte bastante mejor de lo que estabas cuando empezaron. Como hacen las amigas que ya no necesitan impresionar a nadie.

Incluso Lucía, que normalmente era incapaz de permanecer quieta más de veinte minutos seguidos, parecía extrañamente en paz contemplando el océano.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo.

—¿A qué?

—A no tener nada que hacer.

—Eso te dura exactamente dos días.

—Tres si me esfuerzo.

Y quizá fue precisamente esa sensación de bienestar absoluto la que nos condenó horas después.

Porque llegamos a la cena felices y relajadas.

Y cuando una mesa reúne a cinco amigas, una futura novia, vistas al mar, ninguna responsabilidad inmediata y una carta de cócteles particularmente creativa, la tragedia está prácticamente garantizada.

La culpa la tuvieron los margaritas. O al menos esa fue la versión oficial.

Porque si alguien hubiera investigado seriamente los acontecimientos de aquella noche, probablemente habría concluido que la verdadera responsable fue Lucía.

Lucía llevaba todo el fin de semana defendiendo la teoría de que una despedida de soltera merecía una noche memorable y que, precisamente porque ya habíamos superado la edad de hacer el ridículo por inseguridad, podíamos permitirnos hacerlo simplemente por diversión.

—Eso es libertad —declaró solemnemente después del segundo margarita.

—Eso es tequila —corrigió Bea.

—No. Libertad líquida.

Que es exactamente el orden lógico de cualquier escapada exitosa entre amigas.

Aquella teoría fue recibida con un entusiasmo sospechoso.

A partir de ahí la situación evolucionó exactamente igual que evolucionan siempre las malas ideas cuando se mezclan con alcohol, amistad y ausencia total de responsabilidades durante cuarenta y ocho horas. Hubo brindis. Muchos.

Por Pilar.

Por Ignacio.

Por las segundas oportunidades.

Por los primeros amores.

Por los hijos que sobreviven a nuestra educación.

Por las amigas que siguen ahí.

Y, en algún momento particularmente confuso, por una camarera gaditana llamada Carmen que nos cayó extraordinariamente bien.

El grupo de WhatsApp ya estaba activo desde primera hora.

Rosa: *"No estoy bien."*

Pilar: *"Buenos días, princesas."*

Bea: *"Bloqueadla."*

Lucía: *"Acabo de despertarme y quiero agradeceros el espectáculo de anoche."*

El desayuno fue una escena difícil de describir sin intervención médica.

Rosa parecía estar negociando un acuerdo de paz con su sistema nervioso.

Yo tenía la sensación de haber dormido dentro de una secadora industrial.

Bea sostenía una taza de café con la concentración de una neurocirujana.

Y Lucía estaba inexplicablemente fresca.

Sospechosamente fresca.

—No puede ser legal que estés tan bien.

—Tengo entrenamiento.

—¿Entrenamiento para qué?

—Para sobrevivir a mis propias decisiones.

—Eso no explica nada.

—Nunca lo explica.

Pilar apareció entonces con gafas de sol enormes.

—Necesito agua.

—Todos necesitamos agua.

—Y una segunda oportunidad.

—Eso ya la tienes tú —dijo Bea señalándola con la cucharilla.

Y en el tren de vuelta el vagón parecía una excursión organizada de personas arrepentidas. A ratos dormíamos. A ratos hablábamos.

Y a ratos simplemente contemplábamos el paisaje intentando recordar en qué momento exacto habíamos considerado razonable pedir la última ronda.

Lucía, por supuesto, seguía completamente funcional.

—Os estáis haciendo mayores.

—Vete al infierno.

—Lo digo con cariño.

—Pues dilo menos.

—Yo creo que el problema es que lleváis una vida demasiado ordenada. Dos margaritas y vuestro organismo entra en estado de excepción.

Aquello nos hizo reír.

Y probablemente fue entonces cuando comprendí que, aunque Pilar era el motivo oficial de aquel viaje, Lucía había sido el combustible perfecto para que todas recordáramos algo importante: que seguíamos sabiendo divertirnos.

Solo que ahora tardábamos dos días más en recuperarnos.

Cuando llegué a casa el domingo por la tarde tenía el aspecto de alguien que regresaba de un festival de música electrónica de tres días en mitad del desierto y no de un hotel de cinco estrellas especializado en bienestar, descanso y armonía interior.

La teoría había sido impecable: Spa, masajes, paseos por la playa y alimentación saludable.

La práctica había terminado en margaritas.

Abrí la puerta arrastrando la maleta y encontré a Álvaro en el salón.

Me observó unos segundos. Luego la maleta. Luego mi cara.

Y finalmente volvió a mirarme.

—Veo que el retiro espiritual ha ido bien.

—Vete a la mierda.

—Tienes el aspecto de una persona que ha tomado decisiones cuestionables en una provincia costera.

—He venido a descansar.

—¿Y el descanso os ha denunciado?

Thor apareció para recibirme y, tras una rápida inspección olfativa, pareció llegar a la conclusión de que tampoco estaba yo para muchos esfuerzos.

—Mañana es lunes —recordó Álvaro.

—No me hables.

—Y trabajas.

—Álvaro.

—Y madrugas.

—Álvaro.

—Y ya no tienes veinte años.

—Te odio.

—Eso es exactamente lo que diría alguien con resaca.

Le dediqué una mirada asesina y subí las escaleras con la dignidad limitada que me quedaba. Una vez en el dormitorio me di una ducha interminable, deshice la maleta y fui sacando vestidos, bikinis y ropa arrugada mientras repasaba mentalmente el fin de semana.

Mientras deshacía la maleta fui recordando momentos sueltos del fin de semana: las risas interminables, los paseos por la playa, las horas perdidas en el spa sin hacer absolutamente nada útil y aquellas conversaciones absurdas que solo surgen cuando llevas décadas conociendo a las mismas personas. Pensé en Pilar, tan feliz que casi resultaba contagiosa; en Bea, disfrutando de aquella nueva etapa de su vida con una ligereza que hacía tiempo que no le veía; en Lucía, convertida una vez más en el motor involuntario de buena parte del caos y la diversión del grupo; y en Rosa, emocionándose con cada detalle, cada brindis y cada puesta de sol como si siguiera conservando intacta la capacidad de maravillarse por las cosas pequeñas. Y sinceramente, había sido un fin de semana maravilloso.

Y pensé que hacía muchísimo tiempo que no me reía tanto.

Cuando terminé mi rutina nocturna me puse crema en cantidades industriales, activé mi máscara de infrarrojos y me metí en la cama.

Minutos después entró Álvaro

Me miró.

Y pegó un pequeño respingo.

—Madre de Dios.¡Otra vez!

—¿Qué?

—Parece que estés intentando contactar con civilizaciones extraterrestres.

—Estoy intentando contactar con mi colágeno.

—Pues espero que responda porque la señal es potentísima.

Mi reloj inteligente decidió intervenir exactamente en ese momento. *"Es hora de prepararse para dormir."*

—Gracias —murmuró Álvaro—. Menos mal que el reloj mantiene la cordura en esta casa.

"Nivel de recuperación física: insuficiente."

—¿Ves? Hasta el reloj sabe lo que habéis hecho en Cádiz.

—Los dos podéis ir a la mierda. Especialmente tú. Vete a escalar algo. Una pared, una montaña o el Everest directamente.

Álvaro soltó una carcajada mientras apagaba la luz.

No recuerdo exactamente cuánto tardé en dormirme. Muy poco, seguramente.

Lo último que recuerdo es el rumor lejano de su respiración y la sensación agradable de estar de vuelta en casa.

Y como tantas otras noches, cuando ya estaba profundamente dormida, noté vagamente cómo Álvaro me retiraba la máscara con cuidado para dejarla sobre la mesilla.

Después sentí un beso suave en la frente y reaccioné murmurando algo incomprensible a modo de respuesta.

Y unos segundos después volví a quedarme dormida, profundamente, como un bebé.

O, más exactamente, como una mujer de cincuenta años que acababa de sobrevivir a una despedida de soltera.

El lunes llegué a la agencia con la determinación de una mujer adulta y la energía de una planta ornamental.

Había dormido y bebido cantidades industriales de agua, siguiendo todas las recomendaciones médicas razonables.

Y aun así tenía la sensación de que alguna parte importante de mi organismo seguía en Sancti Petri contemplando el océano.

Eva me vio entrar y levantó inmediatamente una ceja.

—Madre mía.

—Madre mia, qué?

—¿Qué te ha pasado?

Dejé el bolso sobre la mesa.

—He sobrevivido a una despedida de soltera.

—¿Tan grave fue?

Me senté lentamente.

—Eva, llegué a un hotel de lujo buscando bienestar y regresé pareciendo una superviviente de una gira de rock.

Ella soltó una carcajada.

—¿Hubo margaritas?

—Hubo decisiones.

—Eso significa sí.

—Hubo margaritas, tequila, conversaciones filosóficas completamente innecesarias y una discusión de cuarenta minutos sobre qué actor había envejecido mejor.

—George Clooney.

—Por supuesto George Clooney.

—Siempre George Clooney.

Aquello nos hizo reír a las dos.

Eva me observó unos segundos.

—Pero te lo has pasado bien.

Sonreí.

—Muchísimo.

—Entonces ha merecido la pena.

Y la verdad era que sí. Muchísimo.

Afortunadamente, la semana decidió tratarme con cierta compasión. La agencia siguió funcionando al ritmo habitual. Las reuniones empezaban y terminaban a la hora prevista como si alguna divinidad corporativa hubiera decidido premiar temporalmente nuestro buen comportamiento. Hubo presentaciones, correos y entregas, pero sin ninguna de esas crisis repentinas que convierten una jornada normal en una batalla campal. No aparecieron clientes imposibles exigiendo cambios de última hora, ni campañas a punto de descarrilar, ni reuniones de emergencia convocadas a horas indecentes por personas que confunden la urgencia con la importancia.

Hubo trabajo, mucho trabajo incluso, pero era ese trabajo previsible y agradecido que ocupa las horas sin instalarse en la cabeza cuando vuelves a casa, el tipo de semana que avanza casi sin

hacer ruido y que te permite recuperar energías mientras sigues siendo productiva.

Después de tantos meses de sobresaltos, dramas ajenos, problemas familiares y tormentas profesionales, aquella normalidad tuvo algo de regalo inesperado.

Y poco a poco fui recuperando una apariencia razonable de ser humano funcional.

Cuando llegó el viernes por la tarde, Eva apareció en mi despacho con el bolso ya colgado del hombro.

—¿Planes para el fin de semana?

—Sobrevivir.

—Además de eso.

Sonreí.

—Barbacoa en casa.

—Qué glamuroso.

—Lo más.

—¿Quién va?

—Laila y Quico seguramente. Algún amigo más. Nada especial.

Eva apoyó una mano en el marco de la puerta.

—Suena bastante bien.

—Lo es.

—Yo me voy a una inauguración de una galería privada en una finca de Toledo.

—Por supuesto que sí.

—Después cena con un diseñador italiano.

—Naturalmente.

—Y luego fiesta.

—Eva.

—¿Qué?

—Tu vida parece una serie de televisión.

Ella sonrió.

—Y la tuya parece un anuncio de jardinería.

—Con carbón, cerveza y gente discutiendo sobre el punto correcto de las costillas.

—Exactamente.

Nos quedamos unos segundos sonriendo.

Y entonces Eva dijo algo que me gustó.

—¿Sabes una cosa? Creo que las dos hemos acabado donde queríamos estar.

Aquello me hizo pensar.

Ella con sus eventos, sus clientes imposibles y su agenda social imparable.

Yo imaginando una barbacoa tranquila en casa. Pero curiosamente ninguna envidiaba a la otra.

—Creo que tienes razón.

Eva asintió satisfecha.

—Buen fin de semana, Marisa.

—Igualmente.

La vi alejarse por el pasillo y apagué el ordenador.

Luego recogí mis cosas y salí de la oficina.

Fuera empezaba el fin de semana.

Y por primera vez en mucho tiempo no tenía la sensación de estar esperando que ocurriera algo.

Porque quizá, después de tantos meses de dramas, cambios y sobresaltos, había empezado a comprender que la tranquilidad también podía ser una forma de felicidad.

El viernes llegué a casa antes que Álvaro, lo cual tampoco es una rareza estadística.

La casa estaba en silencio, Thor dormía profundamente en su rincón favorito y, por primera vez en toda la semana, no tenía absolutamente nada urgente que hacer.

Así que hice algo extraordinario: me eché una siesta. De las buenas.

De las que empiezan pensando que vas a cerrar los ojos diez minutos y terminan con una sensación temporal extraña, como si hubieras atravesado una pequeña grieta en el espacio-tiempo.

Desperté porque alguien me estaba lamiendo la cara.

Abrí un ojo.

Thor.

Por supuesto.

—¿Qué pasa?

Thor volvió a lamerme.

Miré la hora.

Su hora de cenar.

El perro llevaba años demostrando una precisión temporal que habría humillado a varios relojes suizos.

—Eres un chantajista emocional.

Thor consideró la acusación y volvió a lamerme la nariz.

Cuando Álvaro llegó, traía el maletero lleno de provisiones para la barbacoa del día siguiente: carne, carbón, verduras, pan, salsas y aproximadamente comida suficiente para abastecer durante una semana a una pequeña república independiente. Observé cómo descargaba bolsas y más bolsas con la concentración de un hombre que se toma muy en serio la responsabilidad de alimentar a un grupo de personas durante unas horas.

—¿Cuánta gente viene exactamente? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Y entonces por qué has comprado para cuarenta personas?

—Porque es una barbacoa.

Aquella explicación parecía suficiente para él.

La noche transcurrió tranquilamente. Cenamos algo ligero y terminamos en el sofá viendo una película.

De George Clooney. Por supuesto.

Porque después de la discusión de Sancti Petri, negarse habría sido incoherente.

Y porque, siendo sinceros, George Clooney seguía siendo George Clooney.

A la mañana siguiente me desperté y Álvaro ya no estaba.

Lo encontré dos horas después entrando por la puerta principal vestido de ciclista profesional y con esa expresión irritante de las personas que han hecho ejercicio voluntariamente y se sienten mejor por ello.

—¿Cuántos kilómetros?

—Ochenta.

—No eres una persona normal.

—Lo sé.

Subió a ducharse mientras yo empezaba a preparar la casa.

A mediodía la casa ya empezaba a oler a carbón y, poco después, a comida. Álvaro se movía alrededor de la barbacoa con la concentración de quien considera que cocinar a fuego lento es una responsabilidad casi moral, mientras yo terminaba de preparar la mesa. Hacia la una y media llegaron Laila y Quico cargados de ensaladas, postres y varias recomendaciones no solicitadas sobre cómo organizar una barbacoa, mientras Thor los recibía con el entusiasmo reservado a las personas que, en su experiencia, siempre terminan dejando caer algo comestible al suelo.

Poco después apareció Javi, oculto tras unas gafas de sol y con ese aspecto ligeramente sospechoso de quien había disfrutado intensamente de la noche anterior y esperaba recuperarse milagrosamente gracias a una combinación de aire libre, refrescos fríos y una cantidad obscena de alitas de pollo.

—Alitas a la barbacoa. Os quiero muchísimo.

Marisa soltó una carcajada.

—Nosotros también te queremos, hijo.

—Especialmente las alitas —añadió Álvaro desde la barbacoa.

—Sobre todo las alitas —confirmó Javi con absoluta sinceridad mientras se acercaba a inspeccionar el estado de la parrilla.

Y viendo la velocidad con la que desaparecieron las primeras, resultaba difícil discutirle el argumento.

Todo transcurrió exactamente como suelen transcurrir las mejores reuniones.

La comida fue avanzando sin ninguna prisa.

Las alitas desaparecían a una velocidad preocupante, las cervezas iban dejando paso a las primeras copas de vino y la conversación saltaba de un tema a otro con esa facilidad que tienen las reuniones donde nadie necesita impresionar a nadie.

—¿Y qué tal por La Rioja? —preguntó Marisa a Laila mientras se servía más ensalada.

—Maravillosa. Volvimos con tres kilos más y doce botellas de vino.

—Eso es turismo de calidad —dictaminó Álvaro.

—Eso es tener prioridades —corrigió Quico.

—¿Y quién conducía? —preguntó Javi.

—Yo —respondió Laila.

—Entonces las doce botellas tienen aún más mérito.

Laila le lanzó una servilleta.

—Qué simpático estás hoy.

—Está recuperándose de una noche dura —explicó Marisa.

—Estoy en fase de reconstrucción.

—Pues reconstruye más despacio y deja alguna alita para los demás —dijo Álvaro.

Javi protegió inmediatamente su plato.

—La recuperación requiere proteína.

—Y madurez.

—Eso ya es pedir demasiado.

Un rato después la conversación derivó hacia el trabajo.

—¿Cómo va el despacho? —preguntó Quico.

Álvaro se encogió de hombros.

—Mucho mejor.

—¿Ya ha pasado la tormenta?

—Digamos que hemos sobrevivido al naufragio.

—Los abogados siempre habláis como si estuvierais en una novela de espías.

—Porque nuestras vidas son mucho más emocionantes de lo que imagináis.

—Mentira —dijo Marisa.

—Absoluta mentira —confirmó Laila.

—Difamación —protestó Álvaro.

—Realismo.

Javi levantó una mano.

—Yo he visto cómo pasa una tarde entera leyendo contratos.

—Eso es porque no entiendes la emoción.

—No, papá. Es porque sí la entiendo.

La conversación cambió otra vez.

Series.

Películas.

Alguna recomendación.

Quico llevaba diez minutos intentando convencer a todo el mundo de ver una producción danesa donde aparentemente no ocurría nada durante ocho capítulos.

—Eso no es una serie —dijo Javi.

—Es una experiencia.

—Es un castigo.

—La juventud no aprecia el arte.

—La juventud aprecia que pase algo antes del capítulo siete.

—Ignorante.

—Aburrido.

Laila negó con la cabeza.

—Por eso luego os perdéis series maravillosas.

—¿Como cuál? —preguntó Álvaro.

—Los Bridgerton.

Se hizo un silencio inmediato.

Javi fue el primero en reaccionar.

—¿Los qué?

—Los Bridgerton.

—Eso suena a urbanización de lujo.

—Es una serie.

—Es una serie para mujeres —dictaminó Quico.

—Totalmente para mujeres —confirmó Álvaro.

—¿La habéis visto?

—No.

—Entonces no podéis opinar.

—Precisamente por el nombre ya podemos opinar bastante.

—Y por los anuncios —añadió Javi—. Cada vez que sale un tráiler parece que todo el mundo está a punto de enamorarse de alguien en un palacio.

Laila dejó la copa sobre la mesa.

—Porque es exactamente lo que ocurre.

—Ya lo imaginaba.

Laila suspiró teatralmente.

—No tenéis remedio. Los Bridgerton es una maravilla.

—Explícate.

—Tiene unos vestuarios espectaculares, unas mansiones increíbles, bailes fastuosos, jardines perfectos, música maravillosa...

—¿Qué clase de música?

—Versiones de canciones modernas interpretadas por cuartetos de cuerda.

—Eso es rarísimo.

—Eso es elegante.

—Eso es rarísimo y elegante.

—Gracias.

Laila continuó sin dejarse intimidar.

—Y además tiene unas historias de amor preciosas.

—Ahí está —dijo Quico señalándola—. Hemos llegado al núcleo del asunto.

—¿Qué asunto?

—Que al final todo consiste en que dos personas se enamoran.

—Bueno... sí.

—Después de ocho capítulos.

—Sí.

—Y de trescientos malentendidos.

—Posiblemente.

—Y de miradas intensas.

—Muchas miradas intensas.

Javi asintió.

—Exactamente lo que sospechábamos.

—No lo entendéis.

—Explícanoslo.

Laila sonrió.

—Porque al final siempre triunfa el amor, os estáis quedando con lo superficial. Lo bonito es que casi siempre son personas que, al principio, parecen no tener nada que ver la una con la otra. Gente que jamás habría imaginado acabar junta, que incluso se cae mal o que vive en mundos completamente distintos, y aun así terminan encontrándose por el camino y construyendo algo que merece la pena.

—Qué optimista eres —dijo Álvaro.

—No. Qué romántica.

—Es peor.

—No, es mejor.

—Burlaros todo lo que queráis. Luego sois los mismos que os emocionáis viendo películas de guerra donde un señor rescata a otro señor después de atravesar media Europa.

—Eso es amistad masculina.

—Es exactamente lo mismo.

—No es exactamente lo mismo.

—Es exactamente lo mismo con menos uniformes y más vestidos.

Marisa soltó una carcajada.

—Tiene un punto.

—No tiene ningún punto.

—Tiene varios.

—Lo que tiene es una estrategia comercial muy efectiva.

—Lo que tiene —insistió Laila— es gente enamorándose, equivocándose, sufriendo y encontrándose al final.

—Qué agotador.

—Qué bonito.

—Qué agotadoramente bonito.

—Pues a mí me encanta.

Y lo dijo con una convicción tan sincera que nadie intentó discutirle más.

Laila se encogió de hombros.

—A mí me gusta pensar que la vida funciona un poco así. Que a veces las personas importantes aparecen donde menos las esperas.

Marisa sonrió sin decir nada, porque, pensándolo bien, tampoco era una idea tan absurda.

Pilar acababa de reencontrarse con Ignacio después de treinta años.

Bea estaba reinventando su vida cuando menos lo esperaba.

Lucía se había marchado al otro lado del mundo para encontrarse a sí misma.

Y hasta Javier y Sofía, con todo el dolor que habían dejado detrás, habían terminado juntos de una manera que nadie habría sido capaz de prever.

Quizá por eso Laila seguía defendiendo aquellas historias con tanta convicción. Porque en el fondo, por muy sofisticados, escépticos o racionales que pretendamos ser los adultos, todos agradecemos que alguien nos recuerde de vez en cuando que las cosas improbables también ocurren.

Más tarde llegaron inevitablemente los hijos. Los presentes y los ausentes.

—¿Habéis hablado con Lucía? —preguntó Laila.

Marisa asintió.

—Anteayer.

—¿Dónde estaba?

—Creo que en Camboya.

—¿Crees?

—Hace tiempo que he dejado de seguir el mapa.

—Eso es salud mental —dijo Quico.

—La última vez que habló conmigo estaba en una isla —comentó Javi.

—La última vez que habló conmigo estaba en una montaña —dijo Älvaro.

—La última vez que habló conmigo me enseñó una serpiente —dijo Marisa.

Todos se rieron.

Y durante un instante observé la mesa, las copas dispersas entre los platos, las conversaciones cruzándose unas con otras sin que nadie intentara imponer la suya, las bromas que provocaban risas en un extremo y continuaban en el otro, a Álvaro enfrascado en una discusión sobre bicicletas con Quico como si estuvieran resolviendo un asunto de importancia nacional, a Laila riéndose con esa facilidad que siempre había tenido para disfrutar de los momentos sencillos y a Javi concentrado en hacer desaparecer otra alita de pollo. No estaba ocurriendo nada extraordinario ni especialmente memorable, y quizá precisamente por eso aquel momento me pareció perfecto.

La comida terminó, llegaron los cafés y después alguna copa. El sol empezaba a caer suavemente sobre el jardín.

Y entonces sonó el timbre.

Nadie esperaba a nadie.

Quico se levantó.

—Ya voy yo.

Desapareció dentro de casa.

Y unos segundos después escuchamos su voz.

—Bueno...¡ esto sí que no se lo espera nadie!

Nos giramos todos.

Y entonces la vimos: Lucía.

Con una mochila enorme colgada al hombro.

Bronceada.

Despeinada.

Sonriendo.

Durante un segundo nadie dijo nada.

Ni siquiera yo.

Porque mi cerebro necesitó un instante para aceptar que aquella imagen era real.

Lucía dejó la mochila en el suelo.

—¡Hola a todos!.

Y aquello fue suficiente para que me levantara casi por instinto y la abrazara con una intensidad que me sorprendió incluso a mí,

como si en aquel gesto se hubiera acumulado todo lo que llevaba demasiado tiempo intentando contener.

Noté cómo ella se reía.

—Mamá, no me he ido a la guerra.

—Cállate.

—Me estás asfixiando.

—Me da igual.

Cuando por fin la solté, apareció Álvaro a mi lado.

La observó unos segundos de arriba abajo.

La mochila enorme.

El pelo revuelto.

El bronceado imposible.

Y esa expresión de felicidad despreocupada que solo tienen las personas que llevan meses viviendo sin horarios.

Entonces la abrazó también. Con fuerza.

Y durante un instante vi en su cara exactamente el mismo alivio que sentía yo.

Aunque, por supuesto, le duró poco.

—Bueno —dijo separándose para volver a mirarla—. Al menos parece que te han dado de comer.

—Papá.

—Lo digo porque las últimas fotos parecían sacadas de un documental sobre supervivencia.

—He estado perfectamente.

—Ya.

—Perfectamente.

—Y esa mochila pesa más que tú.

Lucía soltó una carcajada.

—Solo porque he comprado algunas cosas.

—"Algunas cosas ". Qué expresión tan bonita para referirse a media Asia. .

Álvaro volvió a abrazarla brevemente, esta vez con la serenidad de quien ya no necesita comprobar que está allí.

—Me alegro de que estés en casa, pequeña.

Lucía sonrió y, por una vez, se resistió a la tentación de responder con una broma.

—Yo también.

Javi fue el siguiente. Se acercó con esa mezcla tan característica de desgana aparente y afecto sincero que dominaba desde la adolescencia, y le pasó un brazo por los hombros antes de atraerla hacia él en un abrazo rápido.

—Voy a dejar una cosa clara para que no se te suba a la cabeza —dijo—. Te he echado muchísimo de menos.

Lucía soltó una carcajada.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Sabes lo difícil que es ser el hijo favorito cuando no estás para recordarme constantemente lo insoportable que eres?

Ella le dio un golpe suave en el brazo.

—Idiota.

—Y además mamá ha estado tan preocupada contigo que casi ni me ha dado la tabarra a mí. La casa estaba rarísima.

Esta vez el abrazo duró un segundo más de lo habitual. Lo justo para que ambos fingieran que no significaba nada especial, aunque los dos sabían perfectamente que sí.

—¿Y cómo es que has adelantado tu vuelta?

Lucía se encogió de hombros.

—Pues que un día me desperté y pensé que ya era hora de volver a casa.

Y entonces apareció Thor. O, más exactamente, aceleró hasta donde le permitían sus principios vitales. Porque Thor no corría. Él llevaba años considerando que correr era una actividad innecesaria reservada para animales más jóvenes y claramente menos inteligentes.

Pero en cuanto vio a Lucía, abandonó momentáneamente aquella filosofía.

Avanzó hacia ella con algo parecido a un trote, lo cual en términos de Thor equivalía prácticamente a una demostración pública de entusiasmo descontrolado.

—Mira quién ha venido —dijo Lucía agachándose inmediatamente.

Thor llegó hasta ella y comenzó a lamerle las manos con aplicación profesional antes de apoyar toda su enorme cabezota contra su regazo, emitiendo además aquel gruñido satisfecho que utilizaba exclusivamente con las personas a las que consideraba de su círculo más cercano.

—Tú sí que me echabas de menos, ¿eh?

Thor respondió pegándose todavía más.

—Nos acaba de sustituir —anunció Álvaro.

—Por completo —confirmé.

Lucía seguía acariciándole las orejas.

—No les hagas caso.

Thor cerró los ojos. Aquel perro había pasado años viendo entrar y salir personas de aquella casa, soportando dramas familiares, celebraciones, discusiones, mudanzas, despedidas y reencuentros con la misma serenidad filosófica con la que esperaba cada día la hora de la cena.

Y, sin embargo, en aquel momento parecía sinceramente feliz. Tan feliz como puede parecerlo un perro que ha recuperado a uno de los miembros de su manada.

—Creo que se ha hecho mayor —dijo Lucía observándolo.

—Todos nos hemos hecho mayores —respondió Marisa.

Thor abrió un ojo al escuchar la palabra "mayores", como si quisiera dejar claro que él seguía considerándose un cachorro en perfecto estado de funcionamiento.

Y aquella reacción provocó una nueva ronda de risas alrededor de la mesa.

Y así de simple fue. Sin discursos ni explicaciones complicadas.

Una silla más alrededor de la mesa.

Una voz más en las conversaciones.

Una risa más mezclándose con las demás.

Miré a Álvaro. Él me devolvió la mirada y nos sonreímos.

Y aquella reacción provocó una nueva ronda de risas alrededor de la mesa.

Y así de simple fue. Sin discursos ni explicaciones complicadas.

Una silla más alrededor de la mesa.

Una voz más en las conversaciones.

Una risa más mezclándose con las demás.

Miré a Álvaro. Él me devolvió la mirada y nos sonreímos.

-FIN-